

CC

人民日報

第四版

1983年10月10日

RAID

PQ4683

• A3
H68

3.0



1020027104

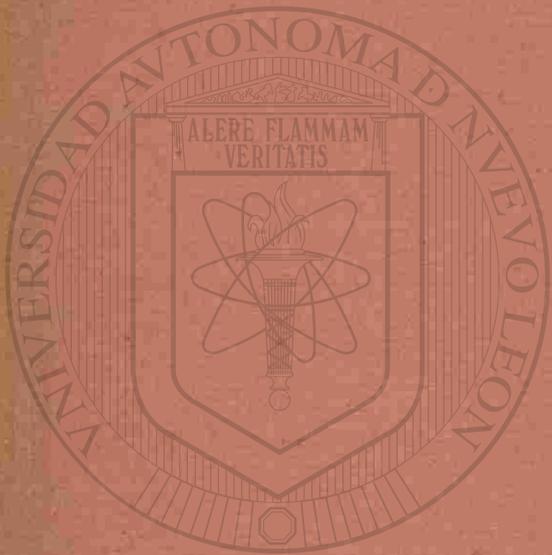


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





HORAS DE RECREO

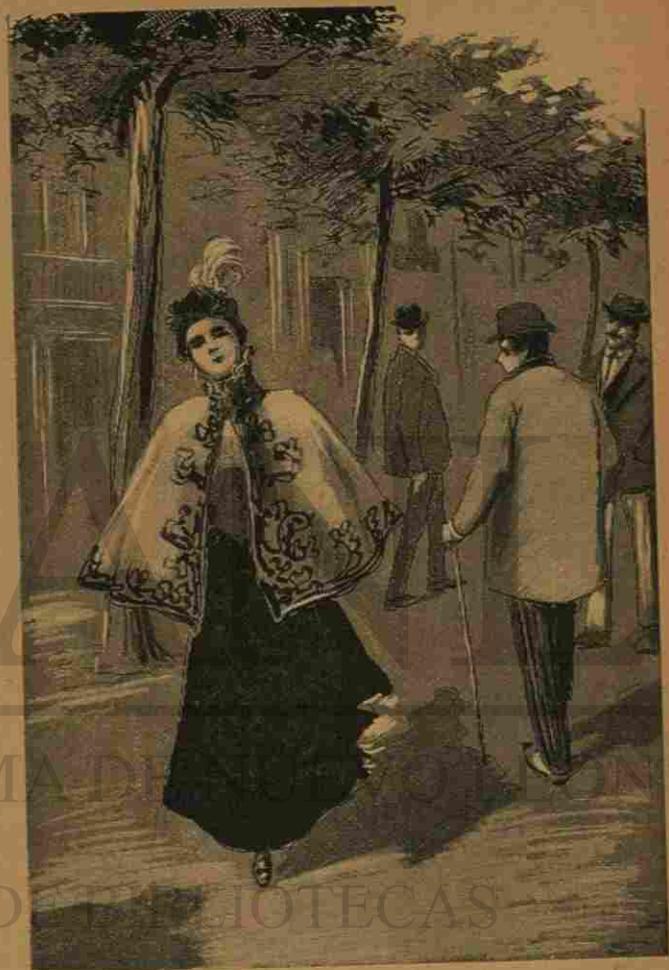
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

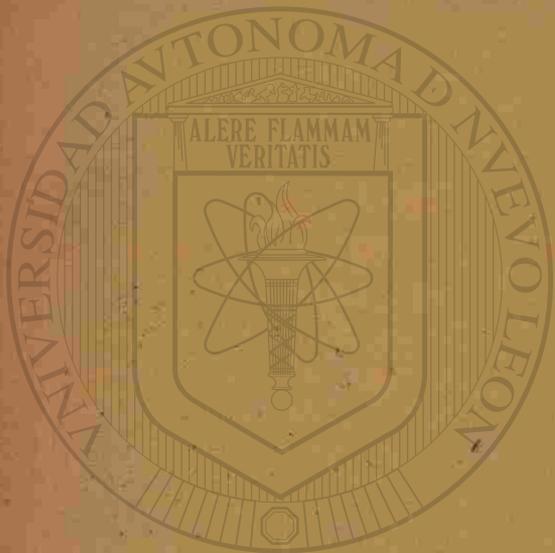
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



...que muchos se vuelven á su paso y la siguen con una mirada...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HORAS DE RECREO

POR

Edmundo De Amicis

VERSIÓN ESPAÑOLA

de

EMILIO REVERTER



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

86309[®]

BARCELONA

Casa Editorial Maucci, Consejo Cliente, 298
BUENOS AYRES
Maucci Hermanos
1870, Cuyo, 1070

MÉXICO
Maucci Hermanos
1.ª Del Relox, 1

1899

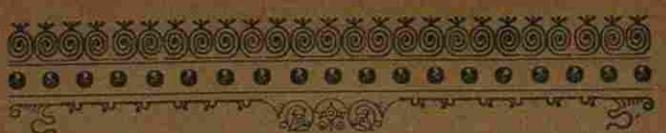
31036

858
A
PQ 4683



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REY"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
DIRECCIÓN GENERAL

Imprenta de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona



Horas de Recreo

PROEMIO

A los lectores españoles

DESANDO dar algún descanso a mi fatigada mente, aunque sin entregarme á la holganza, después de un largo y pesado trabajo intelectual, acordéme en el acto del ilustre higienista Pablo Mantegazza, según el cual, cuando un escritor ha terminado una obra larga y pesada, debiera siempre, y al momento, emplear en escritos ligeros «la energía que se ha acumulado en su cerebro», en vez de dejarla perder, como cuasi todos hacen, en un reposo infecundo.

Así descansaba, sin holgar, y recreábame pensando en el fruto de mi labor durante el trascurso de un año, y tra-

yendo á mi memoria asunto por asunto y argumento por argumento, cuando acudió á mi mente el recuerdo de los siguientes artículos, á los que, por lo mismo, les di el título de «Horas de recreo».

El volumen no tiene otra unidad que la del periodo de tiempo en el cual lo compuse, y en los escritos que contiene no hay otra conexión que la del fin, puramente subjetivo, con cuyos conceptos los he concebido y desarrollado.

Por esta razón dudé algún tanto cuando me fué cortésmente propuesto el recopilarlos y presentarlos traducidos al público español. Mi sentimiento parecíame un acto de audacia. Consentí al fin. Mas, ¿por efecto de qué consideraciones? Decirlo es mi deber.

Las consideraciones fueron muchas y de diversa naturaleza; obedecieron á cuatro dudas distintas que agitaron mi ánimo.

A la primera duda, mirando el valor intrínseco de estos breves escritos sueltos y de índole ligera, opuse la consideración siguiente: Los escritos breves, de cualquier argumento entretenido ó recreativo, tienen generalmente una superioridad sobre los trabajos largos del mismo escritor: la de ser más substanciosos y tener menos defectos.

Un libro se escribe cuasi siempre pasando á través de varios estados de ánimo y de la mente, que no son todos favorables á la inspiración; á través de periodos de cansancio, de tristeza, de distracción, en los cuales el trabajo resulta necesariamente forzado, hecho bajo el imperio exclusivo de la voluntad, por deseo inquieto de llegar al fin ó de librarse de la esclavitud tormentosa de un pensamiento único: nunca por impulso espontáneo de la facultad creadora. Por esto hay en toda obra larga, aún cuando haya sido concebida con entusiasmo y cuidada con amor, incertezas, languidez, errores de proporción escapados á la facultad autocrítica, la cual, si desea ejercitarse demasiado largamente sobre un mismo asunto, se oscurece al igual

que la vista cuando se fija demasiado tiempo sobre un mismo punto.

Los trabajos breves, al contrario, son hechos casi por entero bajo el soplo de la primera inspiración, que no tiene tiempo de agotarse; la mente, abarcando con facilidad todo el asunto ó diseño, armoniza con arte más seguro las diversas partes con la necesidad de constreñir la materia en pocas páginas, excluye la superfluidad y las repeticiones; la idea de la proximidad del fin hace proceder al escritor con mayor valentía y más ligeramente; el pensamiento en la brevedad misma de su escrito, destinado á una revista ó á un diario, lo substraerá á la tortura de la crítica, le da un sentimiento de libertad, una desenvoltura valiente y graciosa, que en el libro muchas veces le faltan, y de ahí una agilidad y una frescura mayor de estilo, algo más juvenil y más ingénuo, donde su originalidad se muestra con más clara evidencia.

Posible es que vele mi juicio, el sentimiento que hace preferir en los padres á los hijos más pequeños. Puede también que yo prefiera estos mis breves escritos, porque no me costaron ni fatiga ni sacrificios, y porque fueron librados de la crítica y, no recogidos ó reunidos en un volumen, llevan todavía por la Italia la vida vagabunda y libre de los niños selváticos.

Sin embargo, escrutando mi conciencia artística, pareceme no amarles con un afecto ciego. Pecar otras cosas he escrito con igual placer, con tan alegre espontaneidad; de pocas otras me siento tan satisfecho, por lo especioso de la sencillez y la precisión de la forma que en ellas campea; y no lo estoy, sobre todo, de ninguna otra página, como de las últimas que dedico á los niños, por haber expresado en ellas tan sincera y plenamente el afecto más dulce y más sereno de mi alma.

La segunda duda que me asaltó, fué que la mayor parte de los asuntos, tratados en Italia y tratados para lectores italianos, no podían resultar interesantes, por la diversi-

dad de su índole y de las costumbres nacionales, al público español.

Mas, reflexionando, me libré también de esta duda. Veamos cómo.

En medio del público, es un estudio descriptivo y psicológico sobre la manera de andar del hombre y de la mujer. Pero la relación que existe entre el modo de caminar y el estado de ánimo y carácter de la persona, es un hecho igualmente cierto en todos los pueblos. ¡Quién sabe á cuántos de la brillante pléyade de jóvenes escritores de España se les habrá ocurrido la idea de un estudio más vasto y más profundo acerca del mismo asunto!

Si en el capítulo de mi libro sobre la manera de andar de los hombres ilustres, sustituimos los nombres italianos por nombres españoles, y en el último se suplanta el lugar del monte de los Capuchinos por la torre de la Giralda de Sevilla, la altura de la Alhambra de Granada ó una torre de la catedral de Santa Eulalia de Barcelona, puede también parecer que el estudio ha sido hecho en cualquiera de estas ciudades españolas.

Entre niños.—¿Qué diferencia puede haber entre nuestros niños y los vuestros? Recuerdo bien que al discurrir por el Paseo de Gracia (Barcelona) ó por Recoletos (Madrid), parecíame ver los mismos rostros del paseo del Valentino de Turín y del paseo *delle Cascine* de Florencia; en los asilos de niños y en las escuelas elementales de Cataluña y de Castilla, se encuentran ciertamente los mismos tipos; se revelan y manifiestan, sin duda, las mismas escenas que he descrito en Italia, y seguro estoy que no hay maestro ó maestra de la península ibérica que no haya hecho de los diversos caracteres de sus pequeños alumnos una gran parte de las observaciones que yo hice sobre los escolares italianos.

Entre muñecas.—Si para tratar este asunto hubiese tomado mis apuntes en un bazar de muñecas de la calle de Alcalá, hubiera tal vez escrito algunas pocas variaciones

en la undécima página de mi libro, que me procurasen el regalo de un muñeco y la gratitud imperecedera del ilustre Bonini.

Entre fantoches.—No sé si habrá en España un teatro de marionetas tan célebre como el de los hermanos Lupi; al menos no recuerdo haber visto anunciado ninguno, pero sí recuerdo bien que un titerero simbolizó el Don Quijote en la representación del señor don Gaiferos y su esposa Melisandra, remedándolo en la manera de hacerle desenvainar la espada en defensa del protagonista perseguido, y he leído que en 1551, en el monasterio de Yuste, un volatibanguis de mi país estuvieron en boga después de aquel en las principales ciudades de España, con teatro abierto y pomposo.

Ahora bien; todo esto considerando, no argumento que en los niños españoles del siglo XIX puede haberse apagado del todo aquella afición por la pequeña humanidad de papel cartón, que todavía proporciona la primera emoción dramática á los sobrinos lejanos del Dante.

Entre pelotaris.—Aunque en España no existe el juego del pallone, que en su curso antiguo, á lo largo del litoral mediterráneo, parece haberse detenido en los Pirineos, existe empero el juego de la pelota, que inútilmente se ha intentado implantar en la Argentina; y aunque los dos juegos, que tuvieron un origen común, sean en la táctica y en la técnica algún tanto diversos, yo creo que en el campo de la pelota arden las mismas pasiones, figuran los mismos tipos de jugadores, de apostadores, de aficionados, suceden ó ocurren las mismas escenas cómicas y los mismos contrastes apasionados que en el juego de Turín.

Entre poetas.—Aunque el autor del «Viaje de la Tierra á la Luna» y el creador de *Babagás*, son muy conocidos sobre el Ebro y sobre el Tajo, cierto estoy de que no lo son menos sobre el Arne y sobre el Pó; y quién sabe á cuántos

de vuestros amables poetas amorosos hicieron llegar el estro de la diosa de la poesía, que hizo rebosar del corazón, como un surtidor de fuego, la primera composición poética que los hizo célebres. ¡Ellos escalaron, al fin, las gradas del Capitolio!

Entre chalets y entre nubes.—Discurriendo por las animadas calles de la encantadora exposición de Ginebra, recuerdo haber oído exclamar cien veces en torno mío:— ¡Qué bonito!— ¡Qué lindo!— y haber visto al volverme unos bellísimos ojos negros que por un momento me transportaban á la Rambla de la condañ ciudad ó al salón del Prado de la villa y corte de España; y en cuanto á la ascensión en globo, tengo motivos para suponer que muchos padres generosos, por complacer á su adolescente prole, habrían pasado el mismo terrible cuarto de hora que yo he pasado metido en el cesto del aerostato. De todos modos, al que todavía no la haya experimentado, podrá mi capítulo servirle de saludable advertencia.

Mi tercera duda fué esta. En los escritos breves más que en los largos, y, sobre todo, en los de naturaleza disertatoria y descriptiva, en que falta el interés de la acción, tienen grandísima importancia el estilo y el lenguaje. A darle al uno y al otro la mayor eficacia, empleo el mayor esfuerzo que mi pobre cerebro me consiente. Hago un estudio atento y continuo para conseguir que el estilo resulte como una música viva y acariciadora, sin desentones, pero sin monotonía, que lleve el pensamiento como una corriente lleva una nubecilla; la estructura del período lo compongo de manera que encierre y apoye, sin esfuerzo aparente, y presente en conjunto á la mirada intelectual del lector, la mayor cantidad posible de conceptos y de imágenes; esfuerzome en dar á la expresión de toda idea un colorido que alguna vez es difuso sobre el período entero, y otras veces resulta con un solo vocablo, vocablo determinado y único, al que no puede substituir otro, sin

que todo el período se descolore y la idea misma se desvanezca.

Con este intento fijo, estimulado sin descanso por un deseo punzante, reconstruyo diez veces, con la paciencia de un mossista, una media página; busco un verbo ó un adjetivo durante media jornada, y después de haber quedado contento de mi labor, guárdola para el día siguiente, á fin de volver á empezar por la noche; y cuando en todas las páginas he hecho este trabajo y todo me parece completo, tomo la pluma y vuelvo todavía á caza de todas las junturas dificultosas, de todas las excrecencias, de todas las arrugas, manchas y sombras de estilo y de lenguaje, hasta que la mente se me enturbia y renuncio á la empresa, por desesperada.

Mas, de todo este trabajo, de todas estas sutilezas, ¿qué queda en una traducción, aunque sea hecha con la más escrupulosa diligencia y el más exquisito cuidado de un perfecto conocedor de las dos lenguas? ¡Ay de mí! Resta bien poco. El más hábil traductor está expuesto, por la naturaleza y por las leyes del idioma propio, á destrozarse ciertos períodos, á romper la armonía de ciertas frases, á substituir aquí una perifrasis floja, débil, un epíteto vigoroso que en su lengua no existe, á cambiar allí una esfermatura delicada por una nota de color demasiado fuerte, alguna vez á omitir, porque no puede traducirse, otra á añadir porque no puede aclararse, y no raramente también á mudar, á rebasar la estructura de una página entera, la cual, traducida literal y fielmente, resultaría de una sintáxis deforme, que no regiría uso ó regla gramatical.

Ahora bien; ¿qué atractivo quedará en español á estos mis escritos, cuya poesía principal—si hay en ellos alguna poesía—es la forma? Esta es la duda que mayormente me tiene perplejo.

Peró cedí también á esto, entregándome á un segundo orden de pensamientos.

La traducción,—pensé,—hace perder mucho valor al

original, pero en cambio oculta también muchos defectos. Aplicada á ciertos escritos, hace el efecto que en ciertos cuadros produce un velo transparente.

El que lee una obra traducida, si del autor tiene alguna precedente estima, lee con el espíritu abierto á muchas suposiciones é interpretaciones favorables; suspende muchas veces la crítica, dudando si debe culpar al original ó á la traducción; tiene en cuenta con la imaginación lo que vé perdido en el paso de un idioma á otro, y con la imaginación se hace colaborador del que traduce.

En suma: el escritor traducido es para el lector lo que es para nosotros todo viajero extranjero; un huésped nuestro, que se ingenia en hablar nuestro idioma; él no expresa perfectamente su sentimiento y sus pensamientos, pero nosotros suplimos con un esfuerzo de la mente, la insuficiencia de su palabra, las deficiencias de lenguaje, procurando penetrar en su cerebro y en su corazón, á través de la impropiedad ú obscuridad de su extraña lengua, y la idea precisamente de la disminución que aquellas sufren en su esencia á la faz nuestra, por el hecho de no poderse expresar con claridad, hace que le concedamos espontáneamente y con mayor liberalidad, la benevolencia y la estima que pide.

Una última duda se me ocurre aún, al pensar en los muchos libros que han sido ya traducidos á vuestro idioma; duda que lleva á mi ánimo el temor de si el traducir todavía uno más, no será confiarse, con imperdonable temeridad, á la benevolencia del público español.

Las consideraciones que me hacen pasar, también, sobre esta última duda y rechazar mi natural temor, no me atrevo á exponerlas, porque temo así mismo que sean las únicas que pudieran parecer no razonables. Sin embargo, haré aquí expresión del sentimiento que me produce la benevolencia del público español; sentimiento que llena mi corazón de inefable dicha y busca una vía de salida desde muchos años há.

Esa benevolencia de que gocé en el pasado, y de la que continuamente llegan hasta mí tantas amables manifestaciones, es una de las más preciadas glorias, uno de los más dulces consuelos de mi vida. Pensad que estaba muy lejos de esperarla cuando, veintiséis años hace, salí de Italia por primera vez, á recorrer sólo y desconocido vuestro bello país, en el que feliz me sentí siempre, mientras brillaba en el límpido y azulado firmamento el sol; pero casi siempre entristecido en mi soledad, cuando cerraba la noche, y, sin consuelo por no poder realizar mis propósitos de escribir un día las mil bellezas que admiraba, porque la sola idea de la comparación con tantos escritores ilustres de España, de los cuales sabíame de memoria las más bellas páginas, infundíame un espanto desesperado.

¡Cuán feliz consideraríame hoy, si hubiese previsto que aquel libro que osé apenas acariciar en la fantasía como un sueño, pudiese hoy tener, de haberle escrito, una benévola acogida por mis lectores, que perdonarían sin duda sus infinitas lagunas, sus ligerezas y miserias, en gracia á la sinceridad del afecto y del entusiasmo juvenil que lo animaran!

¡Cómo me palpitara el corazón de alegría, si hubiese podido prever que había de llegar un día en que, á la noble y hermosa lengua cervantesca, á aquella bella lengua que yo andaba estudiando con tanto amor entre los plebeyos castellanos, y que tanto anhelé hablar, preparándome todas las noches las frases para el siguiente día, habían de ser traducidas con cuidado diligente y amoroso todas mis pobres obras!

¡Con qué alegría y con qué altivez hubiera alzado la frente, si un presentimiento del porvenir me hubiera advertido que de aquellas ciudades desconocidas, en las que tanto me pesaba la noche, rindiéndome pensativo y melancólico, buscando en vano un amigo y recordando la patria lejana, habría de recibir tantos saludos de amis-

tad, tantas cariñosas palabras de simpatía, tantos augurios fraternales de almas gentiles!

Por esto es que, después de más de un cuarto de siglo, mi alma se restituye todavía á España, más á menudo que á ningún otro país de los que he visitado de cerca, y por esto también que, después de la Italia, sea esa la tierra de la que más halagüeno me es recordar, con el pensamiento, los entusiasmos y los sueños de mi juventud.

Y si el afecto y la gentileza no me la recordaran á cada momento, llevaríanla de continuo á la mente cien imágenes esparcidas en mi gabinete de estudio. En la pared y testero de enfrente á mi escritorio veo las cúpulas salientes y las columnas graciosas del *Patio de los Leones*, de la Alhambra, que parece que me envían un reflejo del sol sobre los papeles; en la pared opuesta hallanse sujetos y cruzados puñales de Toledo y navajas de Albacete; vése en otra parte un cuadro grande, en el que se extienden en forma de abanico y están representados confusamente, tipos y costumbres de aldeanos de Valencia, figuras de toreros, vistas de Madrid y de Córdoba, retratos de políticos y de escritores de toda la región de Bilbao á Cádiz; en una mesa redonda de centro hace de tapete una manta granadina; y á mi derecha, al alcance de mi mano, sobre un estante cargado de libros encarnados, brillan los nombres dorados de vuestros poetas, á quienes restituyo mi ardiente simpatía cada vez que se me reviven en el alma los recuerdos y las emociones de mi primer viaje, como si buscáse en sus versos un soplo de mi juventud y tornase á escuchar la voz de vuestra patria.

Así, pues, vé también tú, pobre y últimogénito libro mío, vé á reunirse con tus hermanos en la tierra que tanto amo, y de cualquier modo que te veas acogido, ríndele el saludo amoroso y reverente, y haz la expresión de la gratitud infinita que por ella siente tu padre

EDMUNDO DE AMICIS.



LIBRO PRIMERO

En medio del público

Así va el mundo

ó

Cómo anda la humanidad

Lo que un célebre escritor dice del estilo,—«el estilo es el hombre»—puede decirse, también, aunque no tan en absoluto, del modo de andar.

El hombre resuelto, el hombre de naturaleza ardiente y apasionada, ó el de índole y temperamento pacífico, tienen ordinariamente un modo propio de andar, en el que la manera de mover la cabeza ó el busto concuerda con los gestos, y los pasos rápidos, descompuestos ó lentos corresponden á las gesticulaciones con que cada cual suele acompañar, no caminando, la expresión hablada de su ánimo;

tad, tantas cariñosas palabras de simpatía, tantos augurios fraternales de almas gentiles!

Por esto es que, después de más de un cuarto de siglo, mi alma se restituye todavía á España, más á menudo que á ningún otro país de los que he visitado de cerca, y por esto también que, después de la Italia, sea esa la tierra de la que más halagüeno me es recordar, con el pensamiento, los entusiasmos y los sueños de mi juventud.

Y si el afecto y la gentileza no me la recordaran á cada momento, llevaríanla de continuo á la mente cien imágenes esparcidas en mi gabinete de estudio. En la pared y testero de enfrente á mi escritorio veo las cúpulas salientes y las columnas graciosas del *Patio de los Leones*, de la Alhambra, que parece que me envían un reflejo del sol sobre los papeles; en la pared opuesta hallanse sujetos y cruzados puñales de Toledo y navajas de Albacete; vése en otra parte un cuadro grande, en el que se extienden en forma de abanico y están representados confusamente, tipos y costumbres de aldeanos de Valencia, figuras de toreros, vistas de Madrid y de Córdoba, retratos de políticos y de escritores de toda la región de Bilbao á Cádiz; en una mesa redonda de centro hace de tapete una manta granadina; y á mi derecha, al alcance de mi mano, sobre un estante cargado de libros encarnados, brillan los nombres dorados de vuestros poetas, á quienes restituyo mi ardiente simpatía cada vez que se me reviven en el alma los recuerdos y las emociones de mi primer viaje, como si buscáse en sus versos un soplo de mi juventud y tornase á escuchar la voz de vuestra patria.

Así, pues, vé también tú, pobre y últimogénito libro mío, vé á reunirse con tus hermanos en la tierra que tanto amo, y de cualquier modo que te veas acogido, ríndele el saludo amoroso y reverente, y haz la expresión de la gratitud infinita que por ella siente tu padre

EDMUNDO DE AMICIS.



LIBRO PRIMERO

En medio del público

Así va el mundo

ó

Cómo anda la humanidad

Lo que un célebre escritor dice del estilo,—«el estilo es el hombre»—puede decirse, también, aunque no tan en absoluto, del modo de andar.

El hombre resuelto, el hombre de naturaleza ardiente y apasionada, ó el de índole y temperamento pacífico, tienen ordinariamente un modo propio de andar, en el que la manera de mover la cabeza ó el busto concuerda con los gestos, y los pasos rápidos, descompuestos ó lentos corresponden á las gesticulaciones con que cada cual suele acompañar, no caminando, la expresión hablada de su ánimo;

porque la manera de andar es en cierto modo la expresión animada, menos determinada aunque menos libre, de las artes inferiores.

El modo de pisar del hombre violento responde á la costumbre que tiene de golpear la mesa con la mano, como para decir *sic volo*, *sic jubeo*; el agudo y agitado de la mujer nerviosa, concuerda con el acto febril con que estruja el pañuelo ó golpea el puño en la mano cuando está contrariada en sus caprichos; y el gesto ceñudo y provocativo del fanfarrón, semeja á su modo de abrir las piernas á derecha y á izquierda, como para ocupar el mayor espacio posible y advertir á las gentes que le hagan sitio.

Pero esta correspondencia entre el modo de andar y el carácter, está á menudo interrumpida y variadamente modificada por el estado de ánimo del día ó del momento; por la enfermedad crónica ó por dolencia pasajera; por el amor propio, por la conveniencia, por el espíritu de imitación, que la escuela de argumentar de los unos y de los otros presenta extraordinariamente complejo y difícil, y por consiguiente más atrayente y más delectable.

Y este trabajo de observación, lo hacemos todos, casi inconscientemente, de continuo. El modo de andar tiene bastante mayor parte, el semblante no tiene bastante menos de cuanto se crea, en el juicio instantáneo que solemos hacer sobre todas las personas desconocidas que encontramos y que de cualquier modo reclaman nuestra atención por la calle.

Tan es cierto que, instintivamente, nos paramos á mirar cómo camina toda persona que ha despertado nuestra curiosidad, como si su manera de andar debiese de añadir alguna cosa importante á cuanto nos ha dicho su rostro, y, sospechando siempre en el andar un artificio, no nos parece jamás poder comprender bien al examinado, como cuando lo vemos andar en un momento en el que no pueda haber sospechado que se le observa; y que, cuando al andar, sin sospecha de ser observado, nos percatamos de

un ojo curioso que nos observa, experimentamos una sorpresa desagradable, como de una traición; como si aquel ojo hubiese descubierto algún secreto de nuestro ánimo.



Que en el modo de andar de los más entra el artificio, es evidente. Es artificioso el andar en todos aquellos que se precian de elegantes ó que creen conveniente una cierta gravedad adecuada al grado ó importancia social.

Pero es alterado, sobre todo, para esconder ó hacer menos visible enfermedad, debilidades, defectos físicos. El paseo no es menos disimulado que la mirada. ¿Creéis por ventura que el andar derecho y esbelto de aquel viejo gallo que atraviesa el café dando vueltas al bastón, como si lo llevase por recreo ó entretenimiento, sea su modo propio de andar? Apenas ha salido, sus espaldas se curvan, sus piernas se aflojan y sus pies se arrastran por el suelo. ¿Pensáis que aquellas dos señoras que van á reunirse en un banco del paseo, conservarán siempre el aspecto de emperatrices? Son rivales de ambición: viéndose de lejos, han convenido las dos á un mismo punto, para mostrarse una á la otra, en toda su belleza, estructura y elegancia, aquel andar triunfal que abandonarán poco á poco; apenas se hayan vuelto las espaldas.

Así, no es natural el andar del joven empleado delante de su terrible jefe de oficina; ni el del rata que os viene al encuentro humildemente fijando la mirada en vuestro bolsillo.

Muchos toman un andar distinto al pasar de una callejuela solitaria á una calle frecuentada, ó por delante de la tienda donde haya colgado un farol, ó al ver de lejos á una persona de la que saben son tenidos en alto concepto.

Observad á esa joven señora sentada sobre el banco de un paseo: á treinta pasos de distancia, todos los hombres

que han de pasar por delante, adoptan otro paso, corrigen apresuradamente cualquier defecto de su modo de andar. Observad el andar forzosamente brioso de los gordos, que pretenden demostrar que no sienten el peso de su propia obesidad; el porte tieso y erguido de los muchachos, que tratan de alargarse; el artificio de los movimientos bruscos y extraños con que algunos, caminando, se ingenian para distraer el ojo del observador de cierta imperfección visible. Y si os queréis convencer de esta cuasi universal ficción, pasad por una de las calles principales en una mañana de invierno, cuando hace frío agudo y nieva y nadie cree ser observado, porque no observa nadie, y os asombraréis de ver en muchas personas á quienes conocéis de vista, espinzos encorvados, espaldas estevadas, cojeras y bamboleos miserables, que no habéis visto jamás.

Si en pleno día, en un paseo concurrido por el mundo elegante, por un milagro, cesase de improviso en todos los ánimos todo sentimiento de orgullo y de vanidad, asistiríase á un espectáculo estupefactante: veríase millares de cuellos torcerse, de dorsos encorvarse, de pechos encavararse, de rodillas doblarse, de manos apoyarse sobre los bastones, como en una gran familia de autómatas, en que se rompiesen simultáneamente todas las tenazas que los apuntaban.

Como el hombre es el único animal que ríe, es también el único que artificio su pena.

Dignos son también de estudio los falsos andares adquiridos. ¿Quién no ha observado á muchos hombres altos, maridos de mujeres pequeñas, los cuales, acompañando á su caramitad, han tomado con los años un pasito corto, retenido, como dice del estilo *Giordano el Capponi*, y muchos hombres pequeños, maridos de mujeres altas, que han tomado un paso largo, ó la cosa inversa en ambos ca-

sos, según que en la pareja predomine la voluntad del uno ó del otro? Así también muchas personas toman poco á poco los andares de un alto personaje, que frecuentan ó acompañan á menudo, sin advertirlo ó de propósito, sea por espíritu de imitación aduladora, sea por manifestación puerilmente sincera de admiración. Algunas de estas sombras vivientes de hombres ilustres, en cierta ciudad, son notados por todos. Se ven ayudantes de campo de 25 años que han tomado los andares de un general sexagenario; cortesanos que caminan como el soberano; artistas *incipientes* que imitan el paso de artistas famosos. ¿No ha habido un gran monarca en torno del cual caminaban todos con la cabeza un poco inclinada á un lado, porque, por un defecto natural, él la llevaba inclinada de aquel modo?

Recuerdo haber visto cuando muchacho, en una pequeña ciudad de provincia, un viejo servidor que, en fuerza de seguir á su amo, un viejo noble, tipo original, un poco cojo, cojeaba también él, á pesar de tener las piernas como dos husos, y aún cuando iba solo.

Pero no todos los andares adquiridos son ridículos. Alguna vez habréis visto á una señorita que ha tomado los andares del padre ciego á quien da el brazo desde hace muchos años... un andar á pasos breves, cuasi contraída, con la espalda un poco inclinada á la derecha, con la cabeza inclinada ligeramente del mismo lado, como quien presta oídos á una voz apagada. ¡Cuánta gentileza hay en aquel paso que no es suyo, en el sacrificio que ella hace de su gracia juvenil, en la parte visible que ella toma en la desventura de su viejo, en el gesto amoroso de protectora, del cual ella no tiene conciencia, y que es como la imagen de su vida! Vese una sobre la ribera del Pó, que acompaña á su padre de aquel modo desde los diez años, tan graciosa, tan poética, que no se concibe cómo no se haya puesto todavía al otro lado del ciego algún joven rico, bueno y enamorado.

Son de un orden aparte los andares de la pasión, y los más curiosos de todos son los de pelea. Se ven con frecuencia por la calle. Dos personas que se odian ó no se hablan, al reconocerse de lejos, estiran el cuello como dos condenados, enderezan el busto como dos coraceros, estiran las piernas como dos zancos, y apresuran el paso el uno hacia el otro: un verdadero paso de carga. Sucede alguna desgracia—pensáis.—No. Pasan cerca uno de otro, mirándose á la cara y pisando fuerte, esto es todo: ha sido un simple duelo á golpes de tacón. Hay un buen número de gente juiciosa que desahoga sus iras y sus odios en esta forma incruenta, contra las losas de las aceras. Otros tienen otro modo menos beligeró: visto por detrás su enemigo, lo alcanzan y le pasan delante sin mirarlo, adoptando un andar brillante, que significa buena salud, buenos negocios (ó buen estado), contento de sí, para hacerle sentir el aguijón de la envidia, ó caminando á grandes pasos y pidiendo lado ó sitio, con la cara levantada, que es como una declaración de guerra, en su dirección. Es lo más fácil de reconocer, también, el andar de aquellos que han tomado la resolución de ir á terminar de una vez una cuestión, á desentrañar *finalmente* una verdad, á hacer una escena de las que se argumentan para una pieza: con cada uno de sus pasos, y con los movimientos de los brazos que acompañan al paso, y con las sacudidas de la cabeza que acompañan al gesto, se fortifican ó afirman en su resolución, y es tan expresivo su andar que, al verlos pasar, parece oírse el sonido de las palabras que piensan y estáis casi tentados de hacerles eco, diciendo:—Sí, es tiempo ya de terminarla.—Hace demasiado tiempo ya que la toleráis.—Pero apresuráos, no os detengáis.

Y cómo se reconoce en el andar al joven que va á una cita amorosa muy deseada, con paso rápido y largo, con el rostro alto, con la mirada lejana, con un braceo que dice:—¡Largo infelices! ¡Ah, si supiéseis á dónde voy!

Y no es menos elocuente el modo de andar de ciertas

jóvenes parejas conyugales, que vuelven á casa de braceo, á cierta hora de la noche. El paso resuelto, no distraído por una sola palabra, un no sé qué de atrevido ó desvergonzado en los movimientos de la cabeza y de toda la persona, una concordia de movimientos que parece sea efecto de una voluntad única, dicen tan claramente sus pensamientos, ó por decir mejor, su pensamiento, que muchos se vuelven á su paso y les siguen con una mirada de curiosidad reflexiva ó sonriente, la cual hace pensar á otros transeuntes lo que no habían pensado ellos, y les hace acompañar en unión de los otros en la misma mirada.

Y á la misma hora, por contraposición, se oyen por la calle solitaria pasos lentos y pesados, que, sin duda alguna, son de viejos célibes arrepentidos, dirigirse hacia una casa obscura y triste, cuya vista hace retardar el paso como al que va á una cita temida, donde le espera una noticia desagradable.

Hay también muchos que dicen pronto lo que son y lo que piensan, como si sus pasos fuesen la repetición continua de una frase ó de una palabra.

No es menos cierto que algunos caminan de un modo que parece que van pregonando continuamente este período:—Yo—tengo—treinta mil—liras—de renta,—y—dos casas—en Torinó;—soy caballero de San Mauricio y San Lázaro y consejero municipal.

Otros hay que, caminando, dicen de una manera clarísima:—¡Ah! yo reviento de fastidio: estas casas, estas calles, vuestras caras, todo lo que me rodea, me produce un tedio infinito, no sé adónde me dirijo, camino no sé como, vivo no sé por qué; estoy hastiado del mundo y de mí mismo.»

Hubo durante años, en Turin, un tipo original, barbudo, siempre solo, que en el modo de volver la cabeza, de sacar el pecho y de sentar los pies, decía á todo transeunte:—

¿Quiere V. batirse conmigo?—¿Está V. cansado de vivir?
—¡Ah! ¡no me miréis fijamente, ó sois hombre muerto!

Hay andares que dicen:—Mirad cómo voy derecho y franco, ¿cuántos años me hacéis? ¿Cuarenta? He pasado de los sesenta.—Es increíble.—¡Cuán bueno me siento!
¡Qué hermosa jornada!

Hay ciertos andares femeniles que expresan este pensamiento:—Miradme, ¿no soy una de las más bellas mujeres de Turin? Yo soy quien lo digo: quisiera ver que no fuérais de esta opinión.

Otras dicen, no menos claramente:—Mirad este vestido nuevo, que cuesta trescientas liras en corte, sin adornos ni hechuras, y aprended, ¡oh, jóvenes! á hacer figurar la ropa.

Conozco unos andares de señora, que envuelven para el público un discurso de este género:—Yo paso á pie entre vosotros, por acaso, badulaques, porque tengo carruaje; pero no os miro, sabedlo, no os veo, no os tengo por mis semejantes, tengo horror á vuestro contacto y quisiera ignorar vuestra existencia. ¡Oh, Dios mío, todavía trescientos pasos de pisar fango!

Y, quién no reconoce los andares de la mujer, que dice con presteza:—¡Animo, á veinte pasos detrás; no habito lejos!

Pero el más expresivo de todos, y también el más frecuente dentro de lo extraordinario, es el andar varonil que dice al culto público:—¡Rebaño de imbéciles! ¿Vale la pena de tener una sombra de vanidad y de educación en medio de vosotros, de pensar siquiera en lo que podáis decir de mí? Mirad, en todos mis pasos yo hago una *spallata* á la sociedad, os doy una patada y expreso al mundo mi compasión con una sacudida de cabeza: no tengo otra ambición que la de juzgaros villanos, bufones!

Y en fin, ahí están los andares que gritan por la calle:—¡Oh, conciudadanos! ¿No me veis? ¿Pero adónde vais á buscar á vuestros diputados?

¿Y los andares que causan lástima, los que no sabríamos enumerar y describir? Son esos uno de tantos asuntos inevitables de tristeza que, por la calle, atraviesan bruscamente un curso de pensamientos alegres y os dejan alguna vez en el ánimo, por todo el día, como una nube negra, inmóvil, en medio del cielo sereno. Y cuán varios son: los del joven condenado á muerte por una enfermedad inexorable, que camina cautamente, como un sonámbulo, con los ojos fijos en alguna imagen fatal; los del viejo deshecho que sale por última vez, que apenas separa los pies de la tierra, que apenas alza los ojos al horizonte y para el cual cien pasos de camino por la vía son como un largo viaje por un bosque lleno de peligros, tras el cual volverá á entrar en casa, cansado y abatido, exclamando:—¡Se acabó, no saldré más!

Y entre éstos veréis también andares que revelan un esfuerzo afanoso, una obstinación desesperada en no querer renunciar al paseo, á querer andar en medio de la vida, á precio de toda fatiga y de todo riesgo hasta el último hábito, por un terror invencible á la soledad y al silencio. ¡Oh! ciertos vaivenes, ciertos pasos, de qué lúgubres pensamientos se comprende que van acompañados! Y de los más lúgubres de ellos no son la vejez ni la enfermedad su principal causa.

Los andares más dignos de compasión son aquellos que aparecen efecto de grandes desengaños, de injusticias del mundo, de reveses de fortuna, de familias mutiladas y desmembradas por persecuciones largas é implacables del destino, de los cuales el uno tuvo encorvadas las piernas, el otro roto el cuello, éste rotas las clavijas, aquél la espina dorsal encorvada. Cuando esto se piensa, la vía pública se os presenta como un campo de batalla donde desfila una procesión de heridos de todas edades y de todos sexos,

que se arrastran, vacilan, se apoyan en los muros, se paran un poco á tomar aliento, se detienen espantados al rumor de un carruaje, se vuelven temblando á un grito ó á un ruido, escapan disparados á la vista de una refriega, como á la vista de una pendencia.

Pero es quizás más triste aún ver las personas sanas y fuertes, en cuyos andares se comprende que van entre la gente como si fuesen solas, indiferentes á las miradas, á las sonrisas, á los choques, á los rumores, como si no tuviesen alma, y no son otra cosa que espectros, los cuales para desaparecer del mundo cuando les llegue la hora, no tendrán más que tomar violentamente la propia forma visible.

Mas, no; más triste de ver que éstos es el hombre que en el vigor de la edad camina franco y seguro, y todo de un tirón, con un paso falso, imposible de confundirse con todo otro paso, que os revela que el órgano directivo de toda su impulsión está herido, que la parálisis progresiva se extiende, que, infaliblemente, caminará menos firme hoy que mañana, y menos que mañana, pasado mañana, y que su vida no será más que un bamboleo, una vacilación cada día más descompuesta y más pueril hacia la tumba.

Empero, no: es aún más triste de ver al joven bien vestido, todavía altivo en el porte, y sonriente á los saludos, que al mirar su rostro pálido, hace pensar:—Es un vicioso.—Y al verle los ojos velados hace decir:—Es un enfermo;—y al observar su paso lánguido, hace exclamar:—¡Tiene hambre!

Los andares son el primer indicio de la decadencia física: la primera demostración del tiempo está en las piernas. Volved después de muchos años á una ciudad donde tengais muchos conocidos: los más de éstos, cuando los en-

contráis cara á cara, no os parecen apenas cambiados, y os regocijáis de ello; pero si después de la despedida os volvéis á mirar cómo caminan, el efecto de los años acumulados se os muestra al punto. Aquel cierto movimiento de caderas que se veía, si y no, aquel arrastrar ligero de un pie, aquel movimiento de picoteo incesante, que no era casi perceptible, ¡cómo aparecen distintos ahora que no están refrenados por el amor propio juvenil, siempre vigilante!

Y á la señora que de joven cortejaste, y que reconociste por la calle, siguiéndola, todavía fresca y hermosa, como os aseguraron, todavía delgada y esbelta, como veréis, ¡qué le ha ocurrido, qué le ha robado el encanto del andar y la ha privado de ciertos movimientos para que de pronto ella no sea la mismal ¡Ah! no diréis más, como entonces decíais, que á cada uno de sus pasos, os esperáis que alce el vuelo.

Os parece ahora bien decidida á proseguir su humilde camino de criatura mortal. He aquí un pequeño chasco: el borde extremo de su vestido se levanta; sí, es todavía aquel pie; pero un pie que deprime, no lame, esta pobre corteza, y que parece que está pegado á la tierra, ¡ay de mí! como todas vuestras pasiones lo están, quizá, también, como la suya.

Y del amigo, del pariente querido, al que, después de largos años de separación esperáis ansioso en el salón de su casa, ¿no es tal vez el paso que se aproxima, pesado y lento, el que os advierte tristemente, antes, de que no veréis más la persona querida á la que abandonásteis?

Así como el niño, según Victor Hugo, al crecer deja tras de sí una fila de pequeños fantasmas de forma sucesiva, así nosotros, tras de nuestros parientes, vemos una hilera de fantasmas, que no nos representan tanto el aspecto cambiado de su rostro, cuanto el cambio sucesivo de sus andares. El rostro parece siempre igual, porque se sonríe con la misma dulzura que viene del alma inundada de alegría, y la semejanza de aquella sonrisa oculta la altera-

ción de sus líneas. ¡Pero el paso! Cuando vuestra madre, octogenaria, encorvada, atraviesa la estancia para salir, veis una imagen menos corva que la precede un paso, otra casi derecha que la precede un salto, una tercera derecha y ligera que está fuera de la puerta, mientras la persona viva se vuelve todavía á sonreiros; y se os encoge el corazón al pensar que al año siguiente la veréis precedida de otro nuevo fantasma, que será el de la realidad de ese día.

Y el paso de la sugestión? Es tal vez el más digno de estudio. Lo pongo aquí para alegrar la materia. Es la siflición de todos aquellos que tienen un excesivo amor propio, unido á la conciencia de un andar incorrecto. Estos caminan *con las piernas envueltas*, según la expresión del Dante; de lo cual piense que haya tomado Manzoni *el paso confuso ó enredado* de don Abundio, cambiado después, con mi queja, *en paso legado ó heredado*.

¿No es una lástima ver un hombre tan hecho á sacudir, tirar los pies de aquí y de allá, casi tropezar bajo la mirada simplemente curiosa de un semejante suyo, como si aquella mirada, penetrándole en la nuca, lo hiriese en el centro regulador de la locomoción? ¡Oh, miseria humana! Por el presentimiento de un tal suplicio, hay gentes que tienen más miedo á atravesar un salón que un campo de tiro; que queriendo salir á las diez están clavados allí hasta la media noche, para ser los últimos en salir; que por salir inadvertidos luchan por espacio de una hora, mudándose de silla en silla, como quien vadea un río de piedra en piedra, hasta un paso de la salida; y que cuando se ven obligados á hacer la travesía terrible, caminan con la más grotesca afectación de desenvoltura, apretando los talones, tendiendo y abriendo las piernas como barreras, haciendo toda especie de duros movimientos angulosos, por si pre-

gunta algún ingénuo:—Quién es aquel petulante que se burla del mundo?—Se burla? Es un error insensato. Si éstos debieran hacer en el palacio del Czar, bajo el fuego de mil miradas, aquel cierto desfile *á la polonesa* que tan bien describe Gautier, caerían fulminados en medio de la sala. Los andares de la sugestión! Qué fuente de asuntos cómicos más inagotable! Los mejores sabios y los filo-dramáticos lo dan vergonzosamente cuando atraviesan solos el palco escénico con un paso que debiera ser natural: ¿no parece que sus piernas sean movidas por dos voluntades diversas, que sus brazos pesen como dos mazas de Hércules y que el tablado sobre el que caminan esté sembrado de clavos intangibles y regado de pez greca?

Sin embargo, el paso de la sugestión tiene también su gracia. Atended á una hermosa muchacha tímida y sola, que pasa delante de un grupo de hombres, por los cuales era esperada «al paso» con la mirada aguzada y la lengua afilada. Enrique Heine, que inventó «el corazón que tiene mal de dientes», diría que sus piernas «perdonan la cabeza»; pero aquella vacilación desarmonica del pudor sobresaltado, aquel movimiento brusco del bello cuerpo que se contrae como bajo la picadura de cien alfileres ó al contacto brutal de una mano invisible, son más seductoras mil veces que la más elegante desenvoltura.

Y quien quiera hacer sobre el asunto mayor estudio, vaya al Municipio á ver pasar la joven esposa entre dos alas de curiosos, y verá pasos desiguales, andares á zig-zag, apariencias de embriaguez y dobladuras imprevistas de rodillas y aberraciones infantiles de pies tropezando en el vestido blanco y toda especie de pequeños movimientos embarazosos de impaciencia, de una gracia y de una gentileza sin igual, que inspiran un sentido mixto de piedad, de simpatía, de estupor, como aquellas ilusiones pasajeras de felicidad, que acariciamos en el ánimo, tal vez sabiendo que son ilusiones.

**

Se ve en ciertos andares una gracia moral, independiente de la gracia física: una belleza que viene del alma y va al corazón, no vista sino por el ojo del que ama, indefinible y potentísima.

Ciertamente era muy graciosa á los ojos de todos aquella forma gentil de esposa que parecía que anduviese

«con las alas abiertas y sobre el pie ligero»

mas los ojos de él ven además una gracia nueva, infinitamente más dulce y querida que aquella, en el andar lento é incierto y un poco infantil, que le recuerda á cada paso que ellos no están ya solos en su casa, que de su amor ha nacido un amor, que su beso ha creado una vida. Así los primeros pasos inciertos y oblicuos del joven convaleciente, que parece que empieza á andar, son como la aparición de un Dios resucitado á los ojos de la pobre vieja, que por largos días temió no verlo ya más pisar la tierra; y también, una gracia casi divina durante aquellos días en que el esfuerzo de una carrera descompuesta y compasiva para sí mismo, á su lamento, ella se lanzaba, demudado el rostro, á su cabecera. Se ve algo de muy vago y muy poético en el esfuerzo interno, pero á la vez retenido y como velado de dignidad, con que la bella mozoela que ama y es amada, caminando bajo la mirada de su prometido, burla ó trata de disimular el defecto por el cual uno de sus diminutos pies debe bajar más que el otro para tocar la tierra; esfuerzo visible, más que del paso, de los ojos, vivo é inquieto, en el que todo el vigor de la voluntad, excitada por el corazón, se expresa en un sentimiento de amoroso afán, con una sombra de vergüenza miedosa de hacerse traición, como el esfuerzo voluntario y sonriente del herido que dice por piedad de los otros y de sí mismo:—No

tengo nada.—O los pasos de los pobres viejos, de las pobres mujeres, de las pobres criaturas fatigadas y enfermas, acudiendo las primeras, por un impulso imperioso de un alma buena, adonde resuena el grito de una vida en peligro; los pasos de dos criaturas humanas que, después de muchos años, devoran el último trayecto del espacio inmenso que las separa, corriendo la una hacia la otra, como si quisieran envolverse para siempre y fundirse en un solo cuerpo; los pasos de la misera mujer que, con un niño en brazos, acompaña hasta que se lo consienten las fuerzas, al tren que parte, para hacer la última recomendación y el último ruego al marido que emigra á tierras lejanas, no viendo nada más en el mundo que los ojos que piden y la mano que promete; ó los pasos desiguales, violentos, insensatos, de los cuales sonríe el observador sin entrañas, pero que hacen estremecer al corazón en el que vibra todavía una fibra de hombre, pasos que dicen bondad, piedad, valor, amor, y que dejan impresas en la memoria como palabras dulces y solemnes, afirmando la gentileza de la naturaleza humana.

**

—Y de la gracia, de la belleza ideal de ciertos andares de mujer, no hay que decir nada?—Y cómo decir, con una pobre pluma entre los dedos? El mismo Petrarca no pudo decir de ellos otra cosa que

No era el andar suyo cosa mortal

en verso «de regia extirpe», como diría un crítico argentino; pero que en suma no da una imagen determinada; y aquel otro suyo,

Y dulces pasos honestamente mueve

bello también; y el verso del Dante

Púdica de rostro y en el andar honesto

gentilísimo; y aquellos en que describe los andares de Matilde que dan mejor el color que la línea, y estupendo es aquel sencillito *incessu potuit* de Virgilio, magüer sea muy vago. Tratar de analizar el encanto de ciertos andares femeniles es como querer dar con palabras idea de una melodía, y lo cierto es que, si alguna cosa resume el efecto misterioso de la música, es precisamente esto. Hay andares en que la ondulación tiernísima de toda la persona, los movimientos de tórtola de la cabeza y del cuello, un resto de gracia de niña, un algo de dignidad matronal, un contraste de pudor y de requiebro, de languidez y de ardor, son entre sí admirablemente confundidos en un todo armónico, que en el ojo que lo admira, y que no guardará la imagen por siempre, ninguna particularidad decible se imprime. Hay andares que expresan ingenuidad, rectitud, devoción, dulzura, y otros que figuran sensualidad, capricho, alegría, satisfacción de vivir, que dicen *si ó no* de cien maneras igualmente amables, que son una provocación ó una caricia continua, que tienen el significado de una multitud de palabras suaves, dichas la una tras la otra, en confusión, revueltas todas y como difusas por el aire.

Hay andares bizarros y graciosos, con un movimiento rítmico de una parte de la persona; que saben ocultar un defecto, de una atracción particular, extraña ó indefinible, que despiertan en quien los ve un recuerdo inquietante, como el de un gemido, de una sonrisa ó de un beso.

Hay andares de una ligereza angélica, casi incomprendible, que parece que la bella persona no se apoye ni se mueva, como otras; de una fuerza propia, pero movida por una fuerza extraña, que la levanta á filo de tierra y la lleva «á enseñar el milagro» con el vuelo y el paso, como

una forma impalpable, una idea vestida de semblante humano.

Y hay también otros andares que expresan más plenamente la potencia y el triunfo de la belleza, la conciencia de ser la felicidad y el orgullo de otra criatura, la admiración y el deseo de otras mil, una obra maestra de la Naturaleza, un ídolo del mundo, la más terriblemente bella de las cosas creadas; y son así una luminosa imagen, que la juventud no ofende ni aún con el pensamiento y la respecta también el vulgo, y de la que dicen los viejos, mirándola, con un sentido de lamento:—Pasa la belleza, pasa el amor, pasa cuanto hay de más dulce y de más caro en la vida!... Adiós!

¡Oh, enfermos de tedió! Si tenéis una ventana que mire á una calle frecuentada, tenéis el mejor de los remedios: no tenéis más que asomaros y observar: y es un remedio aceptable también para el que odia á la humanidad, porque para divertirse le basta mirar á sus semejantes de cintura abajo. Mirad aquel desconocido que *pie tras pie apenas coloca*, que camina y está siempre allí y que no sabéis decir en qué momento se echa adelante ó atrás: él no puede ser sino uno de aquellos empleados juiciosos para el cual el regalar un minuto al Gobierno es una mala acción, como el dar un escudo á un bribón.

Mirad aquellos dos compases que, ora alargan, ora acortan el paso, ora doblan á derecha, ora á izquierda: ¡oh! buen trabajo tiene el buen señor á que pertenecen, para disimular á los transeúntes que lo que regula su paso no es su cerebro, sino el sombrerito de tres plumas que ha pasado poco antes y que podéis ver todavía á medio tiro de pistola más adelante.

He ahí una bella modista: observadla bien: tiene unos andares típicos, bastante interesantes y no raros: un mo-

vimiento ligero de columpio de frente, que, por producto de una articulación desconocida, semeja á los movimientos de la *danza del vientre*, un acto continuo de oferta y de denegación que os dá que pensar.

Mirad aquel señor que *marca el paso* con impaciencia visible, vigilante á todo aquello que le impida un momento el camino; he ahí un hombre indefinido: un orgulloso que cree que la acera se hizo para él solo, y que diría á todos: Abajo, vil artesano!—como que es enemigo de fray Cristóbal, si no tuviese miedo de tropezar alguna vez con un nervio de buey. Y es menester decir, que aquel que viene detrás es un oficial vestido de paisano? Basta observar los movimientos que hace á cada paso su pierna derecha, acostumbrada á describir un medio arco para no tropezar con una espada: una costumbre marcial que hace mucha impresión al bello sexo.

Este otro es un joven señor que monta, pero de poco tiempo, y se ve que lo quiere hacer adivinar en el modo cómo alarga las piernas y arrastra los pies en señal de patricio desprecio por nuestro medio vulgar de locomoción.

Ved ahora un paso rígido, acompasado, decidido: aquel debe ser un señor de sentido y de propósitos. Eh! no; es más bien todo lo contrario, porque hace todos los días el propósito de ser sobrio y no lo mantiene nunca; no son pensamientos que él lleva en giro, son vidrios; sus pasos son demasiado afectados para ser naturales; é infatuado, miradle bien, él se tiene firme sobre las piernas, pero la dirección de su camino es incierta, describe curvas ligerísimas, como el *Ferravilla* del *Síndico Bertoldo*, grandes eses alargadas, que dicen claramente que no va adonde quiere. Ciertó que no será, todavía, al punto del flaqueamiento que le viene detrás: mirad cómo sus piernas reproducen, escriben casi, á modo de pletismógrafo, los andares de su pensamiento; son las mismas disparidades, las mismas imperfecciones ó faltas de previsión, las mismas bruscas

paradas, el mismo andar de rodrigón calavera, que hace su mente.

De los demás, hay en los andares de todos, á cierta hora, alguna cosa de particular. ¡Cómo se ve que es el toque después de mediodía! Hay en todos, á esa hora, un paso más reposado que el de la mañana y el de las dos de la tarde en que estamos, un cierto andar lento y de contento, como de gente que se calienta al sol. Es evidentísimo que los ciudadanos han comido.

Desde mi ventana, que da sobre un jardín público, estudio preferentemente el andar comparado de los niños y los viejos. ¡Cuánto se resume en el andar! La debilidad, la incertez de juicios, el temor de la caída, producen en las dos edades los mismos movimientos, á los cuales despierta un sentimiento diverso, toda vez que en los unos son los primeros y en los otros los últimos pasos de su viaje. Hay en los niños y en los viejos los mismos vaivenes, las mismas vacilaciones, aquel posar con cautela los pies iguales, aquel buscar la tierra con el pie, aquel rodar de aquí y de allí, caminando primero con la cabeza que con la mirada, y el mismo miedo de correr con el busto entero para guardar el equilibrio, y los mismos sobresaltos al encontrarse solos en el vacío, cuando les abandona un momento el que les acompaña.

En verdad hay panzuditos de un año que tienen los andares de gruesos banqueros *podagrosos*, de majestuosos senadores atormentados de callos, de redondos frailes llevando en la procesión una cruz pesada, el modo de andar de Ernesto Rossi en *Luis onceno* y de Cesar Rossi en *El Papá Martín*. Los más airosos, saltando un poco la edad, son los andares de las niñas, entre los cuales se ven ciertos paecidos ó imitaciones de grandes señoras, cierta precocidad

de movimiento de caderas, ciertos saltos de lado, como para hacer serpentear con elegancia una cola imaginaria, que hacen caer alguna vez en la tentación de detenerlas para preguntarlas *qué es lo que se creen* y tratarlas de mocosas y de frívolas. Y es de agradable efecto cuando una de esas miniaturas de duquesa ó de marquesa, despojándose un instante de su cáscara, detiene su noble paso para levantarse el vestido con un puñado y tirarse de una media hasta el muslo, ó desata de improviso una carrera desenfundada de ratero haciendo saltar los talones hasta las corvas, que se ven blanquear desde la ventana.

Pero los más amenos de todos, son los andares de los niños cuando sienten frío, que caminan doblados como una C, con la cabeza metida entre los hombros, con las rodillas que se besan, dando tres pasos sobre su pantufo, atemorizados en ciertos momentos, como si se encontrasen solos en medio de un desierto polar, verdadera imagen del último grado de pequeñez y de encartonamiento á que puede reducirse el cuerpo humano ambulante. Y cuando, por último, se ven dos juntos y solos, que van á la escuela de aquel modo, hombro con hombro y costado contra costado, tamblando y apretados entre sí, como dos gorrioncillos atontados, mostrando á quien viene detrás las dos gibas gemelas, pegados como dos medias naranjas, son tan graciosos y simpáticos, que dan ganas de seguir sus pasos hasta el santuario de la Ciencia.

Qué idea de cubrir aquella gracia entalegando los niños en estos trajes de ahora, que les hacen parecer otros tantos miembros del Consejo de los Diez! ¡Ocultar el paso del niño! Es un delito de lesa gracia, como el de enguantarle hasta los codos y enharinarle la cara.

* *

Forman un orden particular, variadísimo, los andares bufos, de los cuales guardamos el recuerdo en aquel pre-

cioso compartimiento de las imágenes decoradas, que se abre por sí en nuestros momentos felices, y á que solemos recurrir, forzando la cerradura, en las horas tristes, como ciertos desgraciados recurren á la cantina para consolarse. La hilaridad que aquellos andares despiertan en vos al contemplarlos por la calle, brilla en los ojos de otros transeuntes, que no pueden separar la mirada del espectáculo y que alguna vez van detrás de la persona que lo ofrece para prolongarse el deleite, como los muchachos van detrás de las máscaras.

Definir los elementos de aquella comedia, no es posible ni á la palabra ni á la escritura. Son expresión de cabezas mal atadas, atávicas, diferentes y desiguales, pretensiones de elegancia de piernas cortadas á podadera, movimientos de marioneta, especie de diversión y de gracia burlesca, de pasos de contradanza, de visajes, por decirlo así, de los miembros que excitan gestos ó curiosidad y hacen pensar que sean, quizá, vagos indicios de ciertas ridiculeces del ánimo, de ciertos vicios ó costumbres viciosas de la vista, ó un extravío del cerebro. Son también en gran parte semejanzas extravagantes con el andar de ciertos animales: del pato, del gallo, del cerdo, y también del «animal negro»; de bestias de tiro y de animales amaestrados; torcimientos del cuerpo, como aquellos que hacen caminando ciertos pequeños perros ateridos de frío; pasos de oso, movimientos de insectos estropeados.

Se observa muy á menudo en las personas que se apresuran hacia la estación de la vía férrea, cuando el tren está para partir, ó corren detrás del tranvía que no pueden alcanzar.

Pero no son nunca tan curiosos de verse como al paso de una banda militar, cuando los sujetos observadores dan involuntariamente al paso la cadencia de la «marcha», y á toda su persona un cierto brío atrevido de porte militar, sin una sospecha al mundo de las miradas rientes que le acompañan; el espectáculo es algunas veces de una fuerza

cómica irresistible, capaz de hacer caer las lágrimas de los ojos. Y es singular cómo muchos de estos andares, igualmente excitables á la risa, despiertan un sentimiento de despecho ó de cólera, pero de cólera agradable; un sentimiento de antipatía impulsiva, algo semejante á lo que sentimos por ciertos defectos de pronunciación y por ciertos estribillos tontos, y alguna vez también un deseo loco y maligno de abordar á la persona y acusarla de sin gracia, riéndole en la cara su «característica» bufa, como se dice á un solfeador importuno que no se cansa de desentonar, ó también la tentación burlona de *hacérselo* presentar ó de estrechar con él relaciones, así por verle por dentro, como por divertirse más del vecino. Y no es crueldad, ¡santo Dios! porque no se ríe uno tanto de ello cuanto de la grande caricaturista madre naturaleza, que se encapricha de tan extrañas formas á costa nuestra, que de tantos modos diversos y con tan pequeños medios nos rinde ridículos y hace bafa de nuestro cuerpo y de nuestro orgullo.

Esos andares cómicos se encuentran en las gentes de todas condiciones sociales; pero en los andares ordinarios existe entre la clase señorial y la clase pobre una gran diferencia. Es menos sensible esta diferencia entre la juventud de una y de la otra clase, porque la vanidad de la edad bella, el deseo y la esperanza del placer, y la ambición de parecer superior á la condición propia, impulsa al uno y al otro sexo de la clase inferior á la imitación de la elegancia de que tiene ejemplo en lo alto. La diferencia más visible empieza en la edad en que, desvanecido el sueño, entran de lleno en la «espera ó instante misterioso» como la llama un gran poeta, la resignación al propio estado, y dominada la fibra por la fatiga, casi cesa en la gente pobre toda valedad de parecer más que sus iguales. Rarisimo es encontrar en el pueblo, de cuarenta años arri-

ba, hombres ó mujeres que pongan un estudio, un artificio en los andares, sino para ocultar un ligero defecto físico, y es en tal caso más bien un hábito contraído en ellos en los años juveniles, mejor que un esfuerzo pensado y continuo. Los obreros maduros tienen casi todos el paso largo del viajero pedestre, el bamboleo de los brazos del que está fatigado, el modo de plantar los pies del que está acostumbrado á llevar peso, el bamboleo del busto del que tiene necesidad de facilitar la impulsión de las piernas fatigadas, el doblar de las piernas del que está acostumbrado á arrodillarse y á encorvarse. Esta diferencia entre los andares es tan notable, que una de aquellas criaturas imaginarias de Flamarion, que descendieron á la tierra desde un mundo mejor, lo primero que preguntó á su guía, fué por qué una parte de los habitantes de aquí caminaban de un modo, y otra de otro. Tan es cierto, que la joven montañesa bajada á la ciudad, ríe de los andares de la señora, como de una caricatura pueril, y el campesino mira los del elegante que pasa, por caso raro, por su campo, como nosotros miramos el andar de un *kanguro* ó de una mona. Vestid igualmente á todos los habitantes de una ciudad de costumbres señoriales, y distinguiréis todavía á los primeros pasos todos aquellos para quienes la vida es ligera, de todos aquellos para quienes es pesada, aquellos que viven la vida, de aquellos que la abandonan, ó como decía el pobre Tito Livio Gianchetti, los «señoreantes» de los «señoreados»... Se ve una parte de la población que dice con su andar:

—Yo trabajo para mis semejantes con el pensamiento, soy una planta fina de la sociedad, un «director», una de aquellas criaturas á quienes se ha encargado el oficio de encarnar una forma de urbanidad ó de vida que sirva de ideal á la multitud.—Y otra parte de la población que dice en su modo de caminar:

—Yo no soy más que número y fuerza; yo trabajo para nutrirme y para vestirme, yo no soy nada ni ambiciono

nada, yo pretendo solamente que no me consuman el pan y que me dejen en paz.

¿Y la diversidad de andares entre los pueblos? Hé aquí un asunto para hacer la fortuna de un cinetoscopio. Ver pasar una detrás de la otra á una señora inglesa, andando á saltitos, y á una bella romana con el airoso porte altivo, y después á una negra del Sahara con el paso viril (compuesto, como dice Fromentin, de un balanceo difícil de describir), seguida de una dama turca, balanceándose de otro modo, por efecto de las piernas arqueadas por el uso de cruzarlas al sentarse, y de una china remando con los brazos para tenerse en equilibrio sobre sus deformados pies, sería un espectáculo para hacer meditar. Y viendo pasar á hombres de todos los pueblos, no sería difícil distinguir en sus andares á los habitantes de un país quebrado, de aquellos de país llano, á los de países arenosos, de los de países de tierra sólida, á los de una raza trabajadora, de los de una raza haragana. Un escultor conocido, que ha hecho un estudio sobre el asunto, cree que en el andar se puede adivinar aún más: él se jacta de distinguir una hebrea de una cristiana, porque aquella tiene el andar más lánguido; una señora habitante de una ciudad empedrada, de una que habite una ciudad nivelada, porque aquella tiene el paso menos igual; la que vive en una ciudad empedrada de la que vive en una ciudad desempedrada, porque aquella tiene un modo más canto de sentar el pie. Por ejemplo, él afirma como una verdad matemática, que las mujeres de Turín son entre todas las mujeres de Italia las que caminan más listas; un rayo parecen al atravesar la calle. Más atrevido que él, un docto escritor del Río de la Plata, afirma saber distinguir un argentino de un europeo en el andar más ligero, proveniente de que el uno apoya menos que el otro el peso del

cuerpo sobre los talones y sobre la planta del pie, y más sobre las junturas que dan movimiento á los dedos. Y así es. Mas, de cualquier modo que sea, *hay un libro á escribir*, como dicen los franceses, sobre este asunto. Y hay que tener cuidado de buscar á ese propósito, también, las variaciones de la moda, que sin duda fueron muchas, porque, para citar pocos ejemplos, caminaron ciertamente de otro modo los elegantes parisienses durante la revolución francesa, que en tiempos del antiguo régimen, cuando á caminar enseñaba el maestro de baile; y los *currutacos* debieron haber tomado su andar, que no usaban los jóvenes nobles de los años anteriores, y los patricios lombardos del principio de siglo no debieron caminar como el «joven señor» de la Sabina, que por distinguirse del vulgo «discurría la calle cuasi relámpago» y los elegantes de hoy no caminan como los gomosos de ayer; no caminaban como nosotros nuestros padres, cuando era moda el hacer rechinar los zapatos y sonar los tacones de hierro, y todos podemos observar hoy, en las muchachas, un movimiento de rotación del busto, un sacudimiento alternado de las espaldas y hombros, que dice:—Dejadme estar;—unos andares sueltos y determinados que no tenían varios años hace, cuando caminaban á modo de fantoches de goma elástica, á pequeñas sacudidas de sobresalto, como para hacer resaltar el talante como una bandera de la que fueran el asta.

¡Ah! ¡Mundo ameno! ¡Y hay todavía quién se aburre!

**

Otro bello asunto: los andares de los hombres célebres. ¿Por qué jamás sus biógrafos nos han dicho de qué modo sus héroes caminaban? Y, sin embargo, de ningún hombre célebre viviente me parece conocer plenamente la persona, sino después de haber observado su paso, y si de un muerto famoso se ha notado algo de parti-

nada, yo pretendo solamente que no me consuman el pan y que me dejen en paz.

¿Y la diversidad de andares entre los pueblos? Hé aquí un asunto para hacer la fortuna de un cinetoscopio. Ver pasar una detrás de la otra á una señora inglesa, andando á saltitos, y á una bella romana con el aire porte altivo, y después á una negra del Sahara con el paso viril (compuesto, como dice Fromentin, de un balanceo difícil de describir), seguida de una dama turca, balanceándose de otro modo, por efecto de las piernas arqueadas por el uso de cruzarlas al sentarse, y de una china remando con los brazos para tenerse en equilibrio sobre sus deformados pies, sería un espectáculo para hacer meditar. Y viendo pasar á hombres de todos los pueblos, no sería difícil distinguir en sus andares á los habitantes de un país quebrado, de aquellos de país llano, á los de países arenosos, de los de países de tierra sólida, á los de una raza trabajadora, de los de una raza haragana. Un escultor conocido, que ha hecho un estudio sobre el asunto, cree que en el andar se puede adivinar aún más: él se jacta de distinguir una hebrea de una cristiana, porque aquella tiene el andar más lánguido; una señora habitante de una ciudad empinada, de una que habite una ciudad nivelada, porque aquella tiene el paso menos igual; la que vive en una ciudad empedrada de la que vive en una ciudad desempedrada, porque aquella tiene un modo más cunto de sentar el pie. Por ejemplo, él afirma como una verdad matemática, que las mujeres de Turín son entre todas las mujeres de Italia las que caminan más listas; un rayo parecen al atravesar la calle. Más atrevido que él, un docto escritor del Río de la Plata, afirma saber distinguir un argentino de un europeo en el andar más ligero, proveniente de que el uno apoya menos que el otro el peso del

cuerpo sobre los talones y sobre la planta del pie, y más sobre las junturas que dan movimiento á los dedos. Y así es. Mas, de cualquier modo que sea, *hay un libro á escribir*, como dicen los franceses, sobre este asunto. Y hay que tener cuidado de buscar á ese propósito, también, las variaciones de la moda, que sin duda fueron muchas, porque, para citar pocos ejemplos, caminaron ciertamente de otro modo los elegantes parisienses durante la revolución francesa, que en tiempos del antiguo régimen, cuando á caminar enseñaba el maestro de baile; y los *currutacos* debieron haber tomado su andar, que no usaban los jóvenes nobles de los años anteriores, y los patricios lombardos del principio de siglo no debieron caminar como el «joven señor» de la Sabina, que por distinguirse del vulgo «discurría la calle cussi relámpago» y los elegantes de hoy no caminan como los gomosos de ayer; no caminaban como nosotros nuestros padres, cuando era moda el hacer rechinar los zapatos y sonar los tacones de hierro, y todos podemos observar hoy, en las muchachas, un movimiento de rotación del busto, un sacudimiento alternado de las espaldas y hombros, que dice:—Dejadme estar;—unos andares sueltos y determinados que no tenían varios años hace, cuando caminaban á modo de fantoches de goma elástica, á pequeñas sacudidas de sobresalto, como para hacer resaltar el talante como una bandera de la que fueran el asta.

¡Ahl! ¡Mundo ameno! ¡Y hay todavía quién se aburre!

*
* *

Otro bello asunto: los andares de los hombres célebres. ¿Por qué jamás sus biógrafos nos han dicho de qué modo sus héroes caminaban? Y, sin embargo, de ningún hombre célebre viviente me parece conocer plenamente la persona, sino después de haber observado su paso, y si de un muerto famoso se ha notado algo de parti-

cular en el andar, bastante más frecuente que sentado é inmóvil como dentro del marco de un cuadro, nos lo figuraremos ambulante, porque así nos parece aún vivo. Así acontece en mí y creo que acontecerá á todos.

Siempre veo caminar por una calle solitaria á Dante Alighieri.

«que hace de sí un medio arco de puente algo encorvado», como dice uno de sus biógrafos, Víctor Alfieri, con paso grave y con la cabeza á tierra inclinada. José Pazini lento y circunspecto, Hugo Foscolo con paso presto.

«prontos los pasos, el pensamiento, los actos, los acentos.»

Byron y Walter Scott un poco cojeando; Juan Bautista Nicolini, que lleva las piernas tíasas como dos ganchos de acero, á cuyo paso cada cual parece que imprime ó graba en su mente la idea de «un paso de hombre libre en tierra libre», que como dice Guerrazzi, fué también el paso de Nino Bixio, y el de Guerrazzi mismo, que es el paso de José Verdi; el Longfellow con sus andares con la cabeza erguida, de una nobleza ideal, como escribe uno de sus amigos; Napoleón III *trainant les jaupes et les reins flottants*, de un andar indeciso como su espíritu. José Garibaldi, con su paso de marinero acostumbrado á buscar el equilibrio sobre el puente móvil del barco, con un pie un poco vuelto hacia dentro y como fatigado.

Recuerdo como uno de los más conformes con el carácter de la persona, el modo de andar de Quintino Sella y el de Silvio Spaventa, que eran parecidísimos; parecía, por servirme de la bella expresión de Julio Vallés, que, moviendo las piernas, trasplantasen los árboles. Uno de los andares más singulares fué el de Juan Prati, que tenía el paso de un viandante que directamente se encaminase á un término lejano, con la cabeza un poco inclinada de un lado, como Alejandro y Condé, y los ojos siempre vueltos á la tierra, á cinco pasos delante de sí, como si fijamente mirase á un perrito que lo precediera siempre á igual dis-

tancia. Y veo los andares propios de Pedro Cossa, que caminaba á pasos tardos y escasos, mirando á derecha é izquierda y al espacio, con los ojos de un hombre para quien el tiempo no tiene medida, y que el acordarse de la hora de la comida ó del tiempo de la jornada, es un milagro. Un conterráneo, ilustre poeta dramático, camina á pasos largos y plácidos, ondulantes, como dice de la gente de la montaña Fucini; unos andares que expresan adaptablemente su índole sencilla y buena. En fin, es un andar de los más originales que yo haya visto jamás, los andares de César Lombroso; un andar á pequeños pasos de cuatro dedos, rápidos y ligerísimos, como de uno que quiera sorprender sin ser visto, por la espalda, á un deudor, y que se escurre, más bien que camina, sobre dos carriles invisibles. Pero no son los más originales los andares que se pueden describir: los hay originalísimos que escapan á toda descripción y que también, vistos una vez, no se olvidan jamás y hacen pensar siempre, como manifestaciones abiertas del ánimo, en un orden de sentimientos de una vida entera.

*
* *

Y hay también andares y pasos que hacen meditar, pero que quisiéramos no haber visto jamás; pasos de criatura á oscuras, en las tinieblas de una ciudad desconocida; pasos de agonía y de desesperación, más terribles que los gritos, mucho más terribles, porque son mudos: el paso de la madre que se arrastra tras el féretro de su hijo y que os hace exclamar:

—Esa mujer no volverá más á su casa; su corazón se despedazará al caer la primera paletada sobre la caja; el paso del herido, desigual y errante, que revela en el acto el balbuciar de un enfermo en delirio, y parece que persigue la vida que huye de las venas; el paso de fantasma de la mujer que corre á la ventana, al terraplén ó á al pretil

del puente, para precipitar un amor traicionado en la calle ó en el río; el paso del hombre desatinado ó loco de ira que va contra su semejante con la muerte en el puño; pasos de borrachos, de locos ó de fieras, en los cuales el sér humano rompe los vínculos que lo ligan á la sociedad y se lanza hacia la barbarie.

Nada en el mundo os da una idea más espantable de la descomposición de conciencia, que aquella carrera vacilante, aquel frenesí feroz de los pies hollando el último resto de humanidad caído del alma, y del que sentís todas las pisadas como si os pasasen sobre el corazón. Y aún más tremendo que la faz pálida, de una blancura no humana, es el paso del condenado á muerte, es el temblar de aquellas piernas flojas y apretadas como por una goma, que algo atrae al centro de la tierra, es el arrastrar de aquellos pies que parecen ya ahondarse en la fosa, es el deshacimiento misero del cuerpo y de la razón, que trasparentea en aquel continuo amarillecer, en aquellos pasos débiles, á la vez que solemnes, que la víctima sabe son los últimos que mueve bajo el cielo, y que os hacen preguntar con horror por qué se da todavía un suplicio á quien ha sufrido ya el más horrendo de los suplicios, por qué se echa fuera del calabozo á aquel cuerpo en el cual no existe ya el alma, á aquel andrajo humano que sueña, á aquel cadáver que se siente ya cadáver. ¡Oh, abominable ley! Si alguna vez hubiese visto aquellos pasos la señora delicada ó el jurista grave que creen en Dios y quieren el hacha y la cuerda, seguramente que ellos no oirían de nuevo impróvidamente el ruido en torno de sí,—aquel ruido lento y horrible—cuando levantan el patíbulo, y suspendería la frase el veredicto para aguzar el oído, temblando por si aquel sonido se avecinase y aquellos pies les pisoteasen el corazón.

* * *

Y en fuerza de pensar en este asunto, desde ha muchos días, no puedo jamás librar al pensamiento, y todo cuanto veo me lo recuerda. Bajo á la calle, encuentro un viejo encorvado que camina con mucho trabajo, y dígame á mí mismo:—Un día caminarás así, tal vez antes de llegar á su edad; llevo un rato en la cabeza su imagen, como una previsión de la mía, tristemente, como presa de una piedad profunda por la muerte de mis esperanzas y de mis ambiciones.

Encuentro un joven que camina á pasos de conquistador, con la frente alta y los ojos llenos de atrevimiento, y dígame á mí mismo:—Es injusto el sentimiento de despecho que os inspira y despierta: caminabas tú también de ese modo cuando creíste marchar á la conquista del mundo: cédile el paso con una sonrisa: es su camino.—Pasa un obrero cansado, con el andar tosco ó inculto y fatigoso, y yo me pregunto:—¡Oh! ¿no vendrá jamás el tiempo en que el trabajo no postre ó no deforme á la criatura humana, que no deje jamás en él como la huella ó vestigio de una tortura, y que le hermosee el cuerpo, como si quisiera que le ennobleciese el alma, y le diera aspecto de dignidad, como dignidad de la vida?—Pasa un hombre con los andares impetuosos y descompuestos, que me tropieza con el brazo, y con el corazón le dirijo el apóstrofe de villano; pero me enderezo y, volviéndome, digo:—¡Ah! no; lo reconozco en el paso, no es un villano; es uno de los muchos infelices que huye á cualquier hora del más horrendo de los tormentos humanos; de una familia ingrata, discorde y cruel.

Y así comentando todos los pasos, siguiendo el camino, atraveso la ciudad, paso el río, salgo al monte, y, asomándome al boulevard de los Capuchinos, permanezco maravillado, como de cosa inesperada, de que de aquella pequeña altura no se vea diferencia alguna de porte entre aquellas pequeñas criaturas obscuras que giran por la vía abajo, que aparecen todas iguales como si semejasen insectos; y

tiendo la mirada más lejos, más allá del cercado, hasta un vasto campo cerrado, hirsuto y sembrado de cruces y blanquecinas piedras, y al compararlo con la gente que hormigüea debajo y que deberá terminar allí toda cuenta, me parece que todos aquellos giros, aquella gran vía abigarrada, aquel cruzarse en todas direcciones, no se ha hecho sino para retardar y no pensar en el momento siempre cercano en que deberán encaminarse hacia aquella silenciosa morada.

Y, cómo me parecen extraños, entonces, y dignos de compasión y ridículos, todos aquellos diversos modos de andar que observé poco antes, todas aquellas gracias y melindres, todo aquel arte ambulante de la vanidad y del orgullo, toda aquella ficción carnavalesca y histérica! Me parece que al volver en medio de aquel hormiguero no podré hacer otra cosa que sacudir la cabeza continuamente, en señal de conmiseración y de desprecio.

Y con este pensamiento descendo del collado, me encuentro sobre el puente, resuelto á entrar en la plaza, y al ver en una esquina á dos personas que me observan, olvido por un momento mi nueva filosofía, corrijo presurosamente mis andares, y vuelvo a ser actor, también, de la gran comedia.



LIBRO SEGUNDO

Entre poetas

Una visita á Julio Verne

Fuimos á encontrar al eximio escritor á Amiens, donde está todo el año, á dos horas y media del camino de hierro de París. Una carta escrita por él á mi buen amigo Caponi me aseguraba que mi acogida sería más que cortés, y esta certeza hacía más vivo aún mi antiguo deseo y el de dos apreciables jóvenes que me acompañaban, de conocer personalmente al autor admirado y querido de los *Viajes extraordinarios*; el cual, aparte de sus libros, nos era desconocido enteramente, porque no habíamos visto nunca ningún retrato suyo.

Hablamos precisamente, durante el viaje, del caso singular, que de un escritor francés y viviente y tan célebre

tiendo la mirada más lejos, más allá del cercado, hasta un vasto campo cerrado, hirsuto y sembrado de cruces y blanquecinas piedras, y al compararlo con la gente que hormigüea debajo y que deberá terminar allí toda cuenta, me parece que todos aquellos giros, aquella gran vía abigarrada, aquel cruzarse en todas direcciones, no se ha hecho sino para retardar y no pensar en el momento siempre cercano en que deberán encaminarse hacia aquella silenciosa morada.

Y, cómo me parecen extraños, entonces, y dignos de compasión y ridículos, todos aquellos diversos modos de andar que observé poco antes, todas aquellas gracias y melindres, todo aquel arte ambulante de la vanidad y del orgullo, toda aquella ficción carnavalesca y histérica! Me parece que al volver en medio de aquel hormiguero no podré hacer otra cosa que sacudir la cabeza continuamente, en señal de conmiseración y de desprecio.

Y con este pensamiento descendo del collado, me encuentro sobre el puente, resuelto á entrar en la plaza, y al ver en una esquina á dos personas que me observan, olvido por un momento mi nueva filosofía, corrijo presurosamente mis andares, y vuelvo a ser actor, también, de la gran comedia.



LIBRO SEGUNDO

Entre poetas

Una visita á Julio Verne

Fuimos á encontrar al eximio escritor á Amiens, donde está todo el año, á dos horas y media del camino de hierro de París. Una carta escrita por él á mi buen amigo Caponi me aseguraba que mi acogida sería más que cortés, y esta certeza hacía más vivo aún mi antiguo deseo y el de dos apreciables jóvenes que me acompañaban, de conocer personalmente al autor admirado y querido de los *Viajes extraordinarios*; el cual, aparte de sus libros, nos era desconocido enteramente, porque no habíamos visto nunca ningún retrato suyo.

Hablamos precisamente, durante el viaje, del caso singular, que de un escritor francés y viviente y tan célebre

se supiera entre la generalidad de sus lectores tan poco, cuando del carácter y de la vida de casi todos los demás se tenían noticias continuas y detalladas y hasta indiscretas, como del rey ó del emperador; y nuestra curiosidad acrecía con el misterio.

Llamamos á la puerta de un pequeño palacio, situado á la entrada de una calle solitaria, en un barrio señóril, que parecía deshabitado. Nos abrió una mujer, que nos hizo atravesar un pequeño jardín y entrar en una amplia sala baja, llena de luz, y enseguida compareció Julio Verne, con el semblante risueño y tendiéndonos las manos.

Si, al encontrarle sin conocerlo, se me hubiera ocurrido adivinar su condición, habríame dicho: un general de cuartel, ó un profesor de física y matemáticas, ó un jefe de división del Ministerio: nunca un artista. No representa los ochenta años de edad, que está muy próximo á cumplir, tiene un poco, algo de la apostura de José Verdi, un rostro grave y bueno, ninguna vivacidad artística en la mirada ni en la palabra, maneras sencillísimas, la impresión de una gran sinceridad en todas las manifestaciones más fugaces del sentimiento ó del pensamiento; el lenguaje, los gestos, el modo de vestir de un hombre á quien no le importan absolutamente nada las apariencias. Mi primer sentimiento, después del placer de verlo, fué de estupor. Excepto en la bondad del aspecto y en la afabilidad de las maneras, no reconocí nada de común entre el Verne que tenía delante y el que tenía impreso en mi imaginación. Y tornaron á mi mente las palabras que me había dicho, entre facecioso y serio, un amigo mío de Turin:—¿Va usted á ver á Julio Verne? Pero si Julio Verne no existe! ¿No sabe usted que los *Viajes extraordinarios* son de una sociedad de escritores que han tomado un pseudónimo colectivo?

Creció mi estupor cuando, llevado á hablar de sus obras, habló de un modo distraído, como hubiera hecho de las obras de otro, ó mejor, como de cosa en la que no entrase

mérito alguno suyo; de una colección de estampas ó de monedas que hubiese adquirido, ó de la cual se ocupase más por necesidad de hacer algo que por pasión del arte.

Al principio intentó muchas veces apartar la conversación de sí mismo para dirigirla cortesmente sobre otra persona, y, no consiguiéndolo, la hizo recaer donosamente sobre sus dos jóvenes visitantes; pero fué, sin embargo, obligado, al fin, por una demanda directa, á explicar su modo de concebir y de escribir, y lo hizo en pocas palabras, con gran sencillez y una claridad admirables.

*
*
*

Al contrario de lo que yo creía, el ilustre novelador no se entretiene en hacer pesquisas en torno de uno ó de más países, después de haber imaginado los personajes y los sucesos de la novela que se propone desenvolver: hace á veces, primero, mucha lectura histórica y geográfica relativa á los países mismos, como si de éstos no hubiese de hacer otra cosa que una descripción amplia y extensa: los personajes, los hechos principales y los episodios de la novela le surgen de la mente durante la lectura, inspirados en la lectura misma, en la cual no procede con la curiosidad circunscrita y con la presteza impaciente de un buscador de noticias útiles á otro fin, sino con el amor y con el deleite de un apasionado de aquellos estudios. Cuanto á los conocimientos variados que le ocurren, y que en sus novelas son profusos, de física, de química, de astronomía, de historia natural, de mucho tiempo que no ha tenido necesidad de buscarlos uno por uno, pues fueron durante su primera juventud su lectura predilecta, y por ello, ó los tiene en la memoria ó los encuentra en una colección enorme de apuntes que ha tomado siempre y va tomando continuamente de libros, revistas y periódicos, sin descuidar nada referente á viajes, á descubrimientos, á fenómenos, á sucesos y á perso-

najes singulares, que él crea pueden ayudarle de algún modo en sus trabajos futuros. Y respecto á la escogitación de los países, que deben ser campo de sus novelas, guíase generalmente por un concepto que estaba bastante lejos de imaginar. Se ha propuesto describir en sus *Viajes extraordinarios* toda la tierra; para ello, procede de región en región, según cierto orden preestablecido, no volviendo, sino por necesidad y lo más brevemente posible, sobre los países que ya ha recorrido. Muchas regiones, sin embargo, le aumentan, y tiene hecha ya la cuenta de las novelas que ha de escribir todavía, á fin de colorear por entero su diseño.

—¿No tendré tiempo?—dice sonriendo.

Lo espera, como lo esperamos todos, y en tanto no pierde una jornada. Escribe, por regla general, dos novelas al año, no dando á la luz pública más que una, porque las publicaciones no se atropellen: de ahí que tiene siempre muchas en cartera esperando turno. Se acuesta casi todas las noches á las ocho: por la mañana á las cuatro está ya levantado, y trabaja hasta mediodía. Así lo hizo siempre, hasta cuando viajaba; así continuará haciéndolo, hasta que podrá.

—Tengo necesidad de trabajar,—terminó diciendo.—El trabajo ha llegado á hacerse para mí tan necesario como una función vital. Si no trabajo no me parece que vivo.»

*
*
*

Tuve en aquel momento una sorpresa agradable: compareció la señora Verne.

Figuráos una corona de hermosos cabellos blancos sobre un rostro redondo y roseo, dos ojos grandes y expresivos que sonríen siempre, y una boca juvenil, llena de bondad y de dulzura, y tendréis el retrato abocetado.

A la sencillez de modales del marido añadid la vivacidad y la gracia, á su franqueza cordial una ingenuidad de lenguaje y de ánimo que hace pensar en que los cabellos

estén empolvados y en que las ligeras líneas impresas por los años sobre su rostro, todavía terso, sean hechas, para engañar al mundo, por el pincel de un pintor miniaturista, y el retrato será completo.

Ella habló enseguida de Italia, recordando la acogida festiva que tuvo su marido, en especial modo en Venecia.

—Sabed,—dijo,—que iluminaron la fachada de su albergue y con luces dibujaron su nombre sobre la terraza.

Refirió enseguida la visita que en Nápoles le rindió un gentil señor, para expresarle su admiración, sin decirle quién fuese, y descubriéndose después que era un archiduque austriaco, al mandar desde Viena una espléndida obra histórica.

Y esto lo decía con un acento singular de complacencia y de maravilla, como haría la esposa de un escritor salido apenas de la obscuridad, anunciando la primera satisfacción inesperada habida por la fama de su marido.

Y la misma casi inconsciencia de la propia celebridad demostraba Verne, que me preguntó de improvise:

—¿Sabéis que mis libros están traducidos á diversas lenguas?

La señora me dió también la noticia de que su marido era desde hacía muchos años consejero comunal de Amiens y que cumplía con gran celo su oficio. Y él igualmente volvió más veces sobre este asunto, mostrando casi más voluntad de hablar de administración que de literatura.

La señora, por otro lado, manifestó el temor de que fuese reelegido en las próximas elecciones, y habiéndola yo preguntado el por qué de sus temores, respondió en voz baja, poniéndose muy seria:

—La marea democrática, querido señor, *sube, se eleva por todo.*

Ambos me describieron, después, la tranquilidad inalterable de su vida de provincia, que acabó de revelarme el fondo de su alma. Baste decir que hacía ocho años

que no hablan ido ni el uno ni la otra á París. Su gran diversión es ir á la comedia ó á la ópera, dos veces por semana, y en alguna noche extraordinaria, para hacer la fiesta completa, cenan juntos en una fonda de frente al teatro, como dos esposos en viaje de boda.

El paseo higiénico, las pocas visitas, los quehaceres domésticos, el trabajo literario ó la lectura, todo se hace allí diariamente á horas precisas, como observando un reglamento.

¿Quién hubiera pensado jamás que viviese de aquel modo el que imaginó tantos casos maravillosos, tan extraños personajes, entre una vida desordenada y turbulenta, pasando con rapidez, como golondrinas de país en país, en busca de acontecimientos imprevistos y de emociones tempestuosas?

* * *

Mas, para hacer conocer toda la bondad, toda la sencillez de alma de ambos, y para dar una idea de la vida quieta é igual que llevan, en la cual se vuelve objeto de curiosidad y de discurso la menor cosa insólita, debo consignar un pequeño episodio de nuestra conversación, graciosísimo, que haría óptimo efecto en una comedia, como nota descriptiva de «ambiente».

Después de haberme cortesmente reprobado el no haber ido por la mañana á almorzar con ellos, me preguntaron qué camino había seguido. No me acordaba del nombre del camino ni del de la calle.

—Veamos: ¿qué camino tomásteis al salir de la estación?

—Tomé tal camino, llegué á una plaza, revolví á la izquierda...

Entonces me nombraron varios caminos, describiendo las señas, la entrada, algo de particular de cada uno; mas ninguno correspondía á las mías.

—Sin embargo... uno de estos ha de ser; ¿cuál será, al fin?

Y discutieron entre ellos: podía ser el uno, podía ser el otro; tal vez yo no me acordase de alguna cosa.

—¿Estáis bien cierto de haber tomado á la izquierda?

—Ciertísimo.

—¿Y cuánto habéis andado después?

—Responded. Recomendemos á argumentar.

—¿Había en frente una tienda así y así? ¿Habéis salido según decís, á una gran sala del primer piso?

—Sí.—Pero era inútil; otros datos no combinaban, no se encontraba. Se atormentaban la imaginación como sobre un geroglífico. Querían encontrarlo á toda costa. Tal vez no nos entendíamos acerca del punto de partida.

—Pero aquella plaza de donde habéis partido, ¿cómo era? ¿Recordáis alguna particularidad?

Y la conversación siguió de este modo, sin fruto alguno, con visible disgusto por su parte.

—¡Oh!, en fin,—dijo Verne,—viéndole, ¿le reconoceríais, no es cierto?

—Sin duda.

—Pues bien, saldremos juntos, pasaremos por la calle y la indicareis.

—Y así,—añadió la señora,—quedará aclarado este misterio...

Mas, el acento de bondad con que dijeron todo esto, no lo sé expresar: parecían un padre y una madre cuando interrogan al hijuelo sobre todos los particulares de su primer viaje, para revivir con él todos los momentos que ha vivido alejado. Un mes de connivencia con ellos no me habría hecho penetrar tan adentro de su alma, no me habría tan afectuosamente ligado á ellos, como lo hizo aquella breve conversación, de la cual sonreía, escuchándola, con los labios contraídos por la emoción.

* * *

Quiso Verne que viéramos toda la casa. Salimos al primer piso. Véase por todas partes una elegancia severa y sencilla: en ninguna parte el lujo que podría ostentar el autor de los *Viajes extraordinarios*, al cual fructifican la riqueza, solamente sus derechos de autor sobre los dramas de espectáculo sacados de tres de sus novelas.

Curioso es su gabinete de estudio: de estudio y de descanso á un tiempo: pequeñísimo, una especie de camarote de comandante de buque. En un ángulo, frente á una gran ventana, se ve una gran mesa de trabajo, con tapete verde, cubierta de libros y de mapas, dispuestos en orden simétrico; en el ángulo opuesto un pequeño lecho de campo, estrecho y bajísimo, sin adornos ni guarnición, que por lo modesto parece de un estudiante. Sobre esta especie de hamaca de campaña duerme Julio Verne, no sé desde cuantos años, desde poco después del ocaso hasta las primeras horas del día, tanto en invierno como en estío. La estancia, llena de sol, da sobre una gran calle de árboles solitaria, al fin de la cual se ven los obeliscos de la famosa catedral. Había sobre la mesa algunos manuscritos que observé curiosamente: hojas cubiertas de líneas desmoronadas, de un carácter diminuto, pero regular y firme, con poquisima corrección, porque, después de haber preparado el trabajo con mucha diligencia, pensándolo mucho, escribe rápidamente.

Allí me entretuve algunos minutos, mientras mis hijos entraban con Verne en la librería, y la señora aprovechó la ocasión para hacerme en voz baja, con su modo ingenuamente amigable, una recomendación que me conmovió.

—Procure usted, señor, persuadir á mi marido de que cuide más de su salud. Trabaja mucho: está siempre, siempre, sobre su mesa escritorio. Temo que se ponga enfermo; no vivo tranquila.

—Y sepa usted que la salud de Verne había sufrido una fuerte sacudida, años atrás, por un hecho triste que yo ig-

noraba. Un sobrino suyo, enloquecido, le agredió un día sin razón alguna y le hirió en la pierna con un tiro de pistola, á consecuencia de cuya herida estuvo mucho tiempo enfermo. Fué poco después de aquel suceso, con el que me parece tuvo relación, cuando él vendió el gracioso yate, en el cual fué á Italia pensando que la necesidad de una vida reposada no le había de permitir hacer otro viaje por mar.

*
*
*

En la sala de al lado, ancha y clara, hay una rica colección de libros de viajes, de obras de ciencia y de cartas geográficas. En una librería se hallan coleccionadas las traducciones de los libros de Verne, centenares de volúmenes de todas formas y en todos los idiomas, no en los europeos solamente, porque entre otros, se ve una traducción árabe y otra japonesa.

Después nos condujo ante otra librería, donde nos mostró la colección de todas sus obras en francés.

—Ochenta volúmenes—dijo con una sonrisa, agitando la cabeza, como si hubiera querido decir:—¡Ochenta años!

Estaban dispuestos por orden de fechas. Ocupaban todo un largo estante, formando una sola hilera multicolor, brillante, gloriosa como una fila de banderas.

¡Cuántos recuerdos me relampaguearon á la vista de todos aquellos libros leídos con tanto placer en mi primera juventud y visitados tantas veces en la edad madura, para recrear la mente fatigada ó el ánimo triste!

¡Cuántos recuerdos de narraciones de viajes, de vastos y extraños sueños, hechos con los ojos abiertos, después de la lectura, de visiones inmensas de bosques, de desiertos y de océanos, de montones de hielo y de montañas de fuego y de misteriosas soledades interplanetarias y de abismos horribles y espantosos del mar y de la tierra y de

cataclismos maravillosos y formidables! Me resonaron todos juntos en la mente los nombres de Nuño, de Hatteras, de Grant, de Stogroff, de Robuz, de Krutíl, de los personajes arcanos y terribles inventores de máquinas prodigiosas y descubridores de mundos desconocidos, víctimas y héroes de las luchas gigantescas con la naturaleza; y vi detrás de ellos la turba de los tipos extravagantes, de las figuras cómicas, de los originales agudos y placenteros de todos los países, desde Ardan á Paganel, desde Keraban á Gambetta y al filósofo chino de las *Tribulaciones*, que me habían arrancado tan buenas risotadas juveniles; y después la multitud innumerable de personajes secundarios de todas condiciones y de todas razas, todos descritos con una pincelada de color de rosa, conducidos todos por la vía terráquea, por el mar y por el cielo, y entre las entrañas del globo y en las profundidades submarinas y por los espacios etéreos, á través de mil aventuras trágicas, fantásticas y amenas, á su alegre fin; pero con un arte fácil y amable, coloreados de un rayo benigno de poesía, que deja en el ánimo un sentimiento sano de la vida, un ardor de impulsión y de trabajo, un amor estudioso de la naturaleza, y la admiración, además, de la ciencia combatiente é intrépida, unida á un concepto alto y consolador de los destinos del hombre.

Y todo esto recordando, me admiraba que todo ello hubiese salido de la mente de un hombre tan quieto y sencillo, de una vida tan acompasada, de un lenguaje tan plácido é igual, y pensando en la popularidad extraordinaria de aquellos ochenta volúmenes difundidos por todo el mundo, de aquellos millares de creaciones de su fantasía, impresas en millones de mentes, como personas vivas y familiares, me parecía aún más admirable y amable la sencillez con que él contestó á la expresión de mi pensamiento:

—Por esto, observad, que esa gran difusión es debida en gran parte á que, al escribir, me he propuesto siempre,

tal vez sacrificando el arte, no dejar escapar ni una página ni una frase que no pudiesen leer los muchachos, para los cuales lo he escrito... y á los que tanto amo.

*
*
*

Pedíle un retrato, sobre el cual escribiese, como diría aquel amigo mío de Turín, el seudónimo de la sociedad cooperativa que escribía sus obras.

La señora le observó que había olvidado la fecha, y yo la rogué que la escribiera ella, para tener también su autógrafo; de lo que ella rióse, no comprendiendo que lo había dicho en serio; pero escribióla, continuando la risa.

Luego salimos todos juntos, y desde aquel momento Julio Verne no fué ya más que el consejero comunal de Amiens.

Después de haberme hecho visitar un circo ecuestre, de propiedad del Municipio, próximo á su casa, que sirve igualmente para reuniones que para fiestas públicas, me dió muchas noticias de los trabajos ediles, de las escuelas y de la demografía de la ciudad, intercaladas con preguntas sobre la administración comunal de Italia, y me pareció que le causaba placer el saber que hablaba á un consejero en vacancia de la ciudad de Turín; tanto que me guardé muy bien de decirle que mi vacancia era perpétua.

Nos dirigimos hacia el centro de la ciudad. Siendo domingo, encontramos mucha gente. La señora Verne se detenía de tanto en tanto á cambiar alguna palabra con señoras de su conocimiento, que la saludaban, maravillándose de verla fuera de casa á una hora tan insólita, y ella reía, con la alegría de una educanda en permiso extraordinario; después se reunía á nosotros corriendo. Y cuando quedaba un poco aparte conmigo, me repetía con presteza la recomendación de poco antes, y me hablaba de las raras

dotes del corazón de su marido, insistiendo, como si dudara de que yo la hubiese entendido.

—Si supiérais cuán bueno y generoso es Verne!

—Lo sé—respondí—y veo que todos lo saben.

En efecto, cuantos encontrábamos, hombres y niños de todas condiciones, lo saludaban con respeto, aunque hubiese tal vez entre ellos más de un elector que, al saludarle, distinguía en su conciencia al escritor del consejero.

Fuimos al palacio municipal, porque la catedral la había visto ya, y allí Verne nos hizo visitar el Museo de pintura, donde como consejero concienzudo, tomó nota de una observación dudosa que yo hice sobre un verso del Dante inscrito al pie de un hermoso cuadro moderno: después de lo cual nos condujo á ver la sala de sesiones y nos refirió la historia del palacio con muchos particulares administrativos y políticos.

En fin, cuando salimos, dijeron los dos á la vez y casi á un tiempo, con el aire de quien recuerda una curiosidad á satisfacer:

—Ahora es menester que vayamos á ver aquella bendita calle.

Y emprendimos el viaje de descubierta.

Cuando me detuve en medio de la calle, diciendo:

—Aquí es;—se miraron el rostro maravillados.

—Toma, toma... pero si es la primera calle que os habíamos nombrado—me dijeron.

—Se ve que no nos habíamos entendido sobre la topografía.

—Basta, la hemos encontrado; el problema está resuelto.

—Ahora es menester festejar el encuentro—añadió Verne; y quiso que entrásemos á beber la cerveza.

El no tomó más que un sorbo, según su regla; pero ella bebióse todo el vaso, hablando y chantageando con una jovialidad de muchacha.

—Sabed—me dijo—que hacía cuatro ó cinco años que no había venido al café. Aquí las señoras no acostumbran. Es un acontecimiento para mí.

Y como estaba sentada frente á una gran ventana que daba á la calle, en tanto que alguno, al pasar por la acera y reconocerla hacía un gesto de maravilla y un saludo, ella reía de todo corazón, y decía á su marido:

—Ha pasado fulano ó mengano, y ha quedado atónito de verme en el café.

Y el mismo Verne parecía que se divertiera de su alegría juvenil, aunque de su boca no saliese jamás una chanza, como no habían salido hasta entonces, no una expresión de hilaridad que fuese tan solo una breve sonrisa benévola, si que ni un indicio de aquella fresca vena cómica que corre tan largamente en tantos de sus libros.

Más ¡cómo aparecía sublimada su alma en aquella gentileza sin arte, que estaba toda en los ojos y en la voz; en aquella benevolencia que callaba, pero que se vela pensar!

Y yo les miraba á los dos, y pensaba para mí aquello que sucede alguna vez á todos, que creemos revivir con todas las circunstancias idénticas un momento del tiempo pasado: me parecía, y era una ilusión tan viva que no me causaba estupor alguno, haber estado otras veces en Amiens, haber visitado ya aquel café con Julio Verne y con su señora, conocerle personalmente desde muchos años antes, haber vivido largo tiempo en aquella casa tranquila, en su dulce y afable compañía, como un antiguo amigo, al que nada le queda ya por conocer de su corazón y de su vida.

Y lo dije á ellos en el andén de la estación, á donde tuvieron la amabilidad de acompañarnos: díjeles con qué

ánimo les dejaba y qué recuerdo me llevaba en el corazón de aquel hermoso día: y seguramente lo dije con aquel acento que el arte no encuentra, porque ví humedecerse sus ojos dulces y sonrientes, y yo y mis hijos sentimos en el abrazo del bondadoso y exímio escritor, todo lo que pusimos en el nuestro.

Y aquellas dos queridas imágenes no se separaron un momento de nuestra mente ni de nuestros ojos, hasta que nos despertaron como de un hermoso sueño las vivas luces y la gritería de la estación del Norte de París.

Una visita á Victoriano Sardou

A un amigo

Satisfaré como pueda el primero de tus deseos, respondiendo á la pregunta:

—¿Qué hombre es?...

Cuanto á dar un juicio razonado sobre «su teatro», te ruego me dispenses, porque tengo todas las buenas y malas cualidades que se requieren para no ser un crítico dramático.

Yo voy al teatro como un iliterato ó un muchacho; un poco por disposición natural y más por propósito: me abstengo por eso, cuanto es posible, de analizar la obra y los sentimientos que me despierta; y no sólo no miro en el drama ó en la comedia los defectos que no se ven, sino que me esfuerzo en no verlos cuando me aparecen, de olvidarlos cuando no los puedo esconder, y de justificarlos cuando no los puedo olvidar, haciéndome así colaborador y alguna vez *claqueur* del autor y de los actores, sea durante

la representación, sea después, para no disminuir en nada ó para actecer mi ilusión. Dirás que es vergonzoso, y dirás muy bien; pero ninguno busca su bien donde lo encuentra.

No puedes imaginar qué clase de dramones voy á ver con la boca abierta, mientras oigo exclamar en torno de mí:

—Qué bribonada!

Mira de qué estofa de crítico es tu amigo y si puedo tener cara de darte el juicio que me pides.

El hecho es que de Sardou voy á ver desde hace treinta años toda nueva comedia; que él me ha divertido siempre, maravillado con frecuencia, conmovido profundamente muchas veces; que ciertas escenas de sus dramas me están impresas, grabadas en el cerebro, como recuerdos de casos trágicos de mi vida, y me dan también con su lectura repetidas emociones de terror, de piedad y de angustias inexpresables; y que el análisis atento, acompañado á menudo del consentimiento, de la crítica más severa y más autorizada de sus obras, no ha disminuído jamás en lo más mínimo el efecto que la mayor parte de sus trabajos me produce.

Por esto desearé siempre conocerlo y apagaré mi deseo la primera vez que me sea posible. Porque me parece haberte ya dicho que para mí, sobre todo regocijo que pueda dar cualquier espectáculo de la naturaleza ú obra de arte ó grandeza ó belleza de ciudad desconocida, está aquello que se puede ver con los ojos, á la vez que el oír hablar á un escritor, con el cual se haya vivido en comunión intelectual por muchos años, y á quien se deba, como á los grandes escritores debemos todos, la alegría más espiritual y más serena de la vida.

Fui á visitarle con un estudiante de medicina y con un estudiante de Liceo, que son mis amigos inseparables.

Vive en la calle de Madrid, no lejana del centro de París, pero solitaria, en un tercer piso altísimo. Nos abrió un criado magestuoso, que nos preguntó magestuosamente:

—Están ustedes citados?

Lo estábamos, y dada la cita en forma muy gentil. Fuimos conducidos á un salón, donde esperando á Sardou, que tenía gente, admiré más que los objetos de arte, la armonía graciosa de los colores delicadísimos de la clase con la elegancia ligera de las formas de los muebles, que demostraba un gusto exquisito de artista, y pensé lo que debería ser la magnificencia de la *villa* de Marly, si aquella casa, como había oído decir, era muy modesta en comparación con la *villa*. A los pocos momentos volvió aquella especie de senador que nos había abierto la puerta, y nos hizo entrar en una sala de estudio, amplia y alegre, donde compareció enseguida Sardou.

Hacer su retrato con la pluma no es fácil, no por la forma, sino por la expresión de su aspecto, que es notabilísimo. Un sacerdote—pensé al verlo—un alto prelado diplomático de la corte pontificia, al mismo tiempo que me acordé del rostro de Napoleón I y del de Voltaire, y del retrato sonriente de una vieja actriz maliciosa, que había visto el día antes en una vitrina de los bulevares.

Cubría su cabeza un largo birrete de terciopelo negro, del cual salían guedajas ondeantes de cabellos grises; un pañuelo de seda alrededor del cuello y una ancha chaqueta oscura que parecía un medio vestido de cuarto. Pero mi atención la atrajo toda por entero aquel rostro sin barba y sin color, con una nariz larga y con la barba aguda, de líneas irregulares y severas, iluminado por dos ojos grises clarísimos, resplandecientes y llenos de pensamientos, á cuyas miradas movillísimas correspondían los movimientos rápidos de los labios sinuosos y sutiles, movidos

con benevolencia, sobre los cuales dibujábase una sonrisa viva y levemente burlona de un joven.

Al verlo, nadie le hará más de sesenta años; al oírle, se dirá que tiene bastantes menos. Habla con la agilidad de lengua de los actores que no abusan. No fué menester interrogarlo. El se puso á discurrir como si reanudase una conversación del día anterior, con una fluidez de palabra, con una soltura de modos, con una vivacidad de acentos y de gestos, previniendo mis preguntas con tanta prontitud y satisfaciendo mi curiosidad con la apariencia de una familiaridad tan confidente, que yo quedé de momento maravillado, incierto de si me encontraba delante del hombre más franco y más expansivo que hubiese jamás conocido, ó ante el más profundo y fino artista que pueda imaginar mente humana.

Pero comprenderás que el haber estado él expansivo no me autoriza á mí para ser indiscreto, y que por lo mismo, al referir la conversación, deberé proceder á saltos.

* * *

Habla yo asistido la noche anterior al teatro del *Vaudeville*, lleno de bote en bote, á la 380ª representación de *Madame Sans-Gêne*. (La corte de Napoleón), puesta en escena con una magnificencia nunca vista, pero recitada con una tal precipitación, que la mitad de las palabras se me habían escapado.

Le dije, y añadí que, encontrándome en un palco con Pablo Deroulède, al cual preguntaba de cuando en cuando el significado de las palabras que no entendía, éste, que es uno de los más rápidos habladores de la Francia, me daba la explicación hablando mucho más espeditamente que los actores á quienes no había entendido, de modo que, con aquellas dos cascadas torrentosas de sílabas que, á la vez, oía en mi palco y sobre el palco escénico, concluí por comprender bastante poco.

Rióse de corazón; pero también él se quejó de los actores. Todos los actores franceses hacían lo mismo, cuando repetían muchas veces una obra: recitaban á conciencia la primera noche, después devoraban la parte. Era su desesperación.

—La insigne Sara Bernardt, no hace ni más ni menos que los otros. Recita divinamente en el ensayo general, estupendamente la primera noche, bien las tres ó cuatro representaciones siguientes; después, á romperse el cuello. Peor cuando trabaja fuera de París. La oí una vez en Niza. Ella y todos los demás no hacían sino *ta ta ta ta ta*, como para despacharse pronto de la lección. Diéronme tentaciones de caer sobre ellos con la caña.

Y les dije:

—¿Es así como representáis mis obras, cuando yo no estoy ahí?

Estuve por decirle que aquella rapidez excesiva de dicción tenía la ventaja de hacer parecer breves ciertas narraciones y argumentaciones de los personajes de sus comedias y de las de otros, que á nosotros, cuando son dichas poco á poco, nos resultan largas. Me contuve al preguntarme si pecaban también de aquel defecto los actores italianos.

Respondíle que tenían más pronto el defecto opuesto, si bien justificado, por no serles tan fácil como á los franceses hacer entender á todos cuanto ellos dicen, ya sea por que la lengua nacional no es tan familiar en Italia como en Francia á los oyentes de todas condiciones, ya sea por que entre nosotros no se guarda en el teatro el silencio que en Francia se acostumbra.

La noche anterior, en efecto, al dirigirme al palco, no oyendo en la sala ni el más ligero murmullo, creí que el espectáculo había ya comenzado, cuando vi con sorpresa que todavía estaba por alzarse el telón y observé con tristeza que no se guarda casi nunca en Italia, durante la representación, el silencio que se suele guardar en los tea-

tros de París, antes que la representación comience, porque á todo par de espectadores italianos que se moleste, pareceles un derecho sacrosanto el discurrir sobre sus negocios aún durante la escena capital de un drama; lo que constriñe á los actores á alzar la voz y á forzar la pronunciación.

*
**

—¿Habéis, pues, visto *Madame Sans-Gêne*?—dijo.—¿Sabéis que se me censura el haber exagerado la libertad de lenguaje de la protagonista? Pues bien; yo había alcanzado en aquel día un documento que probaba una vez más que el lenguaje se había atenido mucho al texto de la verdad histórica. Era la copia de una carta, no recuerdo bien de qué personaje, que refería á un amigo todos los particulares, curiosísimos, de una comida á la que había sido invitado en casa de la mariscala Lefèvre. Entre ellos estaba este: que habiendo un hijo de la mariscala derramado sobre la mesa no sé si un vaso de vino ó la sopera, la mamá le había lanzado en rostro un *f...u cochon* redondo y sonoro, en presencia de una bella corona de comensales.

Y Sardou leyó el documento entero, á la ligera, variando los acentos y coloreando las frases con un garbo de artista, que me dió una idea de la rara maestría con la que se dice que enseña la parte á los actores, indicando el valor de toda palabra y de toda sílaba, é imitando por fin la voz de la mujer y de los niños, que es una diversión para todos el oírle.

—¿No le parece,—le pregunté,—que la artista excelente que desempeña la parte de *Madame Sans-Gêne* exagera fuera de medida la incomodidad que le causa el traje de gran señora que se viste por primera vez? No parece inverosímil que una mujer joven y graciosa, aunque salida del pueblo, se zarandee el vestido, al que no está acostumbrada, con las zancadas grotescas de un macho disfrazado de mujer?

—¡Ah! Son todas así,—respondió,—aún la más hábil y experimentada. Si hacen reír al público la primera noche, quieren hacerle reír la segunda más aún que la primera, y así seguidamente, empujando la exageración más allá, á cada nueva demostración. Es raro que guarde la medida justa el cómico. Parece que la risa excita aún más que el aplauso... quizás, porque más que el aplauso, familiariza aquella al actor con el espectador. Por lo demás, gos parece que interpreta bien su parte?

—Maestramente me pareció, en especial modo en el primer acto, en el cual no creía posible se lograra obtener un efecto tan grande, con una naturalidad más vivaz y más amable.

Preguntéle si el escribir aquella parte en aquel lenguaje tan eficazmente mixto de vulgaridad, de gracia, de ingenuidad, de argucia y de bondad de ánimo, le había costado, como yo suponía, mucha fatiga.

Respondióme que sí; pero añadió que el diálogo le costaba fatiga siempre, y á causa de esto, más que de las otras partes del trabajo, escribía tres ó cuatro veces cada comedia.

Así diciendo, se levantó con la ligereza de un joven, y corrió á un ángulo de la sala, donde se inclinó á abrir un cofre, del cual tomó un puñado de manuscritos que llevó á la mesa.

Entonces nos hizo ver las varias copias sucesivas de una misma comedia, escrita sobre pequeñas hojas volantes, que parecían una colección de cartas, en carácter de letra elegante y diminuta, llenas de correcciones diminutísimas entre las líneas y en los márgenes, y aprisa hizo pasar las hojas sin dejar de hablar.

Y aquí noté un rasgo de ingenuidad, propio de su carácter. Muchos otros, reparando que mis hijos observaban aquellas hojas con viva curiosidad, se hubieran valido, para satisfacer su visible deseo, de una de aquellas fórmulas usuales de modestia con la cual se obliga á pedir

por no ofrecer. El, en vez de esto, cogió con las dos manos dos hojas y las puso á un tiempo, con un gesto franco, en las de cada uno de sus jóvenes admiradores, diciendo:

—Tomad;—con la sonrisa de quien tiene la conciencia de hacer un regalo precioso y no se cuida de ocultar su valor.

Con la misma franqueza habló del cuidado concienzudo, del amor paciente con el cual suele hacer la más minuciosa pesquisa y el más detenido estudio para que la escena, el *attrezzo*, la indumentaria, todos los particulares de la representación de sus dramas, especialmente de los históricos, resulten lo más posible exactos y útiles al efecto de la obra.

De ello vimos una prueba en dos grandes y bellas acuarelas, representando dos escenas de *Teodora*, hechas pintar por él, bajo su diseño y sus indicaciones. El mismo las descolgó de la pared, una después de la otra, con aquella su viveza de movimientos, y nos las puso ante los ojos.

A su vista no pude menos que pensar en lo que gana cualquiera de nuestros autores dramáticos en una de nuestras ciudades más pequeñas con la representación de una de sus mejores comedias; y pensé también con un sentimiento de tristeza, que me reservé, cuán feliz hubiera sido el pobre Cossa si una vez sola se hubiese podido dar uno de aquellos gustos para poner en escena una sola de sus obras.

La Teodora me llamó á la mente *La Tosca*, otro de aquellos dramas de arena que yo devoro cada vez que puedo con un verdadero deleite de colegial que va al teatro una vez al año. Su recuerdo me hizo referir que, muchos años hacía, habiéndome visto obligado á sacar del teatro á mis hijos después del segundo acto de aquel drama, del cual habían tenido una impresión tan terrible (era un teatro diurno y nos esperaban á comer los amigos) y del que les había quedado á los dos una congoja de la que se resen-

tían todavía, después de tanto tiempo, y una pesadumbre tal, que me reprochaban de cuando en cuando aquel acto cruel como una «vivisección dramática».

—Cómo supisteis escoger el nombre de aquel comitre, —le dije.—*Escarrión!*—Es un nombre que vale un retrato.

Díjome que, en efecto, había escrito aquel drama con gran cariño, inspirado en pesquisas históricas que estaba haciendo acerca de la sociedad romana de aquellos tiempos, para otro trabajo.

Y hablándole de aquella y de otra de sus producciones, observé otro signo de su índole, que lo distingue de la mayor parte de los hombres ilustres, los cuales, generalmente, suelen interrumpir con la frase de costumbre:

—No puedo permitir...—ó—es bondad, es favor...—ó cambian la conversación con un giro imprevisto de modestia ofendida a cada expresión de admiración ó de simpatía.

El no: deja decir y escucha, mirándoos fijamente con sus ojos sonrientes, que os dicen abiertamente que os oye con gusto y que podéis continuar si os agrada. Y ésta, francamente, me parece una buena cualidad; tan usados están y malgastados los artificios al uso de la modestia falsa.

 ¿Y el hombre de negocios, me preguntarás, no «enseñó la oreja» ni siquiera una vez? Porque me parece que te oí leer una página del diario de Goncourt, donde se decía que Sardou habla de arte como un banquero, haciendo oír el sonido de sus talegas. Pues bien, sí, «enseñó la oreja» pero un momento sólo. Habiéndole preguntado por qué no había hecho imprimir su última comedia, respondiome que se había decidido á dejarla inédita por no ser impunemente defraudado en sus derechos de autor.

—En los Estados Unidos, por ejemplo,—dijo,—una comedia impresa era una comedia perdida; me las representan todas y *on me donnait pas ça*,—y acompañó aquel *ça* metiendo la punta del pulgar debajo de los dientes incisivos, mordiéndose y haciendo erujir la uña con un acto cómicamente expresivo. En cambio, desde que ya no las publica, obligando á los directores de compañía y empresarios de teatros á tratar con él para adquirir el manuscrito, ha recogido en pocos años un millón quinientos mil francos. ¡Una friolera!

¿Y el Sardou terrible, me preguntarás tal vez, el autor de tantas escenas trágicas violentas, desesperadas, que os dan una conmoción de terror ó de angustia casi insoportable, como si pasara por el teatro el soplo del delito ó de la muerte, no se ha revelado en algún signo?

Ese Sardou, precisamente, busqué yo con curiosidad durante toda la conversación, espiondo las diversas expresiones fugaces de su semblante, porque creo que todo escritor potente muestra siempre en el rostro, durante una conversación larguísima, mezclada de todo asunto, aunque no fuese más que por un segundo, el indicio de su facultad más fuerte, ó sea el gesto que suele marcar su fisonomía en el acto que él la ejercita.

Y también en aquella conversación alegre, en efecto, ví alguna vez, de huida, á aquel Sardou á quien tú te refieres: relámpagos y sombras de un instante, no más; pero que me hicieron aparecer en la imaginación su rostro transmutado por la fuerza de las imágenes terribles, el cual, con aquellos ojos clarísimos, dilatados y que relampaguean, con la palidez mortal de aquellos carrillos afeitados, con aquellos labios aterciopelados y cortantes, arrojados sobre la larga barba diabólica, debe reflejar admirablemente la ira despiadada del duque de Alba y la feroz lascivia de Scarpia. Y entienda que también en sus cóleras reales debe ser poco placentero á quien le ha provocado...

—Pues ya que dijo tantas cosas y con tanta efusión, me preguntará todavía, ¿no acertaste á penetrar más adentro, en su corazón? ¿Qué idea formaste de su naturaleza efectiva?

—Querido amigo, tú sabes que se pueden decir muchas cosas aun con la efusión más amistosa, sin revelar lo íntimo del ánimo, y que más bien es éste alguna vez el mejor medio de velarlo. En una casa vasta y rica donde tu huésped te haga correr de sala en sala y pasar por diez corredores y meter el rostro en cien ángulos, abriendo uno después de otro precipitadamente todos los cajones de todos los muebles, y presentándote y quitándote de la mano con furia armas, libros, joyas, bronce y fotografías, acabarás por ver mucho menos que si te hubiese dejado girar por la sala tranquilamente, sin enseñarte nada de nada.

* *

Seguó discurrendo un poco, todavía, de José Verdi, el «viejo maravilloso», acerca de quien recordó con viva complacencia una visita fatal en aquella misma casa, en aquel altísimo tercer piso; de Víctor Bersezio y de Alejandro Dumas, de Pablo Deroulé y de Coquelin y de la señora Sardou, y de los estudios de su hijo, y, después, del libreto para ópera que se debe sacar de su *Tosca*, y luego otra vez de su manera de escribir, levantándose para coger nuevos manuscritos, volviéndose á sentar para levantarse nuevamente de su sitio y llevarnos aquí y allá por la sala, sin que abandonase un momento la vivacidad cuasi febril de su rostro, de su palabra y de su gesto.

Comprendí que así era siempre, y por naturaleza, como un volcán en erupción incesante, y que cuando estaba solo, el trabajo artístico debía ser en él una producción en gran parte espontánea, una alternación perenne de inspiración y de visiones dramáticas, una danza, una conversación rumorosa é infatigable con fantasmas, con personajes

completos y bosquejados, perpetuamente mudables y perseguidos, mezclados en los hechos y los pensamientos de la vida real, borrascosos sin descanso, como una nube impelida por el viento, rasgada por un relampagueo continuo.

Por esto, escuchándolo, me reservaba hacer una última observación psicológica en el momento de la despedida, que es en el que los hombres célebres, que hacen uso del arte en la cortesía y en la benevolencia, separados ya de los visitantes con el pensamiento, impacientes de volver á su ocupación interrumpida, suelen dejar escapar algún ligero signo de indiferencia, que rompe el encanto.

Pero él fué en la despedida, como en el recibimiento, más que afable, afectuoso; afectuoso con palabras llenas de delicadeza y de gracia, y con una sonrisa aún más gentil que la palabra.

* *

En suma, hizome el efecto de un hombre contento, dotado de todas aquellas cualidades amables que los hombres contentos suelen tener, y que son como los rayos de su contento; satisfacción de tener la gloria, la riqueza, la popularidad, los honores oficiales, la salud que les consiente una laboriosidad juvenil, el buen suceso continuado del que deriva en gran parte la salud; todo aquello que puede desear un hombre tras de su juventud. Y es esa plena satisfacción, creo, la que lo mantiene firme en la antigua forma dramática, la que lo retiene de dirigir el arte sobre una nueva vía. Tiene necesidad de la certeza del buen suceso, clamoroso é inmediato; sabe que con los medios usados lo obtiene, y de esto no sale; no quiere correr riesgo, no quiere turbar su vida, quiere ser feliz. Le es bastante dura una parte de la crítica; todos los innovadores valerosos, los apasionados de la verdad y de la conquista, le gri

tan encima, no todos ciertamente por envidia, y le niegan por fin toda luz de ingenio y de conciencia; pero él no oye sus voces, ahogadas por el ruido de los aplausos y de la lluvia de oro y de la gran trompa de la fama que arroja su nombre á los dos mundos.

Mas creo que se engaña quien piense que estando cierto de no poder añadir en adelante nada más á la propia celebridad, no escribe más que para enriquecerse. Creo, en cambio, que el impulso más vigoroso de su laboriosidad le venga de la necesidad, como dice Jorge Sand, de *sentir inmensamente la vida*, de perpetuar su juventud de escritor, de no dejar callar un momento en torno de sí el rumor embriagador en medio del cual ha vivido siempre.

Trabajar, crear, hacer reír, llorar y estremecer á millones de criaturas humanas, llamar dos veces al año sobre sí la atención de todos los países cultos, ser buscado, cortejado y envidiado, levantar entusiasmos, iras, discusiones, tempestades, *haciendo hablar su palabra* en todas las lenguas por un ejército de artistas de todos los pueblos, son regocijos que despliegan bastante su maravillosa laboriosidad, aunque no confortada por la conciencia de proceder en el arte, sin que ocurra atribuirle á una avidez insaciable de ganancia.

Sería irrazonable de todos modos pensar que un artista llegado donde él ha llegado, busque y ame el dinero por el dinero: él no puede amar la riqueza más que por el lujo, y el lujo es como el esplendor visible de su celebridad, como una afirmación magnífica de su genio y de su fortuna.

Para concluir, puedo definir así á Victoriano Sardou, prescindiendo del autor que no juzgo y del hombre íntimo que no puedo escudriñar: es una de las figuras más originales, uno de los viejos más jóvenes, de los conservadores más artistas, de los hombres ilustres más amables que haya jamás conocido.

EDMUNDO DE AMICIS.



LIBRO TERCERO

Entre niños

I

Momentos solemnes

El reglamento de las escuelas municipales dice, que los exámenes orales son «públicos.» No hice, pues, sino ejercitar uno de mis derechos de ciudadano, asistiendo á los exámenes de los alumnos de la escuela primaria y elemental de «José Grassi.» Deseaba ver con qué ánimo y con qué aspecto mis conciudadanos de siete años aprovechaban la primera prueba de fuego sobre el campo de batalla de la ciencia.

En los corredores y por la escalera, en medio del grupo de alumnos y de alumnas, encontré muchas mamás que por última vez infundían ánimo á sus hijos, ó estaban esperándoles: algunas sentadas á lo largo de la pared, con el

tan encima, no todos ciertamente por envidia, y le niegan por fin toda luz de ingenio y de conciencia; pero él no oye sus voces, ahogadas por el ruido de los aplausos y de la lluvia de oro y de la gran trompa de la fama que arroja su nombre á los dos mundos.

Mas creo que se engaña quien piense que estando cierto de no poder añadir en adelante nada más á la propia celebridad, no escribe más que para enriquecerse. Creo, en cambio, que el impulso más vigoroso de su laboriosidad le venga de la necesidad, como dice Jorge Sand, de *sentir inmensamente la vida*, de perpetuar su juventud de escritor, de no dejar callar un momento en torno de sí el rumor embriagador en medio del cual ha vivido siempre.

Trabajar, crear, hacer reír, llorar y estremecer á millones de criaturas humanas, llamar dos veces al año sobre sí la atención de todos los países cultos, ser buscado, cortejado y envidiado, levantar entusiasmos, iras, discusiones, tempestades, *haciendo hablar su palabra* en todas las lenguas por un ejército de artistas de todos los pueblos, son regocijos que despliegan bastante su maravillosa laboriosidad, aunque no confortada por la conciencia de proceder en el arte, sin que ocurra atribuirle á una avidez insaciable de ganancia.

Sería irrazonable de todos modos pensar que un artista llegado donde él ha llegado, busque y ame el dinero por el dinero: él no puede amar la riqueza más que por el lujo, y el lujo es como el esplendor visible de su celebridad, como una afirmación magnífica de su genio y de su fortuna.

Para concluir, puedo definir así á Victoriano Sardou, prescindiendo del autor que no juzgo y del hombre íntimo que no puedo escudriñar: es una de las figuras más originales, uno de los viejos más jóvenes, de los conservadores más artistas, de los hombres ilustres más amables que haya jamás conocido.

EDMUNDO DE AMICIS.



LIBRO TERCERO

Entre niños

I

Momentos solemnes

El reglamento de las escuelas municipales dice, que los exámenes orales son «públicos.» No hice, pues, sino ejercitar uno de mis derechos de ciudadano, asistiendo á los exámenes de los alumnos de la escuela primaria y elemental de «José Grassi.» Deseaba ver con qué ánimo y con qué aspecto mis conciudadanos de siete años aprovechaban la primera prueba de fuego sobre el campo de batalla de la ciencia.

En los corredores y por la escalera, en medio del grupo de alumnos y de alumnas, encontré muchas mamás que por última vez infundían ánimo á sus hijos, ó estaban esperándoles: algunas sentadas á lo largo de la pared, con el

aire paciente y resignado de postulantes en antecámara; otras que iban arriba y abajo, con el rostro ansioso, como si esperasen el resultado de una operación quirúrgica. Y pensé cuantos otros millones de madres en aquel mismo día, estarían como aquellas, presas por una fiebre del corazón durante el funcionamiento de aquella máquina inmensa de la instrucción pública, que trabaja el cerebro de las generaciones crecientes en todos los países civilizados.

Subí al primer piso y entré en una sala muy ventilada y clara, donde cuatro maestros y dos maestras estaban sentados en torno de una gran mesa cubierta con un tapete verde, vuelto cada uno hacia un pequeño alumno, que tenía cerca, en pie.

El director—un hombre de rostro barbudo y benigno—daba vueltas en torno de la mesa, salía y volvía á entrar; asintiendo con la cabeza á las respuestas acertadas y arrugando la frente á las faltas ó equivocaciones que cogía al vuelo. Ante aquel cuadro, mi pensamiento llevome cuarenta años atrás y sentí como el vago despertar de un terror antiguo, que ya habla casi muerto en mi memoria. Recórdeme, como en sueños, haber sufrido un fuerte ataque de nervios en una sala de aquel mismo color, delante de una mesa verde como aquella, en presencia de otra gran barba negra de director, de frente á otra ventana con cortinas blancas, por la cual penetrara el mismo rayo de sol, el mismo aroma de flores y acacias, el mismo silencio de calle solitaria, que sentía en aquel momento. Y me alegré, francamente, al pensar que no estaba allí para ser examinado.

Más allá, en un ángulo del salón, entre otros examinados velase un grupo de examinandos, que al verme entrar, creyéndome, sin duda, una autoridad escolástica, se escurrieron todos á un tiempo, como una nidada de pájaros despavoridos, y fijaron en mí los ojos con aire de preguntarme qué particular oficio de ayudante cómitre iba á desempeñar en aquella sala de torturas; y cuando me vieron sacar un lá-

piz, dilataron los ojos aún más, como si hubiese sacado del bolsillo un par de tenazas. Yo sonreí amigablemente, para tranquilizarles; mas debieron pensar que mi sonrisa significase:—Ahora voy á tomar asiento—ó algo parecido, porque no se tranquilizaron; más bien me pareció que había sido peor. Y entonces metíme el lápiz en el bolsillo... para no ponerles más tristes.

Sentéme en un ángulo, próximo á un maestro de cabellos blancos, que examinaba de gramática. Los examinadores estaban divididos en tres parejas, en cada una de las cuales uno examinaba de gramática y otro de aritmética. Habiendo sido promovidos sin exámen los alumnos mejores, los examinandos no eran sino los inaplicados, ó, por decirlo mejor, y con el debido respeto, los menos doctos de la escuela.

Cuando me senté, el maestro de cabellos blancos estaba examinando á un niño de poco más de siete años, de cabecita rubia y rostro sonrosado y bello, al que no hubiera yo tenido corazón de *suspenderlo*, aunque hubiese maltratado la gramática como un tigre. Me parece que antes se la hubiera quitado. Estaba para concluir. La última pregunta era de literatura histórica:—¿Cuáles son los colores de la bandera italiana?

—Blanco, rosa,...—respondió; y después de titubear un momento:—y verde.

—Bravo,—dijo el maestro.—Estaba aprobado. Se empezaba bien. Tuve gran placer.

Al principio no acerté á comprender en aquella confusión de preguntas y respuestas que me venían al oído en fragmentos de varias partes:—Escriba: dieciocho.—¿Qué son los guijarros?—Piedrecitas (piedras pequeñas).—El sacrificio de Leonidas.—Catorce, trece, doce.—El cerdo gruñe.—Pues bien, cuatro cuescos y tres cuescos hacen nueve cuescos: si recogemos el fruto del año.—Cuadrúpelo, pues, significa...—Mi patria me ha dado el señorío.—Mi pensamiento mi fe...—Veinte con dos ceros, fullero...

En aquel momento hizose un intervalo de silencio, tras el cual oí la voz grave de una maestra que preguntaba:

—¿Qué hace el buey?

Y una voz angustiosa y franca respondió:

—El buey nos da la leche.

Busqué con la mirada al culpable y lo vi inclinar la frente bajo el fuego de dos ojos fulmineos.

Debo decir que la mayor parte mostraban bastante menos temor del que yo me esperaba. Pero había muchos que lo tenían en el cuerpo por todos. Lo reconocía, después de haber dado una respuesta, en el movimiento forzado de deglución que hacían todos, alargando el pequeño cuello como si se les hubiese atragantado una espina. A más de uno le temblaban las manos y los labios. Veíase sobre sus frentes el esfuerzo violento de la inteligencia, tendida en toda su fuerza, casi con la expresión de un dolor físico, que se cambiaba de pronto en serenidad á un —Bene— del examinador, como la contracción del rostro de un sediento al beber un sorbo de agua fresca. Algunos, para comprender mejor, se colocaban casi entre las rodillas del maestro, con la cabeza levantada, casi á tocar la nariz con la nariz, fijando sus ojos desmesuradamente abiertos en los ojos del examinador, asintiendo con la cabeza á todos los movimientos de su cabeza, reflejando en el rostro todos los movimientos de su rostro, como hipnotizados. Y á qué grado de tenuidad se reducían por el miedo ciertas voces! Eran murmulos de confesión, gemidos de auras, susurros de fuente, suspiros moribundos de almas en pena. Parejas había tan pequeñas que llegaban apenas con la barba al borde ó filo de la mesa, de modo que, cuando leían con el rostro echado hacia adelante, no yéndoselas ni el cuello ni la espalda, parecía que sus cabecitas rapadas posasen sobre el tapete verde como separadas del cuerpo, y cuando escribían con la larga pluma del maestro, cómicamente desproporcionada, que estando derecha

sobrepasaba cuatro dedos sus cabecitas, parecía que escribiesen con una espada.

—Cuáles son los alimentos principales del hombre?— preguntó un maestro.

El interrogado, que era hijo de un obrero pobre, respondió prontamente, como quien no tiene la menor duda sobre el orden racional de la enumeración:

—La polenta, las patatas, la ensalada...

La misma pregunta era dirigida casi al mismo tiempo á otro alumno, que, confundiéndola con otra pregunta usual del mismo parecido, respondió con ligereza:

—Los alimentos principales del hombre son la cabeza, el cuello, la espalda...

Era este un tipo original, que no olvidaré nunca, de rostro sonriente y valiente, con dos ojos claros, rebaldes y serenos, inaccesible por índole á todo superintendente escolástico, y que parecía decir á toda la Comisión examinadora:

—Pero no sabéis que yo no tengo ni siquiera un pelo que se preocupe por vosotros, ni por el examen, ni con el ministerio de instrucción pública, ni por nada del saber humano?

Amenísimo era el trabajo que hacían casi todos con los dedos para responder á las preguntas de aritmética, resolviendo sumas y sustracciones mentales. Algunos, por dignidad, hacían el cálculo á escondidas, debajo la mesa ó detrás las espaldas; y otros, sin miramiento al público, calculaban con la mano debajo de la nariz del examinador, comprimiendo sucesivamente los dedos de la mano izquierda con el pulgar ó con el índice de la derecha y sacudiéndolo con toda su fuerza como para probar las firmezas ó solidez de las articulaciones, y al contar batían fingidamente los labios y los párpados como los devotos que recitan el rosario. A uno de estos matemáticos «prestidigitadores», un morenito de siete años, preguntóle el maestro cuántos años tendría con otros siete años. Después de ha-

ber ajustado la cuenta con las manos sobre la mesa, respondió triunfalmente:

—Cuarenta y nueve.

Y, según su modo de ver, como dice Ferravila del oso blanco que encaneciese en negro, él había calculado bien, sólo que había multiplicado, en vez de sumar. Una simple equivocación.

¡Ah! ¡cuán largos parecían á algunos aquellos pocos minutos! Por la gran ventana abierta veíase el cielo, alguna copa de árbol, pájaros que revoloteaban en el espacio azul; y los pobres muchachos, en los momentos de incerteza ó de turbación, dirigían casi todos sus miradas hacia aquella parte, como en busca del aire puro y de la libertad, con un sentimiento de envidia—se comprende—por aquellas otras pequeñas criaturas volátiles, que no conocían ni gramática ni números; y aquel sentimiento era comprendido por más de una maestra que, sin piedad, para reclamar la atención del alumno, lo cogía dulcemente por una oreja ó por la barba y le hacía volver la cabeza hacia ella, como si hiciese girar un mapamundi esférico sobre su eje, disimulando una sonrisa.

Después de un cuarto de hora que estaba allí, mi actitud y mi gesto de «potencia neutral» había tranquilizado á los más timoratos. No sólo no me miraban ya con terror, sino que alguno de los más próximos, en ciertos momentos críticos, buscando curiosamente una respuesta me dirigía una mirada que imploraba socorro. Y en su auxilio hubiera acudido gustoso; hasta estuve tentado más de una vez de hacerles alguna seña salvadora por detrás de la espalda del viejo maestro: pero á más del respeto hacia éste, que era más que indulgente, amoroso, me detuvo—lo digo seriamente—una consideración de alta política, el pensamiento de mi fe en el porvenir de un nuevo orden social, en el que estando abierto á todos el concurso, en el campo de los oficios intelectuales, la selección de las inteligencias debería

ser aún más severa, y, por tanto, la prueba de los exámenes también más rigurosa que al presente.

—Sé lógico—díjeme á mí mismo—y tuve la fuerza de no hacer ni un signo siquiera á un pobre muchacho con la nariz magullada, que, á punto de ahogarse en una sus-tracción, dirigiéndome una mirada de náufrago, parecía que me dijese el verso del Dante:

¿No hay en tu espíritu piedad alguna?

¡Ah! cómo la política endurece el corazón!

—LA MUERTE DE SÓCRATES!

Estas palabras solemnes, dichas con una hermosa voz de contralto, me hicieron volver bruscamente hacia el ángulo opuesto de la mesa: era una joven maestra, de ojos severos y nariz aristocrática, la que las había dirigido á un muchacho minúsculo, que presentaba en aquel momento un rostrillo asustado, que parecía una manzana hervida.

—La muerte de Sócrates—pensé.—¿Y que podrá responder ese muchacho arruinado?

Pero, con gran sorpresa, el hombrecillo estaba impuesto en el asunto. La muerte de Sócrates no era más que un cuentecillo de pocas líneas, comprendido en el libro de la *Primera lectura*, é impreso en la mente de los alumnos en el curso del año. El hombrecillo se hizo honor. Dijo antes la frase:—¡Admirable respuesta!—(la respuesta de Sócrates)—con un acento de gravedad filosófica, que hizo óptimo efecto.

Se presentó poco después ante el maestro que tenía más próximo, un escolar pobremente vestido, colorado de rostro y jadeante, que debía de haber hecho poco antes un pugilato con algún compañero suyo, porque le colgaba el botón del cuello de la camisa y enseñaba el pecho desnudo: un pobre pecho descarnado y hundido, del cual y de los ojos páli-

dos, como muertos, se deducía que el año para él debía contar más días que comidas.

A la primera pregunta se puso de color bermejo pálido: tenía gran miedo y se le leía en el rostro que era miedo de una cosa lejana más que del maestro presente. ¡Ay de mí de las botas maternas y paternas, tal vez, que habrían sellado un exámen desgraciado. Me inspiró gran lástima. ¡Ah! esta vez —pensé— vaya al diablo la lógica: yo lo ayudaré.

Pero con mi más viva satisfacción y con estupor del maestro, el pequeño púgil hizo un gran exámen. Superado el primer encuentro, marchó adelante con viento en popa, contestando á todas las preguntas en el segundo exámen como en el primero, sin encallar una sola vez. Y era conmovedor el ver cómo aquel pobre rastro se iluminaba gradualmente, cómo aquel pequeño cuerpo se estremecía á cada palabra de elogio, como bajo una caricia. La examinadora de gramática, contenta, le dijo terminando: —Bien. Todavía una cosa —¿Sabrías escribirme el número 100?— Y él, triunfante ya, estiró primero el brazo en el aire con la actitud de un esgrimidor que va á empuñar la espada, cogió la pluma, puso los codos sobre la mesa, con aire de amo, y escribió en medio de la página un 100 enorme, en verdadera cifra de lotería. Después, arrojó la pluma y levantó la cabeza osadamente, como diciendo: —Si queréis otra cosa de mí... estoy pronto.

El director, que había asistido al exámen, le acarició y dijo al maestro: —Lo propondremos para la villa Genéro.

¡Dios del cielo! El mes de Agosto en una villa alegre, sobre la bella colina de Turin, en medio de los árboles y de las flores, con el Po debajo los ojos y los Alpes de frente! Al pobre muchacho se le reflejaron en los ojos dos rayos de sol.

Vino después otro, paliducho y de aspecto enfermizo, al que su madre había anudado con gran cuidado una corba-

ta nueva, que acusaba aún más á la vista la chaqueta vieja y en mal uso. Hicieronle algunas preguntas; el maestro de los cabellos blancos le enseñó en el libro de lectura una viñeta, que representaba una señora con su hija vestida ricamente, la cual tendía la mano á una muchacha pobre, acompañada de su madre vestida de luto. —Debajo de la estampa estaba escrito: —*La hija de la viuda.*

Interrogado, el muchacho pasó el dedo primero sobre una y después sobre la otra figura y dijo: —Esta es la niña rica; esta es la pobre.

—¿Por qué—le preguntó el examinador,—dices que ésta es la pobre?—y esperaba que le respondiese—porque está vestida de pobre.

El muchacho contestó, en cambio, con cierto acento de tristeza: —Porque no tiene padre.

El maestro quedó estupefacto y conmovido ante aquella respuesta, y haciéndome señas de que aquel muchacho había perdido á su padre pocos meses antes, le contestó con gran delicadeza, pasándole una mano por la cabeza: —Tienes razón... En efecto... un niño no es nunca pobre hasta que ha perdido á su padre.

Otros pasaron con los rostros humildes que pedían misericordia, otros con caras descaradas que parecían que se presentasen al centésimo exámen, buenos muchachos en desgracia que no aprobaban uno, bribonzuelos afortunados que los aprobaban todos y boquitas destetadas de un lustro que declan «cuatro y siete hacen diez,» con una gracia adorable, y también más de un pico colorado embermejecido de zumo de cerezas. Presentóse uno que para leer el nombre de Epaminondas preparó los músculos labiales con un movimiento en extremo cómico, como si hubiese tenido que embocar un trombón desmesurado; después otro, un rubito muy sobresaltado, el cual balbuceó el nombre de Cincinato con tanto *chín*, que parecía que imitase el sonido de unos platillos turcos, poniendo á

dura prueba la seriedad de todo el Cuerpo examinador; y tras él un pobrecito que á no sé qué pregunta difícil, después de un largo silencio, no encontró otra respuesta que dos lágrimas.

Y ví todavía hacer muchos cálculos por muchos aritméticos de la mano, uno de los cuales, habiéndole dicho la maestra: —¿Qué es lo que hay en aquella cabeza?— se pasó la mano por su cabeza y se miró la mano; y entrando después en la lectura del *Complemento del silabario* hizo muchos vuelos vertiginosos de Moisés á Demóstenes, de Garibaldi á Eneas, de Federico el Grande á Oracio Coclite, á Giobbe, á Escipión, á Manuel Filiberto, divirtiéndome al imaginar la danza loca que debían bailar aquellos grandes personajes en la obscuridad de aquellas pequeñas cabezas; y después de la acostumbrada fórmula —Basta— sentí ciertos

«potentes anhelos
de una segunda vida»

que no creo se sientan más profundos ni más dulces en el aula de los tribunales reales, á la lectura de un veredicto de inculpabilidad.

El último que se presentó á la maestra que tenía al lado fué el más chistoso de la procesión. No parecía miedoso; sino atónito. Podía tener siete años á lo más; un rostro tan pequeño que semejaba una miniatura.

La maestra le hizo una pregunta y, tardando en contestarla, le dijo, un poco impaciente, con los ojos vueltos á otra parte:

—*Su via!*—(Vamos). Mas él creyó que aquel *via* significase *vattene* (vete), y no deseando nada mejor, giró sin más esperar sobre sus talones, y se echó á correr.

Cuando la examinadora se volvió, no viéndolo ya, quedó con la boca abierta un momento; después se levantó de su asiento y corrió al corredor, donde lo alcanzó y lo con-

dujo de la mano á su sitio, visiblemente afligido por el desengaño.

Y esta inocente «tentativa de evasión» fué el último episodio notable al que asistí.

Habiendo salido antes que saliese la Comisión, encontré todavía en el corredor del primer piso un buen número de mamás, de abuelas y de tías, que esperaban con gran impaciencia por espacio de un par de horas, y ví los brazos con que algunas acogían á «los librados ya del peligro» sometiéndolos á un interrogatorio animado é inquisidor, seguido de una rociada de respuestas que provocaban nuevas preguntas, las cuales las dejaban más inquietas que las primeras. No todos, empero, se encontraban inciertos ó modestos. Un pequeño fanfarrón respondió en alta voz, cortando el aire con un gesto de capitán Fracassa: —Lo he sabido todo.

Oí á otro triunfador que se jactaba, muy envanecido; pero la madre, una mujer del pueblo, le cortó en la boca la jactancia, diciéndole: —Callate, vanidoso, que ha sido San Antonio: tú no sabes cuánto te he recomendado.

Había un grupo de mujeres que circundaban á un niño de otra clase, del cual se decía que había hecho maravillas, y todas le dirigían frases laudatorias, diciéndose: —una cosa nunca vista ni oída—los examinadores asombrados—un verdadero portento—y miraban al pequeñuelo de la cabeza á los pies, con gran admiración, como si le viesen ya encima el uniforme de Presidente de un Ministerio.

Un poco más allá recogí un fragmento de diálogo entre dos parroquianas, una de las cuales se lamentaba, diciendo: —Le han interrogado sobre todas las combinaciones más difíciles. Ya se sabe que estos maestros y maestras van á los exámenes *todos por protección*.—Y preguntándole la otra por qué no había asistido á los exámenes que eran *á pie*

libre.—¡Ehl—contestó—qué iba á hacer allí, *yo que no conozco el error?*

Me había parado en aquel momento á pocos pasos de la puerta de la escuela, delante de la cual estaban agrupados una cincuentena de alumnos y alumnas de las primeras dos clases, que se entregaban á una charla vivísima. De pronto, todos callaron, y les vi dividirse respetuosamente en dos alas, mirando todos hacia el centro, con los ojos centelleantes de simpatía ó de admiración. Seguramente entraba algún personaje elevado, el Inspector gubernativo, el Provisor, ¿qué sé yo? el Síndico de Turín.

—¡Qué muchachos más bien educados!—pensé—buenos pequeños piamonteses, en quienes parece innato, en quienes es tan profundo el respeto á la autoridad, que olvidan, al aparecer un superior, toda diversión, todo cuidado...

No había terminado de decir esto, cuando el personaje entró...

Era un camarero de café que llevaba un helado.

II

Pequeños escritores

Tengo ante mis ojos las composiciones de treinta y cinco alumnos de segunda enseñanza elemental de una escuela municipal de Turín, muchachos de siete á ocho años, de todas las clases sociales. Quien no haya leído jamás una colección de «prosa» de este género no podrá imaginar cuánto contiene para divertirse y para meditar.

Se nota que la composición se hizo en la escuela, sin bo-

rrador, bajo los ojos de la maestra; la cual, dictado el tema, no añade ningún sugerimiento, y por esto esos trabajos son la manifestación escueta del ánimo y de la capacidad intelectual de los alumnos.

El tema era:—Decid cuáles sean las ocupaciones de vuestro padre, de vuestra mamá, de todas las personas de vuestra casa.

No me entretengo sobre la gramática y sobre la ortografía. Noto al vuelo, solamente, que los errores gramaticales son cuasi todos los mismos, derivando la mayor parte ó de anomalías de la lengua, como aquella frecuentísima al escribir el nominativo *mis hermanos*, porque se dice en singular *mi hermano*, ó de las sugerencias del dialecto, como aquello del dativo *á ó para él* en vez de él; en el que no se puede suponer que mis pequeños escritores intenten seguir la teoría *manzoniana*.

Cuanto á la ortografía son las faltas comunes (y la razón lo comprende): el horror á las comas, el desprecio del apóstrofe, la acentuación de los artículos en los sustantivos y la perversa administración de los consonantes, suprimidos ó abundantes en despropósito por no tener la norma de la pronunciación exacta. El escollo en el que todos caen es la *ache* del verbo haber. Yo creo que muchos muchachos la sueñan. Y no son quizás los más los que olvidan suscribir; pero hay otros que, recordando que precisa, sin saber bien donde, la escriben detrás en vez de delante, convirtiéndolo así el verbo en una interjección,—*oh*,—la cual en ciertos puntos hace un efecto cómico, como si quisiese decir: estoy fastidiado.

De los errores de sentido es el más común el que proviene de entrometerse de un pensamiento en otro pensamiento, el cual queda así truncado en la mente del niño y determinado á la mitad de su carta, como uno de aquellos avisos públicos á los que se sobrepone en parte otro aviso. En la corrección gramatical del verbo, como en la regularidad caligráfica, hay entre los trabajos grandes diferencias;

no todas referentes al grado vario de capacidad de los alumnos, porque muchas derivan de su humor del día; que es como decir de la rotura de un juguete ó de la pérdida de un sueldo ó de la supresión del café con leche de la mañana. Aunque del mal humor de esta naturaleza se resiente muchas veces también el estilo de los escritores de cuarenta años.

Limite mis observaciones al campo moral, que es el más fecundo y más vario. Lo primero que deduzco, de estas composiciones, es que la mayor parte de las familias se ocupan en sus pequeños escolares bastante más de cuanto se suele creer, porque casi no hay muchacho, entre esos treinta y cinco, aún entre los de más humilde condición (y no hay razón para sospechar que no sean sinceros), que no diga que el padre ó la madre, el hermano ó la hermana le hace recitar todos los días la lección ó la examina la labor, y todos cuantos hablan sobre el particular, consignan que siempre que salen de casa para ir á la escuela, la mamá les mira en el zurrón para ver si lo llevan todo. Páreceme que esto es un signo cierto de progreso de instrucción popular, porque no creo que en las familias pobres de treinta años atrás se hiciese otro tanto. Cuasi todos dicen minuciosamente y con orden el horario de todos sus parientes. Y de esto y de otros detalles de costumbres domésticas se deduce la vida ordenada y laboriosa de muchas familias, en las que todos se levantan con el alba y trabajan todo el día y se ayudan y se recrean juntos en el breve tiempo que pasan reunidos: y aparecen vagamente figuras de madres admirables, desventuras noblemente soportadas, y casos de pequeños «burgueses» en los cuales el decoro visible y mantenido á precio de una rígida vida interior, conllevada por la buena armonía y por la buena conciencia. Y por este respecto la lectura de las composiciones me ha satisfecho.

Otro detalle consolador he notado, que contradice una opinión mía, pero que, pudiendo ser un simple caso, no basta á destruirla; y es, que de las clasificaciones de las composiciones no resulta que los muchachos de familias del pueblo sean inferiores, por la menor ayuda intelectual que tienen en casa, á aquellos de familias acomodadas, porque de los once, entre los treinta y cinco, que tienen los puntos mejores, seis son hijos de gentes pobres. Notable es también que sean hijos del pueblo los que escribieron expresiones más vivas de afecto y de gratitud para sus parientes; lo que puede derivar del hecho que ellos los ven fatigarse por la familia en una forma más sensible, que no es la del trabajo de la mente, y son inducidos más que los otros á la reflexión de la austeridad de la vida, y comprenden y valoran mejor las privaciones que se imponen por ellos el padre y la madre, por efecto de la experiencia dolorosa que hacen á menudo ellos también.

Curioso es asimismo que los tres alumnos más afectuosos de la clase sean los tres hijos de cocineros.

Uno de éstos cierra su composición con las palabras siguientes, que transcribo literalmente:

— ¡Oh! ¡si pudiese estar en el puesto de mi padre y no dejarle trabajar más! ¡Yo pienso que tiene cincuenta años! ¡Yo pienso en mi pobre mamá que está medio enferma! ¡Dios bendiga á toda la familia!

El hijo de una lavandera, huérfano de padre, escribe:

— Yo no tengo padre, pero diré qué hace la mamá.

Y explica así su larga jornada de trabajo:

— Viene á casa tan cansada que ni fuerzas le restan para cenar. Es muy buena y hace la pobre todo lo que puede por mí, cuida de que mis vestidos estén siempre limpios, me hace la colación, me peina y me cuida mucho.

Original y hermosa es esta conclusión del hijo de un herrero:

—¡Oh! niños, obedeced siempre á vuestros padres. Ellos son los ángeles. Te han educado, te mantienen, te mandan á la escuela arreglado y limpio, ellos te dieron la vida y te enseñaron á andar.—Esto: te enseñaron á andar, ¿verdad, qué es hermoso?

No es menos bella esta otra conclusión del hijo de un carbonero:

—Pobre padre, cuya fatigosa labor dura desde las 5 á las 9 y media. Pobre hermana, qué ruda fatiga en su trabajo. Pobre hermano, está enfermo, y mucho.

Pero la más singular me parece la del hijo de un zurrador, que dice:

—¡Cuán querido soy de mis padres! Cuando les pedimos alguna cosa no se atreven á decir que no, dicen que sí. Nos tienen compasión. El padre se llama Antonio Lotta, la mamá se llama María Lotta, yo me llamo Julio Lotta.

Finalmente, cuán sencilla y graciosa es esta frase del hijo de un platero:

—El padre es muy bueno, la mamá es buena como el padre. Y esta otra:

—La mamá piensa en todos y en todo. La hermana, cuando madre está ausente, ella hace de madre.—Es una perla esta ella.

Dos caracteres principales se encuentran en estos pequeños escritores: los reservados y lacónicos, que dicen lo menos posible, limitándose á indicar únicamente las horas en las cuales las personas de la familia se levantan, comen y se acuestan; y los expansivos, que se extienden á dar noticia de las confidencias. Estos hablan particularmente de sus hermanos y de sus hermanitas, y se pueden dividir á la vez en «afectuosos» y en «críticos». La mayor parte de los primeros recuerdan con mucha ternura á la

hermanita y á los hermanos más pequeños, lo que confirma la máxima peligrosa de un amigo mío, padre muy prolijo, según él cual precisa que en las familias haya siempre un niño, para que enternezca el corazón de los hijos mayores:

Dice uno:—Cuando la mamá me deja al cuidado del hermano más pequeño, estoy muy contento porque le doy también de comer.

Otro hace el elogio de su hermanito que estudia tanto, y dice de su hermanita menor:—Me divierto de todas maneras con ella.

Un tercero escribe:—María es mi alegría, la hago saltar y alguna vez rabiar. Y entonces,—añade, como la cosa más natural del mundo,—la mamá me pega.

Dice sobre lo mismo, un cuarto:

—Yo tengo también una hermanita que apenas cuenta cinco años y cuya hermanita es mi diversión, y cuando tengo hecho el trabajo me divierto con ella metiéndola miedo, y me hace castigar por la mamá.—¡Es un destino!

Otro arroja en medio de su composición, sin relación alguna con el resto, esta frase curiosa:

—Mi hermano alguna vez me da ganas de reír.

Los «críticos» son más amenos, pero también, algunas veces, más indiscretos. Véase de qué modo juzga uno á sus tres hermanas:

—Ada es buena, pero un poco caprichosa; la que se llama Teresa va solamente á la escuela del Asilo (¡cómo se revela en esto solamente el orgullo del docto!) Adelaida es un poco mala.

Otros hacen, á propósito de sus hermanos, revelaciones más graves, como las que siguen:

—Además tengo un hermanito, que cuenta apenas dos años, y es un bribonzuelo de primera.

—Tengo un hermanito de siete años que va á la escuela, pero no quiere estudiar.

—Tengo un hermano grande que es un bobalicón.

Uno da respecto á su hermano los informes más minuciosos, en una forma amenísima:

—Mi hermano mayor no estudia bastante, pero vitupera al padre y á la madre. Vuelve á casa con un castigo impuesto por la maestra. El padre y la mamá le llaman: ¿te han impuesto algún castigo que cumplir? —le preguntan, —y él dice que no; tiene vergüenza de decir que sí.

Y qué decir de un cerebro baldío, inculto aún, de siete años y medio, que escribe:

—Tengo dos hermanos: el mayor está en tercera y parece que este año ponga juicio.

*
**

Muchas cosas extrañas y oscuras dicen respecto á la profesión ó á la ocupación del padre. La profesión, algunos no la señalan: otros parece que no tengan sobre ella una idea muy clara.

—Dice uno:—Mi padre está empleado fuera de puertas,—sin más; probad á adivinar.

Otro define la profesión paterna de este modo singular, un poco indeterminado, á mi parecer:

—El padre se echa á la calle á las siete para ganarse el pan con el sudor de su frente.

Otro tanto singular y no más lúcida es esta otra definición:

—La ocupación del padre es de pensar mucho en los colores para hacer los cuadros con flores y otras cosas.

El hijo de un empleado en el gas, dice:

—Mi padre á media noche va á apagar los cirios.

Define otro en esta valiente forma gramatical la ocupación de su madre:

—La ocupación de mi madre es pensar en no perder la ropa.

El más original y el más misterioso es aquel que después de haber dicho:—La ocupación de mi padre es hacer el acomodado,—añade,—esto es, 5 ó 6 días estará en Turín, 8 ó 9 días estará en el campo á trabajar y en los 5 ó 6

días que está en Turín una hora estará en el mercado, otra hora estará en su oficio; en suma, tiene tanto trabajo, que una hora está en casa y otra está fuera.

Un acomodado, como se ve, que no se duerme sobre sus rentas.

Citaré todavía uno que entre las ocupaciones del padre registra esta:—después el padre viene á casa y está dos horas leyendo el «pueblo» (la Gaceta del pueblo),—y otro que hace esta extraordinaria revelación:—El padre se acuesta por las noches á las once y no se levanta hasta por la mañana.

*
**

Pero las salidas extrañas, chistosas, gentiles, que se encuentran en estas pocas composiciones, si quisiera citarlas todas, llenaría demasiadas páginas. No se dirá que es un epigrama pensado, esta doble proposición?

—Mi hermano va al gimnasio; ¿mas, estudia?

Y cuán bien descritas están las varias labores de una hábil muchacha de casa en estos dos toques:—Mi hermana me corrige la labor y barre la tienda.

Y qué rasgo de lógica sencillez se ve en esta frase:

—Entonces mis padres me hacen repetir la lección, si la sé me dan la merienda y si no la sé no me la dan.

Y en la siguiente:—la mamá me lava los vestidos que están sucios y me los cose si están rotos.

Después de haber señalado las ocupaciones de los padres, uno pasa á decir las suyas, con esta ingenua advertencia:—Ahora, voy á hablar de mí.

Otro:—Ahora hablo de mí.

Y un tercero, más solemne:—Y ahora hablo de mí mismo.

Estos me recuerdan un cuarto, que notifica en una forma nueva del todo, la composición de la propia familia:—En mi casa tengo al padre, á la mamá, á la hermana y á mí.

Entre las conclusiones más dignas de notar transcribo

las siguientes, que parecen haber sido buscadas para obtener un efecto final.

—Yo soy un niño de siete años y siete meses.

—Yo tengo ocho años y me levanto á las siete y media.

—Yo soy alumno de la escuela de Angel Brofferio y me levanto á las siete.

Véase uno que da, entre otras, esta importante noticia, la cual, por cuanto concierne á él, es ciertamente una pequeña fanfarronada:—Después de la cena, alguna vez vamos al café á beber licores.

De un período mezclado con otro se comprende que en su casa están encargados los muchachos de preparar la mesa: pero leed con que restricciones y cuán juiciosamente y ordenadamente lo especifica:—Pero ponen solamente el mantel y las servilletas, porque si ponen los platos los rompen y los trozos los cortan ó caen por tierra y pueden hacerles daño al saltar, en los ojos, dentro de la boca ó en la frente.

El hijo de un calderero consigna al final esta maravillosa salida, que á alguno hará dar un salto sobre la silla:—El padre viene á casa y está en ella á la hora de la cena. «Amamos» y después de «amar» salimos.—Se comprende que quería decir cenamos; porque el verbo «amar» que él tenía tal vez in mente para la expresión de su pensamiento de afecto á la conclusión, habiéndosele olvidado decir al principio del párrafo, lo metió luego en el papel en vez del otro.

Entre las cosas conmovedoras noto la del hijo de un albañil, para entender la cual conviene saber que una sociedad de filántropos turineses fundó una «colonia alpina» donde se envían todos los años á pasar el estío un cierto número de niños pobres de las escuelas municipales, escogidos entre los más faltos de salud. El pobre muchacho escribe que en casa está con los pies descalzos para no malgastar ó estropear los zapatos—porque tengo que ir á la colonia alpina y allí hay que llevar un par de zapatos buenos,—y enumera después de esto los otros objetos pedidos y

de que hay que proveerse, añadiendo con una exclamación de alegría:—¡Y lo tengo ya todo!

Pero la más sabrosa la he reservado para el final. Dice un muchacho:—La ocupación de mi hermano mayor es de levantarse por la mañana á las tres y andar á Chiari al paso de carrera.—¡Dios mío! si median veinte kilómetros! ¿Y qué condenada profesión será esa?—me pregunté leyendo: pero por mucho que pensase no acerté á descubrirla.—Supe después por la maestra que aquel hermano es «voluntario por un año» en el cuerpo de cazadores, y que el alumno había querido referirse á una «marcha de resistencia» hecha por el regimiento; mas se había expresado de un modo, como se ve, que hizo cambiar la fatiga extraordinaria con una ocupación cotidiana... espantosa.

* * *

Si tanto produce el espigar en treinta y cinco composiciones, ¿qué no se encontraría en una grande colección?

Ciertamente, que yo no diré á los maestros elementales, que me enseñaron á mí, cuánto hay que aprender estudiando el análisis de estos trabajos, dejando á un lado la ortografía y la gramática. Pero yo me atreveré á decirlo á los escritores noveles, y á todos aquellos que estudian el corazón y la mente humana.

III DE BIBLIOTECAS

Los deseos de los muchachos

No son invenciones mías: los manifestaron por escrito treinta y cinco alumnos de una segunda clase elemental de las escuelas municipales de Turin, á los cuales la maes-

tra dió por tema: *Mis deseos*, é hizo hacer la composición en la escuela, sin borrador, concediendo una hora de tiempo. La mayor parte son muchachos de siete á ocho años, que veinte meses hace no leían todavía el alfabeto, y dieciocho de los treinta y cinco, hijos de obreros.

Desde ayer tengo entre mis manos sus composiciones—un montón de hojas de papel rayadas, cubiertas de toda forma de escritura, desde la caligrafía casi perfecta á la pura y apretada raspadura de gallina, y llenas de una flora maravillosa de grandes y pequeños despropósitos que hacen reír y pensar...—y no sé resolverme á arrojarlos á un lado antes de haber recogido en un manojo las flores más bellas para ofrecerlas á los estudiosos y á los amantes de la literatura pueril.

Antes de empezar á leer pensé que estas composiciones no podrían ser sino un elenco de entretenimientos y de juegos, todos iguales en conjunto, como la vitrina de los vendedores de juguetes; no pensé que pudiese ser tan general, como lo encontré, en muchachos de aquella edad, el deseo de los viajes; el cual podía dar, como da en efecto, una variedad inesperada y deleitable; y son justamente las expresiones diversas de este deseo lo que me divirtió sobre todo y lo que me parece más digno de observación en el periodo deslavazado é imperfecto de mis pequeños prosistas.

Casi todos manifiestan, antes de todo, el deseo de viajar, y nombran la ciudad que preferirían ver. Las ciudades más deseadas son, por orden de votos, Milán, Nápoles y Roma. Pienso que sea la primera Milán, en razón á que siendo la más vecina á Turin, es de la que los muchachos

oyen hablar más á menudo. Los que quieren ir á Roma son cuatro, y dos de estos parecen movidos de sentimientos políticos opuestos, porque el uno quisiera ir solamente «por ver donde habita el Papa» el otro «por ver el hermoso palacio donde está Umberto» El tercero, indiferente al monarca y al pontífice, dice que desea ir á Roma no por otra cosa que porque «ha estado su padrino», y es dudoso el cuarto, porque escribe que quisiera ir «en un barco á Roma» y tal vez haya querido escribir á Roma sobre el Lago mayor. Hay otro, entre los restantes, que habla de ir «en un buque» á Milán. Para Florencia no hay más que dos aspirantes, para Génova uno, y otro para las Sicilias. Hay siete á la vez, para América; pero es de notar que los más de estos dicen la América porque tendrán allí algún pariente; y lo mismo sucede con otros tres que desean ir á Francia. Sólo dos tienen deseos sin confín; uno que quisiera visitar todo el mundo, y otro que desea viajar por todos los países; otros dos sueñan con viajes aventureros de descubrimientos y de luchas.

—*Mi deseo*,—dice el primero,—*sería atravesar el mar y buscar el oasis*;—(querría decir quizás las Islas); y el segundo:—*Me gustaría visitar los desiertos donde hay bestias feroces*.

Hay también uno original, que quisiera no sólo ir, sino estar en Asia, en qué parte no lo dice; se puede entender entre Jerusalén y Pekín; y la razón de su elección es un poco vaga:—*porque es muy bello y me gusta mucho, y hay un sol muy caliente*.

Invitado por la maestra á explicarse mejor, se encerró en un silencio lleno de misterio.

Más comprensible es uno de los siete ya nombrados, que quisiera visitar *aquella gran ciudad de América* (no dice cual) *porque allí están aquellas grandes plantas, aquellos troncos que son de una grandeza extraordinaria*; y expresa en esta forma ingenua su admiración por la fecundidad de la

naturaleza:—Y después de aquellas plantas pequeñas nacen aquellas plantas extraordinariamente grandes.

La elección de las grandes ciudades y de los pequeños lugares es curiosa. Uno quisiera ver Milán, Florencia, Castellamonte; otro ir á América y después á Crescentino, un lugar de la provincia de Novara, donde dice que es «puro el cielo.» Pero lo más ameno son las razones que aducen, las miras particulares que prefijan algunos á su viaje. Aquel que dice: —quisiera ir á Génova á tomar baños de mar, pero tengo un poco miedo á la borrascosa—se comprende; pero aquél que quisiera ir á Florencia. No penséis que sea para ver la Santa Cruz, los museos, los monumentos: ya podéis echaros á adivinar.—*¡Para beber la leche que es exquisita!*—De dónde le habrá venido un tan extraordinario concepto de la leche florentina? Puede formar pareja con aquel otro que desea ir á Nápoles, á más que para ver el vulcano ó Vesubio, ¿sabeis por qué? —*Porque se comen macarrones napolitanos;—y esto pase; pero añade enseguida y son muy buenos y no se comen con la cuchara sino con las manos.*—Pido excusa para él, como ciudadano turinés, á mis compatriotas de Nápoles, y les aseguro que se trata de una opinión enteramente personal del escritor.

*
**

Al mar le señalan más de una mitad, y es notable que casi todos los que desean visitarlo es para tomar baños.

¿Será un signo de progreso en cultura higiénica? Porque ni uno solo, entre treinta estudiantes de Turin, cuando yo era muchacho, hubiera quizás expresado un tal deseo; sobre todo, no lo hubiera pensado ningún muchacho de familia pobre.

La imagen más poética, respecto al mar, es la que hace el hijo de un obrero, que dice:

—*Me gustaría navegar por alta mar donde por todas partes*

se vé agua y cielo—pero quisiera tener consigo á su madre, la tía y un primo «para dividir los peligros.»

Son también muchos (ó son aún más) los que desean ir á la montaña; y es natural también esto, porque viven todos frente al espectáculo encantador de los Alpes. Uno dice que quisiera ir á la montaña *para ver los buitres*; otro *para estar muchos días á una cierta altura inmensa*; un hermoso y valiente salto, si quisiere referirse, como parece, al número de los metros de altura.

Un muchacho pobre expresa el mismo deseo con una frase sencilla al par que triste, y que llega al corazón:

—*Quisiera ir á la más alta montaña á respirar un poco de aire bueno y puro, que no sopla en ningún país.*

Ir á pasar el estío en la campiña, sin determinar el lugar, es el deseo más común; más vivo en aquellos que no lo pueden satisfacer, y apreciado por todos con una insistencia y un calor de palabras en el cual se siente una verdadera necesidad del cuerpo y del espíritu, una agitación de pájaros enjaulados, sedientos de aire y de verde.

Conviene también decir, empero, que en cuanto á viajes y excursiones, los deseos de una buena parte son bastante moderados, limitándose en algunos, á los santuarios de Oropa y de Graglia y en otros á pueblos de los contornos de Turin y á la basílica de Superga; á la cual, uno de los escritores quisiera ir para ver «los subterráneos donde murió el rey.» Muchos son aún más modestos: no desean más que «un paseo por el Corso Palestro» que vén todo el día, porque está á un paso de su escuela, ó á uno de los paseos de la vía Pó (quién sabe cuál) ó hasta la *Sucursal* (nada menos), que es una estación minúscula del camino de hierro de Milán, dentro cercado.

Hay uno, por fin, que no quiere ir á ningún lugar y manifiesta por los viajes una aversión absoluta, diciendo que quisiera estar *toda la vida en Turin* por una razón que uno está siete mil millas lejos de imaginar: *porque hace el aire fino.* Y nadie podrá imaginar la razón, tan simple es, que

aduce otro, de no poder hacer los grandes viajes que quisiera. — *Pero hacer todos estos viajes no puedo, — dice, — porque he de asistir á la escuela todas las mañanas.*

* *

Oyendo estoy una pregunta de mi amigo Moneta: — ¿La propaganda por la paz ha producido algún fruto? ¿Se puede reconocer en cada una de esas composiciones un menudado espíritu guerrero en el deseo disminuido por aquellos juegos que representan instrumentos é ideas de guerra y de muerte?

Me falta para dar una respuesta, el término del parangón; pero temo que, aun que lo tuviese, no podría dar una contestación muy consoladora. Entre los treinta y cinco hay once que desean trompas, soldados de plomo, fusiles, sables, pistolas, un arsenal completo. Creo solamente menor de lo que hubiera sido treinta años atrás, la demanda de tambores (sólo dos los piden) porque, no usándose hoy en el ejército, falta el impulso de la imitación. Es cierto, por otra parte, que uno solo de los once expresa claramente ideas beligeras, y aun en sentido puramente defensivo, diciendo: — *Quisiera ir vestido de soldado para ir á la guerra á combatir el enemigo y salvar á mi patria.*

Casi todos los demás piden armas para jugar. Hay uno que más bien confiesa su aversión á la guerra de un modo bastante cómico, y es de los que quisiera viajar por Africa:

— *Pero ir á Africa — añade — no me gusta porque hay la batalla, pero yo iré cuando no hagan la batalla. — Y dice después contradiciéndose, que no le gusta ir á Africa porque allí son negros los Abisinios.*

* *

Más que las armas son deseados los animales, naturalmente, porque después del hombre, — primer objeto de ob-

servación, aunque hecha por los niños, — son aquellos que más le asemejan; y entre los animales, por la belleza de la forma, y por la vivacidad de los movimientos y la variedad de los usos para que sirve, el más deseado es el caballo. Dieciseis alumnos quisieran tener uno, pero dos solamente especifican: *Un caballo sardo.* Después viene el perro, deseado por cinco; uno de los cuales quisiera *uno de aquellos perros ingleses* y otro *un hermoso perro de aguas*, pero para licenciar á la criada *porque — dice — el perro de aguas es dócil y sirve para hacer la compra á los amos.*

Desean otros una *oveja*, una *oveja viva*, un *borriquito* y otros animales domésticos; de pájaros no es nombrado más que el canario. También el gato tiene un solo voto; tal vez porque casi todos tienen uno para atormentar en su casa.

Mas, á propósito de bestias, el más sabroso período lo escribió aquél que quisiera *«un hermoso perro y un perrito guardián.»*

Y leed, ahora, y ved si se puede ser más avisado y más previsior; parece que repita un discurso de su abuelo: — *pero con estos dos perros — dice — uno pequeño y otro grande, no quisiera que fuesen envidiosos, que se mordiesen malamente, como hacen ciertos perros, y no me gustaría nada que se volbiesen rabiosos, entonces, los haría matar, porque sino, si se matasen entre ellos...*

* *

Entre las cosas inanimadas que despiertan más deseos, están la pizarra con el yeso y el teatro con volatines; pero porque la una y el otro sirven para la imitación de la vida. También la pizarra, á la que casi todos la llaman — la *mas-carita* — al desearla para ejercitarse en las operaciones aritméticas (que suele ser el pretexto con el cual se la hacen

comprar) en realidad la quieren para adornarla con arabescos de sus fantocheas.

Cuatro desean una biblioteca, sin decir más: excepto uno, que tiene pretensiones bibliográficas muy discretas, porque la quisiera compuesta de cinco libros de lectura de la quinta clase elemental y de una bella historia sagrada para leer la venida de los magos. De los otros libros que desean no se encuentran señalados más que dos libros de rezo y un hermoso libro para rezar al Niño Jesús. Obras de arte sólo uno desea, el cual quisiera una estatua, y no añade palabra: la primera estatua que se encuentre. No incluyo en los objetos de arte dos cuadros, uno del rey y otro de la reina, que señala otro, porque pueden ser deseados por sentimientos de devoción á la monarquía; como quizás por sentimiento religioso desean otros tres un hermoso crucifijo, un hermoso cuadro de la Virgen, y una Virgen pintada. Un solo filarmónico se revela, uno que quisiera un piano forte para aprender á tocarlo muy bien. Entre los objetos más singularmente deseados hay una hermosa colmena y un servicio de café. Y cómo se extienden todos, cuando puede nacer equivocación, á hacer comprender bien que quieren objetos grandes y no de juego!

—Quisiera—dice uno—un reloj; pero no de aquellos de cinco céntimos, y que marche.

Otro quisiera una barca—pero propiamente de aquellas para meternos dentro y partir;—la expresión podrá ser quizás muy elegante, pero no muy clara.

Y uno de los que desean un caballo, se explica así:—un caballo, pero para ir á la grupa. Otro mete en un párrafo, como tres cosas afines, estos tres deseos: un teatro, una guitarra, una espada.

Es extraño que ni uno de estos treinta y cinco muchachos, de los cuales la mayor parte son de familias pobres, exprese el deseo de un buen vestido, de un objeto de adorno, de una cosa cualquiera que demuestre la vanidad de querer distinguirse exteriormente. Alguno se sorprenderá

de que no haya sido todavía nombrada la bicicleta y se hubiera debido extrañar si no la hubiese recordado ninguno. Los deseosos del nuevo «locomóvil» como lo llama prosaicamente el reglamento municipal, ó del «corcel de hierro» como le llama poéticamente Lorenzo Stecchetti, son cinco; uno de los cuales expone su deseo con esta pequeña fanfarronada:—*Me gustaría ir á Nápoles para atravesar el mar, que es verdaderamente hermoso, pero si yo tuviese una bicicleta ya hubiera ido.*

*
**

En el orden de la «propiedad de bienes inmuebles» los deseos son pocos y no faltos de razón. La propiedad más ambicionada es el jardín,—un jardín con muchas flores—un jardín lleno de uvas—y otros definidos brevemente, con imágenes graciosas que revelan un deseo vivo. Un solo muchacho hay, más práctico, que quisiera «un campo lleno de trigo.» Tres desean una casa, á la que uno llama una construcción, y otro quisiera un mobiliario á su modo, con el propósito, parece, de permanecer célibe, porque escribe: *una pequeña casa para meter un lecho, un sofá, un guardaropa, con algunas sillas y un sillón.*

Más numerosos son los que desean indeterminadamente la riqueza; pero casi todos (y en esto es evidente que expresan una idea inculcada en la escuela, más que un sentimiento espontáneo) dicen desear ser ricos para poder socorrer á los pobres. Uno solo determina el patrimonio que quisiera tener, añadiendo á que clase de desventurados socorrería con preferencia:—*quisiera tener una peseta para hacer limosna á los infelices, esto es, á los mutilados, como el ciego y el manco.*

Deseos respecto al porvenir y especialmente á la carrera, tres solamente los exponen; uno quisiera ser marinero, y dos abogados. Y parece que uno de estos haga cuenta de pescar en el Foro mucho dinero, porque dice:—*Mis deseos*

son también, cuando seré ya abogado, tener dos hermosos caballos y un magnífico carruaje, y cuando tendremos ganas de ir á caballo yo y mi papá, iremos, y cuando tendremos ganas de ir en carruaje, iremos.—Y ¿por qué no? No se dirá que desconfía de los socialistas.

Otro menos ambicioso dice desear un *café*; pero no se adivina que sea para «ejercer un negocio» ó totalmente para vaciar á su albedrío las botellas y los azucareros, que es tal vez la versión más natural. Observo á este propósito, que no hay en todas las treinta y cinco composiciones indicios de glotonería. Cuatro solamente desean dulces, pocos otros fruta; y dice uno de estos que quisiera ir á América porque hay azúcar, y á Africa porque hay dátiles.

Citaré todavía en su honor á un muchacho sóbrio que quisiera hacer una buena cena en un jardín y beber un poquito, no mucho; y otro que desea que sus padres den una comida en casa, y enumera las personas que quisiera invitar, una caterva de parientes, parientas, padrinos, madrinas y amigos para dar fin á la despensa de la Posada de Europa.

Algunas de estas composiciones se distinguen por una abundancia de ideas, por una efusión de sentimientos y un color de sinceridad, que las hace parecer escritas espontáneamente en desahogo del ánimo, más que como trabajo de escuela; y dan por esto á conocer la índole del escritor, la cual permanece enteramente oculta en todos los demás, señalados por una común impresión escolástica. Cuatro de estos escritores me llamaron la atención de un modo particular.

El primero es de un apasionado, un corazón «valiente y tierno.» El da á la composición la forma de una carta, desordenada y obscura, en la cual entremete como un *ritornello* poético, á la expresión de los propios deseos, pala-

bras de caluroso afecto, notas casi de amor para su maestra, á la cual trata de *usted* y de *tu*, expansionando el alma lírica con una emoción de estilo singularísima.—*Yo quisiera ir á Roma*—escribe, salvo los pecados mortales de ortografía—*á pasar dos meses en el campo, pero que «ella» viniese á verme; quisiera jugar á la pala y rogaré por «ti» para que no te alcance ninguna desgracia, yo la quiero mucho y quisiera ir por el mar, y mire de venir á verme, que seremos felices, y cuide de no caer nunca enferma, pues me gusta ir á jugar y procure venir lo más pronto que pueda.* Y el adorador vuelve en sí de lleno á la conclusión, y dice respetuosamente:—*Con toda estima la venero.*

El segundo es una imaginación efervescente y desenfadada, que expresa rápidamente una cantidad de deseos distintos como si buscase efectos de antítesis imitando el arte victorhuguesco de agrupar con pensado desorden imágenes disparatísimas. El quisiera ir de viage á Roma, á Marsano sobre el Monte Blanco, á París en vapor, en coche, en tren, en globo, y, después de haber añadido que quisiera estar en un gran palacio y que le gustaría ser el rey, y señalado otras de sus varias aspiraciones y espléndidos sueños, termina la composición expresando el deseo modestísimo de tomar un baño.

Estotro es un filósofo semiserio, que mezcla el chiste con el afecto y la ironía, dirigiendo á cada instante la palabra á sí mismo para hacer advertencias y darse consejos, con colorido de cancioncilla. Después de haber manifestado el deseo de ir al campo para comer fruta dice:—*Mas por tí, querido Cesarino, no debes ir hasta que la escuela se cierre al finir el curso,*—y después enumera las uvas que comerá,—una blanca, una negra, una americana etc.—y agrega paternalmente á sí mismo.—*Pero yo te diré, querido Cesarino, que el comer tanta uva hace daño, y hace perder también la salud, y causa por fin mal de garganta, y por fin tiene este recuerdo gentil:—Tu comerás la fruta, pero cogerás violetas*

para llevárselas á la maestra, que es tan buena y gentil con los niños de su escuela.

El último es un hermoso tipo cómico de Michelaccio, amante del quieto y cómodo vivir. Oid qué tranquilos ocios apetece.—Le gustaría ir el próximo estío á su país natal (y lo nombra)—á recrearme en el campo—dice—porque allí se está muy bien, se come, se bebe, se duerme y se va á paseo, y después hay mucha uva, y de todos son éstos mis más queridos deseos.—Y después de haber dicho que iría gusto á Alassio, donde tiene un amigo, su compañero de escuela, (antiguo compañero, le llama), que se está acostado en la arena caldeada por el sol, sale con esta singularísima frase exclamativa, de la que respeto la ortografía.—*Y estoy muy descontento de no poderle hacer partícipe!*

Pero lo más curioso es que este alegre muchacho, que habla del país de Cucagna como de un feudo propio, es hijo de un pobre obrero, que no tiene sombra de casa ni de herencia. Y el final de la composición es una joya. Para decir que quisiera escribir á la vuelta, pero que, habiendo llegado al fin de la página, debe hacer punto por falta de espacio, arroja allí esta expresión equívoca, que puede ser tomada en un sentido... terrible: *no puedo entre- tenerme más.*

**

Hay todavía expresados, en estas páginas, un género particular de deseos, dignos de ser señalados aparte: deseos que será más propio llamar propósitos de estudiar, de ser buenos, de mejorarse. Casi todos los manifiestan: muchos, ciertamente, más por sentimiento de conveniencia que por impulso del ánimo, ó también en fuerza de la costumbre, ó por dar buen concepto de sí; pero de la sinceridad de algunos es imposible dudar, tan sencillo es su lenguaje.—Dice uno:—*me gustaría que la Virgen me hiciese ser bueno en la escuela y en casa.*—Otro.—*Yo quiero estudiar aún con gran*

voluntad y bondad (¿no es hermoso?) y después daré todavía mil y todavía después mil consuelos á mi señora maestra. Y á mis superiores.

Este es uno que hace un verdadero acto de contrición:—*Mi mejor deseo es estudiar bien, que la señora maestra es muy buena, y no darla tantos disgustos por ser malo, como le he dado. Y en adelante cuidaré de hacer todo lo que pueda para ser bueno.*

Cariñoso es el exordio que hace otro en su composición.—*Yo haré todo lo que sé para hacerlo bien y para escribirlo bien, (sin decir lo qué); después de un salto, dice sus deseos, el primero de los cuales es el poseer una pluma de márfil, y el segundo está expresado cándidamente, así:—Yo quisiera que mi padre y mi madre no me regañasen nunca.*

Los hay también que proponen un ideal de buena conducta, de enmienda sucesiva, como uno que quisiera tener un patio para jugar «pero sin hacer gran ruido, porque en el juego se mete siempre ruido.»—¡Qué delicadeza! Y en su caso será tal vez un terremoto.

El más conmovedor, en fin, es el acto de mixta resignación de un pobre muchacho, el cual, después de haber expuesto muchos deseos, demostrando comprender que para él son cosas del otro mundo, que no podrá poseer jamás, dice que se contentaría con ir á la Colonia alpina de los muchachos pobres, y agrega:—*Pero mis padres no quieren porque habré de ir á trabajar: pues bien, sea así.*

**

Y estas últimas palabras, que parecen un lamento comprimido, me turban en el ánimo la alegría que me habían dado antes otras cosas amenas, halladas en estas páginas, porque me representan al pensamiento, no solamente al muchacho que las escribía, sino á aquellos otros innumerables á los que ninguno de los miles deseos de la niñez, ni

aún los más humildes, son satisfechos, y que no comprenden todavía lo que verdaderamente sea el ser pobre, no comprenden que los padres *no pueden*, y piensan que *no quieren* y dicen como aquél:—Sea así,—resignadamente, pero con el corazón del que se resigna á un agravio.

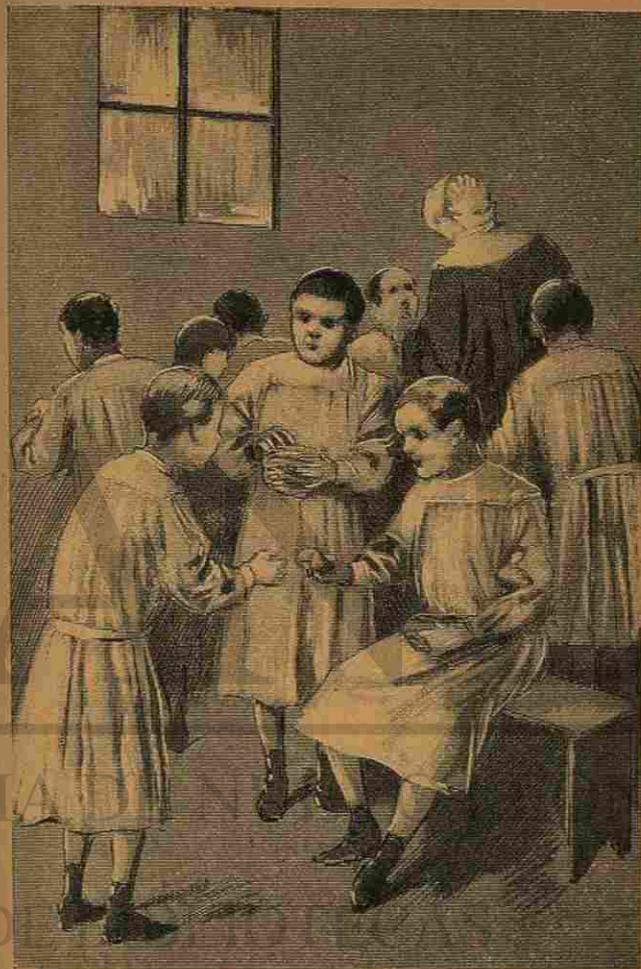
¡Ah! los deseos de los niños! Ellos son á un tiempo una de las más queridas y de las más tristes cosas del mundo. Poderlos satisfacer es una de las más dulces satisfacciones de la riqueza; no poder, es una de las amargas peores de la pobreza. Esto debieran tener siempre en la mente aquellos afortunados á los cuales ha sido concedida la grande alegría de hacer beneficios.

Al lado de la caridad que pregunta al muchacho pobre lo que le hace falta, debería estar siempre la caridad que le preguntase lo que desea: detrás de la mano que le dá un pan, una mano que le alargase un juguete; porque no basta que ellos no lloren, es menester también que sonrían; porque en la niñez que pasa sin sonreír se prepara el hombre que tratará á los niños sin piedad y que odiará á sus semejantes sin culpa.

IV

Un asilo infantil

Hacia diez años que no veía un Asilo infantil. Me recibió la directora, una monja de unos cuarenta años, de cuerpo delgado, con el rostro descolorido y los ojos claros, de una expresión juvenil y dulcísima. Me hizo entrar en una vasta escuela, donde había reunidos unos trescientos,



Admiré la prodigalidad con que los niños que tenían una colación abundante, daban parte á los compañeros.

entre niños y niñas: sentados á lo largo de ordenados bancos, puestos en gradas, de modo que se abarcaban todos de una mirada.

Llevaban todos un delantal blanco, limpiísimo: eran casi todos rubios. Entraba una luz viva por tres grandes puertas vidrieras. No puede decirse cuán lindo y alegre era el aspecto de aquellas trescientas pequeñas criaturas, pegadas las unas á las otras, como los pájaros sobre las cañas de las jaulas, y dispuestas como las flores en las estufas, fila sobre fila, cada una de las cuales presentaba como tres fajas ó listas de colores; el blanco de sus delantales, el rosa de sus rostros y el oro de sus cabellos. Se comprendía, delante de aquel cuadro, cómo la mente humana no haya podido representarse el paraíso sin niños.

De pronto la directora dijo una chanza, y ví abrirse trescientas boquitas de rosadas flores y brillar dentro millares de perlas blancas.

*
*
*

Había llegado poco antes de la hora de la colación. Salieron todos, de dos en dos, guiados por tres maestras monjas y por una laica, y entraron en tres salas vacías: una de estas, la más amplia, fué ocupada por las niñas; la otra por los niños. En torno, estaban colgados en las paredes los cestitos redondos, que cada uno había llevado de casa, con algo de comida.

Quedé maravillado de la rapidez con que las monjas distribuyeron los pequeños cestos, sin necesidad de leer los nombres puestos sobre planchitas, y sin cometer una sola equivocación: en pocos segundos fueron todos distribuidos. Y entonces ofrecióse un espectáculo delicioso. Sentáronse parte sobre banquillos, á lo largo de la pared, y parte sobre el pavimento, en filas unos y formando arco otros.

Habían, empero, pequeños gastrónomes que, queriendo hacer su comida en paz, buscaban un sitio solitario; y era

amenísimo el ver los preparativos minuciosos y lentos que hacían algunos, como hubiesen hecho para una comida en toda regla. Otros,—espíritus contemplativos,—permanecían con sus cestitos cerrados entre las rodillas, mirando al aire, con el pensamiento quien sabe donde, y precisaba que las maestras les excitaran á comer. Las niñas comían charlando; los niños en silencio: en una de las salas ocupadas por estos pequeños comensales, no se oía una voz, tanto que, estando en la puerta, yo creí que no hubiese nadie. Todos los que tenían en el cesto algo dulces, comían primero el dulce y después el pan solo. Las maestras vigilaban para que estos no hiciesen *contratos onerosos* con sus compañeros, acaeciéndole á menudo que por un pedacito de chocolate ó de confite algunos daban todas sus provisiones, con el aumento de un beso de gratitud. Muchos, en vez de comer, se servían del alimento como de un juguete. Una niña, que tenía un bocadito de carne en salsa dentro de una tacita, machacó en la salsa el queso, el bizcocho y las cerezas y hizo con gran cuidado una pasta de un solo color, que después se puso á lamer con respeto, pronunciando en exclamaciones de alegría.

Viendo á un niño que hacía correr sobre el pavimento una pelota, pregunté á una maestra si les eran permitidos los juegos: aquella miró y corrió súbito, exclamando:—Ahl el puerquezuelo!—La pelota era un trozo de huevo sólido ennegrecido por el polvo: el niño se excusó, diciendo que lo hubiera comido después.

Admiré la prodigalidad con que las niñas que tenían una colación abundante daban parte á sus compañeros mal provistos: á alguna de ellas las monjas tenían que impedirle la distribución, para que no quedase en ayunas. De tanto en tanto se levantaba una y corría á ofrecer un piñón, ó un racimo de uva seca ó una cereza á la directora, la cual lo aceptaba todo, dando las gracias, pero para devolverlo todo, un minuto después; y era curioso ver á los donan-

tes festejar al objeto restituido, como á un verdadero regalo.

Una niña estaba comiendo un pedacito de carne en húmedo: una monja le preguntó:

—¿Con qué está hecha esta carne?—Ella entendió que le preguntaba de qué cosa estaba hecha y tras un momento de reflexión contestó:—*La carne está hecha de sangre.*—A otra que tenía un pedacito de tortilla, la directora le preguntó:—¿Quién te ha hecho esa tortilla?—Y la niña, como si hubiese nombrado una persona célebre, que todos debieran conocer, respondió:—*Pinota* (Josefina).—¿Quién había sido aquella Pinota? No hubo modo de hacérselo decir.

Había una sola niña, á la que se le permitía llevar al Asilo una pequeña botella de vino agnado, porque estaba convaleciente. Yo la admiré por el hecho de que mientras daba á beber un sorbo, de oculto, á una compañera más pequeña que ella, dijola con gravedad materna:—*Echa abajo, que esto te refuerza.*

*
* *

A medida que concluían de comer se colocaban en torno de la directora, que dirigía á todas preguntas, con mucha agudeza de ingenio y mucho garbo para excitar la inteligencia. Pero la agobiaban con sus caricias. Se veía que la adoraban. Seis ó siete niñas estaban pegadas á ella, con un carrillo apretado contra su talle, formando así una cintura de cabecitas rubias, que confundían los cabellos, y la obligaban á tener los brazos levantados, impidiéndola moverse; y todas las demás tenían hacia ella las manitas abiertas semejantes á mariposas candidas que quisieran ir á posarse sobre su cabeza.—*¡Si yo fuese pintor!*—dije entonces, como el poeta: habría hecho un cuadro de aquella monja de rostro pálido y vestido negro, rodeada y acariciada por todas aquellas niñas rubias y blancas, que le hacían salir

á la cara la llama del amor materno, más bella que sobre el rostro de una madre. Una de las más graciosas niñas que la abrazaban me pareció, por lo colorado de uno de sus párpados, que tenía un ojo malo: supe después que aquel ojo era de vidrio; pero que en un año que iba al Asilo ninguna de sus compañeras lo había advertido, porque la maestra cuidaba atentamente de prevenir entre ella y las otras todo juego que pudiese hacer descubrir el secreto.

Ví un niño hermosísimo, de familia pobre, que tenía una grande cabellera dorada y rizada, y pregunté por qué habíase hecho excepción en favor de él solo, de la regla de llevar los cabellos cortos: me contestó la directora que cuando había dicho á la madre que tenía que hacerlo rapar, habíase golpeado la frente exclamando: —¡Oh, pobre de mí!— con un acento de tan profundo dolor, que á ella le había faltado el valor para insistir. Después me fueron presentadas tres hermanitas tristes y pálidas, vestidas de luto: una de cinco años, las otras dos, gemelas de tres años y medio. Habían perdido á la madre hacía pocos meses. A todas tres se les había dicho que aquella había partido para un largo viaje; pero que volvería. Un mes después, viendo á la niña mayor siempre llorosa y triste, la directora le había dicho: —Anímate, hija mía; mira á tus hermanitas cómo juegan con sus compañeras.— Y ella había contestado: —Pero es porque mis hermanitas, que son pequeñas, no saben comprender, todavía, lo que quiere decir tener la mamá lejos.— ¡Ella, pobrecita, creía comprenderlo!

* * *

Salieron todos de dos en dos, primero los mayores y después los más pequeños, y dieron muchas vueltas por el patio, en procesión. Me situé en uno de los puntos donde daban la vuelta, para verlos desfilar. ¡Cuánta forma diversa de cabecitas y de peinados; cuanta expresión distinta

de miradas y de sonrisas! Algunos me sonreían con aire de familiaridad, como si fuesen amigos íntimos de un año. Los niños saludaban llevando la mano tiesa sobre la frente; las niñas haciendo una pequeña y brusca inclinación de cabeza, como si recibiesen de una mano invisible, la una tras la otra, un cachete sobre la nuca. Cuando acariciaba la cabeza ó cogía la mano á uno, cinco ó seis me alargaban las manos ó la cabecita, y á todos les acariciaba, y cuando volvían á pasar por delante de mí, después de haber dado la vuelta, pedían otra vez la caricia. Alguno salía de la fila para venir á cogerme la mano ó el brazo, y la ponía sobre su rostro y no quería ya soltarla. A veces pasaban como una oleada, todos hermosos y rubios de un mismo colorido, como si hubiesen sido escogidos y puestos juntos con intento artístico. Muchos llevaban su nombre respuntado en grandes caracteres sobre la cintura, ó impreso sobre largas planchas metálicas, como si debieran ser expedidos por ferrocarril. Las niñas, en su mayor parte, eran más limpias: algunas se quedaban aquí ó allí para sacudirse el delantal ó el vestido; cosa que los niños no hacían nunca. Entre las unas y los otros noté muchos rostros serios, pero de una seriedad singular, como de personas mayores ocupadas en pensamientos graves. A veces pasaban muchos en un grupo, y me miraban todas con el rabillo del ojo, sin levantar la cabeza, sonriendo furtivamente, como si se burlasen de mí. Uno de los niños más pequeños salió corriendo de la fila y vino á plantarse delante de mí, se levantó con las dos manos el delantal y el vestido y quedóse mirándome: yo no comprendí: la directora me iluminó: —quería que le mirase sus medias nuevas.

* * *

La procesión se disolvió bajo un pórtico, donde comenzó el recreo. Cerrando los ojos hubiera creído encontrarme en un bosque donde cantasen miles de pájaros y corriesen

mil fuentes. Por parte de las niñas era menos turbulento y menos estrepitoso; por la otra se veían saltar y girar las cabezas como si hirviesen en una gran caldera. Nacido algún litigio, pronto estaba apaciguado. El arma de los niños, por el uso, es el puño: las niñas adoptan las uñas.

Una niña vino á enseñar á la directora un dedito arañado. Esta llamó á la gata adversaria y le ordenó besar á su compañera. No olvidaré nunca la sonrisa finísimamente femenina con que la culpable acogió el mandato, ni el beso rápido y seco, un verdadero beso de rebelde, que dió á su compañera, volviéndola enseguida la espalda como un autómatas gira sobre un perno.

Un banco señalaba el confín entre los dos sexos. Una niña de tres años lo pasó y entró entre los niños. Uno de éstos, de la misma edad, se le plantó delante, con una actitud de padre guardián, y fijando en ella sus ojos, le dijo con una voz burlona, sumamente cómica:

—¿Qué haces tú aquí? No es este tu puesto... ¡fuera!

Pregunté á la directora si todas las niñas eran recibidas como aquella, en iguales formas de caballería.

—No,—respondióme sonriendo,—va en simpatías. Por lo demás, hay una ley también entre los suyos. Los nuevos entrados, por ejemplo, y en especial los más pequeños, son bien recibidos por todos; á los convalecientes que vuelven, todos los festejan; no hay un desgraciado ó un enfermo que no encuentre algún pequeño protector. Probé á dirigir alguna pregunta á alguno, pero á mí no se atrevían á responder; contestaban á la directora, y prescribaba que pusiese el oído en su boca para recoger el hilo tenuísimo de voz que salía con gran trabajo... Un momento después, de aquella misma boca dejada libre, salían sonidos de trompeta capaces de estropear los tímpanos. Pregunté á una niña pequeñísima dónde estaba su casa. Hallábase vuelta hacia el patio y apuntó un dedito microscópico delante de sí, que en vez de señalar á alguna parte

de Turín, parecía que señalase á un botón de mi gabán, y respondió en voz apenas inteligible:

—Allá abajo.

—¿Ha comprendido?—me dijo riendo una monja,—no es posible equivocarse el camino.

* * *

Entre el deleite que me producían los niños y la admiración que me despertaba la superiora, no sabía decir cuál era el sentimiento más vivo. Esta hablaba conmigo; pero tenía los ojos en todos y en todo; no se le escapaba, en medio de aquella multitud agitada y rumorosa, ni una voz de lamento de un niño, ni un movimiento descompuesto; de todos sabía el nombre y la condición de la familia; no decía una palabra á alguno que no tuviese una mirada de enseñanza; era dulce y grave, afable y firme á un tiempo; hablaba continuamente y pensaba siempre.

—De todos los niños,—me decía,—aprendo todos los días alguna cosa. Yo creía haber hecho muchas observaciones sobre la niñez, pero ni una le pude decir que me hubiese ya hecho y me dijo ciento que me resultaron nuevas y parecieronme agudísimas. Aunque monja, ¡cómo conocía, ó mejor, cómo comprendía el mundo! Y su bondad era más admirable, porque no se fundaba sobre las alegres ilusiones que endulzan el ánimo; pero estaba fortalecida precisamente por el conocimiento de la tristeza humana, que á tantos otros corazones la disminuyen. Tenía muchas ocasiones de ir á las casas de sus niños pobres y me decía, poniéndose una mano sobre la frente:

—¿Qué cosas se ven allí, á veces! ¡Cómo se comprende que tantas pobres criaturas no tienen culpa alguna de crecer en la maldad! ¡Cómo se vuelve una indulgente! —Pero la serenidad que le venía de la conciencia de su vida laboriosa y benéfica, no la dejaba insistir mucho tiempo en algún pensamiento triste. E interrumpía el discurso tris-

te para señalarme con una sonrisa una niña de cuatro años, de entendimiento muy despejado y de carácter un poco difícil, la cual, pocos días antes, había hecho una amenísima observación á su madre. Esta, una mañana que su hija había hecho la caprichosa en casa, habla recomendado á la superiora que, sin señalar á ella, contase el caso en la escuela y diese una advertencia general que llegase á la culpable. Y la niña, al volver á su casa por la noche, había dicho á su madre, mirándola con ojos escrutadores y moviendo la cabeza:

—Esta mañana la directora ha contado un caso que parecía propiamente el ocurrido entre tú y yo... No quisiera que *alguno* hubiese hablado... ¡pero si llego á descubrirlo!...

* * *

Después del recreo volvieron á entrar todos en la escuela y se acomodaron de nuevo en aquellos bancos dispuestos en escala, que presentaban á los pequeños escolares como agrupados sobre la gradería de un templo. La directora, con una voz harmoniosa y modulada admirablemente, entonó un canto que decía con mucha propiedad y eficacia los términos todos, los usos y la virtud de la mano. Los niños hicieron coro, primero con un poco de vacilación, después con un ajuste extraordinario para su edad. Al canto acompañaba la mímica y la gimnasia. Ora alzaban los brazos agitando las manos, y parecía ver por el aire trescientas «golondrinas de la Virgen» que batiesen las alas, retenidas en los bancos por otros tantos hijos; ora se inclinaban todos hacia un lado como las flores de un jardín bajo un sople de viento; ora se cogían de las manos entrelazando los brazos, á modo de formar una sola guirnalda de un extremo al otro de los bancos; ora posaban sobre los bancos la frente, todos á un tiempo, como si fuesen á dormir, y daba ganas de hacer correr la boca so-

bre aquella fila de cabecitas, como la mano sobre un teclado. Y se percibía en aquel canto notas de ruseñor, sonidos de violín y de flauta, tintineo de campanillas, murmullo de arroyuelos y suspiros de viento entre los árboles y ciertos sonidos apagados y prolongados (correspondientes á una incerteza ó á la expectación de una sugestión de la directora) de una suavidad y de una gracia, que no parecían sonidos de voz humana.

Un día entero hubiera permanecido allí viéndolos y oyéndolos. A medida que proseguían el canto, no perdiendo nunca de vista el rostro ni el gesto de la superiora, se excitaban y se acaloraban, y la buena monja también se excitaba; sus mejillas enflaquecidas, chupadas, se ponían de color de rosa, y sus ojos claros brillaban, su hermosa voz vibraba, sus manos sutiles cortaban el aire con signos largos y vigorosos, todo su cuerpo delgado temblaba como el de una poetisa inspirada. Y ¡cuánta poesía exhalaba de ella y en torno de ella, por todos aquellos rostros florecientes, por toda aquella inocencia del misterioso porvenir que aleteaba en torno de aquellas trescientas frentes serenas con la tranquila alegría de vivir que se expresaba por aquellas trescientas bocas argentinas, entre las paredes blancas de aquella escuela inundada de luz y de harmonía! ¡Oh, benditos niños, sembradores eternos de la esperanza! Podemos creer, aunque no os veamos, que un día seréis atormentados también por las tristes pasiones que nos atormentan y manchados de los mismos vicios y de las mismas culpas; pero cuando nos detenemos delante de una escuela, cuando miramos vuestras frentes no veladas por una sombra, y vuestros ojos en los que no brilla un pensamiento que debais ocultar, y vuestra boca de la cual no ha salido todavía una palabra de odio, la ilusión que seréis mejores que nosotros nos renace irresistiblemente en el ánimo, y esta ilusión querida y esta santa esperanza,

renaciendo en todo padre con todo nuevo hijo y en la humanidad para con toda nueva generación, es lo que más fuertemente les ayuda á vivir y les impide el volverse peores.

Observando á la directora mientras cantaba con los niños, me acordé haber oído decir á algún otro visitante del Asilo, que ella se fatigaba sin cuidado alguno por su propia salud, y precisamente en la excitación de aquel momento su aspecto confirmaba aquel juicio. Yo se lo dije, al salir, después de haberla expresado mi más viva y reverente admiración. Ella sonrió con una ligera expresión de tristeza, y contestó con un gesto vago de la mano, que quería decir:—¡Qué importa! Gasto la vida por los niños y moriré contenta.

Cuando quedé sólo en la puerta al que volvía á la escuela corriendo, para recuperar algunos segundos del tiempo que había perdido. Un minuto después, en efecto, me alcanzó por la vía el canto vaporoso y dulce de sus trescientos pequeñuelos.

V

Gente mínima

I

Cantaban, sentados todos los doscientos en largos banquillos bajos, puestos en fila, de modo que parecían acurrucados sobre el pavimento, y presentaban el aspecto, tan fijos como estaban, de una nidada enorme de pájaros; los cuales á mi entrada en la sala, volvieron el pico todos juntos aflojando el canto y enseñándome doscientas bocas

abiertas, como si esperaran la comida. Cuando estuve delante de ellos, al lado de la directora, tuve por un momento todos aquellos ojos encima, desmesuradamente abiertos y fijos; pero con gran pesar mío, reconocí al momento no ser aquella mirada fascinadora de los niños, de que cierto inspector se alaba y envanece, porque ví que todos aquellos ojos no estaban atraídos por la virtud de mi pupila, sino por el puño de plata de mi bastón. ¡Qué imprudencia! Si no hubiese llevado el bastón, me hubiera podido hacer la ilusión...

Estuve escuchando un rato el canto de los niños, que me hace muchas veces un efecto casi de estupor, como un canto que venga de lejos, de entre las nubes, de criaturas en las que mora la memoria, pero no el sentimiento de las pasiones humanas, y que siempre me se traduce á los ojos en la imagen de un alba límpida y clara que blanquea una tierra desconocida.

Después estuve dando vueltas para observar una á una aquellas cabecitas, que á la primera mirada me habían parecido todas iguales.

¡Ah! ¡Cuánto dice el tipo regional! En toda agrupación de niños está representada la humanidad entera. Había allí cabezas de sicilianos, de sardos, de tudescos, de rusos, de ingleses, de japoneses, de indios; y más de piemonteses, es cierto; pero ¿quién lo hubiera reconocido en Milán?

Y allí también, como en todos los Asilos infantiles, no había rostro que no llevase algún signo de la lucha diaria con los hombres, con los animales y con las cosas; huellas de rasguños humanos ó felinos, lívidos; contusiones, quemaduras, hinchazones, como si los hubiesen marcado uno á uno para reconocerlos. Y así, aquellas voces que parecían todas iguales en el canto, ¡cómo sonaron distintas cuando la directora hizo levantar á uno después del otro á decir los números! Fué como hacer correr la mano sobre un teclado: una rápida manifestación de ánimos y de temperamentos físicos distintos, que mi fantasía transformaba

instantáneamente aquellos niños en los hombres y en las mujeres del porvenir, empujados por mil disparatadas pasiones y por mil caminos dolorosos hacia diversos destinos, de los que huía el pensamiento amedrentado.

II

Era la hora del recreo: todos se levantaron y se esparcieron por la sala, esperando que concluyese de llover para ir al jardín.

Entonces comencé á hacer algún «conocimiento.»

El primero fué con un niño de poco más de cinco años, hijo de un gasista, un semblante paeato y serio de niño preecz, que piensa en los negocios de casa.

—A éste,—me dijo una maestra,—le llaman *el papá*.

Era un original amable, que tenía el instinto de la protección á los pequeños y del mantenimiento del orden público. Cuando un niño lloraba él iba á consolarle y á enjugarle las lágrimas restregándole la cara con su pañuelo, que no siempre estaba limpio; denunciaba á la maestra los agravios hechos á éste ó á aquel; cuando nacía una lucha se buscaba siempre á él como pacificador. Pero lo curioso, me dijeron, era la gravedad con que cumplía su oficio, sin ninguna demostración de ternura, consolando con buenas razones, exortando con cierto fraseo pedagógico. Cuando alguno iba á avisarle de que había en alguna parte una víctima, él decía gravemente:

—Allá voy yo,—y se preparaba con el paso y con el aire de un guardia cívico llamado á hacer respetar la ley.

Mientras hacía mis cumplimientos á este bravo mozo, me indicaron otro que pasaba, un hociquillo de topo, con dos pequeños ojos brillantes y una boca aguda de glotón.

—Este es el que tiene mayores tragaderas de toda la compañía,—me dijeron,—y un gorrón de primera fuerza que se pega siempre á los que tienen algo bueno en el cesto. Cuando lo vemos sentado al lado de otro niño, no

hay que preguntar: es seguro que éste tiene algún becado exquisito. Y á los bien provistos los conoce á todos, los encuentra con el olfato y no conversa más que con ellos. No es posible imaginar la constancia con que los sigue, con qué arte les elogia, les halaga y les sirve, con qué fino garbo de cortesano consigue hacerse dar la glotonería sobre la cual ha puesto sus ojos, y con qué astucia ha probado algunas veces cogérsela. Es capaz de trabajar á su hombre durante toda una mañana. Mirad; ahora parece cosido á aquel niño del vestido verde; es seguro que le confió tener en el canastillo alguna cosa excelente.—En efecto, una maestra fué á mirar y volvió diciendo:—Un paquetito de azúcar rubio. Esperad y lo veréis trabajar á la hora del almuerzo.

El que me enseñaron después era uno de los tipos de niño más extraños que había conocido jamás. Me pareció ver en él á un hombre de cuarenta años, achicado: todo cabeza y panza; un rostro de bufón agudo, que cuando reía guiñaba un ojo y torcía la boca de un lado, arrugándose todo, de un modo tan chistoso, con una mirada tan astuta y cómicamente burlona, que cuando me miró quedéme aborto y sorprendido, sospechando que se burlase de mí. En verdad que si me hubiese dicho con notas claras:—Fulano, te conozco y no tomo en serio tu visita,—no me hubiese hecho más extraña impresión; tanto, que retiré la mano ya extendida para hacerle una caricia y no me atreví á decirle una palabra, pareciéndome que me hubiese contestado con un guiño ó una risotada. Me hizo el efecto de un enano burlón, confundido por equivocación con los niños. Y seguía mirándome y sonriendo de aquel modo, como si le pareciese la facha más bufa del mundo. Un caso singularísimo,—más aparente que real,—quiero creer que de precocidad de sentido crítico y de malicia burlona.

III

Con demasiada presunción quise probar á deducir del aspecto de algunos su facultad intelectual y su carácter. Viendo una niña de ojos negros y llenos de vida, y de fisonomía movillísima, expresé á una maestra mi admiración por su belleza, y estuve por añadir:—Debe ser inteligentísima,—cuando ella se adelantó á decirme:—Sí, es una hermosa niña, pero no comprende nada.—Pensé que se equivocase, pero pronto vi confirmado su juicio. Efectivamente, era la más dura de inteligencia, quizás, de todo el asilo; hasta en el hablar estaba atrasada en un año, respecto á todas sus compañeras de la misma edad; una linternita graciosa, pero sin mechero. Y yo registré mi primera decepción.

Muy pronto se presentó otro caso. Era un rostro de virgen, blanco y dulcísimo, de aquellos rostros que hacen decir á las mujeres:—Es una niña demasiado buena, no hará larga vida.—Esa debe ser un angelito,—dijo á la maestra.

—¿Un angelito esa?—me contestó maravillada.—Es una sierpecita de cascabel, que si tuviera diez compañeras, á todas sabría hacer perder la cabeza.

¡Es posible!... Y volviéndome hacia otra niña de las que hacían círculo:

—¿No es verdad,—pregunté,—que esta muchachita es buena?

Todas juntas movieron fuertemente la cabeza, en señal de negación.

—¿Y qué es lo que hace para no ser buena?

Estuvieron un momento calladas, mirándose unas á otras. Después, una de ellas dijo resueltamente:—Pega.—Y entonces todas las demás, animadas por la respuesta de su compañera, soltaron en sus mismas barbas las siguientes acusaciones:

—Araña.

—Arranca los cabellos.

—Tira patadas.

—Pone motes.

Y como en una descarga de pelotón hay siempre el golpe que parte con retraso, tras un breve silencio hubo una que añadió:

—Y muerde también.

Ante aquel «plebiscito de amor», la acusada permaneció sonriente, girando sobre sus acusadoras su dulce mirada de santita, como si la hubiesen hecho su panegírico.

¡Oh! ¡Pobre iluso!—dijeme interiormente,—que pretendes leer en las almas á través de los rostros! ¡Cuán pobre ciencia es la tuya!

En aquel momento presentóse á mis ojos la cabeza gruesa y deforme de un muchacho que me mostraba las espaldas, y habiéndose vuelto en el mismo instante, fui sorprendido casi con un sentimiento de espanto, por la extraña semejanza que presentaba su rostro con las facciones horribles puestas por Lombroso sobre las cubiertas de su *Hombre delincuente*. Pero esta vez no podía engañarme. En aquel rostro monstruoso, que se estrechaba de lo bajo á lo alto como un trapecio, bajo aquella frente baja y deprimida, hirsuta de cerdas, de la cual salían dos grandes orejas que parecían las asas de una vasija enorme, brillaban dos ojos de grandeza desigual y salidos de las órbitas, pero tan angélicamente buenos y amorosos, que no tuve sombra de duda cuando la maestra llamólo, y puesta una mano sobre la cabeza, me dijo:—Este, veis, es un ángel; la más dulce, la más querida criatura que hemos tenido desde hace muchos años.

Alargué la mano para cogerle la barba y me conmovi, me dió casi una congoja en el corazón el acto pronto con que él la estrechó, como un hambriento estrecha su pan, y la gracia afectuosa con que la oprimió contra sus mejillas.

llas, cerrando los ojos, como para recogerse todo él en el sentimiento de aquella caricia.

IV

Al cesar la lluvia salieron todos al jardín, donde presencié muchas escenas curiosísimas.

Los niños, reunidos en filas de diez ó doce, cada uno con una mano apoyada sobre la espalda del que lo precedía, iban y venían por los senderos, marcando el paso y cantando una estrofa. En un ángulo, á lo largo del muro, había unas cuantas fresas que de buena gana hubieran cogido todos en la palma de la mano. Cada vez que una de las filas cantantes pasaba por allí, todos, como si obedecieran á un mandato, volvían el rostro hacia aquella tentación purpurina, retardando el paso y disminuyendo la voz, y seguían así con el cuello torcido y con los ojos fijos en el fruto vedado hasta que lo perdían de vista, como hace una patrulla de soldados cuando pasa por delante de una muchacha bonita; y en aquel pasaje brillaba en todos los rostros un deseo tan vivo, que, al verlo, se despertaban en mí también, como un vago recuerdo, los estímulos antiguos del paladar infantil, y me parecía rejuvenecer en aquel sentido. ¡Oh, los asilos infantiles, qué casas de curación serían para los enfermos de inapetencia!

Mientras aquellos coros daban vueltas, se formaban aquí y allí grupos hincados de rodillas en torno de un niño ó de una niña que había encontrado un caracol ó una abeja ó una piedrecita luciente, coronas de cabecitas rapadas ó cabelludas, inclinadas y pegadas unas á las otras, de modo que no se veía un solo rostro, verdaderos montones de cabecitas de oro, como se ven en los mercados de verdura, pegadas las unas á las otras de manera que las maestras las tenían que separar á la fuerza para que pudieran respirar.

Y en tanto que admiraba el arte perfecto de imitación

con que algunas niñas, aunque de familias pobres, imitaban á las señoras que se rinden visita:—Adelante... ¿no la estorbo?—Pero se imagina... Haga el favor de sentarse.—Hacia tanto tiempo que deseaba verla... Y mil saludos y reverencias de contradanza y sonrisas de damitas gozosas.

Y mientras de una parte seguía este cambio de ceremonias, veía de sesgo en la otra una pequeña quimera, no sé si fingida ó verdadera, en que las «damitas» se cambiaban con voces angelicales la palabra del *Cambromne* y se volvían las espaldas golpeándose las manitas sobre sus minúsculas caderas, con un acto de desprecio, que, sin duda habían aprendido de la realidad.

Mis observaciones fueron interrumpidas en aquel momento por los gritos de cinco ó seis pequeñuelos, que corrían á anunciar á la directora, con el rostro despavorido:—Hay un niño que ha perdido un brazo.

La directora corrió á verlo. Era un niño, al cual su madre, para que no moviese un brazo que se había dislocado en una caída, se lo había pegado al cuerpo con una faja por debajo de la chaquetilla, de la que colgaba vuelta la manita, y por eso habíase agrupado en torno de él una multitud, que lo miraba y lo tentaba, haciendo mil comentarios terribles.

V

La directora me presentó otros varios personajes notables de ambos sexos; primero, una niña rubia, chiquitina, que tenía toda la cabeza blanca de papelitos puestos por su madre para mandarla rizada á una procesión de no sé qué santo, que debía tener lugar por la noche en el barrio. Era una niña célebre por una frase pronunciada un mes antes en su casa; donde, habiendo muerto un tío suyo, próxima la hora de la comida y viendo llorar á toda la familia, sin sentarse á la mesa, ella, que no comprendía la muerte y sentía hambre, se quejaba de la tardanza, y á la observa-

ción del padre—de que era hora de llorar y no de comer—había contestado:—pero, primero comamos y después lloraremos,—con tal acento de franqueza, con tan manifiesta conciencia de decir una cosa razonable, que todos tuvieron que reír, á pesar del dolor. Yo le dirigi algunas preguntas, á las que no contestó.—Escúchame,—le dijo la directora,—dí algo á este caballero,—y entonces, tras un esfuerzo mental visibilísimo, ella me dijo con un hilo de voz:—«mi padre se ha cortado los cabellos.»

Estaba para alegrarme de aquel acontecimiento, cuando me fué presentada otra, «un trienio ambulante» morena como una gitanilla, que tenía las lágrimas en los ojos y parecía muy afligida.—Es huérfana de padre y de madre,—me dijeron,—ha entrado ayer y está todavía melancólica, no hay modo de hacerla sonreír.—Ninguno como el *papá* que estaba á su lado en aquel momento, era el indicado para serenarla. Tenía la cabecita inclinada sobre un hombro en actitud de abandono cansado, como una enferma, y parecía que no viese ni oyese á nadie; era un rostro sobre el cual, por naturaleza, no podía apuntar la sonrisa. Me dijeron que tenía un hermanito gemelo, entrado en el asilo con ella, pero que era alegre y jugaba con los otros. La directora envió una maestra á buscarlo y ésta volvió poco después con el niño cogido de la mano. No puede explicarse la dulzura de la sonrisa fugaz que brilló en los ojos de la hermanita en el primer momento de verlo, ni la gracia amorosa y triste con que se aproximó á él y apoyó la cabeza sobre su pecho, poniéndole un brazo en torno del cuello, como si lo encontrase tras una larga separación, en medio de una multitud de gente desconocida, y quisiera decirle:—No te vayas más, no me dejes más sola, no tengo más que á tí en este mundo...

La maestra me presentó una niña con dos ojos celestes espléndidos, una figurita de poetisa inspirada, diciéndome en voz baja:—Tiene mucho ingenio... ¡y una ambición!...—Y yo le dije, en voz también muy baja:—Tiene unos ojos

bellísimos.—Ella se marchó, pero volvió poco después, y, llevando á la maestra aparte, le habló al oído; después meneó la cabeza. Picada mi curiosidad, pregunté qué era lo que había dicho:—Mire qué astucia,—contestóme la maestra riendo,—me preguntó:—¿Qué ha dicho ese señor de mis ojos?—Y me lo preguntó, porque lo había entendido.—Por prudencia, ella le había contestado:—Me ha dicho que se vé en tus ojos que debes ser muy buena.—Pero había sido una prudencia inútil, porque la picaroneilla no había pedido sino una repetición, aprobada por la autoridad, del cumplimiento.

Y no fué aquella la sola observación que pude hacer sobre la precocidad de la vanidad femenil, porque todas las niñas hermosas que me presentaron—acostumbradas como están todas á oírse decir hermosas por sus parientes y conocidos—después que me habían contestado á las preguntas acerca del nombre y de la edad, se adivinaba que estaban allí esperando el cumplimiento acostumbrado; se veía en la suspensión de ánimo que levantaba un poco su pequeño pecho y en el tenue flujo de sangre que el palpar apresurado del corazón enviaba á sus mejillas contraídas por una ligerísima sonrisa forzada. Y porque acerca de esto yo no decía nada, mostraban en el rostro, cuando se marchaban, una vaga sombra de desilusión. Y esto me disgustaba, pero la prudencia... También Gabriel D' Annunzio, quizá, habría callado.

VI

Después me hicieron ver las maravillas del Asilo: una niña con la cabellera negra listada de oro; adornada de aquel modo por su mamá que, obstinada en teñirla en la «Tinaja de Lorenzo,» dejaba alguna vez á la mitad la operación y la mandaba fuera así, con la cabellera del bicolor austriaco: otra que casi escondía el rostrillo bajo un turbante de rizos lucidísimos, una madeja estupenda de ani-

llos de terciopelo arrollado, en la que todas las compañeras metían la mano por deleite y que tremolaban todos á cualquier movimiento de la cabeza, como animados por miles espíritus inquietos: y, en fin, el niño de cinco barriegas, embutido en aquella forma por su madre, por un terror morboso de que se constipara del pecho, y que, oprimido por aquella ropa vieja, caminaba con los brazos en alto como si invocase socorro. ¡Ahl había para divertirse y también para conmoverse, con solo observar en aquellos niños la variedad de los productos de la industria doméstica en un solo modelo de vestuario. Una colección de pantalones, por ejemplo, para hacer sentir el no haber ido allí con una *instantánea*; los más extraños ensayos de corte que pueden salir de las tijeras inexpertas y ligeras de una pobre mujer del pueblo, que tiene la fachenda del lujo y que utiliza sin escrúpulos artísticos cuantos restos de género le caen en las manos, con la certeza de que la inocente víctima aceptará cualquier ludibrio. Pantalones de dos colores, y de más de dos, recortados por los filos, alargados con demasia, plegados de remiendos, hechos de colchas ó cubre camas, de fundas de almohadas y de pedazos usados, con fondillos posteriores capaces para cuatro veces el contenido, con hendiduras semejantes á ventanas de arco agudo, de la forma de embudos unidos, de trompas gemelas y de saquillos de requesón, que daban á sus cuerpecitos una apariencia bufa, de lado, de frente y por detrás, enorme y enervada, ó le cerraban, por escasez de paño, como mallas quirúrgicas, haciendo resaltar por detrás, al más pequeño movimiento, pedazos de carne rosada, impacientes de su aprisionamiento, impudicamente rebeldes á la avaricia tirana de la sastrésa: una colección de figurines de fantasía para dar una sesión humorística en la Exposición general.

Pero de estas observaciones era continuamente reconducido á la de la variedad de los caracteres que se manifestaba en el modo muy diverso de recibir las demostraciones

amorosas. Muchos indiferentes del todo, muchos casi repugnantes, alguno estúpido, que se tocaba la parte de la cabeza donde había sido besado, como si no comprendiera lo que le hubiesen hecho. Pero los más se mostraban contentos y agradecidos, y entre éstos había algunos que se reían y saltaban de gozo al recibir la caricia, como por la satisfacción de una viva necesidad del ánimo; y que volvían poco después á cogerme la mano y á ponérsela ellos mismos sobre la cabeza ó debajo de la barba y á rozarse contra mí en derredor, como gatitos, mirándome de abajo arriba con una expresión de gran dulzura; el de la cabeza deforme, entre otros, y la niña de los rizos, y un moreno pequeñísimo, nacido con una sola oreja, con dos hermosos ojos pensadores, eran los más notables de la colección de calzones desatinados. Y aún cuando se hallasen alejados, encontraba de tanto en tanto, aquí y allí, sus ojos suaves, que me sonreían con aquella expresión de familiaridad fraternal propia de la infancia, que trata de tú á todas las edades y á todas las estaturas y tiene para todos los que ama la misma sonrisa.

Y aquí y allá, pero siempre desde lejos, encontraba igualmente la mirada del niño burlón, que parecía que observase todos mis actos y quisiera hacerme comprender con su sonrisa oblicua y rugosa y con su ojo atávico que le parecía ridículo. ¡Y qué queréis! Sentíame contrariado porque en un mocoso de aquella edad no podía corresponder el pensamiento á la expresión de la máscara, aquella sonrisa de pequeño Mefistófeles me resultaba molesta ya, y acaso sin quererlo deseaba alcanzarlo, como se hace algunas veces en casa ajena, delante de ciertos retratos de personas desconocidas, que se meten con la mirada en el alma y toman nuestro vestido por clavo.

VII

Llegada la hora del almuerzo, volvieron á entrar todos

en la sala y tomaron sitio, en pie, alrededor de dos mesas larguísimas, sobre las que estaba servida la menestra de arroz y judías. Fué una diversión el ver cómo se agitaban todas aquellas manitas para anudarse debajo de la nuca las cintas de la servilleta; los más no acertaban á sujetarla; muchas niñas, por equivocación, se la ataban á la trenza; otras no hacían sino confundirse y enredar las cintas con mil movimientos extraños y graciosos de zarpas de gatita. Pero el banquete celebróse con orden admirable. No hubo más que un incidente que lamentar: un niño, diciendo que no tenía apetito, vertió el contenido de su taza en la del vecino; después se arrepintió y reclamó su menestra, pero el otro, que era un menestral delgaducho se resistió; tras mucho debate, por fin, salió al patio, y le ofreció generosamente, una judía, —una sola,—que el primero rechazó con desdén, invocando á gritos á la maestra. Al extremo de la misma mesa ví un comensal que se bebía las lágrimas, pero en el sentido material de la palabra, porque comía ávidamente y al mismo tiempo lloraba á lágrima viva, lloviéndole en la menestra, y aquel gran dolor manducante resultaba muy cómico, porque estaba detrás la cocinera blandiendo el cucharón en alto, pronta á volverle á llenar la taza para consolarle el alma. Un solo niño comía aparte, con los ojos todavía colorados del llanto, vigilado por la maestra. Tenía apenas tres años: había entrado en el Asilo aquella mañana haciendo una escena tal de desesperación que, para ver de aquietarlo, le habían atado al pecho una medalla, y se había aquietado como por milagro. En el momento que pasaba por su lado, él abría desmesuradamente la boca para recibir una cucharada de menestra; sin embargo, en aquel mismo momento, sin siquiera torcer la cabeza, mirándome con el rabillo del ojo y engullendo la cucharada, cogió la medalla con dos dedos y me la enseñó... ¡Ay de mí!... ¿Cuándo podrán suprimirse los honores oficiales?

VIII

Terminado el banquete sin discursos, las maestras distribuyeron los canastillos y todos se esparcieron por aquella y por la otra estancia, para reunirse al fin, aquí y allá, en parejas y en grupos, sentándose unos en los banquillos colocados á lo largo de las paredes y otros sobre el enladrillado, á comer en libertad lo que habían traído de su casa. La directora me condujo á un ángulo donde estaban dos hermanos que pleiteaban y—vea qué caso—me dijo: —estos dos hermanos tienen el canastillo en comunidad. Pues bien; todos los días del año, regularmente, riñen por la distribución de la comida: todos los días el mayor quiere tomarlo todo para sí, y sólo la autoridad lo hace ceder. La lucha es tan cierta y prevista, que los otros niños vienen á verla antes que comience. ¡Qué cosa es el instinto de la propiedad!—Verdaderamente, á mí parecióme el instinto del hurto, pero me guardé de decirlo, porque, en boca mía, la observación hubiera podido parecer «subversiva.»

Acerquéme á un niño gordete que me miraba fijamente y le pregunté qué le había dado la mamá para almorzar. Contestóme en voz gruesa:—Un pescado.

Según el modo como lo dijo, parecía que debía ser un salmón. Entonces roguéle que me lo enseñara. Y me mostró el puño, del cual apuntaban las extremidades de una media anchoa, reducida nada más que á un hilo, á causa de las frotaciones que—como me dijo un asistente—había liberalmente concedido á los panecillos circunvecinos.

En aquel momento vino una maestra á decirme que fuese á ver la obra del gorrón. Pasamos á la otra sala y lo vimos solo, con su hocico de topo sobre el pecho, muy atento en quitar la corteza á un panecillo. Terminada la descortezadura del pan, se puso á lamer la miga por todas partes con gran cuidado, como si la quisiese humedecer

toda antes de meterle el diente.—Sin duda prepara alguna de las suyas,—dijo la maestra.—Y en efecto, después que hubo *condimentado* bien su pan, se volvió hacia un grupo de niños que asediaban al poseedor del azúcar rubio, y, caballerosamente, lo libró del asedio, echando á un lado á los importunos que querían mojar el dedo en su propiedad. Después se sentó á su lado, en actitud obsequiosa, y le dijo al oído no sé lo qué, á lo cual aquel consintió, presentando el paquete abierto. ¡Pobre y sincera criatura! El creía que se trataba de un pan seco y que habría hecho poco daño. Era, en cambio, un pan traidor que, manejado por una mano hábil, dándole vueltas rápidamente, como un cedazo... produjo un desastre espantoso:

«*De ahí suspiros y llanto y grandes gritos.*»

IX

Entramos después en una «clase» donde no habían esparecidos por los bancos más que seis ó siete niños; dos de ellos dormían tan á su gusto, con las cabecitas rasuradas apoyadas sobre sus codos que, á pesar de haberles sacudido repetidas veces, no se despertaron y se les hubo de dejar. A los otros dirigióles la maestra algunas de las acostumbradas preguntas escolásticas, á las que dieron las respuestas de costumbre; sumamente cómicas algunas, por el contraste que ofrecía la solemnidad de su forma literaria con el rostro de muchacho que las pronunciaba.

A un niño que dormitaba con la cabeza colgando, preguntóle de improviso:—¿Qué es la Italia?

Aquél saltó de su asiento y se puso en pie, y después de habernos mirado á la maestra y á mí, con dos ojos desparvoridos, tragóse la saliva y respondió solemnemente:—*Es mi tierra.*

Otro, que estaba mascando una rosca, después que la maestra le hubo dicho al oído el título de una poesía, se levantó, y alzando al aire los dos pequeños bra-

zos, y abriendo enteramente la boca empastada, echó fuera un O sonoro, como á la vista de un fuego de artificio maravilloso; un O tan prolongado, que dióme tiempo á preguntarme á mí mismo y á buscar con la mente algo en el mundo que pudiese ser digno objeto de aquella estupefaciente admiración. Y echó fuera finalmente:

«Oooooh! tricolor bandera,
Tremolada sobre los montes,
Sobre los pechos y sobre las frentes,
Sobre las armas y sobre el altar...»

Pero la entonación, el gesto, no se puede describir: se le hinchaba el cuello, le saltaban los ojos de las órbitas, una palabra sí, otra no, se le quedaba en la garganta por falta de aliento, parecía la caricatura de un tribuno que arengase al pueblo. Todo aquel entusiasmo, empero, se apagó de un golpe. Pronunciada apenas la última sílaba, cayó sobre el banco y mordió la rosca.

El más ameno fué el último. La maestra le sugirió el título de otra poesía: él se levantó y comenzó:

«Una gota de agua, una nube...»

y después otra vez: —Una gota... una gota...—y siguió goteando sin pasar adelante. De pronto sacó el pañuelo y se lo llevó á la nariz, como si le saliese sangre.—¡Oh! le dijo la maestra,—la sangre de las narices te salió ayer mañana, pero ahora no te sale: tú lo verás.—Pero él hizo un signo con la manita libre, como para decir:—Espera, espera, que debe venir,—un signo tan cómicamente afanoso y afectado, que la maestra dió en una explosión de risa y se contentó con la gota.—Pero veis qué malicia,—dijo después, alejándose, mientras aquel continuaba la comedia.—¡Ah! —la dije yo,—con que tenemos también artistas!

*
*
*

De allí volvimos á entrar en la sala grande, donde casi todos se encontraban reunidos, y en la que había gran movimiento, un zumbido impropio, casi una ebullición de sonidos interrumpidos, agudos y sumisos, cual se puede dar solamente en una multitud de criaturas no firmes nunca en un solo pensamiento y que hablan un lenguaje todavía mance y quebrado como sus pensamientos. Y mirando aquel espectáculo hice de nuevo el propósito, que se hace siempre al salir de uno de esos sitios, y que no se mantiene casi nunca, de volver lo más pronto posible; pero que en aquel momento es sincero y vivísimo, inspirado casi siempre por un instinto de protección, como si aquellas débiles criaturas, á quienes bastó una hora para interesarnos, tuviesen necesidad de vosotros y fuese duro el separarse de ellas para no volverlas á ver más.

En tanto, hallábame de nuevo en torno del *papá*, de la niña de los rizos y de todos los otros más expansivos en pedir la caricia de despedida, sacudiendo sus manecitas que estrechaban todavía pedacitos de pan y trocitos de manzana y diciéndome ciento á la vez *Adiós*, en todos los tonos, como á una persona de sus familias que partiese para un viaje. ¡Pobres niños! Y yo pensaba al acariciarles, que eran ellos, en cambio, los que partían para un largo viaje, para el viaje misterioso de la vida, en el cual, precisamente porque eran de naturaleza más dulce y más afectuosa que los otros, quién sabe cuánto más que los otros tendrán que sufrir y que llorar y también más á menudo desear el fin...

Cuando llegué á la puerta y me dejaron, sentí todavía entre la mía una pequeña mano, que la debía tener sin que lo advirtiese, y, levantando la barba á aquel último acompañante, reconcí al pequeño desgraciado que semejava á la figura del libro de Lombroso, aquél á quien la

naturaleza había tan cruelmente desmentido en el rostro la bondad angelical de su alma. Y lo miré fijamente, por algunos momentos, en aquellos pequeños ojos desiguales y salientes que decían tan humildemente:—Soy bruto, pero soy bueno; no me miréis, pero queredme mucho,—y me pregunté interiormente con tristeza, cuántas humillaciones, cuántos dolores no le habría de costar en la vida aquella mentira despiadada de la naturaleza; y estrechando entre mis manos su cabeza deformada, fui impulsado á prolongar el beso que le estampé en la frente, mientras él se me agarraba al pescuezo con las manitas, para tener tiempo de borrar de mi semblante la expresión de profunda piedad que temía fuese por él comprendida.

Mas al levantar la cabeza para salir, hube de recibir la última estocada de aquella extraña y burlona cara de Mefistófeles, que estaba allí á dos pasos y que me miraba guiñando un ojo y torciendo la boca, con aire de decirme:

—Te conozco y no me engaño.—No podía ser, lo comprendo bien, pero así es; el orgullo nunca es razonable: si no hubiese estado allí la directora, lo confieso, le largo un cachete.

VI

Los niños del Valle d' Andorno

Una de las bellezas más características del Valle d' Andorno, son los niños; y yo creo que si el Correggio resucitase y lo viese una sola vez, iría á visitar y pasar una temporada en Campiglia.

Yendo de Balma á Piedicavallo, se les ven por todas partes: en medio de los prados, entre los pedruscos del Cervo, sobre los senderos que salen y se pierden entre las hayas y los castaños, en montón y en procesión, y en todos los pueblos; tan gran número hace pensar en que no haya quizá otro valle en Italia tan prolífico; y es porque en verano, emigrando casi toda la población masculina, compuesta en gran parte de albañiles y de picapedreros, es rarísimo encontrar en Balma un solo hombre, joven ó viejo, á quien preguntar de dónde proviene toda aquella raza diminuta, y si es una producción espontánea de la tierra ó mercancía importada, durante la estación estival, de otros países. Son todos graciosos y rubios, de todos los colores del oro amonedado y de las barbas de la pancha de maíz,—cabezas de ingleses y de escandinavos,—de una encarnadura maravillosa de colorido y de frescura, con ojos de todas las gradaciones, desde el azul fuerte y oscuro de los Alpes, al clarísimo de sus torrentes, ligeramente verdosos como los cielos del Veronés; algures de una blancura de leche en la frente, detrás de las orejas y en el cuello; y todos señalados con dos rosas rosadas sobre las mejillas, iguales de forma y de tono en casi todos, como las de las muñecas que el artífice purpurea, la una tras la otra, con el mismo toque mecánico del bermellón. Y no solo por sus cabellos y por sus colores son hermosos, sino también por las líneas finas, por la forma graciosa de la boca, por la gracia escultórica de todas las formas; y más hermosos aparecen aún por el realce que da á sus cabelleras de oro desgreñadas por el viento y á sus rostros blancos y rosados, el verde vivísimo de la vegetación, sobre la que se dibujan por lo general sus figuritas redondeadas cuando desde lo alto de una pared, en medio de un matorral, en grupos ó en cuadrillas inmóviles, con los piés desnudos sobre la yerba, aguardan á los forasteros que vienen lentamente en carruaje por el camino del valle.

Se ve por lo general mucha semejanza entre hermanos

y hermanas, y hay familias numerosas en las que todos los hijos y las hijas representan una serie de ediciones de variadas formas del mismo libro, no revisadas ni corregidas, tan semejantes que, encontrándolos por la vía, á cierta distancia el uno tras el otro, os parece ver siempre al mismo, ora engrandecido, ora empequeñecido, ora macho, ora hembra, como si cambiase de estatura ó de sexo, á modo de un personaje de los cuentos fantásticos de Hoffman.

Los fisiólogos nos dirán si esto puede derivar de haber sido todos engendrados en las mismas condiciones, en los retornos periódicos y á fecha fija de los padres emigrantes, que llevan de nuevo á sus casas la cantidad acostumbrada de ahorros de dinero y de castidad, á la cual corresponde siempre entre los dos cónyuges, con los mismos pensamientos y el mismo discurso, la misma medida de su alegría doméstica y del impulso generador. Dejemos á ellos la árdua sentencia. Esos muchachos tan semejantes entre sí, esas bellas flores montañosas nacidas de rudos trabajadores, prácticos y positivos en grado sumo, en los cuales es su última cualidad el espíritu poético, se distinguen empero, por sus nombres clásicos y románticos, que parecen haber sido escogidos por padres literatos ó por madres poetisas; aunque, en realidad, quizás no obedezca la nomenclatura de aquellos nombres insólitos más que á obviar la confusión de los apellidos, comunes á un gran número de familias, por efecto de la retahíla de parientes que enlaza á los habitantes del valle, devotos del proverbio «mujer y buey.»

Por la noche, al oír á las madres llamar desde el umbral de la puerta á la prole dispersa por las callejuelas y por el campo, os parece oír invocar á los héroes ó á las heroínas de la historia ó de la poesía de todos los países y de todo el siglo. Dante os pasa cerca, encorvado bajo el peso de un haz de ramas delgadas que le oculta todo; Clorinda está recogiendo por el camino las reliquias fecundadoras del huerto; aquí estimula á los puercos, Temistocles; allí

azota á las vacas, Tarquino; Reinaldo arrastra la silla por los guijarros, con una tajada de polenta en la mano, y Erminia, en tanto, por entre las umbrosas plantas se suena las narices con la camisa.

Con sus nombres terribles ó romancescos, no concuerda la índole, que es generalmente plácida y prudente. Al forastero que pasa por primera vez, lo miran con ojo atento y eserutador, como si previesen tener que tratar con él sobre un arrendamiento ó una venta: con ojo inquisidor, pero respetuoso. Son muy respetuosos con sus visitantes habituales, á quienes suelen saludar de un modo original, pronunciando su nombre al encontrarlo, y mirándole fijamente, como hacen los soldados con sus jefes, sin inclinar la cabeza. Son también poco pendencieros, como si quisiesen guardar la fuerza batalladora para la lucha empeñada que entablarán un día con los trabajadores concurrentes de todo el mundo, y atender á litigar entre ellos cuando serán propietarios de aquella tierra dividida en mil escaques y en mil fajas, sobre las cuales y por las que, se afanan en tanto sus parientes. Y son muy dignos: ninguna de aquellas manos, ni aún de los más pobres, se alarga á pedir un sueldo á los viajeros, y cuando alguno se ve precisado á tenderla, no hay caso que no lo escupan y lo desprecien los demás: seméjanse en esto á sus generadores. Y también en sus recreos muestran minuciosamente la herencia de la facultad adquirida: en ningún otro lugar vi jamás á los muchachos construir paredes y casitas de piedra, molinos y regueras para el agua, con arte tan experto y con diligencia tan paciente, durante horas y horas, en silencio, concordes en el trabajo como escuadras de operarios disciplinados, prolongando el trabajo por varios días, abandonándolo y volviendo á emprenderlo todos los días á la misma hora, como al són de la campana de una fábrica.

Niñas de siete á ocho años ayudan á la madre en los trabajos de albañil, llevando en su cesto minúsculo cuatro saquitos de arena y un par de ladrillos cada vez, con la

seriedad muda y con el paso largo y grave de obreros adultos. Niños de un palmo de altos están sentados toda una mañana por entretenimiento á la orilla de un camino, picando con un clavo y un martillo un trozo de piedra, como si hubiesen tomado el trabajo á porfía, sin levantar una sola vez en un cuarto de hora su cabecita rubia, expuesta á los rayos del sol.

Esta fuerza tranquila de voluntad, unida á un amor propio precozmente circunspecto, demuestra muchas cosas. Al tropezar en el camino con la quinta esencia de un hombre salido apenas de la primera elemental, que no posee un vocabulario de más de treinta sustantivos (los verbos son siempre inciertos), pero que, si le interrogáis en italiano son incapaces de responderos en su lengua nacional, podréis observar cómo se ingenian en amontonar á lo mejor aquellas veinte palabras, haciendo largas pausas reflexivas entre la una y la otra, como hacen en Italia los viajeros ingleses y tudescos, con una flemma de filólogos escrupulosos, sin pensar en vuestra impaciencia, no atentos á otra cosa, con toda la fuerza de su cerebro, que á desembuchar sus despropósitos. Recuerdo uno de éstos, que preguntado por mí acerca de un tío suyo empresario en Turin, queriéndome dar la noticia de que había sido condecorado con la *Corona de Italia*, tras de largos minutos de reflexión, echó fuera esta frase de su cosecha propia:—*Le han hecho pasar caballero*,—con un acento de triunfo que traducía el pensamiento:—*La he buscado un rato, pero la he encontrado al fin*.—Y tienen salidas singulares, dichos agudísimos, diferentes en esto de los de otros niños: que los sueltan en una forma de gravedad cómica impropia de su edad.

Un pequeñuelo á quien di una pera entera, para que la partiese en partes iguales entre él y sus dos hermanitos más pequeños, que con él estaban en el arroyo, queriendo, mas no atreviéndose, á hacer ante mis ojos la parte del león, quedóse pensativo un rato con los ojos fijos en el fruto, y después dijo solemnemente á sus hermanos:—No

puedo partirla sin el cuchilo,—y tras esta observación se dirigió á su casa para hacer su conveniencia; pero con la actitud y el rostro de un hombre absorto en un pensamiento gravísimo, para destruir, se entiende, mis sospechas mudas, que cambiaban á veces en certeza sus miradas oblicuas é inquisidoras, que de cuando en cuando me asaeteaban. Y como un buen ejemplo de tranquilidad y de precisión, ofrecióseme un niño, á lo sumo de tres años de edad, bellissimo, que habiéndole dado una cajetilla de la reina, sobre la que fijaba la mirada con gran curiosidad, la revolvió con las manitas por todos lados, la abrió con cautela, la miró en el fondo atentamente, tiró fuera uno tras de otro tres cigarrillos, los examinó uno á uno, los volvió á meter poco á poco en el mismo sitio de donde los había sacado, jugó un poco con los dedos hasta que volvió á hacer entrar la lengüeta en el talle, y después de haberse asegurado con el pulgar de que estaba bien cerrada, me la puso en la palma de la mano y la apretó con su zarpita para hacerme comprender con ello que estaba hecha en toda regla la restitución de la mercancía.

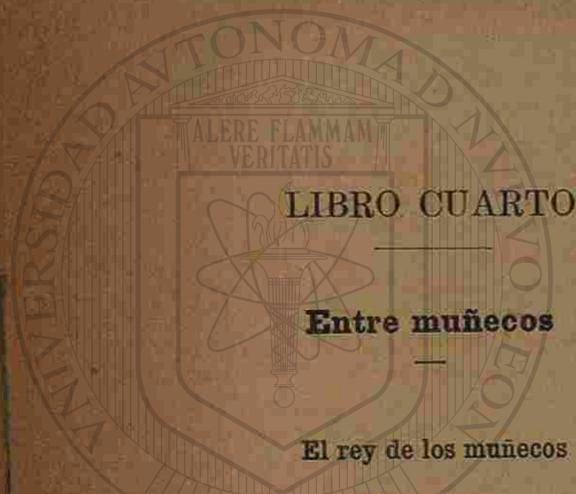
Esos muchachos, á quienes oigo hablar en sus casas de todos los países de Europa y de Africa, de Oriente y de América, donde sus padres trabajaron ó trabajan, viajan un poco con la imaginación, aún antes de salir del cascarón, por el mundo entero. Apenas tienen fuerzas para llevar el cubo de la cal, la mayor parte van á hacer el aprendizaje de albañil en las grandes ciudades, y, cumplido esto, emigran de Italia. Pero las separaciones de la familia se hacen sin lágrimas y casi sin emoción ni sentimiento, porque todos tienen ya el corazón preparado desde la infancia. No sin tristeza, empero; y cuando los veo jugar por la calle tan alegres y serenos, yo me los figuro ya jovencillos, encorvados bajo el peso de la carga sobre la alta escala oscilante de los edificios en construcción, ó amontonados en los desvanes donde ellos mismos se preparan la comida y se remiendan la ropa, alambicando toda suer-

te de las más duras economías; y después, ya mayores de edad, solos en tierra extranjera, en medio de gente cuyo idioma desconocen, rodeados á menudo de concurrentes irritados por su concurrencia al trabajo y por su sobriedad espartana, y víctimas alguna vez de persecuciones crueles.

Pero me consuela el pensamiento de que dará firmeza é inspirará valor á todos la imagen de su valle nativo, en el que siempre están pensando y que, si escapan, lo volverán á ver ciertísimamente todos cuantos, enriquecidos ó pobres, volverán á ampararse en él hasta la muerte.

¡Cuántos hay ya dispersos por el mundo, á quienes ví niños hacer castillos con piedras y romper el pedrusco con el clavo, con sus hermosos cabellos rubios dorados por el sol y agitados por el viento! Todos los años alza el vuelo una tropa de esos mis antiguos amigos, cuyos nombres y rostros primero se confunden y después se desvanecen en mi memoria. Pero los huecos se llenan continuamente. Al volver al valle, encuentro todos los años nuevas cabelleras de oro, nuevos ojos celestes, nuevos carriles bermejos, una nueva tropa de Dantes, de Temistocles y de Godofredos, hijos de padres ausentes que no vi, ni veré jamás, y estos nuevos héroes nacen y crecen tan semejantes, bajo todo aspecto, á los que partieron, que, en suma, me parece encontrarme siempre en medio de la misma población infantil.

Bella y extraña población de pequeños empresarios en forma de querubines, de futuros maestros de obras, que semejan muchachos escapados de los cuadros de Rubens, de escultores y de albañiles en capullo, á quienes pueden envidiar las rosas y los lirios de su rostro los hijos de los príncipes: inocentes, sí, y amables como todos los demás niños; pero que, sin embargo, tienen algo en la indole, en sus ojos y en la palabra, que hace creer que en la noche de Navidad, cuando soñamos con el zapato que hemos puesto en la ventana, no imaginan siquiera encontrar, envuelta con los dulces, una cédula del Consolidado 5 por ciento.



Así lo llaman muchos de sus pequeños clientes, y es Francisco Bonini, inventor, fabricante y comerciante de niños inanimados, que tiene su establecimiento en la vía de Roma. No es difícil encontrarle, porque frente a él se ve siempre a todas las horas del día una tropa de muchachitos del pueblo que, contemplando el escaparate, se olvidan del paquete, de la col ó del pañuelo que han de llevar a su casa, para abandonarse a una orgía de deseos. Y todas las señoritas que pasan por allí, conducidas por la mano de las mamás ó de las amas, desde veinte pasos antes de llegar al bazar, tiran de su acompañante, echando la cabeza hacia delante, y durante otra veintena de pasos se hacen tirar, volviendo el rostro hacia atrás.

Pasando por allí una mañana, me acordé de un día en que habiendo dicho en mi casa, á presencia de una hija de

una vecina:—al momento vendrá Bonini (un amigo mío oficial)—aquella, ilusionada por el homónimo, dió un salto en la sillita, como si hubiese dicho:—al momento vendrá el emperador de todas las Rusias;—y aquel recuerdo despertó en mí la curiosidad de conocer al hombre y su obra.

Pensé presentarme sin más ni más:—Yo también he trabajado para los niños:—dije entre mí;—no desdenará recibirme como un colega—y entré en aquella tienda estrecha, larguísima, oscura; pero que á la fantasía de todos los niños aparece más vasta y más fulgurante que el palacio imperial de los Incas.

Bonini estaba en lo más hondo de su casa real, llena de tesoros visibles é invisibles, leyendo la *Gaceta del Pueblo*, como un obscuro ciudadano cualquiera. Es un hombrecillo de unos cincuenta años, de rostro inteligente y benévolo, dotado de aquella dulzura particular de modales propia de todos los que tienen una clientela infantil perteneciente á la clase más elevada de la sociedad, sean ellos tenderos, sastres, médicos... Temí, por un momento, que su aspecto me hubiese engañado, porque apenas oyó el anuncio de mi visita, cogió por los pies una de sus muñecas, y á modo del Evaradnus de Victor Hugo con el cadáver del pequeño Ladislao, se puso á dar golpes de ciego sobre el banco, como si estuviese irritado por mi presencia. Reconocí, empero, mi error enseguida. Era aquella una de sus muñecas infangibles, bendecidas por los padres de familia, y él hacía aquello para probarme la invulnerabilidad de sus criaturas.

Después, levantando el vestidito á la muñeca, me hizo observar las buenas formas de sus piernas:... Eran, en efecto, dos hermosas piernas, pero no de niña, sino de mujer, y tan bien imitadas, que el acto de Bonini hubiera podido parecer deshonesto.

Nos pusimos á conversar familiarmente. Reconocí enseguida al artista en el modo con que contó, coloreándosele

el rostro, cómo él y su mujer habían hecho un viaje á París para visitar los grandes almacenes de muñecos, y robar —es su expresión— *con los ojos*. Descubrí, después, bajo el artista al filósofo cuando, diciéndome que las mamás prefieren las muñecas «vestidas de niña» á las «vestidas de señora», porque éstas «despiertan en las muchachas ideas ambiciosas», dibujó una fina sonrisa, que quería decir evidentemente: —¿Ha comprendido? Creía usted, tal vez, que fuese el lujo de las mamás lo que significaba la ambición en las niñas... Desengéñese; es el lujo de las muñecas...

Conceido el hombre, decidí hacerle un interrogatorio detenido y minucioso, tanto más, que lloviendo, no sería interrumpido por los compradores. La grande afluencia, además, es después del mediodía y, sobre todo, en Diciembre, hacia Navidad. Entonces la tienda está llena desde la mañana á la noche, el personal aumentado basta apenas para el servicio, y algunos días se quedan sin poder cenar, pues una vez cerrada la tienda, el trabajo dura todavía en el laboratorio, donde muchas muchachas se pasan la noche en alistar género extraordinario; y así se suceden los días entre una tal turbación y una tal confusión de muñecos y de niños, de voceitas naturales y de voceitas mecánicas, de brazos de carne y de brazos de madera moviéndose á un mismo tiempo, y de ojos vivientes y ojos de vidrio que lucen por todas partes, que en cualquier momento, dice Bonini, cansado de cuerpo y de mente y como presa de una alucinación, está á punto de confundir la mercancía con la clientela, de dirigir la palabra á una muñeca ó dar cuerda á una señorita.

* * *

En tantos años —le dije— habrá usted podido hacer sobre su clientela muchas observaciones preciosas.

—Sí, he hecho muchas y curiosas. La primera es que,

respecto á los muñecos, los clientes se pueden dividir en tres familias; los que los desean y los aman moderadamente, los apasionados ardientes y los indiferentes ó casi indiferentes, bien por precocidad de otros gustos ó por apatía de naturaleza. Estos últimos, empero, son bastante raros.

Y frunciendo las cejas, tras un breve silencio, como para interponer un lapso que impidiese la sospecha de un acuerdo interesado entre el fabricante y el filósofo, añadió: —Difícilmente esas salen buenas madres.

—También lo creo así—repuse, y estuve por citar inconsideradamente el proverbio «quien no ama las bestias no ama á los niños;» pero me callé porque parecióme una ofensa al arte.

—Debiera V. verlo—agregó Bonini—pues es una diversión.—Y habló de los «apasionados» es decir, de aquellos que entran en la tienda con la fiebre del deseo, que prorrumpen en gritos de admiración, en exclamaciones de alegría, en risas, en trinos de placer, que parece que enloquezcan. Algunos al menos, se muestran después razonables, se contentan, ó mejor, se resignan con *aquella* que conviene á la bolsa del padre ó de la madre. Pero otros no, y representan escenas de tragedia, sollozando y pateando á la vez, hasta echarse sobre el pavimento y revolcarse, agitando en el aire los pies, como frenéticos.—Y aun aquellos que se resignan se ve que lanzan miradas á las muñecas á que deben renunciar; miradas de amor, suspiros, adioses, con la cabeza vuelta hacia atrás, con cierta expresión de ternura y de deseo grande, que ninguna actriz dramática fuera capaz de imitar. Alguna vez, me dá pena verles, se lo aseguro.

Entre los «apasionados» hay, además, una categoría particular, interesantísima. Son éstos los condescendientes, que entran con el propósito manifiesto de disimular su propia pasión y con la palabra se muestran tranquilos, no articulando más que monosílabos, no expresando con la voz ni

curiosidad ni maravilla: á quien no los observe bien pueden parecer casi indiferentes. Pero tiemblan y se estremecen, se ponen pálidos y colorados, resaltan chispas en sus ojos, y en el momento de poner la mano sobre la muñeca deseada y obtenida, pero no esperada, casi todos se hacen traición. Precisa ver los movimientos, el apresuramiento con que algunos se posesionan de ellas y las estrechan contra su pecho, cual tigres hambrientos que abrazan la presa, y no consienten en manera alguna que se les mande su muñeca á su casa: se la quieren llevar consigo, aunque sea pesada, á brazos cruzados, rostro contra rostro, girando los ojos desconfiados, apartando á todas las niñas que encuentran en la escalera, por miedo á un «golpe de mano.»

¿Y las astutas? También éstas representan escenas irreproducibles. Las hay entre ellas pequeñísimas que tienen ya la finura de fingir, que no comprenden el que una muñeca sea más cara que la otra, y buscan dar á su fingimiento una razón distinta á la verdadera que parezca también una prueba de su inocencia de corazón: no quieren aquella *tal*, porque sea más grande y mejor vestida sino porque *tiene el aire más bueno*. Otras creen coger al *amo* ó á sus parientes con ciertos subterfugios de una evidencia sumamente cómica: quieren una muñeca de treinta liras, por ejemplo, en vez de una de cinco; pero aquellas se contentan con tomarla en camisa, mientras ésta está vestida; porque hay compensación, según ellas. Y es menester oír á alguna otra, cuando la mamá, mientras ajusta una muñeca ya casi aceptada, busca, moviéndose, no dejarle ver otra más cara que podría hacer rechazar la primera, y precisa oír con qué tono le dicen:—¡Eh, mamá, no sirve que te pongas en medio; ya la he visto. Tu buscas ocultarla porque cuesta más. ¡Ah! mira que colorada te pones. Pues bien, es aquella de allí, precisamente, la que yo quiero.

*
*
*

Entre las astutas las hay de una obstinación impasible, que son un «género» tremendo, y tienen todas un procedimiento igual, como si se lo hubieran aprendido todas de una sola. Se ve á veces una familia entera colocada en círculo alrededor de una niña que no levanta un palmo del suelo, fatigarse una hora inútilmente, por la buena ó por las malas, para inducirla á ceder, mientras aquella permanece allí en medio inmóvil, obstinada en querer la muñeca referida, dura y muda como un guarda cantón. Conoce á su gente y ha hecho dos cuentas: sabe por experiencia que, á mantenerse dura y firme, la conseguirá, sin tomarse la incomodidad de llorar ni alborotar; le basta callar y no moverse, rechazando á golpes de codo, bien asestados, las manos acariciadoras que intentan posarse sobre su espalda para reconciliarla. No hay otro remedio que cogerla en brazos y llevarla á la calle como un paquete. Pero las niñas que hacen esto tienen parientes incapaces de aquel acto heroico. Fallidos los tratos y abortadas las amenazas, el padre ó la madre acaban por resignarse y exprimir la bolsa, con el flaco consuelo—alguna vez expresado en voz alta—de pensar que su hija *es un carácter*.

Pregunté á Bonini acerca del papel que representaba en esos pequeños dramas.

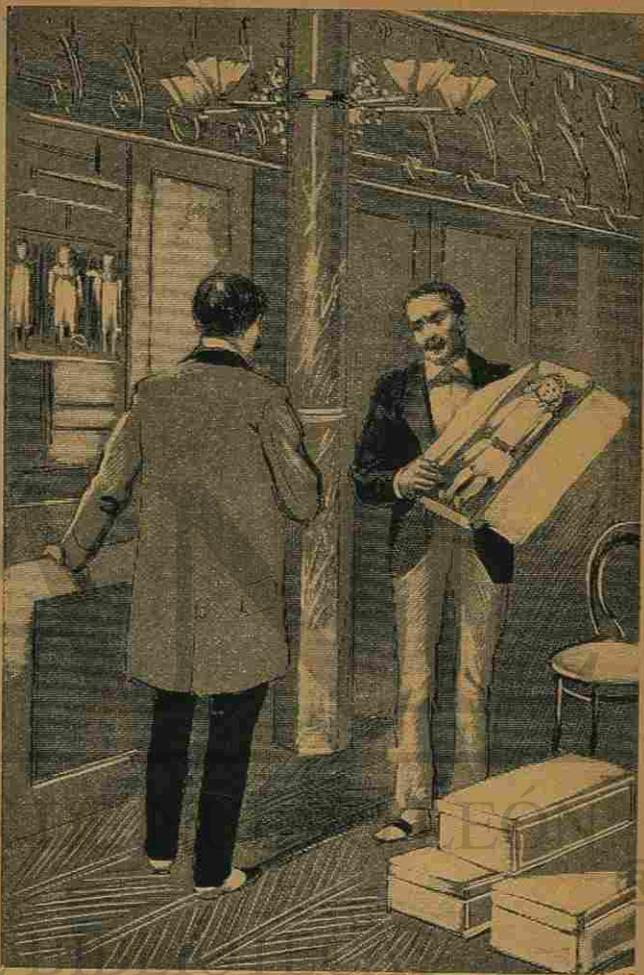
—Una parte odiosa—contestóme sonriendo—casi siempre. Y me refirió un hecho divertido. Años há, vino al establecimiento con su mamá y con una tía, una hermosa niña, una aterciopelada morena, de aquellas «trágicas», la cual hizo tales furias porque no le querían comprar una muñeca de las más caras, se puso á chillar y á agitarse con tal frenesí, que la madre, asustada, temerosa de que le diera una convulsión, se puso á gritar casi llorando:—¡Dios mío! ¿qué hacer? ¡Ayúdeme!—Busqué algún modo!—Y Bonini lo encontró: cogió la muñeca deseada, corrió al fondo de la tienda, hizo ademán de envolverla en un paño, donde puso la escogida por la señora, engordando el envoltorio con una docena de periódicos, ató el pa-

quete traidor con presteza y con furia, y llevólo á la niña, diciéndola:—Toma, llevátela á casa; ajustaremos las cuentas otra vez.—¡Ah, buen Dios!—exclamó;—supe después lo que ocurrió en casa al abrir el paquete; una tempestad, un infierno tal, querido señor, que tuve remordimiento de mi obra.

—¿Y pues?—pregunté.

—¿Por qué?...—repuso.—La niña volvió aquí otras veces... Hace años que no viene ya; es una señora casada; la veo alguna vez pasar por la vía Roma. Pues bien; ¿lo quiere usted creer? Lo comprendo en las miradas que me echa... ¡No me ha perdonado todavía!

Le pregunté hasta qué edad suelen ir las muchachas á comprar muñecas. Sonrió y respondió en voz baja:—Algunas vienen hasta una edad... increíble.—Y se mostró observador fino y artista hablando de cómo ciertas muchachas mayores se presentan, en las horas en que no hay nadie en la tienda, un poco ruborosas, con dos rosas en las mejillas, sonriendo y avergonzándose al mismo tiempo; graciosísimas, verdaderamente. Y alguna vez se percató bien de la comedia concertada que recitan juntas, para salvar la dignidad, la hija y la mamá; las cuales examinan la mercancía discuriendo entre ellas como si la compra fuese destinada á una hermana más pequeña, de la que no existe la efigie. ¡Cuántas he visto pasar en veintidós años! ¡Cuántas conozco todavía que han tomado marido y son madres! Para algunas, entre la última muñeca que compraron para sí y la primera que vienen á comprar para su niña, no pasan más que cinco ó seis años. Al verlas comparecer, después de algún tiempo, con un envoltorio en brazos del ama, parece que vengan á restituir el último adquirido en la tienda. Alguna dice chanceándose:—Cuando la compraba para mí no miraba el precio de este modo.—Y á menudo él ve hacer á la niña las mismas escenas que hizo la madre, y cuando le dicen:—pero que modales son estos, ¿no te da vergüenza de hacerte oír?



Bonini me enseñó las muñecas más hermosas

¿Pero no ves que todos te miran? etc.,—recuerda que eran propiamente las mismas palabras que la abuela decía á ella, pocos años antes, sobre las mismas losas del pavimento y con el mismísimo resultado: y tiene grandes esperanzas de ver todavía repetir la escena por la niña presente con la niña futura.

*
*
*

De un gran número de sus clientes conserva los nombres en un registro «en hoja y matriz» donde están consignadas las reparaciones que hay que hacer á las muñecas: porque él no es menos renombrado recompositor que fabricante, y hace el balance del pago acumulado á fin de año, como los médicos. Di una ojeada al último libro: en poco más de un año, casi cuatro mil reparaciones: es un hermoso romper. Se encuentran en aquellos folios los nombres de un gran número de familias notables de la aristocracia, de la alta industria, de la alta hacienda y de la política, y los registros están hechos de modo que, al leer el libro otro que no sea él, sin saber á quien pertenece, se estremecería de horror y de piedad, y se reiría también cordialmente. ¡Figuráos!—Señorita A. B. *las piernas rotas*.—Condesa S. D. R. *perdidos los ojos*.—Marquesa D. O. T.—*una peluca*.—Señora E. Z.—*cambiarle las medias*. Y así consecutivamente.

A una baronesa hablale *renovado el mecanismo*; otra señora *había perdido la voz*; otra *había perdido la cabeza*. Pero, en realidad, no hay que reirse por que muchas de las clientes vayan á llevar las muñecas con los ojos todavía húmedos de las lágrimas, desconsoladoras como de una desgracia verdadera y, que al dejarla, hagan recomendaciones sobre recomendaciones con voz conmovida, como la madre al cirujano que ha de operar al hijo. Y la sala de las operaciones está allí cerca, toda embarazada de hierros, de pinzas,

de hilos, de pequeños aparatos para tener unidos los miembros sueltos, de tacitas de colores para repintar los rostros descoloridos, de vasitos con pasta para curar las escoriaciones y desconchaduras, las heridas y las llagas; y se las ven sobre las mesas, sobre las sillas, sobre las repisas de las ventanas, arrojadas en todos los rincones; grandes muñecas desnudas, con las cabelleras trágicamente desgreñadas ó en completa ruina, con los ojos móviles «extraviados, con las bocas parlantes» desmesuradamente abiertas, la una ciega, la otra coja, la otra mutilada, cabezas separadas del tronco, troncos con los brazos tiesos, brazos y piernas dispersos; un espectáculo horrendo, que me recordó cierto antro fantástico de *Jack el destripador*, visto en un barracón de la plaza de Víctor Manuel, en el Carnaval pasado. Mas hay en un ángulo un gran cajón que da aún mejor la idea de todos los estragos que pueden resultar de un simulacro del frágil cuerpo humano hecho por aquellos artilleros tan industrioses y pacientes en el trabajo de destrucción y que tienen las manos infantiles excitadas por la curiosidad instintiva de la anatomía del juguete; un montón informe que os traía á la mente el osario de la casa de Sedán, descrito por Zola, donde era arrojado todo lo que caía de la mesa de operaciones del doctor Bouroche. Es una mezcla mísera de pedazos de cráneo, de medias caras, de ojos arrancados, de fragmentos de artes superiores é inferiores, de manitas y de piecitos cortados, y de narices separadas y de cabelleras quemadas, que hacen pensar en mil accidentes domésticos y en llantos y dolores y en escenas y contiendas conyugales consiguientes...—Eres tú quien la has avezado mal.—Pero si tiene tu carácter, precisamente.—No es mi carácter, es tu educación.—Pero cómo?...—Pues cierto. —Ah, qué existencia, Dios mío!

Mercancía hay allí para contentar al bello sexo de todas las escuelas elementales de la península; cajitas debajo de cajitas, cajas detrás de cajas, cajones sobre cajones, colegios, multitudes de generaciones de muñecas; y cuando el extranjero, por disminuir los costes de la aduana, que cobra dos liras por kilogramo de muñecos enteros, se los hace enviar divididos en dos, como así bien el indígena, para ocupar menor espacio, ocurre que se mandan cajas llenas de cuerpos sin cabeza, y cajas llenas de cabezas separadas, de modo que los clientes pueden poner la cabeza que quieran sobre el cuerpo que les place: operación que conjuraría muchas desdichas si se pudiese hacer en los matrimonios; y como quiera que también pagan menos las cabezas sin ojos, se ven cajas llenas de cabezas con las cavidades de los ojos vacías y cajas llenas de ojos de todos colores, que al levantar las tapas, os dirigen cien miradas interrogadoras, como admirados de la luz improvisa. Y todavía hay cajas sobre cajas llenas de pequeñas cabelleras rubias, negras, castañas, rizadas, crespadas, onduladas, polvoreadas, que dan la imágen de otros tantos cofrecillos de *Don Juan* conteniendo las guedejas de sus cien bellas seducidas. Pero aquellas cajitas de cabezas, con aquellos cartelitos escritos con gruesos caracteres, ¡cuánto hacen pensar además! Hay allí tanta variedad cuanta puede ofrecer una Cámara de diputados: *Cabezas de madera.*—*Cabezas de hierro.*—*Cabezas de cera.*—*Cabezas infrangibles.*—*Cabezas pequeñas.*—*Cabezas grandes.*—*Cabezas finas...*—Y véase junto á este, otro grande compartimiento, el de las *marionetas*, que son también una «especialidad» de Bonini, otros cajones innumerables, con cierto extraño conjunto de nombres sobre etiquetas, como *viejias y brujas*—*monjas y diablos*,—*fantasmas y garibaldinos*—y entre las más visibles y aparentes, tres cajas que se tocan, sobre las que hay escrito:—*doctores*—*asesinos*—*jueces.*—Y después de las muñecas con cabeza, visité el almacén, donde hay una verdadera maravilla de pequenísimas medias de todas tintas, con ligas que parecen

anillos para el dedo, de camisitas con franjas, de sombrillas, de manguitos en los que no entra el dedo meñique, de pequeños vestidos acabados y perfectos, que cuestan el estúpido de un año de muchos maestros elementales del reino de Italia; y después el almacén de los trastos de cocina, de mesas y de lavamanos, que en otro tiempo venían de fuera y ahora se fabrican con gran gusto y á mitad de precio en Levano; y, en fin, la sección de muebles, donde á los productos de fábrica están mezclados mesas y sillas minúsculas, hechas pacientemente á mano por obreros solitarios, por jóvenes artistas sin empleo, y también por viejos servidores del Estado, pensionados y caballeros, que, guardando el incógnito, se ganan con aquellos juguetes el tabaco para la nariz.

* *

Bonini me enseñó las muñecas más hermosas, vestidas y con cabellera, cerradas en una caja, y las descubrió como hace con sus pequeños clientes, levantando la cubierta con un gesto rápido y presentando la caja derecha, de modo que la muñeca aparezca toda de una vez, como sobre una puerta enteramente abierta, en toda su seducción. Y se comprende cómo, así presentada, hagan efecto. Algunas aparecen con un brazo tieso, como para presentar la mano á la compradora; otras con un pie en alto, como para lanzarse hacia ella; ésta con la cabecita inclinada hacia un lado, como por costumbre ó coquetería; aquélla con los «ojos móviles» entornados, como si dijese:—¡Alabado sea el cielo!—¡Soy libre!—Y otras, todavía en otras actitudes dramáticas, todas con aquel rostrillo pintado con cardenal, con aquella boca de botón de rosa, con aquellos ojos grandes y fríos, de damitas sin corazón y de cocottes sin pensamiento. Y viéndolas así pasar, pensaba en su diverso destino, en los mil fines distintos con que habrían de ser compradas.

Para ésta, tal vez, la compradora está ya en la calle, an-

helante y sobresaltada de gozo, y se hallará aquí dentro de pocos minutos; para aquélla está por nacer ó no concebida aún; estotra pertenecerá á una niña que, por obtenerla está destilándose el cerebro sobre la aritmética y sobre la geografía. Y cuántas servirán para arrancar el consentimiento en la extracción de un diente ó para el horadamiento de las orejas por pequeños agujeros. La una dormirá la noche de Navidad sobre una almohada de la cama, la otra pasará su primera noche libre sobre el camino de hierro, y muchas serán regaladas á la niña para pagar un favor al padre, ó servirán para distraer á la niña mientras el donador hablará al oído á la madre. Otras están destinadas á alegrar la convalecencia de pequeños enfermos y tal vez más de una á servir, sofocando los sollozos de una madre desolada, de último consuelo en una enfermedad sin esperanza, y á caer un día de la pequeña mano descarnada y quebrarse sobre el pavimento en el momento que su mamita adoptiva cerrará los ojos para siempre. Y cuántas caricias amorosas, cuántas palabras dulces y afectuosas, cuántos tiernos besos recibirán estos cuerpos insensibles, cuántos pequeños corazones palparán contra estos pequeños pechos llenos de salvado ó de harina de alcornoco, sobre cuántas inocentes y suaves desnudeces oprimirán estos muñecos sus labios fríos de porcelana, estrechados entre dos bracitos cándidos é inflamados por un hálito odoroso, dentro de un lecho visitado por sueños de color de rosa.—Pero muchas se ganarán también algún cachete ya que está siempre en vigor,—así me lo imagino,—aquel buen uso maternal, tan sabiamente educativo, de consolar á la niña que cae, golpeando á la muñeca que la ha hecho caer, y además porque... *donde hay mujeres hay palmadas*,—como dice el proverbio de nuestros amigos y vecinos.

* *

Vi, en fin, las rarezas: la primera entre éstas fué una

pequeña montañesa de Varallo donde nació el «rey de los muñecos», vestida por completo como sus paisanas vivas, con aquellos bordados de variados colores, que parecen macetas de flores, con aquellas sayas de paño negro, con aquellas trenzas sólidas, con aquellos oros viejos; una hermosa máscara rubia, que costó á Bonini y á su mujer meses de trabajo, y hizo furor en la exposición de Palermo; por lo que está conservada en la tienda como una gloria de familia.—Esta no se vende,—me dijo el autor de sus días. En efecto, tenía un aire honesto. Pero las otras rarezas que representaban campesinas sardas, romanas y napolitanas se vendían; y lo curioso es que son casi todos viajeros extranjeros los que las compran, no como juguetes, sino como ejemplares de costumbres italianas, por no comprar un cuadro de Michetti, de Quadroné ó de Corelli; con lo cual ciertamente hacen una economía no despreciable.

Pregunté á Bonini si tenía muñecas con fonógrafo dentro. Me contestó que había tenido; pero que ya no tendría más. El modelo que hice venir,—añadió,—cantaba una estrofa francesa y después reía... pero con una risa desagradable, nacía, de cantante parisiense, que en una familia honesta hace un vergonzoso oír... Muñecas *corrompidas*,—observé,—que ha hecho usted bien en echarlas fuera, porque basta á veces una sola en un grande almacén...—Y estuve á punto de añadir:—...para echar á perder todas las demás, pero volví á tiempo de mi distracción y detuve al vuelo mi despropósito.

* *

Mas ahora viene lo mejor, un verdadero *final* de teatro. Estaba todavía galanteando con la hermosa *varal-lesa*, cuando ví arrojar sobre un banco una gran muñeca que agitaba los brazos y las piernas, maullando, como un niño en la cuna, con tal apariencia de vida, que despertó en mí un sentimiento casi de repugnancia. Mientras estoy admirando aquel engaño, sintiéndome tocar una pantorrilla,

miro abajo, y veo otra muñeca con los vestidos largos, que da en torno de mí una vuelta de vals. No he tenido aún tiempo de apartarme, cuando hé aquí otra muñeca enorme, que camina á pasos lentos sobre el pavimento, llevada de la mano por un ayudante, al igual que un niño cuando empieza á andar. Otra muñeca de la misma especie, al mismo tiempo, viene á mi encuentro sobre el banco á pasos resueltos, derecha, lanzando gritos de gallo, como para preguntarme algo, y, volviéndome á un ligero rumor, veo por otra parte otra muñeca gordeta, en camisa, que chupa un biberón con toda fuerza, como devorada por el hambre.

No sé decir el extraño sentimiento de estupor y casi de inquietud que experimenté en medio de aquella extraña erupción de vida artificial, acompañada de un maullido sordo de gatos escondidos semejante al lloriqueo de un grupo de niños enfermos; por lo que parecióme encontrarme al mismo tiempo en el teatro Real, ante una escena del baile *Puppenfee* y en una sala de la Maternidad en un momento de desorden.

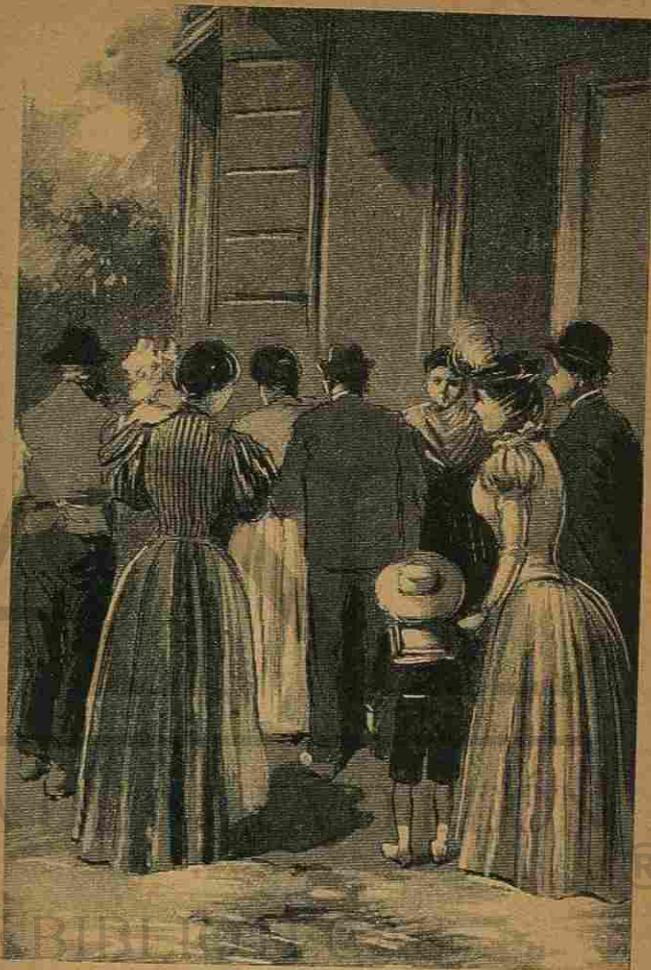
Y aunque no pretendí rogar á Bonini que diese más cuerda á otro autómeta, dejé que diesen una segunda vuelta los primeros, hasta que concluí por encontrarme en medio de un torbellino y de un movimiento de brazos y de cuerpecitos y en un concierto de maullidos, de gemidos y de gritos, que me hacían dar vueltas con presteza hacia aquí y hacia allá, casi inconscientemente, como si me hubiesen llamado por mi nombre desde cien partes distintas.

De improviso me asaltó una idea que me hizo escrutar súbitamente mis sentimientos é interrumpir mi conciencia, casi desconfiando, con curiosidad viva y atenta... Y dije entre mí:—¿Cómo?... ¿sería verdad?... ¿después de casi medio siglo?...—Y era verdad, sí.—¡Oh, *rubor!*—como dice Alfieri.—¡Oh, viejo chochol... En resumen... me divertí.

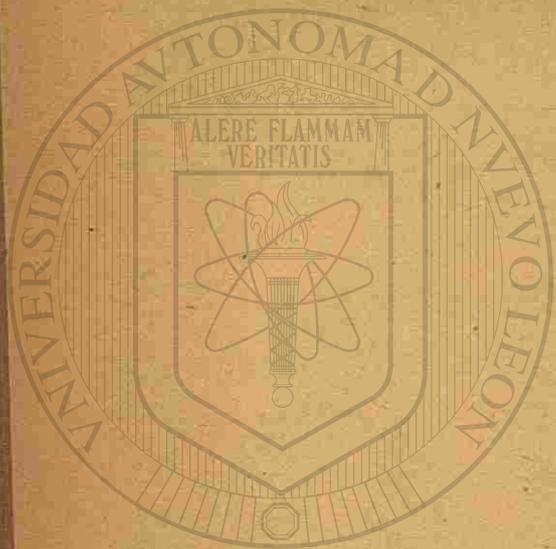
* *

Y escapé afuera, para no ceder á la tentación de comprar. Pero durante algún tiempo, por el camino, no pude apartar el pensamiento de cuanto había visto, porque la vista de los transeúntes, en vez de distraerme, reconducía mi mente á aquel espectáculo. Y era muy natural: tantas son las semejanzas que existen entre este mundo y la tienda del señor Bonini! Personas sin cabeza sobre los hombros, ojos fijos que no ven, bocas abiertas que no comen y éraneos hueros y caras pintadas y pelucas, se tropiezan á cada paso. Y los bellos rostros á precio fijo, y los personajes de goma elástica y los hombres que llevan en el vientre el principio motor de todos sus pasos y de todos sus movimientos, y las mujeres elegantes que no tienen en su cuerpo más que aserrín de alcornoque, son incontables. Y si son raras las criaturas femeninas *infrangibles*, cuántos no son los hombres públicos que se agitan y gritan por una idea, solamente hasta que dura la cuerda que le ha dado su amo, y cuántos los pobres desgraciados que unas manitas de niña acarician ó destrozan por capricho, y cuántas las hermosas damas que bailan alegremente un vals, mientras el niño abandonado chupa la leche fría de vaca de una teta de vidrio!

Y aún hay otra semejanza: la de que así como de la recomposición de las muñecas maltratadas por los niños no son éstos los que pagan el coste; así sucede cuasi siempre en el mundo de los hombres, que rompen los unos y pagan los otros.



La calle estaba, en un buen trecho, llena de una multitud diferente de la acostumbrada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



LIBRO QUINTO

Entre marionetas

Un pequeño teatro célebre

Vi un domingo, en la vía del Príncipe Amadeo, hacia las tres de la tarde, un concurso extraordinario en el teatro de los hermanos Lupi, donde se representaba *Las siete maravillas del mundo*. El gentío era tal que se habían tenido que colocar dos guardias municipales a los dos lados de la puerta, para impedir que ocurrieran desgracias. La gente formaba sobre la pequeña escalinata exterior un montón de cabezas, sobre las que sobresalían los rostros ansiosos de los muchachos subidos en hombros, algunos de los cuales, llorando por temor de no poder entrar, tendían los brazos hacia el despacho de billetes con una actitud de invocación suplicante, que daba lástima y hacía reír a un mismo tiempo.

La calle estaba en un buen trecho llena de una multitud diferente de la acostumbrada: eran familias numero-

sas apiñadas en grupo, muchas señoras, muchísimos muchachos, una falange de amas, de ayas, de criadas, soldados de infantería y cazadores, gentes del campo, mujeres del pueblo. Alguna de éstas, cercana á mí, tenía en la mano el programa del espectáculo y lo leía en alta voz, deletreando, masticando estas misteriosas palabras: *El mau so leo de Ar-ti-mi-sa, en los pen-si-les de Babi-lo-nia*, con un rostro de devota, cual si nombrara un milagroso santuario desconocido. Oí á un obrero, que tenía una pequeña carga sobre los hombros, decir en acento de triunfo á los vecinos, enseñando á su muchacho con la medalla de las Escuelas municipales: Este no paga. Los premiados tienen derecho al espectáculo.—¡Ahl ¡qué Lupi, qué hombre!—Por todas partes, dando vueltas entre la multitud, oía comentar el programa, predecir maravillas de la representación y elogiar á la «compañía». Había muchachos que saltaban de alegría, que alborotaban de impaciencia, que se metían entre las piernas de las gentes como perros y se hacían sitio á codazos y á cabezadas, y tras los cuales llegaban otros continuamente, precediendo en la carrera á sus familias, jadeantes y con el rostro amapolado, y que al ver la puerta interceptada por la multitud, alguno se golpeaba desesperado la frente con el puño.

De pronto llegaron los músicos que, después de haber intentado en vano abrirse paso, volvieron atrás para entrar por la plaza Carlina, se pararon un poco en torno de un señor alto, de chaqueta y sombrero calabrés, parado en una esquina. En aquel momento un muchacho próximo á mí, señalando con la mano á aquel señor, exclamó con acento apasionado de admiración y de respeto:—Es él... Luis Lupil—Fué aquella exclamación la que me dió la última impulsión á escribir estas páginas.

*
**

De los Lupi era ya marionetista el abuelo, nacido en

Ferrara, que comenzó en calidad de criado ó mozo, ó como se dice en lenguaje teatral, de personaje de un marionetista renombrado, el cual recorría las ciudades del Piamonte y venía todos los años á hacer la estación del Carnaval á Torino. Vino durante muchos años al *Teatro Paesana*, en el palacio de los condes de Paesana, en la vía de la Consolata; después Lupi puso su teatro por su cuenta, y siguiendo la *tourné* de su maestro continuó visitando Turin en invierno, no ya en el *Paesana*, sino en *San Martiniano*, donde le sucedió su hijo Enrique.

Era un pequeño teatro sin fachada, situado en el cruce de dos calles, á la sombra de la vieja Turin, y se llamaba así por su proximidad á la capilla de San Martiniano, que fué derribada cuando se abrió la nueva vía de Pietro Micca. Recuerdo que veinte años hace, habitando allí cerca, oía todas las noches, ya tarde, la música del baile, acompañada alguna vez de explosiones de aplausos y de fusilería; pero sin parar atención, porque no os atraen las marionetas sino cuando os dan una imagen del mundo que no se conoce todavía, ó cuando os representan la caricatura de la vida de que se ha hecho ya experiencia.

Aquel nombre del compañero de martirio de San Proceso hizo durante treinta años palpar el corazón de todos los muchachos torineses de todas condiciones: no creo que haya un conciudadano mío de mi generación á quien no despierte un recuerdo confuso de vivos deseos y de vivos placeres, y que al pasar por delante de aquella casa y dirigir una mirada á aquella puerta, que ostenta ahora una muestra de tapicero, no se vea reflejada como en un espejo su imagen de muchacho. En aquel teatrillo que vió muchas veces en sus palcos á Ernesto Rossi, á Virginia Marini y otros artistas célebres, donde recitó un prólogo con la cabeza en las «nubes» Leopoldo Marengo, y del que fueron concurrentes asiduos, en su niñez, la princesa Margarita y el duque de Génova, vinieron al mundo los dos hijos de Enrique Lupi, ahora propietarios y directores; los cuales,

previendo que aquella casa caería pronto ó tarde bajo la piqueta del conde de Sambuy, la desalojaron en 1884, y, comprado el *D'Angennes*, en otro tiempo primer teatro de la comedia, y más tarde el *Carignano*, fueron á instalar su *Gianduja y Giacometta*, donde habian recitado Gustavo Modena y Adelaida Ristori. Tuvieron por algún tiempo un rival formidable en el *Teatro Gianduja*, fundado y dirigido por un marionetista agudísimo, Juan Bautista Sales, que fué el primero en poner sobre la escena el fanteche de aquel nombre, y con éste sostuvo una lucha furiosa, tratando de superarlo en la variedad y en la riqueza de los espectáculos; pero con la muerte del Sales el *Gianduja* decayó y, después de haber intentado inútilmente realizarse con la representación de obras líricas, en 1865 desapareció. De entonces á hoy, ó sea desde cerca de treinta años, los Lupi no tienen ya rival en Turin, ya que ninguna de las otras buenas compañías italianas, siendo todas ambulantes, pueden disponer de un copioso y vario material de escena como el que ellos poseen, por lo cual puede decirse que no tienen ya émulo ninguno en Italia.

El primero y más fuerte impulso al perfeccionamiento del pequeño teatro, lo dió Enrique Lupi, que fué un hombre singular por su vivacidad de ingenio y vigor de voluntad, no provisto de cultura escolástica, pero rico en conocimientos de todo orden, adquiridos leyendo ávidamente toda especie de libros, estudiando los hombres y la vida en todas las clases sociales, asistiendo, aunque viejo, á conferencias, á reuniones públicas, á lecciones universitarias, y frecuentando el trato con publicistas, artistas, profesores, con el espíritu siempre atento á las observaciones y pronto á sacar partido de todo. Sus dos hijos heredaron todas las facultades del padre.

Llevaron ambos el nombre de Luis y se firman Luis I y Luis II, como dos monarcas, padre é hijo, reinantes á un tiempo. Son, como los hermanos Goncourt, dos obreros intelectuales asociados, entre los que existe un acuerdo

perfecto. Cada uno, empero, tiene atribuciones propias. El mayor busca los asuntos, compone, traduce, adapta, dirige la marcha general del teatro; el otro provee la *mise en scene*, cuida de la *factura* de los personajes, del vestuario, del *attrezzo*, de todos los particulares de la representación. El primero, que ha pasado ya de los cincuenta años, es el más original de la copia. Uno de los caracteres más notables de su originalidad, es el de estar hace treinta y cuatro años empleado en el oficio de policía del municipio de Turin. Es un hombre de estatura alta, de cabeza gorda y de miembros fornidos, que visto una vez no se olvida ya; la frente ancha y dura, la nariz audaz, la boca cónica, los ojos vivos y resueltos de un hombre de imaginación y laborioso, el cuello y la voz engrosados por el ejercicio continuo de la recitación á voz forzada, los gestos y los modales de un artista. Y de artista tiene también el lenguaje esculpido y colorido y correctamente italiano, como su modo de escribir; pero más atrayente que otro, por la pasión que lo inflama cuando habla de sus cosas. Al oírle hablar de la excursión artística de su compañía á Nápoles, á Montevideo, á Buenos Aires; de las representaciones que iba á dar con su padre en el castillo de Moncalieri para el pequeño príncipe Odón y para la princesa María Pía; de los viajes que hizo á Londres, á París, á Chicago, á Viena, á Berlín, á Dinamarca, para estudiar los progresos de su arte y observar las grandes Exposiciones que quería reproducir en su teatro; y, sobre todo, al oírle juzgar, por el lado de la oportunidad y del adaptamiento á su escena, las grandes obras dramáticas y líricas y los acontecimientos políticos y guerreros de todos los países, á los cuales tiene puesta su asidua atención espionando por los cuatro puntos del horizonte todo hecho ó personaje ó asunto teatral, os parece estar delante de un grande empresario, autor, actor y director de una gran compañía de prosa, de canto y de baile, que piensa y trabaja para el gran público, y os quedáis después maravillado, dando una mirada

en torno, al ver colgados de la pared á sus artistas de madera. Y no se puede desconocer que en escoger los puntos culminantes de un periodo histórico ó de la vida de un hombre aventurero y famoso, en enlazar á cualquier asunto los pequeños casos de su marioneta protagonista, en la elección de las situaciones dramáticas y de los cuadros finales, como también en la estructura de los diálogos apasionados y agudos, y en especial modo en las «revistas», da pruebas de facultades teatrales singularísimas, entre las cuales sobresale una imaginación ardiente, temeraria, diabólica, siempre correcta, empero, (si este participio puede unirse á aquel adjetivo), de un buen sentido raro, que, aunque en su curso muy extravagante, la tiene sujeta por un hilo sutilísimo, tiene en cambio una sana intención moral y un severo respeto de la decencia.

* * *

Me preguntaréis de qué se compone su repertorio.

Es una pregunta que, por cierto, espanta. Para contestar tendría que escribir un volumen.

Es un repertorio que, entre dramas, comedias, farsas, revistas, bailes y fantasías, abraza en tiempo y en espacio el Universo; va del diluvio universal al sitio de Makallé; comprende la Mitología, la historia patria y la crónica de la ciudad, se extiende de la China á la California, de la Cafrería á la Groenlandia, de las regiones etéreas á los abismos del Océano, de las puertas del Paraíso á los antros del Infierno. Figuran las viejas comedias de arte, dramas ataviados de todas las literaturas, los bailes de Pratesi y de Manzoni, las óperas de Meyerbeer y de Verdi, todos los fastos militares de la nación, desde la batalla de Goito á la ocupación de Roma, todos los congresos, los terremotos, las epidemias, las inundaciones, las coronaciones, las exposiciones, los grandes descubrimientos que se sucedieron sobre la faz de los dos continentes en los últi-

mos cincuenta años. Todos los soberanos, todos los grandes estadistas y generales y héroes, todos los italianos célebres de cualquier campo y por cualquiera suceso, desde 1821 á nuestros días, pasaron sobre aquel escenario, no de nombre solamente, sino con su propia efigie, esculpida de intento, con semejanza admirable, vestidos como vestían, reproducidos con gran perfección, en cuanto era posible, en los gestos y en la voz, presentados en los actos más importantes de su vida pública y en los particulares más notables de su vida privada.

El teatro de los Lupi reprodujo toda nuestra vida nacional. *Gianduja* arriesgó la cárcel cuando la palabra no era libre, desafió á la policía, preconizó la revolución, conspiró, fué tribuno, movió los entusiasmos, glorificó los martirios, celebró las victorias, lloró las desventuras patrias, vindicó las víctimas ilustres de la injusticia de los gobiernos y de los pueblos.

Con un tal repertorio, pensad el cúmulo de copias que deben dormir en sus almacenes; se aproximan á mil. Y para representar toda esa cantidad de trajes y vestidos, imaginad lo que debe haber visto aquel palco en vestuario de todas las modas, en armas de todas las formas, en edificios movibles de todas las arquitecturas, en aguas y en rocas, en plantas y en puentes, en trenes y en tronos, en animales de tiro, de carrera y de carga, domésticos y salvajes, asiáticos y europeos, imaginarios y reales, desde el asno y el buey de Belén, á los camellos de la colonia Eritrea, del cancerbero de la *Divina Comedia*, á los dragones del Celeste Imperio; figuraos los sacos de pólvora de escopeta y de Bengala, de licopodio y de magnesio que deben haber sido quemados, y de los miriágramos de madera y de cartón que deben haber sido convertidos en semejanzas humanas.

* * *

Las cabezas, sobre todo. Cierto estoy de que no imaginaréis (ni yo lo imaginaba) que las cabezas de los actores de madera pudieran dar á los hermanos Lupi bastante más que pensar que á los directores de compañías cómicas dan las cabezas de los actores de carne y hueso. Y es así, puesto que aquellas requieren una semejanza perfecta con las cabezas de los personajes ilustres, sean muertos ó vivos, y en las de todos los demás ha de haber una correspondencia entre la fisonomía y el carácter; y no es cosa fácil á los artistas el satisfacer una tal exigencia ateniéndose á un tiempo á la exageración de las líneas que exige la óptica teatral, sin traspasar nunca esta exageración más allá del límite de una caricatura discreta. Fueron en este género dos escultores genoveses, los hermanos Pittoluga, muertos hace cerca de treinta años, tan hábiles, que muchas de las cabezas hechas por ellos sirven todavía de modelo y son reproducidas, con pocas modificaciones, en centenares de ejemplares. Pero otras muchísimas han de ser hechas de imaginación (de memoria) y no acertando á la primera, han de volver á hacerse y, hasta tres ó cuatro veces, remodelarse en greda, tomadas del yeso, tiradas en cartón, pintadas al óleo, con cuidado y fatiga infinita de quien la dirige y de quien la forma. Y así en los escenarios, después del viejo Morgazi, que fué insuperable, son raros los pintores que obtienen los efectos especiales requeridos para ciertas representaciones fantásticas de un teatro de marionetas. Y para el vestuario y para todo lo que á él concierne es lo mismo; es difícil encontrar operarios que tengan la habilidad y la buena voluntad de hacer botas minúsculas perfectas en todas sus partes, zapatitos de señora largos de un dedo, pelucas grandes como la mano, rizadas, arquitectónicas, desordenadas con arte, y una cantidad innumerable de pequeños objetos, como sombrillas, cestillos, carteras, balijas, alrededor de las cuales los dedos más ágiles y más delicados se cansan y se impacientan.

Y en toda nueva producción de espectáculo hay un ejército de actores, de actrices, de comparsas grandes y pequeños que vestir, calzar, encabellar, armar y enjorar, según las costumbres de varios tiempos y países, consultando álbums de costumbres, estudiando cuadros, haciendo requisa de figurines, utilizando vestuarios desechados; de modo que no bastando para la obra la señora Lupi y sus hijos, se añaden modistas y costureras y planchadoras, y alguna vez para un solo espectáculo dura el trabajo un mes entero, durante el cual es hermoso ver el taller, donde hay una magnificencia de mantos reales, de residuos de dama, faldas de bailarina, divisas de guerreros, una profusión de pequeñas cosas extrañas, graciosas y pomposas, un deslumbramiento de colores y de esplendor, para enloquecer un colegio de niñas y un enjambre de urracas.

*
*
*

Toda la familia Lupi trabaja en el teatro: los dos hermanos, y la mujer y los hijos del primero; cuatro hombres y tres muchachas, de las cuales dos cuentan diecinueve y veintidós años respectivamente. Y es menester verlos á todos allí, hasta los dos más pequeños, encaramados en el puente ó apoyo, como lo llaman, inmediato al palco escénico, durante la representación. Hé aquí el asunto de un cuadro original para un pintor valiente.

La primera vez que estando en el palco, vi de perfil aquellas ocho cabezas de hombres y de mujeres, la una detrás de la otra, sobresaliendo de aquella especie de púlpito aéreo, iluminadas de abajo arriba, ora hablando una á una, ora todas juntas, con toda suerte de esfuerzos violentos de los labios y de extrañas entonaciones de voz, desde la del bajo cavernoso á la del soprano de falsete, mientras las dieciseis manos movían con un centenar de hilos una multitud de *personillas* de abajo, me pareció ver

una familia de deidades colocadas sobre una nube, que dirigiesen la hacienda y se recreasen con una pequeña humanidad agitándose sobre el polo de un asteroide. Pero reconocí muy luego que el hacer de deidad de aquel modo no debía ser una delicia. Estar horas y horas en aquella postura contraída, con el calor de todas aquellas luces en el rostro, forzando y variando continuamente la voz, trabajando á un tiempo con los diez dedos y consultando con la mirada oblicua el ejemplar puesto en medio, que hace el oficio de sugeridor, y mientras se habla y se trabaja en lo alto, vigilar y dar órdenes á quien trabaja en lo bajo, y rodar y arrastrarse á cada momento por un rompecuellos de escalera de bastiniento casi vertical, es una fatiga que mata también á las deidades. No me maravillé cuando cayó el telón, verles descender del Olimpo en mangas de camisa y con los brazos desnudos, bañados en sudor y anhelantes, como descenden los acróbatas de los trapecios. Y entonces solamente me fijé en que las dos señoritas llevaban un vestido de hombre, camisetas y pantalones de terliz grises, que las hacían parecer dos obreros; pero dos obreros á los cuales el más terrible mayordomo hubiera tolerado cualquiera infracción del reglamento, sustituyendo la multa con sonrisas.

Pero el trasescenario de un teatro de marionetas, para quien lo visita por primera vez, está lleno de otras sorpresas agradables. Estando junto á los bastidores, sentía deseos de apartarme con una ligera inclinación de cabeza, como se hace con las actrices vivas, cada vez que salía á escena una señorita, y permanecía luego estupefacto al verla de pronto elevarse en el aire en vez de ir á su camarín, y quedar colgada en facha de rana como un salchichón.

Y así tenía una ilusión agradabilísima al ver tras el foro del lado opuesto á una de las señoritas Lupi dando los últimos retoques al traje de los personajes antes que se presentasen al público, prendiendo á uno un alfiler, estirando á otro el vestido, ajustando á un tercero el som-

brero, como se hace con los niños filodramáticos, con gestos listos y cariñosos, á los que aquellos correspondían, precisamente como los niños, con gestos que parecían de impaciencia, movidos por la mano inquieta que los regia de lo alto. Y mientras varios personajes operaban en la atmósfera, de modo que me parecía que razonasen de verdad sobre negocios propios, como hacen los actores entre dos compases, otros dos niños más pequeños que las otras dos muchachas, vueltos hacia la parte interior del «apoyo», hacían pasear y gestear pacíficamente, en el fondo del palco, á otros, para dar vida á la escena. Y aquella confusión que se veía á lo largo de las paredes, en una media obscuridad, de personajes de la comedia que estaba para terminar y del espectáculo coreográfico que iba á empezar, de bailarinas, mimos, damas descotadas, marionetas en almilla y con uniforme, con la trompa y con el yelmo, y comparsas de todas edades y de todas estaturas, me daba casi la ilusión de encontrarme en el palco escénico de un gran teatro donde acaba la ópera y está para comenzar el baile. Había sólo esta diferencia: que en calidad de consejero comunal, como era entonces, no podía encontrar allí ningún argumento que me sirviese para combatir en nombre de la moralidad la dotación del *Teatro Regio*.

*
**

Mas, para conocer de lleno las fatigas del arte y la habilidad de la familia Lupi, es preciso verla trabajar en una jornada campal. El espectáculo, en tal caso, es bastante más grandioso y terrible visto en la escena que presenciado desde la platea. Bellísimo es ya ver los preparativos de la batalla: las masas armadas, recogidas y ocultas en la obscuridad; fuga de relámpagos de las bayonetas y de las lanzas; los caballeros apostados detrás de los bastidores, como en acecho; los mulos cargados de municiones que se colocan en fila á los dos lados de la escena; los comandan-

tes con la espada desvainada, que esperan de ambas partes el gran momento, con grandes ojos brillantes y fijos delante de sí, como espiando el doble misterio del horizonte y de la muerte.

Cuando el instante solemne está próximo, los directores dan los últimos consejos, lanzan las órdenes supremas. ¿Las tropas están prontas? Dispuestas. ¿Los cañones están en batería? Están. ¿Las mechas están encendidas? Sí.—Entonces, adelante, y Dios os guardel—La vanguardia cambia los primeros disparos, los primeros jinetes escaramucean, los primeros heridos dejan caer la cabeza de cartón sobre la escena y permanecen rígidos; pero algunos para levantarse.

Entre bastidores uno golpea una gran caja para imitar el estampido del cañón, otro hace sonar la trompa, un tercero mueve la máquina que hace correr en lontananza un regimiento, un cuarto galopa en torno del escenario encendiendo las ruedas fijas á los bastidores que producen el estrépito del fuego de fila.

Los hierros se calientan; sobre la escena es un sucederse tumultuoso de luchas feroces, un topar continuo de cabezas y de pechos, un granizar de golpes, un molinete de aceros,

un perseguir de caballos á la carrera,

de mulos, de cañones y de ametralladoras que se precipitan por los puentes y por las rocas, con un ruido infernal; y mientras, arriba, sobre el apoyo, los hermanos Lupi con sus hijos, agitan los brazos furiosamente, lanzando aullidos, amenazas, gemidos, gritos de socorro, mezclados con órdenes y advertencias animadas á los ayudantes de abajo; éstos y los muchachos, con una rapidez fulminea, en que todo acto es preciso, todo paso está medido, todo segundo contado, corren y recorren entre los bastidores y las paredes, desatan las marionetas, las presentan, las recobran, las

cuelgan de nuevo, las vuelven á soltar, recogiendo al vuelo armas, yelmos, cacerinas, banderas, moviéndose como fantasmas en una densa nube de humo y en un olor acre de azufre; y cuando creéis que el pandemonio está para terminar, no es más que un artificio para acrecer el efecto; la batalla se renueva más ardiente, se reanuda el fuego, redoblan los relámpagos, se espesa el humo, se acelera la turbonada; á los fragores del escenario se unen los clamores de la platea; con los aullidos de ira de los combatientes se confunden los gritos de entusiasmo de los muchachos; es una furia febril y creciente de hombres que salen y que atacan, de luces que giran, de fantoches que vuelan, de hilos de hierro que se cruzan en el aire, y un movimiento vertiginoso de sombras, de relámpagos, de cabezas, de brazos, de gritos y de caídas de aparejos, una tempestad de ruidos, de clamores, una niebla espesa, un estruendo infernal que, cuando cae el telón y todo se aquieta, os deja aturdidos, atontados, como al salir de un manicomio donde haya estallado á la vez una rebelión y un incendio.

Pero más que todo espectáculo es divertido el examen del personal artístico. La primera cosa que me asombró, cuando visité por primera vez el palco escénico, fué la estatura de los personajes, que vistos desde la platea parecen poco más altos de un palmo y tienen más de medio metro, como niños. Y me maravilló la exactitud minuciosa, casi supérflua, de sus trajes. No creáis que sean hechos solamente para engañar la vista desde lejos, pues pueden afrontar el análisis de la lente. Ved, por ejemplo, un pobre diablo vagabundo: está vestido de telas usadas, llenas de rotos, de remiendos, de manchas de grasa, con los codos pelados y los botones colgantes, y lleva una corbata de cuerda, la camisa de tela fosca y arrugada, los zapatos

lentos de remiendos y reventados. El señor elegante lleva el monóculo de moda, los botoncillos de oro en los puños y en la pechera de la camisa, y la cadenita del reloj que le cuelga del bolsillito del chaleco. Hay un viejo médico enamorado, con un sombrero cilíndrico que tiene diez años de servicio, los anteojos sobre las orejas y un balandrán de un color de araña rabiosa, que produciría envidia a Novelli. Pero las más hermosas son las señoras, vestidas según el último figurín, con un gusto exquisito en las flores del sombrero amontonadas, que son pequeñas maravillas; con alfileres, pendientes, anillos, bolsa, abanico; con cabellos naturales, peinadas a la moda del día, que se pasan el peine en el momento de salir a escena, con la enagua bordada y almidonada, para que, si ocurre un accidente impúdico, el público vea que van vestidas interiormente, las señoras sobre todo.

La proporción de sus formas es admirable: tienen pecho, espaldas, costados, brazos de mujer de verdad, tanto que deleita hacerlas dar vueltas y más vueltas con las manos, y el pretexto de ver cómo están vestidas, os lleva a prolongar el análisis con un sentimiento de curiosidad culpable. ¡Y la variedad de los tipos! La primera vez que entré en el escenario, de día, el señor Lupi me presentó una docena, la flor de su aristocracia, todas jóvenes y elegantes, suspendidas la una junto a la otra, por un alambre de dos metros de largo, de un gancho que tenía sobre mi cabeza, y definiendo en dos palabras a cada una:—Esta es un tipo sentimental.—Esta otra es más hermosa, pero menos simpática.—Vea ésta, ¡qué aire más distinguido!—Y cuando las vi arrimadas todas frente a mí, como una comitiva de patrocinadoras de una obra pía esperando la visita de un pez gordo, todas de pié y derechas, con aquellos ojos grandes y brillantes, ¿qué queréis? sentí una cierta sugestión, me pareció deber decir algo, poco faltó para que no preguntase si habían sufrido el mareo en su viaje a América.

*
*
*

Porque ha de saberse que a quien se entretiene entre los actores de un teatro semejante, le ocurre un caso psíquico curiosísimo, que no le ocurre al que visita un almacén de muñecos, por más estupendamente formados que estén, aún teniendo éstos el mismo rostro, la misma edad y un traje convencional. Entre aquellas marionetas, en cambio, que representan una gran variedad de tipos, de edades, profesiones, caracteres diversos, con una reproducción tan perfecta, a más del aspecto físico y de todos los particulares del vestir, vuestra imaginación entra poco a poco en un engaño que apartándola de la consideración de la grandeza, acaba por hacerlas ver y considerar como personas vivas. Parece mayor la ilusión cuando acostumbrada la vista a la exageración de las líneas y a la expresión de los rostros, no sensible a lo largo, aunque común a todos, y no impulsada jamás fuera de aquel signo que, aunque falso, es posible, produzca después otro extraño efecto que, al salir de allí, os parecen faltos de relieve, de vigor, de expresión, casi facciones abocetadas, los primeros rostros humanos que se os ponen delante, como acontece a quien vive entre locos ó estúpidos, que cuando vuelve entre cuerdos ó sabios, le parece al principio insulso y monótono el lenguaje sensato y prudente. Y es precisamente ésta la ilusión agradabilísima que deja la visita atenta y la estancia prolongada entre la población de los hermanos Lupi. Yo me he divertido, no digo cómo, pero bastante más que un muchacho. Allí habría pasado el día entero. La población es innumerable. Por el respiradero de un guardarropa medio cerrado, tras de una cortina que Lupi levanta, en los ángulos del escenario, en los vanos oscuros de las paredes, por todas partes, en fin, veis *terbulias* de mujeres, patrullas de armados, «conciliábulos» de rostros equívocos, personajes de la corte relumbrantes

de oro, barbudos misteriosos, ojos que os miran, bocas abiertas como para soltar un grito, retenido á vuestra aparición, regimientos de campesinos, brigadas de señores en hábito negro, grupos de bailarinas con mallas de color de carne. Una de estas «me dió en el ojo» (llamó mi atención): Lupi alargó la mano para cogerla. Estuve por decir: —No la distraiga,—pero estaba ya sobre el pavimento haciendo sus finezas, volviendo el busto y la cabeza á la parte opuesta de sus piernas levantadas, deslumbrando con sus vestidos transparentes, sembrados de lentejuelas de plata y enseñando como dice Alcardi, *las arcanas formas gordetas*, con tanta vivacidad y tanta gracia, que no me pareció ya una extravagancia el romance de Felice Goveau, en el cual el protagonista se enamora perdidamente de la primera bailarina del *Gianduja*. No me chancéo: daban ganas de cogerla para la vida y hacía ánimo de llevármela: un impertinente hubiera pedido al señor Lupi sus señas. Pero lo más ameno es que entre un tan gran número de rostros verosímiles os ocurre de vez en cuando encontrar uno que os hace dar un brinco, por su semejanza extraordinaria con alguna persona conocida. He encontrado allí, *entre los que están suspensos*, dos ministros, una actriz célebre, un vecino mío de casa, y algún otro del que conocí el rostro, aunque sin recordar quien fuese, pero que me hizo decir sin sombra de duda:—Con este yo he comido.—Y metido en curiosidad continué buscando, é hice todavía descubrimientos muy desagradables. Fijando los ojos en una multitud de mujeres, se me escapó una exclamación:—¡La reina Taitú!—Era ella puramente escupida.—Un poco más allá encontré á Menelik, Maconen, Margacia, el general Baratieri, con su uniforme de Africa, semejantísimo, pero todavía con el aire de Scipión, porque había sido modelado después de Senapé. Lupi levantó una mano, descolgó á un personaje, y dijo con acento de respeto:—El *mayor* Toselli.—Pues bien, nadie hubiera sonreído, y no me pareció una profa-

nación. Era también esa una forma de gloria de aquel pequeño simulacro que había sacudido el corazón y hecho batir palmas á tantos niños y arrancado algunas lágrimas también á los hombres, y pensé que si el bravo soldado lo hubiera podido ver, hubiera sonreído dulcemente como un triunfador que siente entre el aplauso de un pueblo aclamar su nombre por un niño.

*
**

Las sorpresas son allí infinitas. Encontráis dos personajes perfectamente iguales; ¿representan acaso los *Alencrini* de Plauto ó los *Gemelos* de Goldoni? No; el protagonista es uno sólo, pero exige el drama que en cierto momento se quite la gorra en la escena: operación imposible á causa del hilo que rige sus destinos; y no hay más remedio que sustituirle con una estratagema que no sea vista por el público, por un *alter ego* con la gorra en la mano: un saludo que cuesta á los señores Lupi veinticinco liras.

Encontráis aquí un personaje con el rostro fresco y con los cabellos negros: poco más lejos lo veis con el rostro rugoso y los cabellos grises; un poco más allá, todavía el mismo, con las facciones descriptas y el cráneo pelado: es un personaje que debe aparecer en el drama en tres edades diversas; y si es cierto que en el cuerpo humano se renuevan de continuo las células, de modo que éstas son por completo renovadas en todo tiempo, ¿la marioneta no representa quizás mejor la verdad que el actor? Así, para representar mejor la epopeya Garibaldina, que tuvo un éxito estrepitoso, los Lupi mandaron hacer una familia de Garibaldis, del Garibaldi niño al Garibaldi muriendo, y de un mismo Garibaldi varios ejemplares, grandes y pequeños, para enseñarlo sobre el escenario, á alguna distancia y muy léjos. Así cree el público ver tres hermanos Girard, que hacen los juegos maravillosos, y vé nada menos que

quince. De *Giandujas* hay una cohorte: *Gianduja* de todas edades y de todas estaturas; *Giandujas* gordos, muertos de hambre, hinchados, heridos, afligidos, sonrientes, contrahechos; como se requiere con un personaje que es contemporáneo ó cooperador de los errores de todos los siglos y de todas las gentes. Las cabezas históricas ó de vivientes ilustres, que pudieran resucitar otra vez, los Lupi las conservan: tienen llenas latas de petróleo, amontonadas aparte en un almacén. Luis Lupi abrió una de éstas cajas llenas de cabezas de Jesús, modeladas bastante bien, y levantándolas y presentándomelas rápidamente la una después de la otra me produjo una ilusión singular, semejante á la de un cinematógrafo: me pareció ver el mismo rostro, primero sonriente, entristecerse, enrojecer de ira, serenarse de nuevo, después oscurecerse otra vez, palidecer, destilar sangre, elevar los ojos al cielo y permanecer inmóvil en la muerte. Las cabezas de Cristo, guardadas con gran cuidado, son las solas que no están mezcladas con otras. Pero que raras mezclas encontráis metiendo la mano en las otras cajas.—*To' Maino de la Espineta*.—*To' Tomás Villa*.—La reina Victoria.—David Lazzaretti.—Me vino á la mano una cabeza que despertó en mí una vaga reminiscencia, pero no acompañada de su nombre.—Pregunté: era Alejandro Manzoni. La semejanza era imperfecta, me explicó Lupi, porque, queriendo hacer dar á la cabeza la barba movable, se había tenido que alterar el contorno inferior del rostro; de lo que se mostró pesaroso. Pero el efecto de aquel conjunto de cabezas tiene algo de repugnante: os hace pensar en las cestas horribles de la guillotina del Terror.

Corren otra suerte, empero, las cabezas de los hombres notables de segundo orden, para las cuales es improbable que vuelva otra hora de celebridad, después de aquella accidental que las llevó sobre el palco escénico: las cabezas de éstos, oportunamente desfiguradas, vuelven al servicio bajo otros nombres y paean á los hombros de otros persona-

jes. A cuales marionetas habrán correspondido las cabezas de tantos miembros del Comité de la Exposición de consejeros municipales y de reales profetas que vemos pasar, saludados por los aplausos, sobre la escena del teatrillo de *Gianduja*? Tal vez los mismos Lupi no lo sepan. Se habrán vuelto cabezas de porteros, de mercaderes, de lacayos, de gendarmes. ¡Oh, la gloria, cuán traidora es!

*
*
*

Hay junto al escenario una habitación que sirve á la vez de almacén de trajes y de laboratorio. En el primer momento de entrar se os presenta un espectáculo tremendo. Cuelgan en un ángulo centenares de cuerpos desnudos, ahorcados, con la cabeza oculta en un capuchón de hermanos de la Misericordia, pero blanco y tirado hasta la mitad de la espalda, como el horrible birrete de noche que se ponía antiguamente á los condenados á muerte. Os parece ver al espantoso *verdugo del rey Luis*, que describe Gringoire de Bauville, no sabiendo que está delante de Luis XI. Es el dormitorio de las marionetas provisionalmente desocupadas. Allí podéis hacer estudios anatómicos, admirar las bellas proporciones de los miembros, la perfección de las pinturas, la delicada factura de los pies y de las manos, la *pulpa* de las reinas y de las siervas, los pechos atléticos de los guerreros y de los brigantes. Allí os encontráis también con barrigones de Falstaff, espaldas de Rigoletos, piernas de Quasimodos, cuerpecitos de enanos, con todas las miserables deformidades de un hospital de inválidos. Y no es posible imaginarse cómo atormenta la curiosidad á la vista de todos aquellos capuchones lúgubres, bajo los cuales la imaginación se figura rostros contraídos por el espasmo de la agonía ó expresando la quietud solemne de la eternidad. Pregunté á Lupi si me permitiría por amor al arte violar el secreto de la muerte. Hizome un signo de asentimiento: descubrí una cabeza...

«Oh, via dagli occhi miei,
Fuggi, s'apra la terra e ti ringai,»

como dice Macbet al espectro de Bauco. Jamás una tan espantosa cara de viejo loco y feroz salió del lápiz de Doré en el furor de su inspiración infernal ni de la de Goya al trazar para ludibrio del hombre la caricatura despiadada de su máscara. Me asaltó un recuerdo. Era quizás *él*. No podía ser otro que *él*. Era *él*, en efecto: me lo dijo Lupi. Era un viejo alquimista loco y solitario de la parodia de *Julietta y Romeo*, que pocos meses antes había hecho una tan profunda impresión al niño de un amigo mío, que lo había soñado de noche, y su padre había tenido que saltar del lecho para aquietar su terror. Con mano perezosa descubrí otro ahorcado, vecino á aquel, y antes que apareciese el rostro, me lamí la mano una guedeja morbida de hermosos cabellos rubios. ¡Oh, nuevo milagro de galanura! Era un ángel, un rostro blanco y puro de Margarita, con dos grandes ojos inocentes y una sonrisa de niño que sueña en los esplendores del Paraíso. Pero tenía necesidad de una mano de barniz, porque los brigantes le habían estropeado un carrillo con un golpe de trompa en un asalto dado en su casa tres años antes. Y continué descubriendo cabezas, y vi caras tan superlativamente bufas, que me hicieron prorrumpir en una carcajada, rostros de una gravedad de Presidentes de Corte de Casación, caras apergaminadas de usureros sin entrañas, hocicos de diablos furibundos, *ric-tus* de Gimplains y de Calibani, hocicos de Corte de los milagros y de galera, frentes de bribones tan insolentes, tan cínicos y odiosos, con deseos de gastar de buena gana alguna libra, como dice *sor Camola*, por pagar el placer de *dag una martelada*; y también rostros de hombres honrados y simpáticos; pero reunidos con los otros que estaban ya también allí, como en el mundo.

Mas, prosigamos. Si tú, pequeño lector, penetraras detrás del escenario verías muchas otras maravillas. Hay una á cada paso: locomotoras de camino de hierro que podrían prestar servicio en los imperios de Blesuco y de Liliput, carrozas de gala para pequeñas hadas, baterías de cañones que parecen salir de la vitrina de los modelos de la Armada real, pequeños sofás y sillones de terciopelo, con las piernas y el espaldar esculpidos, con relieves de verdadero bronce y candelabros que, salvo el tamaño, estarían perfectamente sobre una mesa de príncipes, pues que los hermanos Lupi quieren la reproducción de lo verdadero y real, aunque en las cosas mínimas, lo más exacto de cuanto requiere el efecto teatral y exigen los más descontentadizos espectadores; y eso, no por otra cosa que por amor al arte, por ambición, casi diremos, de la conciencia, como aquellos refinados que llevan el lujo también á las cosas que no se ven. No está aún todo aquí: ved una flota de acorazados con la artillería, de bateles con pasajeros, de buques mercantes con cargamento, de barcos de todas formas con remeros; cuanto precisa para representar espléndidamente la gran fiesta de la inauguración del canal de Suez. Hé aquí un castillo que se derrumba á pedazos bajo los golpes de ariete ó se viene abajo de una vez al estallar una mina, como por una sacudida de terremoto. Hé aquí caballos que trotan y se encabritan, elefantes que menean la trompa, leones que sacuden la melena, monos que se encaraman por los árboles como monos vivos, serpientes que se arrastran y se enderezan sobre la cola para meterte frío.

Busca, en fin, en la fantasía cuanto puedas desear de más precioso para regalo de principio de año, y lo encontrarás allí más grande y más seductor que soñarlo pueda tu imaginación. Y aquí puedes también ver con qué ingeniosa industria de hilos á una marioneta se le hace sacar el portamonedas del bolsillo interior del sobretodo, con un gesto truhanesco de hijo pródigo, á otra desenvainar la espada

con la vivacidad elegante de un oficial de caballería, á una tercera apagar una lámpara con la apariencia de ser apagada con su soplo; una de las proezas marionetísticas más frenéticamente aplaudidas. Y puedes también formarte una idea de la atención y de la destreza que se requieren para hacer con gracia todos aquellos movimientos de las piernas, de los brazos, de la cabeza, de los ojos, de la boca; para evitar los mil accidentes, tan fáciles, de hilos que se enredan, de vestidos que se enganchan, de obstáculos, de contratiempos y de tropiezos, de los cuales basta uno solo para echar á perder una escena ó un cuadro; para atender, en medio de actores de naturaleza tan ascensible á un cúmulo tal de telas, de maderas y de cartón; á tanto fuego de luces, de cohetes, de relámpagos, de explosiones y de llamaradas, que por una equivocación, por una distracción momentánea puede cambiar de pronto aquel palacio mágico en un castillo de fuego espantoso. Vé cuánta fatiga, cuánto cuidado cuesta á quien os divierte aquel espectáculo que tal vez creas sea también para ellos un recreo, una diversión; vé qué árdua cosa es también gobernar el más fácil de los pueblos: un pueblo que no come y no habla.

* *

Mas, visitando el interior del pequeño teatro, ¡oh, pequeño lector! recibirás una gran desilusión. Desilusiones, por otra parte, que te serían compensadas por una más viva admiración del ingenio y del arte con que las ilusiones se son producidas. Mira, por ejemplo, á aquellos caballeros y aquellas damas de gran gala, que en el *Napoleón en Moscou* ves bailar con embriaguez descuidada al fondo de un salón del *Kremlin*, ya destruido en sus flancos por el incendio, y que te hacen un efecto tan fantástico; pues no bailan: son fantoches de una sola pieza, clavados á un disco invisible que gira como una devanadera. Aquella contradanza tan intrincada y precisa de zingaras y moros,

que te parecen reclamar el trabajo de cien manos, no son más que el movimiento de una de las varias llamadas *escaletas*, un aparato contractil de tiras de madera, sobre las que está plantado el cuerpo de baile, manejado sólo por dos manos. Aquellas bailarinas innumerables que en *La Cola del Gato* descienden al escenario como una ola humana inagotable y que te han arrancado un grito de admiración, no son más que una cincuentena de muñecos clavados á un tambor rotativo, el cual te las presenta continuamente como un escritor pobre, con las mismas frases y las mismas imágenes desde el principio al fin del libro. Y también aquella bajada de mil esplendores del ejército abisinio sobre Amba-Alagi, que te turba casi como á vista de la realidad, no es más que el efecto de una torcida encendida, hecha pasar por detrás de un bastidor agujereado como una criba.

Y no son más verdaderas las hermosas cascadas de agua, que te hacen batir las manos de alegría: son cascadas de arena blanca mezclada con pedacitos de cristal, que un aparato recoge y despide en cubitos al surtidor sin desperdiciar un grano. Y aquel trueno tan bien imitado que parece que viene del cielo y te infunde casi pavor, ¡ay de mí no es otra cosa que el rumor de guijarros al caer dentro de un cajón, movidos por la misma mano que produce el silbido del viento en la selva por medio de una combinación de gruesos hilos de hierro. Y aquel mar azul, en fin, aquel bello mar ondeante, que te parece va á rebasar de un momento á otro las orillas é inundar la platea, no es sino un vaivén de pedazos de madera unidos al través, que mueve detrás del bastidor un muchacho de tu edad, el pequeño Edmundo Lupi, el cual empieza su carrera haciendo las ondas y representando *El Coloso de Rodas* en las *Siete maravillas del mundo*, como la empezaron su padre y su abuelo, y como la empezarán, es de esperar, sus hijos. Pero tú, buen muchacho, no reveles estos secretos á tus compañeros, porque en este mundo ad-

vierte que no conviene quitar á las gentes más que las ilusiones peligrosas; hablarles mal de aquellas que, sin daño, le hacen más bellas las cosas y más vivas las conmociones agradables, es una brutalidad como el escupir las flores.

* *

Los hombres, por esto, aunque conocen aquellos engaños, no se divierten menos que los muchachos que los ignoran: y los hombres son la mayor parte del público del teatro de Lupi.

Es impropio, por lo mismo, llamar teatro de niños al teatro Lupi, en el cual, excepto los días de fiesta, ocho de sus diez espectadores son adultos. Y un buen número de éstos, hombres maduros y viejos, y también gente culta, son sus frequentadores asiduos. ¿Por efecto de qué relación, de qué alteraciones psíquicas ó vicisitudes se habrán reducido al teatro de las marionetas? En muchos, sin duda, no es otra la causa que la sencillez de ánimo; pero en otros debe ser una castración voluntaria de la fantasía, deseosa de deléites, pero amante de la quietud; una repugnancia nacida de una experiencia amarga de la vida á la representación demasiado verosímil de las miserias y de los dolores humanos, cual se hace en el teatro verdadero; una retrocesión hacia tiempos pasados, voluntaria y de propósito, un refugiarse en el mundo de la infancia por saciedad ó por aburrimiento del de los hombres; y hay quizás entre ellos una estrecha correspondencia entre la pasión por las marionetas y la índole de la lectura preferida y de todos los otros pasatiempos; son tal vez de aquellos señores que pasan horas y horas sobre los poyos de los jardines públicos viendo jugar á los niños. Pero es singular ver cómo estos niños con barba no buscan solamenté en aquel teatro una recreación amena, sino que prefieren más bien los dramas de grande efecto, y murmuran de las comedias y las farsas, juzgándolas casi una degradación del arte, y parango-

nan y discuten aquellas producciones como dramas de Dumas y de Sardou y proponen, por fin, argumentos á los hermanos Lupi en largas epístolas exortatorias. Y precisa ver con qué seriedad asisten al espectáculo, cómo se impacientan con los aplausos y las risas intempestivas de los muchachos que turban la representación, y con qué desdén sisean á los descuidados que dejan caer el bastón, como si rompiesen una frase de Shakespeare en boca de Tomás Salvini. Al verlos, se viene á los labios una sonrisa de piedad, pero de pensarlo bien no es éste el sentimiento que os debieran inspirar. ¿A qué hombres que hayan vivido más de medio siglo, luchado, sufrido, visto miles de casos extraños y terribles y que tienen todavía pasiones, dolores, cuidados graves, puede entretener durante tres horas la conversación de diez muñecos de madera, con una atención que no prestarían, de seguro, á la discusión de un Consejo de ministros acerca de los intereses más vitales del Estado. No debiera despertar, más bien, consolándose, un sentimiento de admiración por la milagrosa facultad que tiene la naturaleza humana de ilusionarse, de olvidar, de consolarse con los fantasmas y los sueños de sus miserias infinitas?

* *

Las noches de los días festivos, la sala del teatro Lupi no tiene aspecto distinto del que ofrecen los otros teatros. Para verla en la singularidad de su belleza, es menester asistir á la representación diurna de los domingos, cuando centenares de muchachos y de niños llenan las sillas y los bancos y forman en la platea y en los palcos como tantos otros ramilletes, guirnaldas, redes de cabezas rubias, cuya variedad de colores claros y vivos de sus vestidos les da la apariencia de una sala engalanada con flores y adornada con banderas para una fiesta.

Aún antes de que se alce el telón, se ve en aquella pequeña multitud *orricinta* la agitación, la alteración de una jaula llena de pájaros en ayunas, en el momento en que se mete el grano en los cajones. Los unos están sentados, otros arrodillados, otros de pié sobre los bancos ó sobre las rodillas de su mamá ó de la camarera, ó apoyados con los codos en la silla delantera, ó en la barandilla de los palcos formando orla, en triple fila de cabezas, que forman escala, la más alta con la barba descansando sobre la cabeza más baja, y ésta con la barbilla sobre la barandilla, como dispuestos por un fotógrafo para retratarse.

Al levantarse el telón, puede decirse que empiezan dos espectáculos. Es delicioso, durante una escena aparatosa, ver todos aquellos ojos desmesuradamente abiertos como ante una aparición del otro mundo, aquellas expresiones de estupor altísimo, en que parece suspensa la vida, aquellas pequeñas bocas abiertas en forma de O, de anillos y de semicírculos, aquellas pequeñas frentes niveas, arrugadas, fruncidas como por un esfuerzo profundo de meditación filosófica, que se recobran bruscamente como al despertar de un sueño. Después, de repente, á una escena cómica, á una respuesta ó á un acto bufo de un personaje, filas enteras de cuerpecitos se descoyuntan de risa, hileras de cabezas se echan hacia atrás, sacudiendo madejas ó macetones de rizos, descubriendo sus pequeños cuellos blancos, abriéndose sus bocas frescas como cofrecitos colorados llenos de diminutas perlas, y en el ímpetu de la alegría, algunos abrazan al hermano ó á la hermana, otros se abandonan en brazos de la mamá, muchos, y de los más pequeños, se tiran sobre la silla con las piernas al aire, mostrando inocentemente la ropa blanca más secreta. Y es delicioso ver cómo en el raptó de la admiración rechazan furiosamente el pañuelo importuno que busca su nariz ó sueltan un cachete sin previo aviso á quien les priva la vista del palco escénico. Son trescientos pares de manos que aplauden con toda su fuerza y no hacen entre todos

el estrépito de cuatro manos viriles; parece ver y oír el ruido de centenares de alatas rosadas, retenidas por otros tantos hilos á los bancos. Y allí están también los espectadores indiferentes, los glotones pequeñísimos, que no vuelven el rostro hacia la escena sino cuando oyen las descargas, pero para cogerse de nuevo y súbitamente al pecho con un giro resuelto de cabeza, como diciendo: —¡Bagatelas! ¡Esto es mejor! Otros, al ruido de los disparos, se espantan y gritan; á ciertas escenas trágicas, alguno explota en llanto y tiende los brazos hacia la puerta de salida; otros, más valientes, no lloran, pero, escondiendo á medias el rostro en el seno de su mamá, miran el resto de la escena con solo un ojo. ¿Y las exclamaciones admirativas y entusiastas? Es una alegría oír las. Al descubrimiento imprevisto de ciertos cuadros, á la aparición de ciertos corredores, asnillos ó cochinitos que parecen vivos, hay explosiones de *oh!*... largos murmullos de maravilla, á los que acompaña siempre alguna exclamación solitaria de una vocecita sutil que resuena en el silencio como un vagido en una iglesia; un —¡Ah, qué hermoso!— que sale del fondo del alma, que expresa una plenitud de contento, una beatitud celeste. Pero es siempre *Gianduja* el que produce los efectos más grandes. Son algunas veces accesos de risa convulsa, coros de sollozos y de trinos, risotadas agudas, cortantes, prolongadas, inextinguibles, que hacen volver á todos los adultos con el rostro sonriente hacia los bancos, como si los actores hubiesen saltado de la escena á la platea, y que cuando se calman de ningún modo le dejan volver á tomar la palabra á la familia Lupi; dejan todavía aquí y allá algún residuo sonoro, algún pequeño sollozo mudo, que no puede contenerse ni refrenarse, que con la cabeza inclinada y con el rostro entre sus manos, sigue riendo y más riendo, perdiendo las lágrimas y la saliva, desmayado, pero no aquistado por reproches ni por caricias, embriagado y sofocado por su propia risa, no reduci-

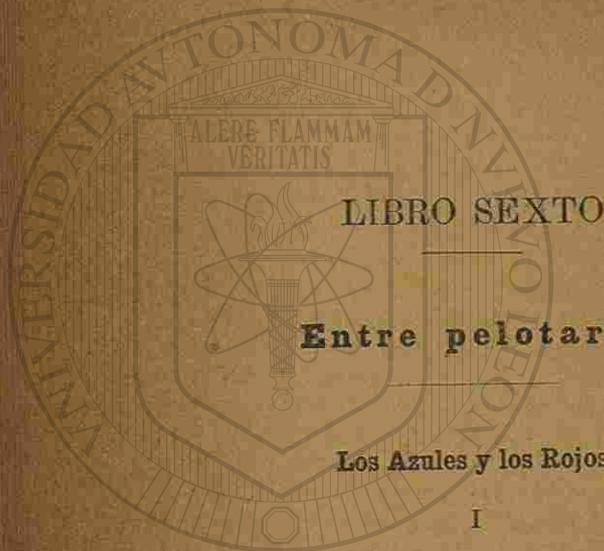
do al silencio sino cuando la mamá le mete su brazo al rededor del cuello y le aprieta el pañuelo sobre la boca.

*
*
*

Oí una vez una de esas explosiones de alegría, más bien una explosión continuada, casi sin interrupción, en el palco escénico, donde llegando á través del telón, debilitadas y confusas como si vinieran de lejos, producen un efecto insólito, y van también más directas al corazón que al oír las desde la sala. Parecía oírse un rumor de cascada de agua, el canto de mil pájaros en un bosque, y toda carcajada concluía con un largo suspiro de sensualidad, semejante al murmullo de una onda larga y lenta que viene á morir sobre la orilla. Se representaba *La última noche del Año*. Era un éxito tan extraordinario, que los mismos hermanos Lupi y sus hijos, encorvados sobre el apoyo, obligados á cada momento á interrumpir la recitación, mostraban en sus rostros encendidos y sudorosos una viva complacencia por su obra. Y yo pensaba, mirándoles: ¡cuántos muchachos y niños habrán divertido y conmovido; cuántos pequeños dolores habrán consolado! Pensaba también: ¡cuántos millones de pequeñas criaturas, gracias á ellos, habrán despertado por la mañana de un día de fiesta prorrumpiendo en una exclamación de contento: —¡Es hoy! ¡Hoy es el día!— y me imaginaba á un buen número de escolares pobres, que habían estudiado hasta hora avanzada de la noche para ganar la medalla que da la entrada gratuita al pequeño teatro; y veía otros tantos rostros pálidos, de enfermos enflaquecidos que estaban iluminados de una sonrisa por la promesa de ser conducidos á aquel teatro. Y pensando en esto, la obra de los hermanos Lupi se me aparecía bajo un aspecto muy gentil; su familia en una luz muy simpática. No pensaba ya que también para ellos la primera mira del trabajo era la vida, no veía ya en ellos más que bienhechores de la infancia.

Me parecía que los dos hermanos Lupi tendrían algo de paternal para aquella gran familia numerosa que sentía y no veía, y mirando aquellas dos hermosas muchachas, arrodilladas en lo alto, mientras agitaban los hilos con movimientos graciosos, con rosas en los rostros, como si les acalorara el hálito de sus pequeños espectadores, me complacía en hacer pasar, con el pensamiento sobre sus cabellos, todas aquellas manitas blancas que aplaudían, y sobre sus frentes todos aquellos purpurinos labios que sonreían. ¡Oh! aquella risa argentina, aquel reír fresco é inocentes la más dulce de las músicas de la tierra; es la risa que os hace revivir en la infancia y volver á ver el rostro de vuestra madre joven, es la risa que dice inocencia y esperanza, ignorancia de la vida y alegría de vivir, que se difunde en torno del ánima como una virtud fecunda y consoladora. — ¡Bendito sea quien la ríe, y agradecido quien la despierta!

y vigoroso, son para nosotros imágenes vivas y distintas, en cuya variedad infinita vemos la majestad, la fuerza, la elegancia, la gracia, como en líneas de arcos de triunfo titánicos, en curvas de arco de ballestas, en trayectorias de bombas, en fugas de cohetes, en vuelos de golondrinas y de saetas, en contornos de montañas y en ondas del Océano tempestuoso. Tú no sabes que la recogida ó el envío de una pelota que roe la pared de apoyo y la muere ó la huye y os rebota, rabiosa como el abejorro que no puede atravesar el vidrio contra el que da de cabeza, os hace estremecer de placer con la risa del genio de Monteverde, que aprisiona el rayo entre los dedos: que tras el *pal-lone* que supera el juego por alto ó por bajo, va nuestra fantasía como detrás del aerostato que se pierde en el azulado firmamento, ó del astro que se oculta tras el horizonte; que á la vista de un *pal-lone* cogido hábilmente á flor de tierra y devuelto al fondo del juego cuando parecía no haber ya esperanza de cogerlo, los nervios en tensión descansan y el pecho oprimido se os dilata con un sentimiento profundo de alivio, como al enfermo por una inhalación de oxígeno ó al avaro al ver salvado de un peligro su tesoro ó una joya preciada. Y tú no sabes tampoco, que ciertas grandes boleas directas, hechas con un golpe seguro y sin esfuerzo, os hacen vibrar de cabeza á pies como una nota sostenida y límpida de un tenor; que la devolución triunfal de una pelota con que se cierra el partido prolongado y fortuito, que os tiene el ánimo soliviantado ó inquieto, como una discusión de médicos á vuestra cabecera, os ensancha el alma como un anuncio de salvación; que los diversos golpes altos y bajos, forzados y libres, débiles y gallardos, y los varios rebotes, saltos inesperados y arcos crecientes y flojos de la pelota, tienen para nosotros figuras y sentidos de provocación, de escarnio, de respuestas soberbias, de audacias heróicas y de insidias felinas, y que en el desquite de una partida vemos todas las alternativas de desgracia y de esperanza



Los Azules y los Rojos

I

A tutti altri vapori esto é di sopra.
Dante.—Purg... c. XXVIII.

Calla, profano. Tú no puedes comprender, lector querido, cuánto gozamos con los sentidos y con el espíritu, los que empuñamos el brazal en nuestros buenos tiempos, ante el espectáculo de una partida *al pallone*, (1) jugada por artistas de pulso: ni es posible tampoco explicarlo, á quien no lo comprende, como no se explica la virtud de la música á quien tiene «las orejas» duras por naturaleza. Tú, desventurado, no sabes que los arcos descritos por un *pal-lone* lanzado ó devuelto con toda la fuerza de un brazo nervudo

(1) Pelota.

de recobro, de decazonamiento, de entusiasmo y de desesperación, de una batalla humana. Tú no sabes todas estas cosas, y tal vez no creas ninguna. Calla, pues, profano, y acepta la expresión de nuestro lamento.

II

Aparte toda chanza, el deleite de que gozamos es bastante mayor de cuanto se pueda creer por quien, no conociéndolo, lo compare con otro cualquiera juego; porque diciendo que allí hay personas sensatas y cultas que experimentan con este espectáculo emociones de otro orden, pero mucho más fuertes que las que dar puede cualquiera representación dramática, y que al comienzo de una gran partida sienten una agitación tan violenta de curiosidad y de impaciencia, que, razonando, han de avergonzarse á sí mismos de tener que apaciguar los nervios, no exageramos nada la verdad. Pero explicar claramente en qué consiste ese deleite, y definir todas las fuentes de que deriva, no es cosa fácil. Decir que nace de ver completar fácilmente un ejercicio de destreza y de fuerza que nosotros conocemos por experiencia, no es dar una razón el decir que vale por todos los ejercicios físicos. Este no tiene muchos otros que le igualen. Es la curiosidad avivada por toda pelota jugada que, por la parte que toma en el juego la habilidad y la fortuna, puede dar lugar á una gran variedad de casos imprevistos, como al abrirse una discusión política en un Parlamento excitado; y con esta curiosidad, el consentimiento que irremisiblemente se hace con todo el cuerpo á todos los esfuerzos de los jugadores, con una gimnástica apenas señalada, pero enérgica y avivada por impulsos diversos del ánimo, la cual os da un sentimiento interno de la vida física: y á más de esto, el ejercicio vivo y prolongado del ojo, que sigue como las líneas de un diseño aéreo, cambiante continuamente, haciendo de cada línea un juicio, y entre la una y la otra una comparación

continua. Es quizás lo que de simétrico y de rítmico hay en el avanzar y en el enderezarse, alternado, de cada uno de los bandos después del saque y después del envío de la pelota, y en el correr simultáneo de los unos y de los otros, ora á la derecha, ora á la izquierda, como en una contradanza desordenada, regida por una música que no percibe nuestro oído.

Pero es más que esto, ciertamente, la belleza y la variedad de los actos, de los pasos, de los lances, de los saltos, de las carreras, que ofrecen á la vez el espectáculo del acróbata, de la esgrima, del baile y del pugilato. Y sobre todo, en fin, es la suspensión de ánimo ocasionada por el partido que toma involuntariamente todo espectador, por la necesidad de acrecer el deleite, por el uno ó por el otro bando, donde todo golpe es para él una victoria ó una esperanza, una revancha ó una desilusión, y todo «juego» como el acto de un drama por cuyo desenlace sentirá satisfacción ó estupor, despecho ó queja.

Mas, todo esto no basta. Debe haber en el juego algún otro elemento de belleza y motivo de deleite, del cual no deja uno de darse cuenta; un secreto que busqué siempre y que huye de mí todavía, pero que es quizás mejor no conocer, porque quita también al espectáculo la virtud atractiva del misterio.

III

Si, y no hay que sonreirse, ¡oh profano! respeta al menos en el *pal-lone* la majestad de los siglos, ó subiendo del hijo á la madre soy capaz de coger la historia de la pelota desde una antigüedad tan espantosa, que te hará gritar suplicando, como el *Daudin des Plaideurs* al abogado:—Por caridad, pasa al diluvio.—Soy generoso; te abuelvo de los griegos, te hago gracia de los romanos. No toco la cuestión de si el *pal lone* actual es descendiente directo del *pollis* de los Quiritos, y éste deriva del famoso

odre hinchado que arrojó Ulises al mar (no es cierto, dice un docto, y no me allano á creerlo); ni si antes lo había instituido *pneumáticamente* Nicolás de Este, como afirma Pablo Cortese, ó si el verdadero juego, cual es hoy, no se remonta más allá del principio del siglo, como cree Rigutini. Lo que tú debes saber es que con el *pal lone*

«que encierra prisionero un soplo de viento»

y si no, con un brazal «cubierto de muchas púas entalladas á guisa de diamantes» con una armadura cualquiera del puño y con táctica no muy diferente de la presente, se jugaba ya en los tiempos medioevales; que entre el 400 y el 500, según el señor Baltasar Avanzini, el reino del «cuero hinchado» se extendía ya desde la ciudad, á orillas del Adriático, hasta las riberas del Pó, por la Liguria y por la Provenza, hasta más allá de los Pirineos; que en las crónicas de las ciudades de Toscana y de Rousagna se pueden seguir, con breves ó largos intervalos, los fastos más memorables del juego, el cual se jugaba en los salones de Podesta, en las plazas públicas, á lo largo de los bastiones de las fortalezas, dentro de vastos cercados, en *esferiterios* (1) de arquitectura clásica, entre jugadores de diversas ciudades, con partidos que duraban muchos días, con apuestas de centenares de zequines y partidos solemnes de revancha en la ciudad de los vencidos; que jugaron jefes famosos, príncipes, cardenales, pontífices, caballeros, la flor de la aristocracia romana, florentina y boloñesa; que en torno de la historia de la *esferística*, hay, en varios idiomas, un tesoro de sabias memorias, y sobre leyes del juego, del año 500 á nuestros días, desde el señor Rutanio Scaino á Francisco Gabrielli, una flor de tratados, que debieras leer. (Yo no los he leído). No; he leído el segundo, que es excelente, y el primero, que me ha encen-

(1) Frontones.

dido de admiración. Y léelo tú también, si quieres comprender el juego sagrado. Jamás de Galeno acá, nunca con más variada abundancia de lenguas, ni con más rica y calurosa elocuencia de poeta, ni con más profundo criterio de físico y de filósofo, ni con más amplia y circunstanciada experiencia del arte, fueron descritos de tan raro y tan noble é ilustre y generoso juego, digno de hombres civilizados y libres, las bien fundadas reglas y los sabios artificios y los efectos difíciles, dignos y singulares, y los beneficios grandes que proporciona al cuerpo y al espíritu, y la belleza, la excelencia y el atractivo maravilloso. Léelo si te quieres iniciar en la inefable dulzura, por la que millares de espectadores, mientras el *pal lone* rompe el aire, «ni alentar, ni abrir la boca, ni parpadear se oye ni se vé.»

IV

No comprendo el juego,—responde alguno.—¿Tui non te pudet? Es como declarar tener el primer piso desalquilado. La sola cosa difícil de comprender es, por qué treinta puntos más quince hacen cuarenta, y quizás sea porque cuarenta y cinco, como se usaba antiguamente, sería demasiado largo de gritar por el voceador, y la razón harmónica quiere también su parte en el *pal lone*.

Descubierto este arcano, todo el resto está á tiro de una inteligencia de un año. La arena (como si dijéramos la cancha) está dividida en dos partes por el *cordón*: la de donde se saca se llama *battuta* (saque) y la otra resta, *arcass* en abisinio. Cada vez que los jugadores de una parte salen á enviar la pelota, traspasando el cordón, á la otra, de modo que por ésta no sea devuelta á ellos al vuelo, ganan quince puntos. Cada vez que un jugador manda la pelota á la derecha ó á la izquierda, fuera del juego, gana quince la parte adversaria. El bando que hace un quince más cuarenta, gana el juego. Cada dos juegos y dos partidos se cambian el puesto, y cada uno tiene derecho al

saque, como se dice en lenguaje técnico, un número igual de trampolines. Aquel de los dos que, cumplido el turno, ha hecho un número mayor de puntos, es el vencedor de la partida. Es sencillo, según se vé, como todas las cosas grandes. Y si á la delicia de ver, quieres añadir la del apostar, tú puedes, antes de comenzar los gritos, pues está permitido, recurrir á la pizarra (*totalizzatore*) donde se anotan las sumas de quince que hará durante la partida cada uno de los jugadores; y si tuvieras el buen olfato de apostar por el bando que hará más tantos, te será repartida entre tú y los otros lebreles sagaces la suma comprensiva de las apuestas, deducido el diez por ciento, que va al empresario; ya que cien enteros, no existen ahora más que en matemática pura. Sobre el gran cartelón ó pizarra, que hay en el fondo para tu buen régimen, se señalan los quince que hace mano á mano cada jugador, y con ellos también las faltas, para en caso de paridad de quince entre dos, queda vencedor el que ha fallado menos.

Hélo aquí todo explicado, y *ahora para ti sirva*. Con ocho sueldos por la entrada, te puedes divertir y enriquecer. También puedes salir desplumado, pero con el consuelo de haber alentado un arte bello. Nada puede ahora ya entretenerte en volverte devoto del juego. Si vas en bicicleta, hallarás allí donde guardarla; si te da sed, está la cervecería; si hambre, allí tienes pan preñado; si te molesta el sol, hay por el techo un toldo; si te gusta la música, la tienes también; si odias la necesidad, no se la encuentra allí jamás; si quieres ofrecerme algún cigarrillo, me encuentras allí siempre. El pretender más sería ya descaro ó desfachatez indiscreta.

V

Por sí solo es ya un espectáculo el *esferisterio*. Es el único recinto moderno de juego, que tiene la majestad de los circos antiguos. Aquel amplio rectángulo de terreno

desnudo, sólido y terso, como el pavimento de una sala, del que surge de un lado un murallón blanco que corta el azul del cielo, como la cortina de una fortaleza ciclópea, es á un tiempo grandioso y alegre; y aquellas vastas redes de alambres que forman las paredes de los otros tres lados, dan la imagen de una jaula espaciosa donde haya de revolotear una familia de águilas.

El público, apiñado sobre la escalinata del lado que da frente á la pared y á los dos lados más cortos, da á la arena un tinte claro y refleja un cintura negra viviente y agitada que engrandece el aspecto del lugar y alegra la vista. Y aquella larga raya blanca que señala el cordón y el confin del foso, aquellos altísimos postes abanderados en los cuatro ángulos, aquellos grandes números negros pintados sobre el muro, aquel trampolín en el fondo, que parece puesto para coger impulso un hombre al tomar vuelo, aquel extraño cartelón del extremo opuesto, con aquellas cifras cabalísticas que hace aparecer y desaparecer una mano invisible, pienso que á quien entra allí ignorando el juego, han de darle una idea de misterio y herir la fantasía como el templo de una religión desconocida. Pero solamente los apasionados conocen la sensualidad de los preparativos de una partida clásica: el paso del pelotari armado de brazal, que va á trabajar de zaguero detrás de la red, la entrada del voceador engalonado que se prepara, tosiendo, á gritar los puntos con voz que alcance las nubes, y la aparición del ceremonioso *mandarino* (pinche) y el avanzar de los primeros jugadores vestidos de blanco con la faja encarnada y celeste ajustada debajo de las camisas franjeadas, y los primeros saltos del primer *pal-lone* vivo y sonoro como una peonza musical, que parece que lleve la alegría, y el principio del espectáculo, ¿puede ser ya más solemne? Los jugadores, examinados los dientes y golpeado el brazal contra el muro, se colocan con aspecto grave en sus puestos de combate: el mandarín arroja el *pal-lone* de prueba; el batidor ó delan-

tero se vuelve á saludar á los primeros puestos, y todos los otros se inclinan; los voceadores gritan la primera apuesta.—¡Cien liras á la partida por los azules!—Va.—Cincuenta liras al primer juego por los rojos.—Va.—El batidor sobre lo alto del trampolín toma la postura de aviso.—¡A la una!—grita una voz estentórea... Y os reiréis si os digo que en aquel momento os salta el corazón. ¡Oh, males propios del corazón humano!

VI

¿Y el público de ese teatro? No es menos diverso que el de los actores. Está compuesto de gentes de todas edades y de todas condiciones; empleados, artistas, obreros, comerciantes, nobles, estudiantes, hacendistas, jubilados, arruinados. Para los antiguos concurrentes, como soy yo, los más interesantes son sus semejantes: hombres viejos y maduros, en su mayor parte, que jugaron al *pal-lone* cuando tenían todos sus dientes, como el brazal. Transportárase el *esferisterio* ó frontón á cinco millas fuera de la ciudad, y no dejarían de asistir un solo día. A muchos les vi seguir la peregrinación que hizo el juego en Turín, desde la vieja ciudadela al Corso Oporto, de allí al extremo de la ciudadela, de aquí á los prados del foro *boario* y de aquellos prados á la Vía Napione. Por algún tiempo, no habiendo arena (*cancha*) se jugó en campo abierto en la plaza de Armas, y ellos iban á la plaza de Armas. Algunos creo que habían visto jugar al *palamallo* al conde Rosso con su *buen primo* Amadeo, en el famoso zaguán ó sotechado de la «plaza del Duomo».

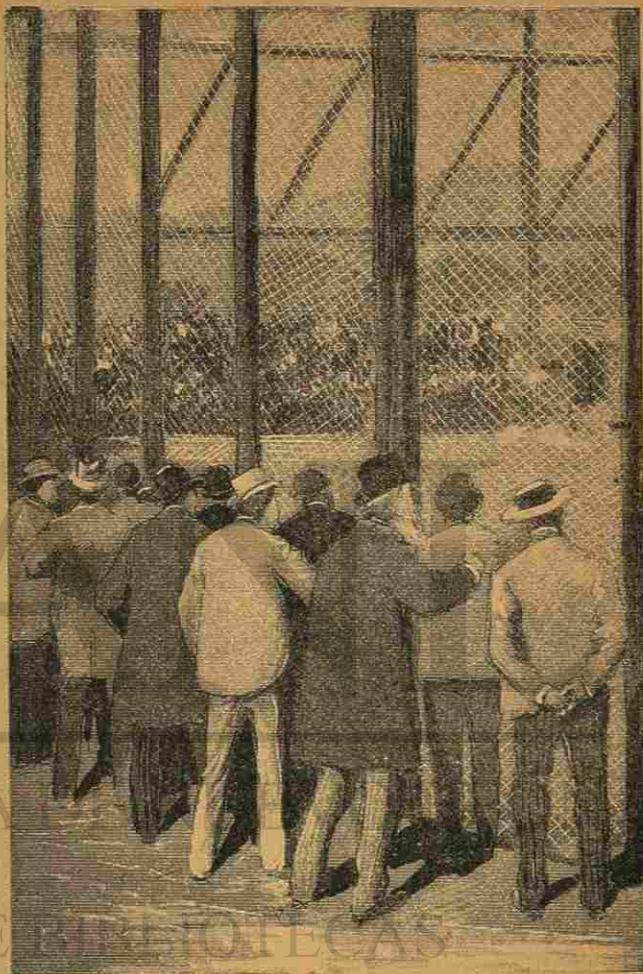
Son viejos profesores, hacendistas, consejeros comunales, médicos y abogados «de cartel», personajes graves, cargados de años y de achaques, que al verlos por la calle no soñaríais nunca que pudieran apasionarse durante tres horas seguidas por las vueltas aéreas de una pelota de cuero. Y todos son rostros simpáticos, porque un *amateur* del

pal-lone no puede tener el ánimo hosco; la sencillez de los gustos, es indicio de un ánimo bueno.—«Díme cómo te diviertes y te diré quién eres.»—(Hay que descontar, sin embargo, á Fernando IV de Nápoles, un malvado, como dice Colleta, aunque con el brazal en la mano: que fué una excepción monstruosa). Muchos han hecho conocimiento entre sí en medio de las emociones que da el espectáculo, no sabiendo el nombre el uno del otro, y dejándose de tratar fuera de allí; pero allí se tratan todos como compañeros, en virtud de la simpatía expansiva que despierta en la persona más diferente de índole y de estado social, una pasión común. Y en la satisfacción de ésta olvidan todos á un tiempo los negocios y los cuidados. En el juego no se discute otro asunto, ó cualquiera otra discusión que se inicie se interrumpe ó se corta, al salir la pelota del brazal del batidor. Se oyen fragmentos de discusiones amenísimas.—Esta eterna cuestión de Oriente, como le decía...—¡Qué saquel!—¡A ochenta y cinco!—Está bien restada, no hay que decir. Pero ¿crees usted que el acuerdo de las potencias?...—¡Bajo! ¡Ah! no ha llegado!—Todo depende del ánimo de Inglaterra...—¡Falta!—No, buena, pero por un dedo.—La Inglaterra acabará por persuadirse de que su idea de equilibrio en Asia y en Europa... Pero el *pal-lone* alienta...—¡Cierto, si hubiese aceptado la proposición de Rusia en 1875...—Dió el bote dentro...—La responsabilidad es de todas las naciones, amigo.—Seis puntos á des. No se alcanzan ya. Están cantados.

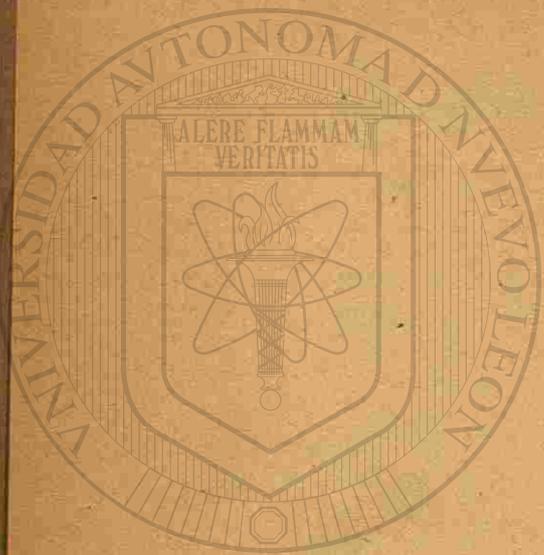
VII

Pero el público digno de estudio es el de los domingos, cuando la arena está hollada por una multitud inmensa. Allí encuentran también entonces los ojos una variedad

agradable: se ven señoras, oficiales, soldados, familias enteras, alguna vez también sacerdotes y muchos espectadores; que van solamente por la compañía, ó por curiosidad, pero sin conocer el juego, y que se fastidian. También se aburren, por lo general, las señoras; pero con un enojo que divierte á los demás. Mientras sigue en la arena uno de los partidos más estupendos que recuerda la historia y mil ojos dilatados y brillantes acompañan por el aire á la pelota, ellas son capaces, Dios las perdone, de mirar con beatífica placidez un palomo que se ha pesado en lo alto del muro ó un ciervo que corre por el prado vecino. Alguna, también, mira con visible compasión al marido, que tiene el aire de estar en éxtasis por una tontería de aquella especie. ¡Angostas frentes, diría Leopardil Hay mujeres de jugadores que dicen al niño que tienen en brazos:—Atención que *saca tu padre*—, y es curioso ver al pequeño espectador que con los ojitos azules y la mirada errante busca por el aire y no encuentra la prueba *volante* del valor paterno. Se oye á muchos toscanos y también romañoles á quienes el espectáculo los lleva en espíritu á sus países. Hay un buen número de jóvenes elegantes, ciclistas, *amateurs* de todos géneros de ejercicio gimnástico, futuros *dilettantes* del *pal-lone* ó de la pala con tamboril. Se ven también provincianos llegados á Turin por la mañana y que acuden al juego apenas han despachado sus asuntos, por simpatía antigua, curiosos de ver á los artistas célebres cuyos nombres han leído en los diarios, y que se los hacen indicar así que llegan, y entre los que son frecuentes los reconocimientos, acompañados de un expresivo: ¡Tú aquí!—da dos viejos *dilettantes* que se encuentran allí por casualidad, después de muchos años, y que se recuerdan recíprocamente, apenas cambiado un abrazo las antiguas partidas. Toda esta gente está extraordinariamente alegre, verbosa, movible, excitada: los viejos, singularmente, á los cuales el juego recuerda tiempos mejores, tienen casi todos aire de rejuvenecidos: los vecinos se hablan sin cono-



¿Y el público de ese teatro?
No es menos diverso que el de los autores.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

cerse, las conversaciones se entablan de grupo á grupo. Si hay algún amigo íntimo de los jugadores más afamados se le hace corro en torno. Estos «amigos» son una familia divertidísima. Se mueven, dan vueltas, hablan fuerte, «se ponen de muestra,» distribuyen, ó lanzan á boca llena entre el público, la biografía del artista de su corazón.—Lo he visto alto, así; íbamos á escuela juntos, con el tamboril los batía á todos por «debajo de las piernas»... Cumple 32 años hoy á las ocho...—Su padre y su madre viven, si señor... Oí á uno, un domingo, un hombre del pueblo, algo rubio, que decía con voz conmovida á sus vecinos. Hace veinte años que nos tratamos de tu... Cuando pienso... El es lo que es, y yo me he quedado siendo un pobre hombre, que nadie sabe que esté en el mundo... Nada de soberbio y—siempre en la mano... un corazón de oro.—Y lo miraba con ojos amorosos cuando pasaba por frente á él, repitiendo obstinadamente con un movimiento de cabeza: —¡Invencible! ¡Invencible! ¡In-ven-ci-ble!—Y lo bueno es que el invencible, precisamente aquella tarde, estaba de un humor infernal porque perdía.

VIII

El domingo es el día más propicio, también, para ver los efectos admirables de los frecuentes saludos ó *billetes de visita* que envían los jugadores á la multitud. No me río de la desventura, no. Están lejos ya los tiempos bárbaros en los que se llevaban del esferisterio á la calle señoras desmayadas, muchachos con un ojo magullado, hombres con las narices estropeadas. Después, la institución de las redes cantada con razón por un poeta boloñés del siglo pasado, evitando caer el *pal-lone* sobre la multitud, á no tomar una gran elevación, no es causa ya, salvo rarísimos casos, sino de accidentes cómicos. Pero el temor antiguo perdura, no por otro motivo que por razón de las *trompas* en peligro, y es una fuente de recreo deliciosa. Es diverti-

do, sobre todo, la variedad de los modos de defensa que se ofrecen al *enemigo*. En algunos puntos, donde él cae, los espectadores dan un salto, echándose á derecha ó á izquierda, encima de los vecinos, con la furia del que huye de una bomba explosiva; otros, más audaces, lo afrontan de pie sobre las gradas, apuntándole contra el bastón á modo de espada, como si se diese un premio al que lo enfila; otros, valientes, á *posteriori*, vuelven las espaldas todos á la vez, presentando una larga fila de espaldas resignadas, sobre las que el golpe de la pelota, retumbando como un golpe sobre una gran caja vacía, difunde un eco de risa por todo el público. Pero lo más divertido es cuando alguno huye como un rayo de su puesto para irlo á recibir sobre sus lomos cinco pasos más allá, como si lo buscase por precepto higiénico, ó intenta defenderse con la sombrilla abierta, que le es hendida en dos, ó trata de desviar el golpe con el sombrero, que se lo hace una tortilla ó se lo pega al rostro como una máscara. Mas divertido todavía es el espectador perezoso ó deseoso de parecer intrépido que, calculando mal con los ojos, no se incomoda, seguro de escapar del proyectil por una línea y lo recibe en cambio en plena faz; pero ríe heroicamente al público, con una risa del más bello admirador de Calderini, empapados sus ojos por dos gotas furtivas. Y las más de las veces el *pal lone* rebota ó describe zigs zags como el rayo, saltando sobre otras espaldas, descubriendo otras cabezas, arrojado aquí y allí por las manos que quieren cogerlo; y los hay endemoniados, á los que no hay modo de aprisionar, como si tomasen fuerza á cada salto, que botan un buen rato entre las piernas de los espectadores y ponen en movimiento á medio mundo y no se detienen hasta que un pie resuelto consigue machacarlo contra el suelo como á un ratón rabioso. Y precisa decir que en este juego está el humor facecioso en el aire, porque á cada uno de aquellos pequeños accidentes estallan risas homéricas y se ven en todas las filas de sillas bocas de todas edades, bigotudas é imberbes, dentadas y

sin dientes, bocas que pronuncian sentencias en los tribunales, que difunden la ciencia en la cátedra, que hablan á la patria en el «Montecitorio» abiertas como espaldas, sonoras como tiendas de almonedas agitadas por una verdadera convulsión de alegría. Tanta variedad de efectos puede producir un golpe de brazal. Y sin embargo, no es esta aún la última de las cien virtudes de este gran juego; un solo golpe puede hacer reír, aplaudir, perder ó ganar cientos de liras y hacer ver más estrellas que vió Galileo.

LX

Entre los espectadores apasionados los hay fanáticos, contra los cuales Carlos de Ormeville escribió una comedia aguda y cruel; pocos en número, pero que se agitan y se hacen oír como si fueran una legión. Todos cuantos toman partido ó por los azules ó por los rojos, los unos por espíritu provincial, los cuales estos son todos piemonteses de un lado y toscanos por el otro; los otros por simpatías por éste ó aquél jugador, sin distinción de origen, ¿de qué modo toman partido! Algunos son invadidos de una verdadera fiebre, como si hubiesen empeñado en la partida un capital, y no tienen un sueldo de la Argentina ni otro interés que el del corazón. Hay allí hombres prudentes y conocidos que estallan de alegría á un buen golpe, que explotan en risa de júbilo, que—bien sean corpulentos ó achacosos—se agitan y se *dislocan* grotescamente siguiendo todos los movimientos del jugador predilecto, como si estuviera batiéndose en un duelo por su honor, que gritan:—Bravo, Pettinaril!—Bravo, Sassone!—con cuanta voz tienen en la caña, estremeciéndose unas veces de alegría y otras de cólera, volviéndose á buscar en el rostro de los vecinos el reflejo del propio entusiasmo ó á instigarles con el ejemplo al aplauso; que ponen la cara hosca cuando la partida va mal para sus favoritos, que salen á la calle como perros apaleados cuando éstos pierden y pavoneándose cuando

han ganado. Muchos, para gozarse en el triunfo con mayor recogimiento, permanecen parados, apoyados de espaldas á un poste, durante horas enteras, al extremo de pareceros á ellos atados; pero la mayor parte se meten entre la muchedumbre para absorber é infundirla el fluido de la pasión. Y es menester oír sus exclamaciones:— ¡Qué hermosura!— ¡Qué magnificencia!— ¡Es prodigioso!— Pettinari ha estado sublime esta tarde! La tarde del 17 de Octubre del corriente año (1897) durante un partido extraordinario, oí detrás de mí este grito sublime, que señala, creo, el punto supremo al cual puede llegar el entusiasmo esferístico.— *Ma mi i d'vento matt.*— (Pero yo me vuelvo loco).— ¡Alma elegida! A los golpes equivocados, por el contrario, prorrumpen en actos violentos de desdén, en voces dolorosas de desengaño.— Ah! desgraciado!— Ah! asesino!— Qué *pal lone* me ha equivocado, el galeote.— Es una infamia.— Casi todos tienen también sus antipatías por ciertos jugadores— ¡esto es soberbio!— Este tiene la maldita costumbre de quitar el *pal lone* de mano á su compañero— aquel otro no hace el juego leal— y gozan cuando hacen una falta y rabian cuando son aplaudidos. De sus preferidos conocen y buscan particulares biográficos y se complacen en divulgarlos y están siempre al tanto de sus indisposiciones, que anuncian los primeros, con acento de pesar, en el corro de los amigos.— Ulivi tiene un reuma en el cuello.— Parece que Billi no está muy bueno.— Cómo va el floronco de Pasaro?— Hombres serios y de autoridad entablan discusiones vivas por un quince como por un asunto político ó disputan sobre la primacía de dos «zagueros» rivales como por un ministerio de la derecha ó uno de la izquierda... ¡Cómo! Quiere V. ponerme á Fontana á la altura de Sassone? Estoy cierto que se chancea!— Sassone tiene días.— Sassone los vence á todos.— Eh! á veces hace las faltas á canastos.— Bah! Usted no le ha visto jugar nunca!— Pero si estoy aquí todos los días. Me maravillo.— Me maravillo más yo... Y se dan la espal-

da bruscamente, mientras la discusión prosigue en un grupo de vecinos más conciliables, los cuales concluyen por reconocer que los artistas en cuestión tienen ante sí un hermoso porvenir.

X

Después de los fanáticos, los más dignos de estudio son los apostadores, que tienen «su cuartel general» en los primeros puestos, donde están casi todos en pie, agrupados entre la red y la gradería. Los hay de todas edades y de todos estados, desde el peluquero al banquero, del que tiene una profesión decente al rompecuellos sin arte ni parte. Se pueden dividir en dos clases: los jugadores de instinto, que juegan ó apuestan á todo y por todo ó aquellos en que el gusano de la apuesta no se despierta en el juego del *pal lone*, más que por efecto de la excitación que les produce el espectáculo, del cual son apasionados. Allí están también los que apuestan por resentimiento: personas de naturaleza irritable, que van allí sin un pensamiento siquiera de tentar la suerte, pero que al oír gritar y arrojarles á la cara, con aire provocador:— Cinco liras al quince, apuesto por los rojos— por un voceador de rostro encendido, que les mira á los ojos como si les dijese:— Sé que V. es monárquico. ¡Viva la República!— responden violentamente, sin reflexionar.— ¡Oh! por Diana, y yo apuesto por los azules— no por otra cosa que por demostrar que tienen sangre en sus venas. El cacareo rumoroso de toda esta gente, dominado por el voceo monótono de los ayudantes de la empresa, es la orquesta cotidiana del juego, acompañada por una mímica á disparidad y por un manoseo continuo de portamonedas y de hojas de papel, como en el salón de la Bolsa. Se distinguen los que apuestan de los *amateurs* desinteresados, por la seriedad particular de la mirada penetrante con que siguen aquel pequeño globo que lleva por el aire sus billetes de banco, y en los bravos que lanzan, en los cuales se siente algo de más

profundo que el amor al arte: el grito de las entrañas. Es un deleite ver cómo escrutan con los ojos á los artistas, á su presentación en la arena y durante la partida, para regirse. Hacen cálculos sobre el cansancio del uno, sobre el mal humor del otro, sobre los efectos probables de un rebote sufrido el día anterior por un tercero, que debe tener el ojo todavía un poco anublado, sobre los celos observados entre otros dos que se disputan el *pal lone*. Algunos también se entretienen haciendo saltar un sueldo en la mano, ó pescando en un saquito donde tienen judías de dos colores. Allí están los rayadores, de los cuales se oye la voz continuamente; los pesimistas, que ven una traición en todas las *faltas* y enseñan el puño al traidor; los violentos, que increpan á voces á los jugadores, al *mandarín*, á la pelota, á todo y á todo; los originales, obstinados en apostar por quien pierde, que pierden todos los días y apuestan siempre, tranquilamente, como si tuviesen una mina de oro y el propósito firme de darle fondo lo más pronto posible; los cariñosos, que dirigen á quien les hace ganar apóstrofes entusiásticos, gritos amorosos de gratitud. Ah! Sassoncino!—Ah! rico mío!—y los furibundos, que á la proposición de una apuesta responden desde lejos un:—Val—formidable, que parece un desafío á todas las potencias terrestres y celestes. Y en el juzgar á los artistas pasan todos con igual facilidad del uno al otro de los calificativos más diferentes.—Es un Dios.—*A t' é u baloss* (Es un bribón).—Cada golpe es comentado por un coro de voces animadas, que cuando cesan, dejan todavía un eco de murmullos ó de exclamaciones solitarias de admiración ó de desdén. Diálogos improvisados se encienden, cesan de pronto, se reanudan, parece que deban acabar á bafetadas y después se extinguen de nuevo para renovarse más tarde, como las riñas de los gatos.

Pero lo mejor está en la última jugada que decide una partida. Es preciso ver entonces á los que tienen empeñada alguna suma, por qué rápida sucesión de sobresaltos y

de esperanzas pasan, cómo siguen todas las curvas del *pal lone* con los ojos fuera de las órbitas y con la espalda en arco, aullando:—Bajo.—Correl—*Daie*.—Bravo.—Perrol—cómo cambia su rostro al ver su billete de cincuenta ó de veinte ó de diez echado por el aire, arrastrado por el suelo, arrojado contra el lauro, enviado á las nubes, salvado cuando parecía perdido, puesto en peligro cuando parecía en salvo, hasta que el golpe supremo arranca á estos un ¡Ah! delicioso, á aquellos un juramento feroz, que se pierden entre el murmullo diverso de los demás, los cuales querían y no apostaron, contentos ó rabiosos de no haber cedido á la tentación.

XI

Se suele ver también en los primeros puestos, sentados en fila, en la parte del muro, á los viejos jugadores, como en los círcos de España á los toreros inválidos por edad ó por heridas. Estos son los que no han dejado rastro en la historia, pero hay también más de un artista célebre, cuyo nombre es recordado aún por sus coetáneos y á quien muchos de la nueva generación creen ya muerto. Hasta hace muy pocos años velase allí al famoso *Cento*, que se arrastró por la arena hasta sus últimos días, semejante á una larva de otros siglos, á una de aquellas extrañas figuras de Strulbruggs que describe Gulliver en su viaje á Lapusa. En torno de este veterano del *pal lone* iban siempre á sentarse los más curiosos para recoger los doctos comentarios que hacía sobre el juego, y era consultado á menudo por algún viejo apasionado que le vió trabajar y que le recuerda, con cortesía aduladora, sus antiguas proezas y que repite á sus vecinos, como respuestas de oráculo, sus sentencias. Ellos os dicen sobre cuál diente precisamente ha golpeado

el *pal lone* que ha ido de través, reconocen la dirección del que empieza a apuntar apenas hecho el saque, adivinan la falta por el movimiento del brazo, lanzan con gravedad de profesor sonoros «bestia» que le hacen ser mirado con respeto por los vecinos, conocen y definen de cada jugador la debilidad, las tendencias viciosas, los defectos físicos, y hacen pronósticos autorizados sobre la carrera de cada uno. Sus juicios son, por lo demás, muy severos: ninguno de los actuales jugadores les contenta plenamente; y lamentan con palabras amargas la decadencia del arte, y aún más la indiferencia creciente del público, grave indicio de muchas cosas graves; porque la educación de la juventud, a su entender, debiera ser fundada sobre el brazal, y el soplo regenerador de la patria no puede salir para ellos más que del *esferisterio*. Para consolarse se recuerdan mutuamente sus triunfos, como los viejos actores, y alaban a los grandes maestros de los tiempos pasados. Mas, sobre este argumento van poco de acuerdo. Cada uno tiene su jefe, su jugador ideal vivo ó difunto, del cual predica y defiende su supremacía. Sus discusiones son casi siempre un peloteo de nombres ilustres. Oís, ... «pero como el Novaro aquel que fué después general, tenéis un buen número de nombres...»

—El primer jugador del mundo ha sido Frullani, apodado *El Niño*, de Prato!—Y Bautista de Portacomaro, dónde lo deja?—De fuerza, mi querido señor, no dé gracia: es menester distinguir...—El Gallino, de San Estéfano Balbo, valía más que Bautista:—Sí! Pero Bautista lo batía: hélo visto yo con mis ojos, y más de una vez.—Y el Pollano, *fossanese*, el gran Pollano, como le llamaban?—Para mí, decid lo que queráis, ha habido un solo jugador de *pal lone* en sus tiempos: Domingo Bossato: lo recordáis?—El Magni, el Magni, el Magni: lo hemos visto también en Tarin.

—Se entiende, como delantero... Pero, por replicar, salta siempre alguno afirmando que el primer jugador del mundo fué un Tizio desconocido de los presentes, á quien vió jugar él solo, y que en cierta ocasión, por casualidad—

puede ser—fué vencido por él.—De aquellos se ha roto el molde: ¡tenía un ojo, un brazo, una piernal... y un golpe de revés, propio de él solo; de una manera que no se ha visto más.

Y al evocar aquellos recuerdos sus rostros animados se coloran en sus mejillas, y bajo sus párpados rugosos arde un relámpago de la gloria antigua.

XII

¡Oh! astros del arte caído, memorias luminosas de mi juventud! ¡Oh! Juan Bautista de Portacomaro, humilde ugiere en el orden de la magistratura, magistrado supremo en el reino del saque y de la *resta*, cuántas emociones dulces y fuertes te debo! Han transcurrido treinta y seis años desde cuando te ví aparecer en el *esferisterio* de Cuneo en la gran contienda de las fiestas del santo patrono, y hoy todavía, pensando en tí, me parece revivir á aquel día. Desde un mes antes se decía:—Vendrá—no vendrá—; todos los estudiantes apasionados del brazal estaban dominados por la misma idea desde un mes antes. Uno de ellos dió los últimos días una noticia siniestra:—Está enfermo:—fué un sobresalto. Corrió otra:—Está curado;—fué una fiesta.—Y el día suspirado, él compareció entre miles de espectadores apiñados en la gradería y en los palcos, seguido de numerosa y abigarrada comitiva de envidiosos, *dilettantes*, apostadores, admiradores de todas las profesiones y de todas las clases,—venidos para coronar su triunfo, como el cortejo de un monarca guerrero. Era de aspecto modesto, é iba en mangas de camisa, con una cara bonachona de pequeño propietario de campiña; pero que nos pareció como el rostro de Napoleón.

Nos considerábamos tan felices con verlo, que no nos sentimos ni por un momento ofendidos, nosotros ciudadanos de una ciudad célebre, por sus jugadores, al oír gritar insolentemente por un enjambre de voceadores llegados

en su seguimiento:—Cuatrocientas liras contra doscientas, cien liras contra cincuenta, cincuenta liras contra veinte, apuesto por Bautista.—Y sus primeros pasos en la arena, sus primeros golpes de prueba, todos sus gestos, todos sus movimientos fueron observados, admirados, disculidos como si revelasen sobrehumano misterio de arte y de fuerza. Y toda la partida fué para nosotros una serie de sacudidas violentas de maravilla y de placer. Después de tanto tiempo véole todavía ante mí en todas sus posturas propias, como Rossi en *Amleto* y Salvini en *Otello*, con todas las diversas expresiones de su mirada de águila y de su sonrisa de triunfador; oigo los gritos afanosos de ¡Bautista! —con que sus compañeros invocaban, nunca en vano, su socorro; veo la seguridad admirable con que iba á colocarse en su puesto, firme como una estatua, en el punto donde el *pal-lone* había de caer; el saque mesurado y seguro de su brazo de hierro y la gran curva soberbia del *pal-lone* por él restado, que nosotros seguíamos con mirada atónita, como el vuelo de un pájaro maravilloso, y que sus mismos adversarios, desesperanzados de la victoria, aplaudían golpeando con la mano el brazal, con la nobleza de discípulos que deponen todo orgullo ante la grandeza del maestro, en pago de la gloria envidiada de medirse con él.

XIII

«Le esperaba un solio fulgurante» al llegar al mediodía de su gloria; ví á Bossotto al principio de su carrera, desconocido del todo y tal vez no agitado aun por ningún presentimiento vago de su destino. ¡Oh, memoria remotísima! Quien le hubiera concedido una onza de estima cuando, á los diez y nueve años apenas, vestido de obrero del campo, arrastrando un par de zapatos en chancla, se presentó con otro rapazuelo de su edad y de su estampa á desafiar á los cinco campeones del juego de Cuneo, entre

los cuales figuraban un futuro subsecretario del Ministerio de Gracia y Justicia, que habían hecho frente al gran Bautista? Quién podía pensar que aquel *golfo* habría de recorrer triunfalmente todas las arenas de Italia, hacer furor en Roma, en Florencia, en Bolonia; que hubiera enriquecido la lengua nacional con una nueva locución, el golpe á *lo bossotto*, adoptada en el lenguaje *pol-laneco* de toda la Toscana, que habría sido buscado en América, honrado con biografías y retratos, cubierto de medallas y de bandas de honor, glorificado con un busto en el atrio del esferisterio bolonés y citado en el vocabulario de Pedro Fanfani. ¡Y quién me hubiera dicho á mí, espectador imberbe, que lo habría vuelto á ver casi cuarenta años después, espectador encanecido, jugar todavía y recoger aplausos en la arena de Turin! Todo lo recorrió dejando huella impercedera de su paso, desde los Alpes á la pirámide de Cestio, y llenó por sí medio siglo de historia de la *esferística*, y ahora se sienta como árbitro en las luchas ó partidos solemnes. Recuerdo la mirada de desconfianza y de piedad con que lo midieron desde el pelo hirsuto á los zapatos usados, los cinco campeones provocados, y la sonrisa irónica con la que lo miramos nosotros, estudiantes *dilettantis*, cuando con su Pilades descamisado tomó puesto en la zaga, ciertos como estábamos de ver fracasada y falta de sana razón su petulancia de aventurero. A la primera resta se mostró el hombre, y la gente «ignorante y temeraria, comenzó á morderse los labios y á fencir las cejas.» Tenía un ojo de linca, la esbeltez del ciervo, la fuerza del toro, una precisión de golpe asombrosa; restaba las pelotas que le correspondían de un extremo al otro del juego, sus golpes semejabán cañonazos, y un ciclón parecía el *pal-lone* por él lanzado que iba por todos lados á un tiempo; y fué un sobresalto para sus adversarios, un estupor para los viejos inteligentes, una sucesión continua de victorias fulmineas, saludadas con entusiasmo creciente por la multitud, durante cinco días sucesivos; fué una epopeya de

proezas fabulosas, terminadas á la quinta tarde, cuando ya anochece, con una *alta* que traspuso el murallón del fondo, no tocado jamás por ningún delantero y que nos dejó atolondrados como un milagro; después de lo que, lo acompañamos á la estación, como una falange de vencidos fascinados, y lo vimos partir de noche ya—caballero errante del brazal—para ignoradas luchas, en busca de más árduas pruebas y de más fúlgidas glorias.

XIV

Más tarde, desde Turín, fué uno de nuestros mayores placeres el acompañar á nuestros jugadores al «partido de desafío» en la otra arena del Piemonte. Encontramos la pequeña ciudad en ebullición, y pasando entre la multitud que se apiñaba á la entrada del juego, nosotros, del frontón forastero, éramos tomados por ricos apostadores que íbamos á sostener el honor de nuestros campeones con los bolsillos repletos de billetes encarnados. Y alguna vez no teníamos otro billete que el taladrado del ferrocarril. Para mejor gozar del espectáculo íbamos á colocarnos en los terceros puestos, donde las pelotas granizaban, en medio del gentío agitado por la pasión de partido, que aplaudía con furor todo golpe aún mediano de los suyos, que permanecía mudo ó tragaba bilis á las más hermosas jugadas de los maestros, y espía con alegría en nuestro rostro las torturas del orgullo ciudadano herido cuando la suerte volvía la espalda á los de Turín. Y habíamos visto la cómica explosión del entusiasmo campanil, habíamos recibido, á quemarropa, por delante y por detrás, por la derecha y por la izquierda estocadas crueles! Cuando Toro sucumbía, nos tocaba el dolor de oír por la calle el grito de *¡Victorial* de los muchachos, corriendo por la ciudad á esparcir la fausta noticia: cuando Toro triunfaba, salíamos entre las miradas hostiles de la multitud, de la que partían á veces alusiones acres á nuestras ganancias, consistentes

no raramente en algún golpe de pelota en las costillas ó en algún huésped invisible que nos hacía descontar á precio de sangre la victoria municipal. Pero fuimos siempre modestos aún en los mayores triunfos, como tenemos siempre alta la dignidad turinesa aún en los reveses más tristes. Y qué hermosa noche cuando seguíamos á los vencedores á la posada, donde

«*Scendean del campo a tergere
Il nobile sudor,*»

y entablada conversación desde la mesa vecina examinábamos con ellos los lances de la lucha, rehaciendo los movimientos y los pasos y comentando las faltas y los vuelos. Y hacíamos en aquellas disertaciones clamorosas un tan hermoso fasto de tecnología artística, que algunas veces oímos decir:—Pero ellos, que se comiende que son jugadores...—; que era cuánto de más grato nos pudiera ser dicho en aquella hora, por una boca humana, el *dulcis in fundo* de la jornada, un ramo de laurel, una anhelada enseña de familia, concedida por ignorancia, es cierto, pero no inmerecida del todo como premio á nuestra ardiente devoción, intrépida contra los sarcasmos y á los pelotazos.

XV

Y cómo olvidar á Florencia, cuna de Dante Alighieri y de Juan Zioti, conocido por *Gioannino*, nacido junto (¡oh, predestinación!) á la vía Dante; única quizás de las ciudades de Italia en la que la llama sagrada del juego arde todavía con la fuerza y con el esplendor antiguo? Son recuerdos de más de un cuarto de siglo, pero que conservan en mí toda la frescura del primer lustro. «Tenían el campo» entonces, Banchini, Caroli, Frullani, Maestrelli, Denti, Pucciantí,

«*All'immortalità nomi devoti*»

como cantó un poeta romallés de los grandes jugadores del pasado siglo. La arena estaba concurrendísima todos los días; veíanse asíduos periodistas, escritores, artistas, académicos de la *Crusca*; allí iba á menudo el príncipe Corsini, más á menudo Tomás Salvini, frecuentemente Aleardo Aleardi, todos los días el buen Arnaldo Fusinato, con su eterna Virginia pendiente de la boca aguda y benévola del viejo poeta. El espectáculo era grandioso y alegre como en ninguna otra ciudad italiana; los jugadores estaban siempre llenos de ardor, como si fuese cada tarde la apertura de la estación; la fiebre de las apuestas tocaba á los cuarenta grados en toda partida, los muchachos de los primeros puestos señalaban los puntos sobre un programa impreso, haciendo un ruido confuso de mañana de primavera, los académicos comentaban las jugadas en hermosa lengua, el empresario hacía su negocio y una nube de golfos se contentaban con el honor de llevar el brazal á los artistas. Uno de los mayores placeres del espectáculo era ver y oír al pueblo de Florencia, que mostraba allí también su naturaleza artística, desaprobando los movimientos descompuestos y las actitudes sin elegancia, silbando las jugadas desleales, siseando el desentono del voceador, apostrofando con toda especie de calificativos cómicos y amorosos, de motes amasados con burlas, á los jugadores que daban un golpe en falso ó una carrera inútil ó hacían una falta sin circunstancias atenuantes. Y cómo para todo caso particular del juego salía su correspondiente frase y su término propio, cómo cogía al vuelo y retrataba con una palabra aguda toda singularidad del rostro, de los andares y del modo de jugar de cada jugador! Pero el espíritu crítico no disminuía el calor del entusiasmo, que corría en largos estremecimientos de un extremo á otro de la multitud amontonada y terminaba en una explosión de mina. No era posible que ningún jugador hiciese una resta patente sin que mil rostros descompuestos y encendidos le gritasen en coro:—¡Ahonda!—Mándalo fuera!—

Llévalo á la calle!—que no pudiese alas á las piernas cuando mil voces le aullaban:—¡Alcánzalo!—que no se sintiese dispuesto á hacer prodigios cuando por seguir el arco de de una bolea suya, mil admiradores zapateaban sobre el pavimento como movidos por una sacudida subterránea de terremoto. ¡Oh, hermosa partida, alegre como fiesta y tumultuosa como batalla, que nos dejaba roncós por la charla, cansados de reír y embriagados por el tumulto y la bulla! Y cómo salía contento, rejuvenecido, resplandeciente, el buen Fusinato!

XVI

Y ahora, hé aquí nuestro largo deseo apagado, mi querido lector; hé aquí tras muchos años resucitado el esferisterio de Turín, y con ésto un rayo y un soplo de nuestra primavera difunta. No responde á nuestro ideal, pues es un atrio de regia severidad, y un muro de apoyo revestido de severo mármol, alto como una peña de la gola de Gondo, en cuyo frente tiene una gradería de circo máximo; es una arena de refugio, no de pelea; pero tanto no esperábamos, ya desesperanzados de volver á ver, aunque no fuese más que una; y tiene también su encanto, porque ofrece en los primeros puestos la vista de la hermosa ribera del Pó y todo el alegre espectáculo de la colina, y sus cien ventanas y agujeros en el remate del edificio, con aquellas caras barbudas y aquellas cabezas de mujer y de niños, que aparecen tras las rejas como rostros de prisioneros y para los ensles es golondrina peregrina la pelota que pasa y dan al muro cierto aspecto siniestro de fortaleza de otros tiempos, que atrayendo la fantasía les compensa en parte de los muchos *pallones* mandados á mal por los jugadores. Y somos tan asíduos concurrentes á este juego, como lo fuimos á los otros; tan asíduos que, creyéndome un colega tuyo al verme á tu lado todos los días, vino á mí una vez el *mandarin*, que había sido descompuesto por

un pelotazo, á preguntarme si le aconsejaba un emplasto ó unas sanguijuelas. Estamos allí cuando el sol hace arder los cerebros y abre los cráneos en los puestos de cuarenta céntimos, como cuando el viento envuelve á los jugadores en nubes de polvo, y allí resistimos la primera furia de la lluvia para gritar:—¡Fuera!—á los artistas, apenas cesa de llover; y no hay más que el granizo gordo del cerro de los Golosos que nos obligue á ponernos en la puerta. Y si hay otros que en asiduidad puedan igualarnos, no hay ninguno que saboree como nosotros el placer exquisito de llegar los primeros á la arena solitaria y silenciosa; de ver la majestad del Bossotto, bajado modestamente de su altura, dirigir el nivelamiento y el escobo del campo, hacer tender el cordón y enarenar la tierra humedecida ó mojada, refrescar la señal del fallo con yeso; y, después, ver llegar á los jugadores uno á uno, con sus trajes de simples mortales, y desaparecer por la puertecilla misteriosa de donde salen transformados, como las orugas del capullo, á saludar el uno tras el otro á los apostadores más rabiosos, lucubrando la combinación del día para ver de qué parte conviene arriesgar el escudo. Y bien que los de gusto refinado nos contentáramos con esto; es también para nosotros una entrada estimulante en el gran banquete del arte, si, en vez de ver la arena desierta, nos encontramos una escuadra de dilettantes que hacen sus pruebas clandestinas con el *pallone* pequeño—como hacíamos nosotros.—Besta reinante.

XVII

Porque eran pequeños, en aquellos tiempos, el *pallone* y el brazal, y los jugadores vestían á capricho y no había ceremonial, ni totalizadores, ni carteles, y se usaba el juego á caza. Fué una revolución cuando vinieron los toscanos con sus trajes blancos, el *pallone* granda, el brazal de dos kilogramos, y el saludo y los *alegres* y una familia

de nuevos términos del arte, y lo más importante, el nuevo juego del cordón, más largo y más caballeresco que el antiguo. Esto lamentan los codos; nosotros no. ¡Y qué! Era un va y viene continuo del saque á la resta, como en el juego de *toccapoma*, una lucha de astucia, á golpe parado y á tiros cortados, un afanarse innoble á parar el *pallone* con los carrillos y con las rodillas, y un correr tras el ridículo como el correr á una gallina escapada de la cabaña. Patriotas y progresistas de cara al trampolín, nosotros aceptamos con el corazón abierto el juego itálico, de la caza única y fija, que imponía al *pallone* el vuelo excelso y deshonraba el engaño.—Pero ¡ay de mí! Nuestras manos no acostumbradas al áspero guante, eran reclusas en adelante al sólo oficio de aplaudir. Nos contentamos con dar vueltas y más vueltas, con curiosidad de artistas, al nuevo brazal, sospesándolo y palpándolo, probando con los dedos las puntas de cornejo y las puntas de moral, examinándolo por la parte de la rosca y por la parte de la muesca, para devolverlo después, dando un suspiro, á su dueño, ¡Oh, sin igual juego, fuente de infinitas delicias ocultas, recónditas! Y todavía, ahora, es para nosotros un gran regocijo, de vez en cuando, como hace el bebedor con la botella vacía que aprisionó un excelente vino, agarrar, manosear, probar á escondidas el «hueco leño», del que todo diente oprimido con el índice os parece que despidе una chispa que os recorre de la mano á los riñones, y el olor del cepo de nogal os entra por las ventanas de la nariz, dilatadas en la sangre como un efluvio de la perdida juventud. Y también amamos á los jugadores por que, viéndoles en el trabajo, nos representan la imagen de la agilidad y de la gallardía de nuestro cuerpo en otros tiempos, y casi nos ilusionamos, de momento, en que lo recobraríamos en la prueba, á despecho del vientre redondo y del occipital desplumado.

XVIII

Pero nos avisa Pazini:

*«Yo, encanecido en el espectáculo,
enseñado no seré...»*

y nos avisan con él los dilettantes. Y precisamente esto es lo que debieran hacer los profanos para educarse en la admiración de los artistas verdaderos, asistir á los ejercicios de los dilettantes; porque al ver luchar con la dificultad á los inexpertos, se aprende también en este arte á valuar la agilidad con que los maestros vencen. Los principiantes, en especial modo, ofrecen un espectáculo cómico y comprensivo á la vez, como lo será una carrera de cojos ó una danza de atacados de tarantela. Parece que no estén jugando con el pallone, sino con ellos mismos. No se puede imaginar cómo los engaña, cómo les burla, cómo les hace correr, cabriolar, confundirse y fatigarse sin fruto, pasando sobre su cabeza cuando creen que va á caer sobre el brazo, saltando á la derecha cuando lo buscan á la izquierda, obligando á correr adelante y atrás y á dar vueltas á nariz derecha en torno de sí mismos, como cazadores de mariposas. Ellos van á su encuentro como desesperados, y á lo mejor no lo ven más; se ha desvanecido como una pompa de jabón; lo esperan á pie firme con una postura trágica; pero empavorecidos en el último momento, huyen como de una pedrada, ó le hacen una reverencia como á un pájaro sagrado, ó lo evitan mirándole como un gavilán que les persigue, ó le tiran un golpe incierto y se lo dan en el brazo, ó le vuelven las espaldas y son sellados en ella, ó avanzan con la cabeza baja para cojerlo á contratiempo, golpean en el vacío y van á piernas levantadas, ó también le largan un golpe á ciegas, por defenderse, y quedan cómicamente estupefactos, con los

ojos desmesuradamente abiertos al verlo volar. Y cómo se enfurecen, rechinando los dientes y blasfemando de su propia impotencia! y cómo hacen juramento, arrugando la frente y echando rayos por los ojos, de que la primera vez que les venga á tiro le enjaretarán una estocada para vindicarse de todas las afrentas! Y hé aquí que viene, bellísimo, como arrojado por mano de un *mandarín*; avanzan tendiendo los músculos, cojen la mira, asestan el golpe,— ¡lo han cogido!— ¡Ah, misero destino!— Ha dado en un diente de la corona y, en vez de ir lejos, describe en lo alto una misera curva de arco de portal, y cae estúpidamente á diez pasos, como un queso de Holanda arrojado á la calle ó como una vil bocha escapada de la mano de un muchacho; y los cuatro espectadores rien á carcajadas con la boca hendida de una oreja á la otra. ¡Ay de mí! Es muy cierto que en todos los campos, el arte es difícil y la gloria está lejana. Y si el caso ocurre con un dilettante, sea igualmente bravo, que tienta de nuevo el juego por la primera vez después de mucho tiempo, cuando no tiene ya y cree tener todavía el ojo antiguo, el espectáculo es también muy digno de conmiseración y muy admonitivo; porque lo veis ir al encuentro del *pallone* con la familiaridad de un viejo amigo, y extrañarse de no ser ya reconocido y obstinarse en la esperanza de renovar la amistad y exasperarse contra el bribón olvidadizo é ingrato; hasta que le dice brutalmente dándose un golpe en el pecho:

— ¡Vaya, viejo cuco, no se juega más conmigo, á los cincuenta años!

XIX

Frente á esos, los verdaderos artistas parecen hombres de una raza superior. Mas, la común excelencia en el arte no quita que haya entre ellos, como entre los artistas del buril y del pincel, una variedad de procedimientos, de maneras, digamos también de estilo, tan grande, cuanto es diversa entre ellos la constitución física, el tempera-

mento y el ánimo. Esto se observa en la compañía torinesa del año 96, en la cual están representados la Humbría, la Marche y la Toscana, y las regiones del Piamonte más fecundas en jugadores célebres, y que es una de las más notables que se han visto jamás en Italia. El personaje preeminente es Bossotto, veterano del arte, juez y director del «animado imperio», la única cabeza gris de la compañía, membrudo como una cariátide del palacio de los *Omenoni*, y armado, más que adornado, de dos formidables bigotes de comandante, que atraviesa el juego con el paso de un viejo león cansado, pero que tiene todavía á su mando los hermosos golpes, si no de sus bellos días, del tiempo glorioso que tiene el cetro de la arena. Se semeja en la contextura de los miembros al Rasero, con cabeza de bronce y brazos de acero, que afronta el *pal lone* como un enemigo y menea el brazal como una maza; es el tipo del antiguo jugador de fuerza, reconocible al momento entre todos por su ruda impresión monferrina de buen linaje, del cual hubiera podido coger Dante el lenguaje áspero y hueco para la descripción del lago de Cocito. El opuesto á él es Sassone, nacido para el arte de Montemagno, voluntario por un año en cazadores, espalda de primer orden, que tiene en los brazos y en las piernas, cortas y delgadas, y bajo la apariencia de joven aristócrata distinguido, el vigor de nervios y la agilidad impetuosa de los felinos, y que pertenece á la familia de los jugadores recogidos y silenciosos, como el conde Livio Billi, de Fano. Esta es la figura más noblemente viril de la compañía; una cabeza de Bruto pegada á un torso de Alcides; un jugador admirable, no tanto por la grandiosidad del juego, cuanto por la seguridad del golpe y la elegancia clásica de los gestos y de los movimientos, unido á una dignidad tranquila, que ni la victoria ni la desgracia muda. No tiene esta dote Enrique Sconfianza de Scuzzolengo, á quien los vaivenes de la fortuna ó inflaman ó descorazonan; pero en el saque y en la resta es de los más fuertes, un batidor

(delantero), nacido y consagrado, alto y flexible, digno de ser contemplado en su actitud sobre el trampolín y en la gravedad de joven magistrado con que atraviesa la arena, como si arrastrase un manto invisible. La corrección y la gracia de la escuela toscana están encarnadas en Ulivi, conciudadano del poeta Guadagnoli, una figura de galán joven de compañía dramática, batidor de espalda y tercios de igual valentía, el jugador más sereno de la escuadra, el único que no nombra jamás en vano el nombre de Dios, simpático á todos, aún á los que van al esferisterio con campanarios de San Juan en el cuerpo. La simpatía común conquistó también, aunque poco á poco, el Fontana, conciudadano de Rafael, un bello tipo de soldado temerario, jugador fuerte, seguro é igual, perteneciente también al orden de los taciturnos, siempre plácido desde el principio al fin de la partida más tempestuosa, y que no sería quizás superado por nadie si tuviese algún tanto más vivaz, como dice Capani, el órgano de la locomoción. Con él hace contraste Tavaglino, otro fanés, amasado en polvo de fuego, ágil, no obstante la redondez de sus formas de muchacho grueso, y lleno de arrojo y de audacia, pero mudable; que tiene una curiosa y especial manera de perseguir el *pal lone*, como si quisiera elevarse sobre la tierra, á modo de un santo arrobado en éxtasis, pero que en la ira no tiene las exclamaciones de un santo. Un tipo original, á este respecto, es Myenghetti, también marquesiano, zaguero valeroso, de una estructura física y de una esbeltez de saltador de circo, chistosísimo en la sinceridad de su furia imprecatoria contra la mala suerte ó contra sí mismo, que trata al *pal lone* de verdugo, de asesino y de ladrón y que por despecho da saltos de gato, da de cabeza contra el muro, muerde el pañuelo y gira en torno de sí como un huso, modulando necedades en todos los tonos.

Y ahora, *vexilla regis prodeunt*: un conciudadano de Pío IX, el Pettinari, un artista maduro y completo, una figura robusta y esbelta, entre siciliano y sardo, calvo co-

mo César y moreno como Catilina, de rosiro severo y de actitudes escultóricas, conocedor del *pal-lone* y zaguero sin igual, que reúne en sí muchos rasgos comunes á varios jugadores famosos, y al que pudiera llamársele, no un jugador, sino *el* jugador, como del filósofo Aristóteles decía don Ferrante.

Y, por fin, precisa nombrar también, aunque jugador de paso, al joven Gabrí, una bella planta piamontesa de alto tronco, la pieza de mayor portada de la batería, el único batidor de la compañía que *manda* el juego, maravilloso, aunque faláz también, en la resta, donde manda los *pal-lones* fallidos al Pó; un hermoso tipo de sencillez bonachona y de potencia hércules, simpático como un niño gigantesco.

XX

Y ¿dónde dejó al *mandarín*, el artista solitario que, en el acto humilde del cortesano interrogando el rostro del príncipe, de pie en el trono, es una mancha blanca tan eficaz en un lado del cuadro? El os inspira un sentimiento particular de simpatía, mezcla de piedad y de respeto. A él no le altera ni la complacencia de los gestos, ni la embriaguez de la lucha, ni la alegría de la victoria. Cumplida apenas su misión, él debe huir como un culpable, porque no le destroce los riñones aquel á quien ha arrojado el *pal-lone* con gracia obsequiosa; pero no huye siempre á tanta ingratitud, sin que certifique alguna vez, gimiendo, la verdad de aquella triste sentencia *guerrazziana*, que «la cortesía no es raro que produzca injuria». De media partida en adelante, él suele encontrarse frente á un batidor en mala fortuna, que le endosa los errores de su mirada turbia y de su paso alterado por la cólera y al que no le prodiga menos con igual ánimo que al vencedor sonriente los más alegres consuelos. ¡Y cuán arduo es su arte! No para todos es, el permanecer impassible al verse increpar con el ímpetu de un búfalo, por unos ojos ar-

dientes y un puño armado, que parece dispuesto á quebrantar el quinto mandamiento; y á él toca reparar con el acto suyo la desigualdad de la carrera de su señor, y según la intención de éste variar laalzada, y á la alzada dar fuerza con prudente medida, guardando siempre en los gestos y en la actitud la elegancia correcta que el uso impone. Pero de la bolea soberbia ante la que el circo estalla en gritos y que á él también es debida en parte, no le dán mérito alguno, ni mano agradecida busca después del triunfo su mano inerte y sabia, de la que partió el primer movimiento del pelotari aclamado. Qué más justo si contra el batidor que lo reprende y vitupera, se le escapa alguna vez este grito desdeñoso de orgullo:—El bate (saca) desde hace cinco años, yo *mando* hace diez.—El destino mismo parece que le haya querido escarnecer, adjudicándole el nombre de un fruto que se exprime y se tira, ó de un oficial del Celeste Imperio, que significa vanidad y fanfarria.

Pero los verdaderos amantes del arte le rinden de corazón justicia, no separando nunca su imagen de la de aquellos artistas más predilectos, y la costumbre introducida de suprimir su oficio haciendo el batidor de mandarín de sí mismo, señala una degradación mísera del juego, que ofende la estética y ultraja la tradición.

No; no hay arte grande sin tí, ¡oh modesto servidor del trampolín!, y si de tí calla el nombre la historia, de tí se honra la bella falanja de los cooperadores ignorados de ilustre estirpe, á los cuales es gloria íntima, más dulce que la fama, tu obscuridad innecesaria.

XXI

—Poesía en el juego del *pal-lone!*—exclama el profano.—
Y también una aureola en la cabeza de los jugadores.—Si,

cierto, y empezando por la aureola, precisamente, vemos extendida como una resplandeciente raya en torno de cada uno de ellos, la línea ideal de sus boleas, de las que cada una tiene una forma propia, que, si fuese trazada con signos invisibles, la reconoceríamos también desunida de la persona, como los astrónomos reconocen las colas de los cometas; porque todo artista del *pallone* tiene una línea típica de resta y saque, como todo escritor tiene un pensamiento dominante. Una aureola, sí. Y en cuanto a la poesía del juego, no sirve que os sonriáis, porque encontraremos, antes que nosotros, poetas de todo siglo y de todas alturas: y si todavía se les arrojasen coronas, como en otros tiempos, veríais qué lluvia de ellas recibirían también. Se la encontró Giacomo Leopardi, y la ensalzó en una canción, de la cual conocen la primera estrofa todos los jugadores literatos, uno de los cuales, que la ignoraba, habiéndole sido puesta ante sus ojos, puso el dedo sobre la palabra la *sudata virtude*, y dijo seriamente:—Está bien dicho: especialmente desde Junio á Agosto.—(Recomiendo esta interpretación á los comentaristas).—Y le encontró poesía también Goethe, á quien habría robado desde la primera página su parangón entre la actitud del batidor y del gladiador del Museo Borghese, si su *Italienische Reise* no fuese tan malditamente conocido. Y la encontrara Joaquín Belli, que del *pallone* tomó argumento para uno de sus más hermosos sonetos satíricos, en el cual, se muestra conocedor expertísimo del juego; y bastante antes de él Clasio, que con su diálogo *entre el pallone y el brazal* tejió una de sus fabulas más agudas. Y tras estos se la encontraron los seis cientos que, al picotearse el cerebro para sacarnos traslados admirables, os deben haber hecho probar un gusto loco. ¿No es una perla, por ejemplo, el *hórrido leño* (el brazal) de Gabriel Chiabrera, el cual dedicó al *pallone* tres grandes líricas? ¿Y qué decir del *ventoso volume* (el *pallone*) de Pio Enea del Obiri? Un poco demasiado ventoso, tal vez, pero valiente y peregrino. No por esto tanto como

Quello di morte pelli orbe insensato

del señor Marques Tomás Bali Augustini, que haría enloquecer á Bossotto, supongo, como un enigma indescifrable; y ninguno como el

Breve, gravido d' aura, orbe leggiero,

de Pedro Francisco Paoli de Cesaro; y no menos del

...orbe volubile volante

de Girolamo Preti, el cual tiene también un—*arma il braccio di guerra*,—que asombraría, creo, también á Rasero. Y el autor del *Adone* parangona directamente á un cielo ardiente y tormentoso al jugador que

*Battendo il lieve suo volubil frondo
Tuona col braccio e folgora con gli occhi*

y Lorenzo Bellini en su *Bucchereide*, para dar una idea de la lucha de los gigantes que se envían y devuelven por el éter una montaña, no encontró semejanza más grandiosa que la del *pallone*; y Jacobo Taruffi, un siglo después, enlazó en una corona de versos sueltos los nombres de todos los *«alletas del pallone»* de su tiempo, como hace Homero con los héroes de Grecia y de Troya. Y si acaso quisiérais más, no tenéis sino revolveros al ilustre Conrado Ricci, el cual, á más de tantos otros méritos, uno el de tener sobre la punta de los dedos todo cuanto inspiró á la Musa italiana en tres siglos el bello arte *di avventare e expingere con percosse iterate* (Preti) de un *dentato legno* (Bali) *entro al sentiero dell' aria* (Paoli) el *cuoio grave ritondo* (Chiabrera). Una sola poesía, quizás, se ignora: la de Arnaldo Fusinato. Es cierto que éste ha cantado con dolientes notas un pelotazo formidable que le rompió un diente y le estropeó la mandíbula;

pero ¿no es una prueba luminosa del juego, precisamente este hecho, así como que el buen poeta de Schio, aunque tras una tal caricia, haya seguido frecuentando los esferisterios con «indomable amor» hasta que tenga vida?

XXII

Si el juego está lleno de poesía, y también los jugadores; los cuales, al presentarse juntos, parecen gentes de otros tiempos, cuando la vida era más libre y más venturosa, y la sociedad no escribía todavía en la frente de todo hombre, como sobre una tarjeta postal, una dirección que indica la vía que debe tomar y la puerta á donde debe llegar. Casi todos tienen una historia romancesca. Han dado todos vuelta al mundo como trovadores. Y por cuántas vicisitudes pasaron cuando, muchachos, se labraron la primera fama á golpes de tamboril, hasta llegar á sus grandes *seratas* de honor en los esferisterios de Bolonia y de Roma! Hacedos mostrar la mano: allí veréis historiadadas sus batallas en una complicación de sobrehueros, de hinchazones, de callos y de cicatrices, que os dicen con qué fuerza heroica, para llevar á término las grandes partidas, continuaron jugando con el puño lacerado y sangrando soportaron suplicios de Muscio Scévola. Hacedos cantar sus aventuras y sus triunfos: oiréis el número de medallas obtenidas de empresarios reconocidos y de admiradores fanáticos, las hebras milagrosas recordadas en lápidas incrustadas en los muros, los delirios de las multitudes en ciertos períodos de pasión morbosa, las «crisis» memorables de los totalizadores, los conflictos de los arrendadores de espectáculos disputándose á telegramas su escritura, y diletantes patricios y millonarios notables en Italia, que fueron sus alumnos y son todavía sus amigos. Interrogadles acerca de sus colegas lejanos y predecesores muertos, y os harán desfilar ante vuestros ojos una procesión de personajes tan extraordinarios de aspecto, de vida y de facultad artística, que, si

amáis el juego, os cogerá una fiebre de curiosidad y os presentaréis con la fantasía sus imágenes, como personajes misteriosos de un posma. Quién, por ejemplo, no daría cuatro mil areas de tierra erítrea por haber visto al *gran diablo*, al *diablo* y al *pequeño diablo*, tres hermanos que hacían juntos el partido y á los que nadie podía vencer en el juego?: ó por haber conocido á Carlos el *palomero*, que para alcanzar el *pallone* en alto daba siete asaltos, como una ardilla, sobre el muro de apoyo: ó por ver á Pablo Berardi, el jugador mudo, que da en el ardor de la lucha una especie de mugido doloroso, como el buey de Talaride, más elo-cuente que toda palabra? Pedidles su juicio sobre sus compañeros de temporada, y os maravillará y causará un placer infinito el arte exquisito con que aún los menos cultos hacen de cada uno grandes elogios, acompañados de una reticencia eústica, ó de medias palabras punzantes que culpan el defecto capital, como hacen las mujeres hermosas al juzgar á despique la belleza de las otras. Poned atención á los breves tiroteos de palabras que se cruzan entre ellos sobre el juego, y veréis alusiones vagas á cálos secretos, á luchas sostenidas en otras arenas, á rivalidades ignoradas de grupos y de escuela, que aclaran como relámpagos lívidos la historia de la *esferística* y llevan á la mente los odios de partido y la guerra civil de la Edad media. ¡Y qué extraños contrastes presenta su vida! En esto los aplausos, la embriaguez del triunfo, la gloria, el reino; y en invierno el uno hace de paraguero, el otro de escribiente, este tiene una posada, aquel hace de marcador en un billar, quien fabrica tamboriles, quien estudia farmacia, quien alquila caballos. ¡Si será cierto! Y si es cierto, me figuro que serán caprichos de soberanos, como los de Pedro el Grande, que fué á hacer de carpintero á Holanda. Así, viendo al jugador glorioso, á quien mil espectadores han mirado como su Dios, cuando vuelve á su casa después de la partida, envuelto en su capa á lo Hernani, ¿podéis creer seriamente que le espera sobre la mesa un vulgar plato de en-

salada y sobre el umbral de la puerta su modesta criada con la ampolla para las fricciones? Esto lo dicen los espíritus prosaicos que toman por lechuga el laurel y por aceite de alcanfor una esencia oriental. Son viles enemigos de la poesía.

XXIII

Para comprender lo que es para los apasionados del espectáculo un jugador, es necesario ver la primera entrada de un jugador nuevo, especialmente si es de otra región ó si viene precedido de alguna fama. Ni la aparición de un nuevo profesor en una academia, ni la de un nuevo coronel en un regimiento ó de un gran señor desconocido en una aldea, produce un hervidero igual de curiosidad partera. Los apasionados se agrupan y se interrogan:—¿Qué tal es? ¿Cómo juega? ¿Quién le ha visto? ¿De dónde viene?—Alguno inventa las noticias para engañar la impaciencia propia y la de los demás; otro, que nada sabe, finge saber y no querer decirlo, para atormentar la curiosidad de los amigos. Cuando el «esperado» sale por la puertecita del camarín, cien miradas lo envuelven, lo examinan, lo miden, lo pesan, y antes que haya tocado el *pallone*, hacen sobre la estructura de sus huesos, sobre los músculos de su brazo, sobre el pelaje, sobre las pantorrillas y sobre sus pasos mil comentarios de compradores de caballos, y si se atrevieran irían á palparlo como hacen los negreros con la mercancía viva ó á probarlo con los aparatos como un objeto de laboratorio fisiológico. Y porque, por valiente que sea, antes de colocarse en su terreno y frente al muro, no suele mostrar entera su bravura, los juicios son contradictorios y las controversias infinitas. Después de los primeros golpes, algunos mueven gravemente la cabeza; diciendo:—No es gran cosa.—No es un *tempista*.—No es seguro. Y, después,—no tiene golpe de brazo.—Ni tampoco gracia.—No tiene nada. Otro, en cambio, por mostrarse conocedor profundo, sentencia catedráticamente:—Os digo que

es un jugador de primer orden: dadle una semana de tiempo y «hará la barba» á todos sus contrincantes.—¡Bagatelas!—le replican en torno.—¡Qué escarnio!—Más de uno, interrogado acerca de su parecer, por no aventurar su propia autoridad, no responde y continúa el exámen encerrado en un silencio meditabundo, siguiendo al jugador con los ojos cada vez que atraviesa la arena, como para tomarle la medida de un traje entero. Los hay también más atrevidos, que por espíritu caballeresco ó por impulso de simpatía hacen pronto su causa; y si él se revela mediano, continúan defendiéndole con fidelidad testaruda, y si se eleva entre los primeros, producen una llama rumorosa como si fuese una criatura suya, encendiéndose de admiración de día en día, mirando triunfalmente á sus vecinos á cada uno de sus buenos golpes, excusando con sutiles argumentos todas sus faltas, haciendo alguna vez una pirueta cuando él manda alguna *bolea*, exclamando en voz alta:—¡Miren cómo se porta!—Observen su actitud y su apostura.—Es una estatua de Fidas.—Es un gladiador romano!—Y se oye muchas veces á estos espectadores lamentar sus desórdenes ó sus vicios, á medida que van conociéndolos, como harían por un hijo. Es un mujeriego: ¡qué pecado!—Tiene la manía de la lotería.—Esta es su desgracia.—¡Ah! ¡si no empinase tanto el codo, qué carrera!—Y se ven también personas de calidad sonreír de viva complacencia cuando á uno de sus *bravos* solitario, dado con la boca apoyada contra la red, el artista vuelve la cabeza y hace una inclinación dirigida á ellos solamente. Y esta es una pequeña vanidad de gran significación, porque prueba cuánta importancia tiene en la vida de todos, en todas edades, la diversión: la cual, por efecto de gratitud admirativa y curiosa, acerca al divertido al que lo divierte, sin reparar nunca en la diferencia de estado ó de cultura, y hace que el príncipe busque al tenor, la dama noble á la actriz, el lord al atleta, y á quien bate el *pa-*

llone por quien bate la gran casa parlamentaria ó el batan del cuarto estado.

XXIV

También dan importancia al juego y se la dan á sí mismos, los jugadores; sin lo cual no sería tan grande nuestro deleite. Creen los profanos que éstos juegan al *pallone* chanceándose, como se juega al volante con la raqueta. ¡Oh inteligencias obscuras! Juegan con todas las fuerzas del cuerpo y del alma en continua tensión, riendo raramente, no cambiándose nunca una palabra inútil, no mirándose jamás al rostro, cuando, al cambiar de puesto, se encuentran, atravesando la arena con la frente inclinada

«como el que lleva una carga de pensamientos»

graves, como miembros del Consejo de los diez. Y tienen el amor propio de un tirador de espada, tanto que para conjurar ó librarse de la crítica cuando marran un golpe, y por disimular la propia conciencia, el uno mira fijamente el brazal como para buscar el diente culpable, otro alza los ojos al muro como para acusarlo de una traición, un tercero queda inmóvil con los ojos mirando al suelo, en actitud de recogimiento filosófico, como para buscar algún maligno poder oculto que pueda haberle hecho hacer el mal tiro, y alguno finje también haberse causado daño, al tirar el golpe, en una parte cualquiera del cuerpo, sobre la cual pone la mano, elevando los ojos al cielo, para distraer la atención del público de la falta real al dolor imaginario. El Menghetti, por costumbre, estalla en una larga carcajada amarga contra el destino, y torna al puesto dando saltitos irónicos encorvando la espalda y metiendo la cabeza entre los hombros. Se vé también en los jugadores de *pallone* algunos que no tienen el menor asomo de amor propio. Y parád atención: cuando uno arroja el *pallone* á cuatro pasos más allá del cordón, y es perseguido en vano para restarlo, permanece firme un momento mirando al

adversario en actitud de provocación ó de desprecio, para hacer comprender á los espectadores que aquel le ha hecho una bribonada. Y observad: cuando uno quita á otro el *pallone*, y sigue entre los dos, como siempre, un rápido cambio colérico de acusaciones y de defensa, interviene siempre el tercero, solícito, á apaciguarlos con el gesto y con la palabra inquieta, como quien recomienda la concordia á sus hermanos frente al peligro de la patria. Y atended al cuidado metódico con que el uno recoge y echa fuera del juego el guijarro minúsculo que encuentra á su paso, á la solicitud amorosa con la cual otro recomienda al *batidor* sediento de mandarle después del saque decisivo el vaso de cerveza que le refrescará el estómago, y á la ansiedad con que cuidan todos en ver si la contusión que se ha causado su compañero de juego es tal que le obligue á abandonar el brazal. Y poned atención, sobre todo, en el calor del afecto fraternal con que se dan ánimo mutuamente con la palabra sacramental.—Alégrate,—repetida en todas las entonaciones, alguna vez inconscientemente, y que significa según los casos:—La victoria es segura,—ó—Podemos vencer todavía—ó—Es menester hacer un milagro—ó bien—Salvemos al menos el honor—ó ya:—Todo se ha perdido, hasta el honor.

XXV

Otras cosas debes observar, ¡oh, profano! si quieres guardar el número uno, (tu cabeza). Observa los pequeños movimientos innumerables que obliga á hacer el *pallone*, apenas impulsado por el saque, á todos los zagueros; cómo á todo breve rasgo de su vuelo, á toda su más mínima oscilación ó desviación responde una modificación rapidísima de sus gestos, y con qué prontitud y variedad de movimientos apenas perceptibles corrige la propia actitud con que le espere, observándolo fijamente con una mirada de magnetizador que no sentiría en aquel momento el pinchazo de un alfiler, y con qué gallarda y armónica simultaneidad de es-

fuerzos de todos los miembros y de todos los músculos vibra su golpe. Atiende, abstraído por el *pallone*, á la carrera hacia adelante, á la fuga, á la carrera hacia el muro y á la señal del *fallo* y á las diversas expresiones que se suceden en los semblantes de los jugadores, de afán, de ira, de alegría, de temor, y á los gritos sfancesos de:—¡A mil—¡Basta!—¡A *to scozzo!*—Va mal.—Libre.—¡Todo tuyo!—¡Aquí estoy yo!—entremezclados con soplidos de fuelle y de anhelos profundos, que os hacen la completa ilusión de asistir á un duelo á muerte entre Oracios y Curiosos, del que depende el honor y la libertad de dos pueblos. Y véis el arrojío de los jugadores bien formados y ágiles, que toman la apariencia, al primer impulso de su vuelo, de ciertos movimientos de una elegancia preciosísima, la actitud estupenda de atleta, las breves carreras, con la espalda encorvada y la cabeza baja y estirada, de una fiera carrera de tigre, admirables; y los gestos de audacia, de defensa, de acecho, de amenaza, nuevos á cada golpe, que te enseñan la persona en mil aspectos estatuarios, soberbios, más bellos que los de los esgrimidores, cuanto menos informados por la astucia y la cautela, más libremente impetuosos y violentos. Pon atención todavía en el movimiento vario del *pallone*, que crece ó se afloja, que tiene el brillo adentro ó afuera, que salta el muro ó le roza ó es desviado por el viento ó alentado por el aire ó batido débilmente, que con mil rebotes irregulares y saltos incomprensibles, como dice Scaino, y brincos imprevistos de cohete da lugar entre los jugadores á toda especie de engaños y de sorpresas, de abandonos improvisados, de golpes de recurso y de carreras furiosas y saltos desesperados, y acaba por atraer la curiosidad y hacer sonreír y pensar, como si fuese una cosa animada, un duende, un pequeño monstruo todo cabeza, lleno de malicia y de despecho é irritado por verse perseguido, que quiera vengarse de sus perseguidores reduciéndolos á esputar los pulmones y á estallar de rabia.

¡Y qué decir de las subidas y bajadas del valor y de las vueltas de la fortuna! Para una misma combinación de jugadores, no hay dos jugadas que se semejen. La victoria en el juego del *pallone* es un poco parecida á *le succès du diable*, como dice del teatro, Dumas. Una tarde son tres jugadores excelentes que tienen contra sí la fatalidad. Y sus *pallones*, mejor restados, después de haber descrito las más hermosas curvas imaginables y arrancado ya los aplausos debidos, se apartan en el último trazo como desviados por un soplo maligno, y dan *su fallo* por un filo, ó saltan por encima del muro ó dan contra las redes del ángulo. Después que por culpa de ellos las faltas siguen á los fallos, parece que los brazales no tengan más que punta y corona; un jugador sufre una caída, otros dos chocan malamente entre sí, á uno de éstos le salta á la vez un diente del brazal al dar una estocada. Y se gritan unos á otros:—¡*Allegri!*—con voz fúnebre; todas las salientes del muro, todas las manchas de humedad del terreno, toda ráfaga de viento, toda nube de polvo, todo pequeño guijarro librado de la escoba, parece que se conjuren en su daño; por fin, el *mandarlu*, maldecido por el batidor en desgracia, no acierta ya ni una sola *mandata*; es una tristura, una desesperación y un ludibrio; cuando á una señal los tres desgraciados cambian de puesto, evitan la mirada piadosa de sus adversarios, como los malditos de Dios, destilando sangre verde por sus ojos. Otras tardes, después de una derrota de ocho juegos seguidos, la fortuna hace un brusco cambio á favor de los que han perdido, y entonces parece que se obre un milagro: tras de tres golpes certeros, éstos recobran ánimo, entran en el ímpetu de su furor, al que se refiere el tratadista Saló, y empiezan á ahondar como almas condenadas; el desaliento del vencido se apodera al mismo tiempo del otro bando, donde á los marronzos se

suceden los engaños y las faltas; desde este momento las torvas faces se serenán y los rostros que brillaban se ofuscan; la música de los *allegri* y las burlas de los que eran vencedores cambian de compartimiento; todas las apuestas pasan al lado del recobro, el favor del público se vuelve clamorosamente del lado de la fortuna, y la partida es ganada por quienes la tenían ya por perdida, en medio de un coro de carcajadas y de exclamaciones ensordecedoras. Sigue á veces un caso diverso: la victoria es disputada paso á paso; á cada «quince» de los unos, responde un «quince» de los otros; á cada tanto de este bando sigue otro tanto para el contrario; es un cruce continuo de boleas, una serie de tantos obstinados, una continuación de duelos parciales á hierro corto, una lucha furiosa en la que parece que se juegue la existencia y á la que corresponde la furia de los espectadores, que jugarían hasta su camisa; y la partida interminable, llena de accidentes dramáticos y cómicos, de golpes excepcionales, de casos dudosos, de disputas entre los combatientes, de consultas de los jueces, de protestas de los apostadores, duda incierta hasta el último «quince» del último juego, suele terminar con una resta maravillosa, pero que se libra del fallo por un pelo á un extremo de la arena.

XXVII

Existen también las que nosotros llamamos «jornadas de oro», pero solamente cuando el tiempo es firme al sereno; porque es bastante raro que los jugadores,—calamidades vivientes del reuma, como los cantantes, por los madrugones terribles que se dan,—se encuentren todos ellos, cuando el tiempo es mudable, en el estado de salud perfecto que el juego reclama. De «jornadas de oro» no se dan más que tres ó cuatro, por costumbre, en el curso de una temporada, porque no son cumplidas y acabadas sino cayendo en domingo, pero proporcionan meses de deleite y perduran inolvidables como jornadas gloriosas. El cielo

está límpido: todo *amateur* del juego, al despertarse muy de mañana, hace la misma exclamación alegre:—¡Qué hermosa jornada de *pal-lone!*—Y todos van al *esferisterio* media hora antes. Desde lejos miran las banderas de los postes... Bien... Un airecillo como se desea, que esparce la fragancia de las colinas sin desviar el orbe insensato.—Las terrazas y las ventanas de las casas del contorno están cubiertas de gente; una compacta muchedumbre se aglomera frente á los portillos; una larga fila de carruajes esperan turno.—¡Bravo! queremos el *esferisterio* lleno; buen conductor de electricidad y espectáculo excitante por sí mismo.—La gradería de los primeros puestos aparece toda negra; la de los otros es un hervidero; hay gran concurso de señoras; los asiduos más notables, los apostadores más rabiosos, los viejos jugadores más venerables, los jóvenes *dilettantes* más apasionados están allí. Hay una agitación de comicio político, un buen humor general, como si un decreto regio hubiese suprimido el impuesto de la riqueza móvil, un cambio de saludos de fiesta por todas partes, como en una multitud de gentes alegres congregadas para un banquete excelso. Todos tienen el presentimiento de una sesión deliciosa. Y resulta deliciosa de veras. Los jugadores, blancos y frescos como lirios, con sus trajes planchados el día antes, abren el juego con un arrojito de bailarines enamorados. Todo marcha á maravilla. Parece que el *pal-lone* busque los brazales, que los brazales no tengan más que puntas de puro adorno, que el terreno se haya petrificado, que el muro se haya puesto liso, que batidores (delanteros) y zagueros hayan reservado para aquél día todos sus mejores golpes; en fin, hasta el voceador pregoná con una voz de Teatro Real y el *mandarín* prepara los *pal-lones* que saltan y suenan como si saliesen en aquel momento de la tienda. Y todos los más raros y más admirables casos y encuentros que ocurrir puedan en una partida, todos los episodios más bizarros y más chistosos se suceden entre jugadores y espectadores, sin ningún acci-

dente desagradable, sin arrebatos, sin un disgusto, desde el primer grito de: ¡A la primera!, al último de ¡Partida!, en medio de un creciente y continuo clamoreo de *martes gordo* (jueves lardero), de tempestades de aplausos que semejan turbión de granizo, de carcajadas que parecen explosiones de alegría de un pueblo feliz. Y una especie de embriaguez en seco, un vasto acceso de locura, un contagio fulminante de juventud y de alegría que hace hervir la sangre y padecer comezón a los jugadores inválidos, meditar renovaciones temerarias de los antiguos amores a los *dilettantes* encanecidos, mirar con amor a los banqueros de los primeros puestos la fundación por acciones de un nuevo esferisterio monumental, que atraiga a Turín media Italia. Y poned atención a la salida rumorosa de la multitud: veréis siempre, aquellas tardes, algún viejo *dilettante* panzudo y sobreexcitado que, comentando el juego con los amigos, se arriesga a imitar los movimientos y las actitudes de un jugador, sin tener presente la inseguridad de sus pies, en medio de la curiosidad burlona de los vecinos, como la viejecita que ha levantado el codo intenta un paso de baile de sus buenos tiempos, después de un banquete nupcial.

XXVIII

Fué, en verdad, una jornada de oro,—tú no recordarás, querido lector,—aquella en que vimos el partido más maravilloso de la temporada, y quedóme de él una tan viva impresión, que con un ligero esfuerzo podría restablecerlo en la mente casi entero, para repetirme después la representación a mi placer, como de una escena de teatro con el cinematógrafo. Batió (sacó) Rico el *pal-lone* al tanto ochenta y cuatro con una magnífica bólea alta, bien proporcionada a la cuerda, y lo restó Fontana con un golpe de punta, como es su costumbre, elegante y firme, dado con el busto derecho y con los pies parados, haciéndole recorrer precisamente la misma curva, como si un mismo

aparato mecánico lo hubiese enviado y devuelto. Y fué todavía Rico a restarlo, lanzándolo al otro lado del cordón del muro, donde desvió con un largo ángulo para caer sobre el brazal de Ulivi, que lo enderezó con un golpe magistral y lo hizo rebotar cerca del trampolín. De todas partes salió el mismo grito:—¡No hay otro!—porque parecía que hubiese de dar contra la red a diez brazas de tierra. Pero había acudido Sassone que, con estupor de todos, alzando el brazo como una barra, le refiló un golpe de sobre cabeza tan justo y vigoroso, que lo rechazó al punto de partida. Corrió Ulivi para cogerlo el primero, y no llegó ya a tiempo; alcanzólo al bote Pattinari, con gran pena, dándole un golpe violento de raqueta y enviándolo a ras del muro, al que tan pegado parecía, casi mordiendo el enyesado, cuanto más adelantaba, que al ver correr de cabeza a Sassone, se dijo:—Rompe el brazal, pero no lo separa.—Lo separó, sin embargo, y lo recogió el bravo mancino, ¡y con qué habilidad! con un golpe de abajo a arriba que lo lanzó al fondo del cuadro, con una curva estupenda, dirigido en derechura al Pettinari, el cual, recibiendo a pie firme, con una de sus estocadas lo elevó más allá del muro de apoyo, a una altura tal, que Billi, que estaba a tiro, lo hubo de esperar algunos momentos mirando al cielo, como un cazador al falcón. El público, comenzando a acalorarse, saludó la resta potentísima del Bili con una explosión de aplausos, que acompañaron al *pal-lone* hasta su caída sobre el brazal del Fontana, próximo al noventa. Y aquí hay en mi memoria una breve laguna, que no he acertado nunca a llenar. Empieza mi visión continua por una nueva resta del Billi, después de la cual ocurre un caso raro y admirable: un duelo aparte entre los dos zagüeros, el Bili y el Ulivi, los cuales hicieron un *pal-loneo* á golpes cerrados, en alto y a bote, á poco más de la altura de un hombre, como si tirasen á herirse; un cambio rabioso de estocadas y de respuestas, un verdadero tic-tac de tiradores de palo que duró algún tiempo, en medio de un

huracán de aplausos, de gritos excitantes y de aullidos de entusiasmo, hasta que el Billi realizó el *pal-lone* con un golpe á contra-tiempo, pero dado de lleno, que lo mandó al fondo del juego, casi contra la red, al Fontana. Este lo restó, pero con el brazo recortado, porque lo tenía así encargado. Cien voces gritaron:—¡Falta!—Y parecía, en efecto, que fuese á caer fuera, á la izquierda, junto á los postes; pero se elevó por los aires y lo recogió Rico, á un palmo de la señal, con una carrera de salto.—¡Embrázalo!—le gritaron. Y lo embrazó á maravilla, rechazándolo adentro, donde, dando al pié del muro, hizo un salto tan bajo que con gran trabajo llegó el Pettinari, encorvándose, á cazarlo debajo del brazal; pero fué tan impetuoso el choque que, sin hacer fuerza de brazos, lo lanzó hasta casi el fondo del primer cuadro, haciéndole describir un arco bajo y creciente, difícilísimo de reconocer. Iban ya una veintena de golpes; los jugadores hallábanse jadeantes, el rostro encendido; el público tenía el diablo en el cuerpo; centenares de espectadores golpeaban el suelo con los pies, como obsesos; el griterío no cesaba un momento. Un estallido más alto de gritos saludó una magnífica y valiente resta del Sassone, que mandó otra vez el *pal-lone* al Pettinari, el cual, casi sin moverse, lo rechazó adonde había partido. Fué una desgracia que acudiesen á la vez Sassone y Rico, convergendo hasta casi toparse, tanto, que todos temblaron y oyóse gran gritería.—¡Se acabó!—Pero el primero se tiró al suelo como muerto, en tanto que el otro pudo todavía rechazar el *pal-lone* con un golpe á la *bussatta*, bien asestado, que lo empujó de nuevo más allá del cordón. Y esta vez se creyó terminada de veras la partida, porque no parecía posible que llegase á tiempo el Ulivi, aún cuando acudiese con todas sus fuerzas, alentado por los gritos de:—¡Calá Calá!—del delantero y de sus compañeros. Llegó, sin embargo, y lo alcanzó tan bajo que, oprimido, no pudiendo ya ahondar, echó el *pal-lone* en alto con un arco corto y lo puso en manos del Billi, que lo en-

vió con un golpe de punta al setenta y cinco. Allí lo recibió «libre» y ya prevenido el Pettinari... y fué esta vez una bolea soberana, que acompañó él mismo con la mirada triunfante hasta más allá de la red del saque, y de allí fuera del recinto de la arena, donde el *pal-lone* se perdió como una bala de cañón, saludado por un largo:—¡Ah!—de estupor de la multitud, como el efecto final de un fuego de artificio, y después de una explosión de bravos y de aplausos, que decayó en un murmullo prolongado y difuso de comentarios admirativos, cerrado como por un inmenso suspiro.

XXIX

¿Y un juego tal, privilegio y vanagloria nuestra, va decayendo?

¡Oh, dura

D' orrendo fato inevitabil legge!

gritaria el gran conciudadano del Bautista. Y pensar que un tiempo, en muchas ciudades de Italia, era la partida al *pal-lone* uno de los primeros espectáculos dados para el recibimiento de los príncipes, que se jugaba en plazas engalanadas, con grande lujo en los trajes y gran pompa, á son de trompetas, de cuernos y de tambores, en presencia de la flor de los ciudadanos y de las tropas de la guarnición; que se construían expresos tribunales y palcos monumentales, que se pagaban sumas fabulosas por un puesto en las ventanas, que los casos dudosos del juego eran discutidos gravemente por hombres de Estado y por hombres de ciencias, y que se nombraban, para resolverlos, comisiones internacionales de jugadores famosos! Y decir que en el pasado siglo, en Roma, los príncipes tenían palestras en sus palacios, que protegían y vestían á los jugadores á sus expensas, que hubieron dos grandes juegos en el palacio *Rospigliori* y en el Quirinal, y que se jugó expresamente en el *Belvedere*, cuando murió Clemente XII, para divertir durante el Cónclave á los cardenales asomados á las ventanas del Vaticano! Y en las ciudades de la misma

Liguria, que no tienen ya esferisterios, concurría la gente al juego en tan gran número, que la tarde del domingo no se veía por las calles ánima viviente, y eran asiduas concurrentes centenares de señoras que se apasionaban y discutían las vicisitudes de la partida como jugadores viejos, y continuaban la discusión en la calle, en los salones y hasta en el lecho conyugal, si el marido no tomaba partido por sus brazaes preferidos. Y en las ciudades menores del Piamonte, hasta más allá de la primera mitad de este siglo, la partida al *pallone* formaba parte necesaria de toda gran fiesta pública, interviniendo la autoridad, y acudiendo de las ciudades más lejanas los jugadores más notables, como á los grandes premios de París los escritores y los artistas más célebres, y se les daba tanta importancia, que de la derrota de sus propios conciudadanos muchos se adolecían como de una desgracia de familia, llegando á tal extremo en algunos puntos el furor de las apuestas, que se empeñaban ó se vendían por el juego tierras, comercios, aperos de labranza, hasta los muebles y los utensilios y enseres de la cocina. Y no hace más de diez años que en el esferisterio de Bologna, decorado por el pincel de Faccioli, se reunían hasta cinco mil espectadores, tomando partido los unos por Banchini y los otros por Ziotti, con tal frenesí, que llovían durante el juego las bofetadas y los palos, y se veía escrito en las paredes á cada paso *viva* el uno y *abajo* el otro, como por dos jefes ilustres de distintas facciones políticas. Y todavía no hace muchos años, que en el esferisterio «Salustiano» de Roma, regurgitante de pueblo, se veían princesas, embajadores, generales, altos personajes de todos los órdenes del Estado, y se daban coronas de laurel á los artistas, por los cuales llegaba á tal punto el entusiasmo que, con gran dolor de D'Ormeville, se colocaban en los albums los retratos del Bimbo y de Pasquini, en medio de los de Rossini y de Cimarosa. Y en el mismo Turin, están frescos aún los recuerdos de la arena de «Corso Oporto», cuando dirigía el juego el viejo «dantista»

Niccolini, y donde vino la primera vez la compañía toscana, con Ziotti el joven; el local, no repleto de público hoy, más que los domingos, rebosaba también en los días laborables. Las *seratas* de honor de los artistas eran espléndidas, los jóvenes *dilettantes* formaban legión al bello arte; en suma, que así como ahora descansa sobre los talones, sentábase entonces sobre un trono. ¡Oh, días inenarrables! podríamos decir con el poeta de la *Ricordanze*:

¿Chi rimembrar vi può senza sospirì?

XXX

Si; el juego está en decadencia, ésta es la verdad lamentable, excepto quizás en la Toscana, en toda Italia, y muy especialmente en el Piamonte, y también en aquel Astigiano y en aquel Monferrato, que fueron la tierra clásica del *pallone*, un vivero de jugadores fuertísimos y de *dilettantes* apasionados; los cuales se van ahora entreteniéndose con la escolaresca pelota de goma elástica, mandada á puño y á hocicazos: ¡oh, miseria! Esperamos un tiempo en que el juego florezca en América para que reflorezca después en Italia, como acontece con la gloria de ciertos escritores que la admiración de un pueblo extranjero hace resucitar donde aquélla nació y se apagó; pero en Nueva York, adonde lo llevó Orsini, y no fué aceptado, y en Buenos Aires, marchito apenas brotado, dejan el campo libre á la pelota. Y una razón de tal decadencia no la veo, porque antes que el ciclismo se divulgase había ya aquél empezado, y otros ejercicios semejantes, como el *lawn tennis*, y algo menos el *cricket*, no se hallan tan difundidos, que pueda decirse que lo hayan suplantado. ¡Ah! ¿Cómo no se aficiona la juventud á un ejercicio viril que prueba tan gallardamente todas las facultades físicas á un tiempo, y pone en tan bella evidencia las formas y las fuerzas y dá tan viva satisfacción de amor propio en público? ¿Cómo no se cuidan los encargados de la educación popu-

lar de un espectáculo tan agradable y tan sano, que distraería a tanta parte del pueblo, como sucedía en el pasado, y en cambio toleran los juegos de interés y de azar, ilustrados con vino y alguna vez con sangre? ¿Y por qué no son atraídos tampoco los filósofos? ¿Será quizás por la analogía que ello tiene con la vida, ya que, en suma, á «coger la pelota al bote» á «tender cuerdas» á «sacar y restar» á «hinchar» hombres y cosas y á prestarse «al peloteo de los elogios» y á alegrarse de las «faltas» de los otros, se reduce principalmente el arte de hacer fortuna en el mundo?

Sin embargo, nosotros no creemos en la «inevitable ley», querido lector; no nos abandona la fé; esperamos todavía ver surgir alguna sociedad de Cresos sabios y munificientes que hagan construir *esferisterios* gigantescos, parecidos á las antiguas termas, divididos en vastos compartimientos para el pueblo, para los estudiantes y para los niños, donde en torno de la «soberana» del *ballone* todas las palestras de educación física sean reunidas en corona: nosotros confiamos todavía en volver á ver un día las grandes arenas rebosando de multitud, los grandes jugadores condecorados y las grandes botijas inscritas sobre lápidas y reproducidas en láminas, en lugar de los detalles particulares de los descuartizamientos y de las ahorcaduras. Y si el «horrible destino» se hubiese de cumplir, si nuestra fe debiese morir, no por esto morirá nuestra antigua fidelidad al juego augusto. Devotos al trampolín hasta los últimos días de nuestra jornada, seguiremos confortando con la pluma el ocaso del arte; y si desterrado del *esferisterio*, el juego se volviera á reducir entre cuatro asiduos y fieles aficionados, nosotros lo seguiremos también allí con los últimos devotos; y el, ¡«supremo ludibrio!» hubiera de volver á las yerbas de la plaza de las Armas, nosotros trasladaremos nuestros zapatos de paño fino á la plaza de las Armas; y si no le quedasen más que dos paladines, nosotros, tú y yo, querido lector, seríamos esos dos caballeros; *et s'il n'en reste qu'un je serai celui là.*



LIBRO SEPTIMO

En medio de chalets

El «villaje svizzero» de la Exposición de Ginebra

Una guardia de veinte soldados con divisa verde, armados de yatagán, con sombreros montañeses adornados de *edelweiss* y la corneta colgada del tahalí, custodian la puerta de la aldea, sobre la cual pasa un puente cubierto, que une dos grupos de viejas casas de Argovia, de Sciaffusa y de Neuchatel, dominados por un pequeño campanario plateado. Es un cuadro medio oval gracioso, que no amengua nada el efecto de la primera entrada. En el vestibulo os encontráis con la calle principal, ancha y visible en toda su longitud, flanqueada por casetas con pórticos y *chalets* de todas formas, colores y grandeza de nuestros tiempos y de siglos pasados, de los valles de Toess y de Reno, de los cantones de Berna, de Friburgo y del Ticino, cubiertos de largos techos de ángulo agudo, con columnatas, galerías, escalas externas, balcones adornados con flores y banderas é insignias sobresalientes; algunos cercados

lar de un espectáculo tan agradable y tan sano, que distraería a tanta parte del pueblo, como sucedía en el pasado, y en cambio toleran los juegos de interés y de azar, ilustrados con vino y alguna vez con sangre? ¿Y por qué no son atraídos tampoco los filósofos? ¿Será quizás por la analogía que ello tiene con la vida, ya que, en suma, á «coger la pelota al bote» á «tender cuerdas» á «sacar y restar» á «hinchar» hombres y cosas y á prestarse «al peloteo de los elogios» y á alegrarse de las «faltas» de los otros, se reduce principalmente el arte de hacer fortuna en el mundo?

Sin embargo, nosotros no creemos en la «inevitable ley», querido lector; no nos abandona la fé; esperamos todavía ver surgir alguna sociedad de Cresos sabios y munificientes que hagan construir *esferisterios* gigantescos, parecidos á las antiguas termas, divididos en vastos compartimientos para el pueblo, para los estudiantes y para los niños, donde en torno de la «soberana» del *ballone* todas las palestras de educación física sean reunidas en corona: nosotros confiamos todavía en volver á ver un día las grandes arenas rebosando de multitud, los grandes jugadores condecorados y las grandes botijas inscritas sobre lápidas y reproducidas en láminas, en lugar de los detalles particulares de los descuartizamientos y de las ahorcaduras. Y si el «horrible destino» se hubiese de cumplir, si nuestra fe debiese morir, no por esto morirá nuestra antigua fidelidad al juego augusto. Devotos al trampolín hasta los últimos días de nuestra jornada, seguiremos confortando con la pluma el ocaso del arte; y si desterrado del *esferisterio*, el juego se volviera á reducir entre cuatro asiduos y fieles aficionados, nosotros lo seguiremos también allí con los últimos devotos; y el, ¡«supremo ludibrio!» hubiera de volver á las yerbas de la plaza de las Armas, nosotros trasladaremos nuestros zapatos de paño fino á la plaza de las Armas; y si no le quedasen más que dos paladines, nosotros, tú y yo, querido lector, seríamos esos dos caballeros; *et s'il n'en reste qu'un je serai celui là.*



LIBRO SEPTIMO

En medio de chalets

El «villaje svizzero» de la Exposición de Ginebra

Una guardia de veinte soldados con divisa verde, armados de yatagán, con sombreros montañeses adornados de *edelweiss* y la corneta colgada del tahalí, custodian la puerta de la aldea, sobre la cual pasa un puente cubierto, que une dos grupos de viejas casas de Argovia, de Sciaffusa y de Neuchatel, dominados por un pequeño campanario plateado. Es un cuadro medio oval gracioso, que no amengua nada el efecto de la primera entrada. En el vestibulo os encontráis con la calle principal, ancha y visible en toda su longitud, flanqueada por casetas con pórticos y *chalets* de todas formas, colores y grandeza de nuestros tiempos y de siglos pasados, de los valles de Toess y de Reno, de los cantones de Berna, de Friburgo y del Ticino, cubiertos de largos techos de ángulo agudo, con columnatas, galerías, escalas externas, balcones adornados con flores y banderas é insignias sobresalientes; algunos cercados

de plantas, otros señalados de inscripciones y fechas, decorados de pinturas al fresco, separados por jardincillos y por campos de hortaliza, ocupados por cafés, tabernas, cervecerías, tiendas, oficinas, en los que un pequeño pueblo, vestido al uso de todas las modas nacionales, se distribuye y se detiene, trabaja, vende, sirve y va y viene como en la vida ordinaria, haciéndonos la completa ilusión de recorrer en una hora todos los contornos de la Svizzera y cuatro siglos de la historia de sus industrias y de sus costumbres. La primera impresión es nueva, alegre y viva, como á la primera vista de una pequeña ciudad holandesa bajo un rayo improvisado de sol.

La vía principal desemboca en una plaza irregular, abierta y alegre, donde hay una caseta de los contornos de Interlaken, un joyero de arquitectura rústica, con su campanario en ruínas, con sus pinturas históricas y sus vidrios pintados; de ella parten otras dos vías espaciosas en medio de otros *chalets* del alto Vallese y del alto Simmenthal, con factorías de los cantones de Ginebra, del Vaud y de Turgovia, con otras tiendas y oficinas, lecherías y hosterías, todas reproducidas del natural, de forma variada, con particulares caprichosos, distintos, pueriles, lindísimos y juguetones, de los que cada uno señala un uso ó una idea, retratando todos juntos la índole de un pueblo tranquilo y pacífico, amante de la vida íntima por efecto del clima rígido, buscando en los trabajos menudos una ocupación durante las largas horas pasadas en casa, y en la profusión de los pequeños adornos de las flores y de los colores una distracción á la tristeza de los valles angostos y á la uniformidad gris de los inviernos largos.

Una de esas dos vías conduce frente á un bosque de pinos y á un prado, en torno del cual y más allá surgen todavía casas de labranza, acequias de agua, factorías de Neuchatel, graneros de Gruyère con campesinos, con ganado de labor, con los aperos rurales, con todos los signos del trabajo y de la vida usual, desde las hileras de mazor-

cas de maíz colgadas en la techumbre, á las gruesas camisas tendidas á secar en las terrazas y á los botes de leche suspendidos encima del hogar. De allí, torciendo á la izquierda á lo largo del bosque, se llega delante de una gruta, que se abre en una pequeña montaña de rocas, donde nace una vena de agua que cae en cascada y va á formar un riachuelo serpenteante á lo largo de la plaza hasta un pequeño lago, sobre el cual se levanta un gran *chalet* de Seelisberg, pintado con los colores amarillo y negro, del cantón de Uri; y á uno y otro lado del río, esparcidos ó agrupados, aparecen un gran número de *chalets* del Vallese y de los Grigioni, construidos sobre estacadas, toscos molinos con sus viejas ruedas de madera, establos, cercados, campanas protegidas por gruesas piedras, sobre tejados y en los troncos, contra los huracanes y los topos, que forman como una fracción separada, más sinceramente alpestre, de la aldea, en donde se teje, se hila, se hace el pan, se fabrican cuernos, se apacentan las vacas y las cabras, como en los montes. Y aquí, como en otras partes, están reproducidos con exactitud maravillosa los pequeños senderos pedregosos, los atajos apenas trazados en la yerba, las cercas cayéndose, los guijarros que hacen ver las estrellas, los ángulos infestados de herbaje, y, por fin, los aperos usados y rotos arrojados en un rincón, y los montones de tuestos y de vidrios rotos y remendados con hojas de papel arrugadas por la lluvia y amarillentas por el humo. ¿Quién se acuerda ya, después de un breve paseo por entre aquellos *chalets* y por aquellas calles, de que aquello es una villa artificial, construída en junto como una escena de teatro? La sola cosa que os turba la ilusión son los visitantes de todas tintas que se agrupan por la vía y delante de cada puerta. Pero la ilusión renace completa cuando llegan á vuestros oídos la música de las campanas, el estrépito de los molinos, el rumor de la cascada, el rugido de los cornudos y los sonidos del cuerno y, más aún, cuando pasa sobre la villa una nube negra que, oscureciendo el

sol, os hace correr por los nervios el presentimiento de un temporal alpino, y os impulsa á buscar refugio en la vecina taberna.

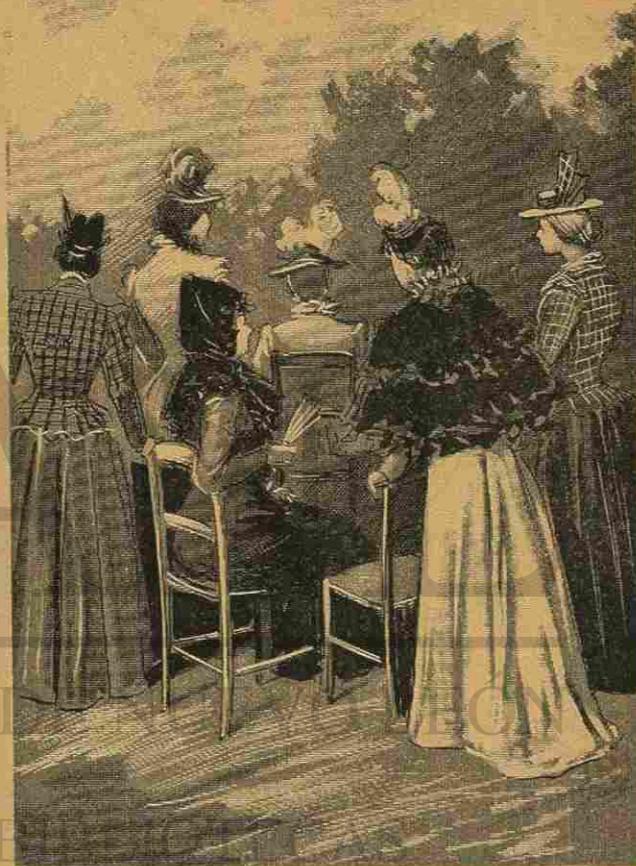
Crece la admiración cuando os dicen que muchos de aquellos *chalets* no son reconstrucciones, sino *chalets* verdaderos, de los que creéis ver las copias, transportados enteros con cuidado infinito desde las regiones más lejanas de la Svizzira; cuando os hacen tocar con la mano y convenceros de que las fachadas de todos los demás, con todo aquel viejo maderamen labrado, agrietado, nudoso, rugoso, matizado de todos los tonos que dan los años, el sol y la intemperie, no son hechas de madera, sino de yeso modelado y pintado; cuando os hacen ver que las rocas que forman la montaña, que engañaría á la distancia de un paso, son fingidas, tomadas del natural, como las máscaras sobre rostros humanos. Admirado os dejan, sobre todo, aquellos viejos *chalets* que tienen escrita en el frontispicio la fecha de su construcción, alguna de las cuales se remontan al siglo XVI; subid por la escalera interior y, visitando todas las estancias y todos los rincones, lo encontraréis todo en armonía desde el pavimento al techado, desde la planta baja al desván, desde las pesadas armaduras á los simples utensilios de cocina; las inscripciones en el idioma y en dialecto—proverbios, versos, sentencias religiosas—á lo largo de las paredes, las antiguas estampas populares, las viejas imágenes sagradas pegadas á las puertas, hasta los vestidos colgados, los trapos esparcidos por el suelo, los muebles rotos, los clavos. En algunos están instalados los sindicatos de los viticultores de varios cantones, que despachan sus productos en la aldea; en casi todos los demás, ó en las plantas bajas ó sobre terrazas cubiertas ó bajo los pórticos que se abren sobre la vía, trabajan hombres y mujeres. Recorriendo una sola calle, veis trabajar á toda la Svizzera. Aquí hacen franjas muchachas del Oberland, allí cortan sandalias obreros ticineses, más allá labran vasijas de Heimberg, más lejos bordan muje-

res de Appencel, tejen la paja obreros de Friburgo, la tela tejedoras de Berna, la seda obreras de Zurigo. En otras tiendas se esculpe en madera, se fabrican canastas, hierros artísticos, sombreros argovieses, muñecas vestidas á la svizzera, joyeros de filigrana, cajas musicales, cucharillas para la crema, vidrios colorados, alpenstochs, pipas. Muchas ventanillas de los pisos bajos y puertas de tiendas hacen marco á una hermosa cabeza rubia inclinada sobre la labor ó á toda la persona de una hermosa vendedora vestida al estilo del Unterwalden ó del Vaudese, que parece que ha sido allí colocada por un pintor, y que arruina su comercio con su presencia, distrayendo á los visitantes de la mercancía. Allí hay vendedores de frutos y de salazones del país, de panes de anís y de *leckerli*, tiendas de barberos y de vendedores de flores de montaña, comercios de objetos de antigüedad y de chucherías de Brienz, cafés donde os sirven el chocolate muchachas coloradas del cantón de Vaud, tabernas, como aquella de la casa de Chamala, el bufón de los antiguos condes de Grunýere, donde robustas hijas de Friburgo os escancian los más puros vinos de Winterhur y de Lacote al sonido de la más alegre música nacional. Las tabernas, sobre todo, con aquella faceciosa inscripción sobre la puerta, como —*Entrons.*— «Si l'on est bien c'est là»—y otras singularidades; con sus toscas mesas, con los manteles antiguos, con la vieja cocina humosa, os dan una extraña ilusión de vivir en otros tiempos y un viejo deseo de acomodaros allí con una brigada de viejos amigos para correr una juerga de veinticuatro horas. En la vía de la Porta hay una maravilla. Entráis en un pequeño *chalet* creyendo entrar en una abertura de hostería y os encontráis en una vastísima sala donde comería un regimiento, disimulada al exterior por una serie de pequeñas fachadas de otros edificios, circundada de tiendas visibles en el interior, en la cual os sirven cuarenta muchachas vestidas al estilo de los veintidos cantones, mientras entre una y otra pieza musical tocada por la or-

chesta, un montañés variopinto como un papagayo os canta, desde lo alto de una tribuna, las canciones, en falsete, de sus valles.

*
* *

He hablado de las muchachas de servicio, que trabajan, venden y sirven. Serán más de ciento, y son la alegría y la gloria de la aldea, una estupenda exposición de escultura y de pintura palpitante. Cuando preguntáis al experto Carlos Georg, miembro del comité central, si habían sido escogidas para el caso, me pareció que un sentimiento excusable de vanidad nacional le hacía dudar un momento en contestarme. Si hubiese contestado que no, le hubiera dicho que la Svizzera es el paraíso de Mahoma. Pero dijo la verdad: las muchachas fueron escogidas entre las más bellas por una comisión de inteligentes que visitó todo el país, y no atendió sólo á la belleza, sino también á la buena reputación y al donaire. Muchas son de familia acomodada; alguna, á más de la gracia de Dios, tiene también la gracia paterna de algún centenar de miles de liras de dote. Lo dicen, además, sus gestos y sus maneras. Algunas alcanzaron celebridad en pocos días: son verdaderos tipos de belleza elvética, ante los cuales se agrupan los admiradores como peregrinos devotos delante de la virgen milagrosa. Qué caprichosa y alegre variedad de vestidos y de adornos, y singularmente de tocados, desde el sombrerito de embudo al peine de corazón, de la cofia de franjas á la corona de cinto. Y qué colección de hermosos brazos de tiradoras de ballesta salen por aquellas mangas blancas, graciosamente arremangadas y apuntadas en los hombros como en previsión de un pugilato amoroso! Pocas morenas; rubias de todas las gradaciones deseables, desde el oro bermejo al ceniciento más vaporoso, con ojos del color del lago de Ginebra ó del lago de los Cuatro Cantones, con un lujo asombroso de trenzas anudadas en la nuca rósea ó cayendo sobre espaldas poderosas ó sobre pechos exhuberan-



en las que se sentaban señoras y señoritas de todos los países...

tes, encerrados en corpiños de terciopelo y de seda, resplandecientes de broches, de cadenitas, de cintas, de bordados de oro y de plata. Predomina la belleza robusta; no es rara la tendencia á la gordura, frecuente la alta estatura; pero no faltan las figuras pequeñas y ligeras que parecen flores de otras latitudes. Son los colores de la carne, por otra parte, los que arrancan las exclamaciones más admirativas en todas lenguas: mejillas, bocas, cuellos, sobre los que florece cuanto puede la flora tropical de más delicadamente rosáceo, de más ardientemente colorado, de más puramente niveo, y de más mórbido en los tres aterciopelados pétalos de los tres colores. Delante de una oí discutir vivamente á dos conciudadanos míos:—Está pintada.—No está pintada.—Sí, no hay en la naturaleza un color de rosa difuso de ese modo:—No, no se obtiene un colorido semejante con el arte.—Te digo que es una pintura.—Te digo que es un amor.—No sé cómo concluiría aquello. Y se las encuentra en todas las escaleras, os cruzáis con ellas por la vía á cada paso, corriendo de tienda en tienda, rebosando salud, difundiendo juventud, embriagadas de cumplimientos, acariciadas y perseguidas por las miradas de miles galanes, los cuales se pondrían una manzana sobre la cabeza delante de un tirador svizzaro, si estuviesen ciertos de hacerse aceptar, después del golpe, por una de aquellas laureadas de la comisión.

Hay en la aldea un gran panorama de los Alpes bearneses, en el que se entra por unas grutas; hay un tiro á la svizzera, dónde el cónsul de Italia gana con cuatro tiros dos bellos bastones cincelados que regala á los amigos, y un juego de birlos, que tiene también sus premios y sus partidos solemnes; y fuera de la aldea, poco lejano de una de sus puertas, hay una gran liza, donde se suceden en días

determinados los juegos nacionales, contiendas de luchadores, torneos históricos, representaciones populares, que os hacen conocer la vida svizzera en todas sus manifestaciones más singulares.

Dentro de la misma aldea, iluminada como en día de fiesta todas las noches, alegrada por música continua, extrañamente cambiante de aspecto, á completa imitación del cielo, y animados de una distinta vida en las diferentes horas del día, los espectáculos son casi cotidianos. Vi un día las «danzas nacionales» con casi todos los trajes del país; una gran parte de los cuales, sin embargo, son enteramente iguales á los de las ciudades industriales y cantones de la frontera y no reviven más que de vez en cuando en las fiestas de baile y en las representaciones privadas de la clase señorial; y los que perduran todavía no se encuentran más que en el interior de los cantones agrícolas del Bernesé, en particular, y del Unterwalden y en pocos otros lugares. El espectáculo tuvo lugar en la plaza principal, en medio de un gran cuadrado de sillas, en las que se sentaban señoras y señoritas de todos los países, no dejando abierto más que un estrecho paso frente á la hermosa caseta de Interlaken, donde estaban reunidos los bailarines. Una gran multitud se apiñaba en torno y de pie, detenida por cuerdas tendidas. La banda de música estaba en un jardincillo elevado, propiedad del párroco imaginario. La entrada de los doce ejemplares de hermosas muchachas y apuestos jóvenes, vestidos al estilo y manera de costumbres muertas y vivas, en las que contrastaban violentamente todos los colores más chillones, las modestas cofias blancas con extravagantes sombreros negros, pequeños corpiños encarnados con gitanescos vestidos amarillos y cola de golondrina, calzones verdes con fajas celestes y sencillas sayas de pastora con vistosas galas de ayas de príncipes, fué de un efecto bellissimo.

Los bailarines no estaban perfectamente amaestrados; pero su inexperiencia, quitando á la danza todo carácter

teatral, le daba tal apariencia de espontaneidad y de ingenuidad campestre, que ningún arte hubiera igualado su gentileza. Las bailarinas, particularmente, eran tímidas y aparecían algún tanto embarazadas cuando se les ocurría hacer verosímil la representación de un baile popular, sin disminuir por eso en ninguna la gracia. Seductora directora salió de entre las otras á dirigir una danza mímica, en la que cada bailarín daba vueltas en actitud suplicante en torno de su pareja, que decía con la cabeza que no, y después la empujaba con la mano sobre la espalda, como para decir:—Vamos, en el corazón—pero continuaba insistiendo en su ruego, siempre danzando. Alguna muchacha, representando la escena, avergonzabase y bailaba con los ojos bajos; á otras se las encendía el rostro como si les hiciesen el amor por lo serio; y todas, aún en los movimientos más vivos, observaban la decencia circunspecta y un poco acompasada de señoritas maestras de gimnasia, mucho más atractiva que la del más refinado donaire. Y mientras bailaban, oíase en el prado vecino el tintineo de las campanillas de las cabras, que era á la música de aquel baile un acompañamiento más eficaz que toda idea; y, como montaña que aparecía más allá del río, los viejos molinos negros y las toscas cabañas de las hilanderas del Valiese hacían á las parejas danzantes un fondo de cuadro mejor entonado y más poético que imaginar pudiera un artista.

*
*
*

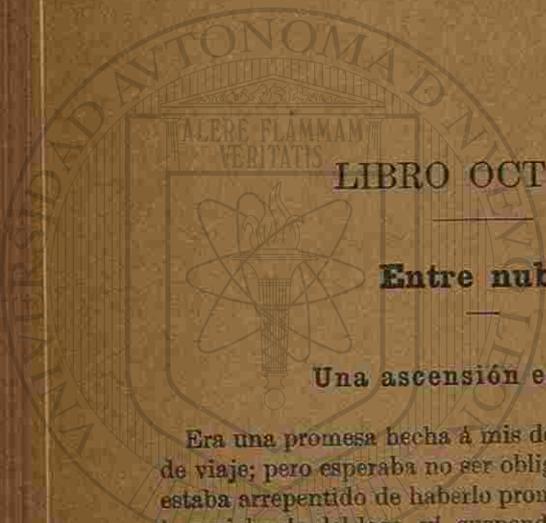
Alegre á toda hora del día, la aldea rebosa de vida al caer la tarde, cuando los últimos rayos del sol encienden los techos, y las vidrieras de las casas, ya veladas en medio de la sombra, hacen brillar los campanarios de plata y envían una aureola de oro á las muchachas. Entonces se llena de gente la plaza y la vía, se asoman á todos los balcones y á todas las ventanas, rebosan de parroquianos las

tiendas y, mientras doblan las campanas y suenan por el aire, de todas partes, los trinos de las canciones svizzeras, manan en oleadas en los cafés y en las tabernas los vinos blancos y la cerveza espumosa escanciados por las coperas rubias, coloradas de llamas las más vivas. Entre la multitud que se agolpa por todas partes, encontrando rostros de todos los países y pronunciando palabras en todos los idiomas, se cruzan escuadras de colegiales, regimientos de obreros, brigadas de alpinistas, compañías de maestros y de maestras de todos los cantones y parejas, de esposos en viaje de boda, cuanto más, que tienen el aire de buscarse allí el *chalet* ideal donde anidar su felicidad vagabunda, y familias numerosas que van en procesión y se separan aquí y se vuelven a encontrar más allá, cerca de la vía de salida, llevando bajo el brazo la fotografía de la iglesia, el panteón de Roma, la estatuita de Guillermo Tell, toda clase de envoltorios y de paquetes amenazados de naufragio á cada paso. Algunos minutos más tarde, empiezan á brillar las luces en las pequeñas tiendas, detrás de los cobertizos de la campiña solitaria, en la obscuridad del bosque de pinos y bajo los setechados de las factorías lejanas, adonde llegan los mugidos de las vacas recogidas en el establo, mezclándose con los sonos de la orquesta que salen del jardín de la cervecería. Y entonces se olvida que cuanto se vé no es más que una graciosa ficción artística que pocos meses antes no existía, y os parece encontraros en una verdadera villa maravillosa, habitada por un pueblo mixto de italo franco-tesesco, que celebra alguna de sus fiestas solemnes trabajando y traficando, para unir á lo útil lo dulce, y haciendo castillos de fuego, á un mismo tiempo, entre las sonrisas y los saltos de las más hermosas niñas de las tres razas.

**

Aquella es la hora en que el señor Haccius, inventor de la villa, asomado al balcon del gracioso *chalet* que dá fren-

te á la iglesia, se acaricia dulcemente la larga y negra barba de mejicano complaciéndose en su pensamiento; mientras los dos jóvenes arquitectos Bouvier y Brémont, que dieron forma y vida á la idea, observan voluptuosamente á la multitud, saboreando en secreto la alegría del triunfo. Y cuando suena la hora de la clausura sienten todos tres la satisfacción de ver un buen número de admiradores apasionados y envidiosos de su obra, que quisieran pasar la noche en la villa amada, que se paran y se resisten á abandonarla hasta hacerse echar fuera por los guardias adornados de *edelweiss* y armados de yatagán, y que marchándose finalmente, vuelven todavía atras sus miradas enamoradas—no sé si á los techos iluminados por la luna ó á las puertas donde toman el fresco las bellas muchachas.—Y cierto estoy, también, que un pensamiento amarga su justa complacencia, y es aquel mismo que igualmente me entristecía la noche que salí de la villa para no volver más.—Todo esto—pensaba—en menos de un mes será destruido.—La idea de un hombre lo ha hecho nacer; una fecha del calendario lo hará desaparecer. ¡Qué lastimal ¡Ay de mí todo lo trastorna el tiempo, como dice el cantor de los *Sepulcros*. Y *trastornará* también á todas aquellas hermosas muchachas de cabellos de oro y de brazos niveos. Si no que de «aldeas svizzeras» quizás no se levantará ya otra durante medio siglo, mientras que de las otras, como Dios quiere...



LIBRO OCTAVO

Entre nubes

Una ascensión en globo

Era una promesa hecha á mis dos jóvenes compañeros de viaje; pero esperaba no ser obligado á mantenerla. Ya estaba arrepentido de haberlo prometido, cuando desde un barquichuelo del lago vi suspendida en el cielo de Ginebra aquella bola color de patata, gorda como una naranja, y al pensar en que tendría que meterme dentro de ella al día siguiente, fui presa de un principio de vahido.

El siguiente día fui afortunado; encontramos escrito sobre la puerta del recinto:—*Vent trop fort, ascensions suspendues*;—y esperé que el viento continuaria soplando con fuerza. Pero á la mañana siguiente el cielo estaba limpio, el aire inmóvil, el hado inexorable.—Cúmplase vuestra voluntad,—dije,—así en la tierra como en el cielo,—y me encaminé á la estación de partida para las regiones etéreas, con el buen humor de un condenado á presidio, atemperado, sin embargo, por una curiosidad de la nueva sensación que iba á experimentar.

* *

Próximo al recinto encontré á un buen amigo mío de Turin, y lo invité á hacer la ascensión con nosotros. Creyó que hablaba de montañas.—No,—le dije,—en el globo de los señores Baud, de Lossana.—Tú quieres burlarte,—me respondió, y golpeando con un pie la tierra:—Yo amo ésta,—añadió. Y me dió la razón de su repugnancia. Era un recuerdo de veinte y siete años antes. Un conocido suyo, en Florencia, quiso satisfacer el capricho, soltando un centenar de liras, de hacer una ascensión aerostática con otros tres ó cuatro señores. Pero había contado con un «valor físico» que no tenía. Partido apenas el globo, con la rapidez de una flecha, del *Politeama Victor Manuel*, se había puesto pálido como un muerto, habiase acostado en la navecilla como un perro, y estando así, volcado y tembloroso, no hacia más que repetir como un necio:—¡Cala, cala, cala!—durante todo el viaje; terminado el cual, y llevado á su casa en carruaje, habiase metido en cama y había tenido para un mes.

Agradecí al amigo su amistosa amonestación, pagué en un postigo el bello placer que me esperaba, y pasando por entre los hierros de un contador, me encontré frente á la enorme esfera de seda chinesca, encerrada en una red de cuatrocientas cuerdas é hinchada por 3.500 metros cúbicos de hidrógeno, que habian de llevarme donde no deseaba ir.

* *

Apenas hubimos entrado, llegó una multitud de gentes de todos los países, entre ellas señoras y señoritas empenachadas, mucho más impacientes que yo de elevarse á vuelo, y que discutian en diez lenguas diversas acerca de la fuerza de resistencia de la seda y de las cuerdas, de las válvulas automáticas y del globillo compensador, como si hubiesen hecho un curso completo de aerostática.—Pero nosotros tenemos la *fortuna*—así dijeron mis dos compañeros—de ser de la primera tanda. Los afortunados éramos

once, sin contar al capitán; porque hay un capitán con el birrete galoneado, un grueso svizzero rubio y flemático, á quien serán confiadas nuestras vidas. Y nos apretamos todos en un grupo, con nuestro billete numerado en la mano, que hizo nacer de súbito entre nosotros una familiaridad de compañeros de aventura. Eran éstos dos obesas señoras de cuarenta años, dos pequeñas imágenes del aerostato, y el marido de una de ellas, á quien oigo llamar por los otros viajeros *monsieur Charles*, esférico como su compañera, un rostro de buen hombre angustiado, que demuestra una pasión por la navegación aérea, menos ardiente que la mía. Por las miradas inquietas que dirige á todos sus compañeros de viaje, comprendo su pensamiento. Parece que el acaso haya cosechado para la primera hornada—hecha excepción de mis hijos—las más majestuosas moles humanas de Ginebra. Uno es un verdadero coloso. ¿Será suficiente la fuerza de resistencia de doscientos kilogramos que tiene cada una de las cuatrocientas cuerdas?—Esta pregunta se lee en sus ojos y en los ojos de otros, que se examinan recíprocamente con atención, como para pesarse. El coloso, un joven svizzero burlón, dice en voz alta:

—¿Dónde iremos á caer? ¿En alguna grieta de nevera ó en un lago? ¿O iremos á enfilarse en los pinos de Brünig? El corazón no me dice nada de bueno.—¿*Tu v'entends?*—pregunta *monsieur Charles* á su esposa; y yo cojo al vuelo un *tais toi, c'est ridicule*, que me revela claramente que es ella, con aquel pico imperioso de papagayo, quien quiere hacer la ascensión, y que él se ha decidido á aventurarse en el cielo para evitar una batalla sobre la tierra. Otro—un grueso tudesco amarillento—no me parece más maniático que yo por abandonar el globo tarráqueo.—¿*Souffrez vous la fertige?*—me preguntó al oído.—Más de lo necesario para divertirme,—le contesté. Finalmente, cae la cadena que cierra el paso, y por un puente móvil subimos sobre la navecilla, donde el capitán distribuye *nuestra gra-*



Son estas dos obesas señoras de cuarenta años....

vedad de modo de mantener el equilibrio. Una voz grita: —¡Atención!— Todos se vuelven hacia un punto, donde descubro la principal razón por la que muchos se deciden á aquel viaje: una gran máquina fotográfica da vueltas hacia nosotros. Todos toman actitudes de aeronautas temerarios.—*C'est fait.*—grita el fotógrafo.—¡Aflojad!—ordena el capitán.—El peso deja de gravitar. El capitán da un silbido; seis criados de uniforme desatan á la vez de las anillas las seis cuerdas que os sujetaban aún al planeta... y el globo se eleva...

*
*

¿No es más que esto? Es una delicia. La ascensión es lenta. No parece que se suba. Yo me encuentro entre el coloso y *monsieur* Carlos, que me da la espalda, mostrándome de perfil su rostro pálido, que parece la fotografía animada del Susto. Esto me da ánimo. Y todo va bien, hasta que miro lejos, al horizonte, que se va gradualmente alargando. Pero en cierto momento cometo la imprudencia de inclinar el rostro sobre el largo vacío central que dejaba la navecilla, y de mirar hacia abajo á filo de mis pies, midiendo con una ojeada todo el espacio —un par de torres de Giotto— que nos separa ya de la tierra. Me eché hacia atrás súbitamente; pero demasiado tarde ya: el vértigo me ha mareado. Fué sólo un minuto; pero... largo. Una sensación vergonzosa tuve de acurrucarme dulcemente entre los dos parapetos de la barquilla, inclinando la cabeza y cerrando los ojos. Una mirada me salvó: ví la mano con que *monsieur* Carlos estrechaba una de las cuerdas y la violencia compasiva de la emoción que indicaban sus músculos hinchados y temblorosos en aquella apretura de naufragio, y distrayéndome, me reanimé. Me quedó un malestar no menor, aunque nuevo enteramente, y difícil de explicar: un maldito deseo de sentarme, un sentimiento de «soledad física», un sentido fastidioso de un peso, cuasi un espanto de la flexibilidad de los miembros de

aquel canasto odioso, sobre el que apoyaba el costado...

—*Parfaitement desagréable*,—oí decir á una de las dos señoras, que no veía.—*C'est ça*,—respondí entre mí;—era también mi opinión. Es extraño; no tenía casi conciencia en aquel momento de la ley física en virtud de la cual subíamos, ni del aparato maquinaal que nos llevaba; me parecía que nos elevase en alto alguna desmesurada ave de rapiña, á vuelo lento y silencioso. La barquilla no hacía el menor movimiento, ni las cuerdas el más ligero ruido; habría jurado que estábamos inmóviles en el espacio.—*C'est égal; ce ne sera jamais mon métier*,—dijo una voz.—Ni tampoco el mío,—pensé.—¿Qué se dice del mar! Es un elemento pérfido; pero os sentís sobre alguna cosa, sobre algo que en algún modo os puede regir; pero el aire... el aire no es nada. No, no sería jamás este mi género de *sport*, si debiera escoger uno. Cien veces mejor la bicicleta.—Y todas aquellas frases con las cuales se suele expresar un sentimiento de alegría ó de entusiasmo:—«Parecer elevado por encima de la tierra;»—«volar sobre este bajo mundo;»—«sentirse arrebatado en lo alto;»—parecíame faufarroadas retóricas. En verdad, no había creído nunca ser tan extremadamente aficionado, como me sentía en aquel cuarto de hora, á mi planeta nativo.

*
*
*

Debajo, en tanto, los ríos se volvían arroyos, riachuelos, las casas cajitas, los parques redes, los hombres insectos, como si una fuerza monstruosa apretase, recortase, contrajera todas las cosas. ¡Espectáculo admirable! Ginebra dorada por el sol, el Arve y el Ródano plateados; una vasta corona de colinas sembradas de aldeas y de ciudades, la grande media luna color celeste del lago de Lemán, los montes verdes del Quina y las rocas grises de la Saboya, la soberbia cadena del Monte Blanco, una inmensidad de azul, de verdura y de nieve, hecha por la mirada de un

águila. En aquella inmensidad espléndida, las dos señoras pretendían buscar la isla de Rousseau y el castillo de Voltaire. Otros dos al, que discutían sobre el confín de la Francia.

—*Voilà le capitaine qui lit son journal*,—dijo el coloso. En efecto, el capitán leía tranquilamente la *Tribune de Genève*, como si hubiera estado en una sala del *Café du Nord*. Esa observación pareció que tranquilizara algo á *monsieur Carlos*, que intentó bosquejar una sonrisa; si el capitán leía el periódico, no había peligro inminente de un desastre. Pero una voz que dijo:—*Nous dévions*,—lo turbó de nuevo. Se había levantado, en efecto, un poco de aire; la gran bandera svizzera atada al polo inferior del aerostato, se agitaba; el globo era desviado algún tanto de la dirección del recinto del que había partido. Pero ningún movimiento era sensible. *Monsieur Carlos* observaba con una mirada oblicua el dinamómetro colgado en el anillo de acero, como si le indicase el grado variable del peligro, y no separaba los ojos sino para echar alguna rápida mirada dentro del cercado de la Exposición. ¡Ah! ¡La Exposición vista desde aquella altura! Parecía que aquello fuera en realidad pueblos de juguete. Veía una ciudad carnavalesca dividida en dos por un arroyuelo, simétrica por un lado, desordenada por el otro, variada de cien arquitecturas de mil colores, que elevaban las cúpulas, las agujas, las torres, las fachadas pintadas, los techos á cono y á pirámide, brillantes y abanderados, sobre un laberinto de jardines y de bosquecillos blanquecinos de surtidores y de cascadas, y por todos lados un bullicio de seres minúsculos que entraban y salían por mil aberturas y se agrupaban en la gran vía, larga como un dedo, y en la plaza, grande como la mano, como un pueblo de hormigas muy ocupadas. Vi pasar sobre uno de los dos puentes del Arve el tranvía eléctrico que daba la vuelta á la «Mostra». ¡Qué miseria! Un escarabajo amarillo huyendo sobre una varita á través de un hilo de agua. Me dió en el ojo, en una extremidad del cercado, un

algo de la grandeza y de la forma de una media cáscara de huevo cortado á lo largo: era el gran circo para las justas y para las fiestas gimnásticas, situado á la orilla del río, al lado de allá de la «villa svizzera». Y la gran villa, la maravilla y el triunfo de la Exposición, parecía formada de *chalets* robados de la vitrina de una tienda de Brioux; una cosa para coger con dos manos y llevársela para entretenimiento á un niño. Sobre la plazoleta de la iglesia de la villa se veían mover puntos rojos y blancos. Debían ser las bellas muchachas svizzeras que se preparaban para la danza nacional. ¿Cómo era que por uno de aquellos puntos rojos, hombres tan hechos pudieran perder la paz?

—*Nous descendons, monsieur?* (1)—me preguntó *monsieur* Carlos, sin mirarme.

—*Nous, nous montons toujours* (2).

—*Diable!*

Parecíale que había ya bastante para lo que había pagado. Y si yo dijese que me sentía todavía acreedor no diría la verdad. Estaba mucho mejor, sin embargo; tanto que me hice á mí mismo esta observación:—Que necesidad tengo de estrechar tan fuertemente la cuerda con la mano derecha?—Y aflojé la mano un poco. Y me arriesgué á mirar otra vez por la abertura del medio—una sola ojeada, respetuosamente transitoria—que me bastó para ver abajo—á una profundidad de abismo—la multitud de los viajeros esperando—una mancha oscura punteada de rosa, con los rostros que miraban á lo alto, hacia el pequeño mundo de seda y de gas, desde el cual yo miraba á ellos con un deseo amoroso de alcanzarles. Después me recogí en la admiración del lago de Ginebra, una mancha de agua clara, en la que los grandes barcos apare-

(1) ¿Bajamos ya, señor?

(2) Subimos, siempre.

cían como mosquitos anegándose y como si se debatiesen sin hacer camino, y la larga hilera de villas y de ciudades de la ribera septentrional semejantes al florecimiento de pequeños capullos multicolores, agrupados en guiraldas y en macetas, con los ojos inmersos en el agua. ¡Qué dulce silencio! Ni el rumor de la galería de las máquinas, ni el campaneo festivo, ni el mugido de los cornudos de la villa svizzera, ni la música bárbara del campamento de los negros, ni los gritos de los árabes vendedores del «café de las hadas» llegaban ya á nuestra «soberbia altura» donde un aire purísimo, dilatándonos los pulmones, parecía que se infiltrase en todas las venas y nos rejuveneciese la sangre y el espíritu. ¡Oh! todos los otros modos de viajar inventados por el ingenio humano, con los cuales se camina sobre el agua ó sobre la tierra, entre el humo, el estrépito y el polvo, molestados por la imagen de un esfuerzo continuo de las cosas, ¡cómo os parecen groseros, fatigosos y humildes, en comparación con aquella ascensión dulce y muda de nubes acariciadas por el aire, del cual no se sentía ni se veía el movimiento, como si no nos moviésemos, y sólo se alejase de nosotros la tierra! Nadie hablaba ya, ni atendía á sus vecinos. Cada uno, desde aquella terraza aérea, había él solo, como un goloso, la gran belleza, no diciendo una palabra por no perder un sorbo, en una actitud de admiración inmóvil, muy parecida á un estupor profundo.

Pero aquí oigo á un lector impaciente que me pregunta:—Y bien, ¿y después? ¿Qué emoción experimentaste cuando no viste ya la faz de la tierra? ¿Cuándo empezaste á sentir dificultad en la respiración? ¿Cuándo comenzó la hemorragia por las orejas? ¿Cuándo los primeros deliquios?

En este punto, para quien no haya comprendido todavía,

debo hacer una declaración, muy dolorosa, por cierto, para mi vanidad. Debo decir, que atada al globo había una cuerda cilindro cónica, de un diámetro de veintinueve á treinta y un milímetros, tegida de cáñamo de Nápoles, de calidad superior, capaz de sostener un esfuerzo de más de nueve mil kilógramos, y que esta cuerda—debo decir también esto—descendía hasta la tierra, donde se enroscaba en torno a un cilindro, movido por una máquina de vapor de veinticinco caballos, la cual... En suma, el globo estaba enfrenado.... era un globo cautivo.—Está dicho.

Y ahora, bien podéis encoger los hombros cuanto os plazca; pero el bajar de una altura de seis millas ó de quinientos metros, me parece que el efecto hubiera sido poco más ó menos el mismo. Y esto basta. Y era ciertamente del mismo parecer *monsieur* Carlos, que me preguntó una vez más sin volver la cabeza:—*Nous montons toujours?*—*Nous montons toujours.*—Y entonces perdida la santa paciencia, exclamó:—*Eh! qu'est ce qu'il f... dont, ce capitaine avec son f... u journal?*—No creía poder dar una carejada en aquellas alturas; pero el fenómeno acaeció.—*On nous a trompé*—exclamó el coloso, para burlarse del pobre hombre;—*il n'y a plus de cable et c'est une ascension libre que ce nous faisons!*—Un *nom de Dieu* inimitable hizo eco, que el buen Dios debe haber perdonado, tanto semejaba más á una súplica que á una blasfemia. Y la burla cruel de mi vecino hubiera continuado, si no se hubiese oído una voz del otro lado de la barquilla, que dijo fuerte:—*Wir gehen hinunter*—(ya bajamos). Dulce lengua tedesca. ¿Pero era verdad? No nos habíamos percatado de la descensión, como no nos percibimos de la subida. Alguno sostenía que aún se subía: otro decía que se estaba inmóvil. De todos modos, se descendía tan lentamente, que no se podía asegurar el crecimiento de las cosas que estaban debajo, por no ser perceptible todavía en aquel primer tiro. Pero la incertidumbre fué breve. Dando una mirada abajo, vi á Ginebra más

vasta, el Arre dilatado, la arquitectura de la Exposición agrandada, todo el hormiguero negro esparcido por el laberinto de calles y plazoletas, que comenzaba á recobrar el aspecto de una multitud humana. Después la descensión se hizo por momentos más sensible. Debajo, sobre el frontis del palacio de Bellas Artes, sobre las fachadas, dentro de las redes, en los jardines, parecía que las estatuas crecían, que las pinturas tomaban vida, que las flores brotasen, que los surtidores se elevasen á saltos; un murmullo confuso, sobrepujado por mil sonidos esparcidos de voces, de agua, de ruedas, de músicas, os llegaba en *crescendo* á los oídos; y mirando por el agujero de la barquilla las pequeñas caras vueltas hacia arriba de la multitud que nos esperaba abajo en el recinto, semejantes á un canastrón de miel de rosas, empecé á distinguirles los cercos de los ojos y las negras aberturas de sus bocas abiertas. Un minuto más, y he aquí los cientos de rostros sonrientes, los criados que corren... y, hémos también á nosotros atados de nuevo por seis sólidos ganchos á la superficie terrestre.

¡Oh! querido prójimo mío! ¡muy dulce me es el vivir bastante á menudo lejos de tí; pero no encima y en el espacio infinito! No estoy orgulloso. Y no fui de los últimos en pasar el puentecillo móvil que me devolvía entre la humanidad caminante. El primero, se entiende, fué *monsieur* Carlos, con el rostro todavía anublado. Los conocidos que le esperaban, lo asaltaron á preguntas. El, lanzóles al pasar una ojeada, «á golpe de hoz», y contestó en voz ronca: *¡Délicieux!*

—¿Has visto?—me preguntaron mis dos jóvenes compañeros.—Otra vez haremos una ascensión libre.

—Figuráos,—contesté—que nada veo ahora.—Pero añadí para mis adentros:—Sí; en la Exposición internacional de Carmagnola.

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Proemio.</i> —A los lectores españoles.	5
<i>Libro primero.</i> —En medio del público.—Así va el mundo ó cómo anda la humanidad.	15
<i>Libro segundo.</i> —Entre poetas.—Una visita á Julio Verne.	45
Una visita á Victoriano Sardou.	58
<i>Libro tercero.</i> —Entre niños.—I.—Momentos solemnes.	71
II.—Pequeños escritores.	82
III.—Los deseos de los muchachos.	91
IV.—Un asilo infantil.	104
V.—Gente mínima.	114
VI.—Los niños del Valle d' Andorno.	131
<i>Libro cuarto.</i> —Entre muñecos.—El rey de los muñecos.	138
<i>Libro quinto.</i> —Entre marionetas.—Un pequeño teatro célebre.	153
<i>Libro sexto.</i> —Entre pelotaris.—Los Azules y los Rojos.	182
<i>Libro séptimo.</i> —En medio de chalets.—El villaje suizzero de la Exposición de Ginebra.	235
<i>Libro octavo.</i> —Entre nubes.—Una ascensión en globo.	246



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

